

Lenguas indígenas en la Argentina. Aportes para una historia de la lingüística en la primera mitad del siglo XX

Autor:

Domínguez, Luisa

Tutor:

Toscano y García, Guillermo

2020

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Letras

Posgrado

**Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras**

Tesis doctoral

**Lenguas indígenas en la Argentina.
Aportes para una historia de la lingüística en la primera mitad del siglo XX**

Doctoranda: Lic. Luisa Domínguez

**Director: Dr. Guillermo Toscano y García
Codirectora: Dra. Marisa Malvestitti
Consejero: Dr. Guillermo Toscano y García**

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

2019 / 2020

Índice

Agradecimientos	5
I. Introducción	7
I. 1. Problema de investigación, objetivos e hipótesis	7
I. 2. Estado de la cuestión	13
I. 3. Marco teórico y metodológico.....	31
I. 4. Estructura de la tesis	36

Primera parte

¿Cómo se institucionaliza un saber? Lenguas indígenas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

II. Museo Etnográfico	42
II. 1. Juan Bautista Ambrosetti (1905-1917).....	44
II. 2. Salvador Debenedetti (1917-1930)	53
II. 3. Félix F. Outes (1930-1938)	56
II. 4. Francisco De Aparicio (1938-1947).....	63
II. 5. José Imbelloni (1947-1955).....	67
III. Las lenguas indígenas como contenido curricular. Lafone Quevedo y los programas de Arqueología americana	80
III. 1. Trayectoria de Lafone Quevedo.....	81
III. 2. El aporte de Lafone Quevedo al estudio sobre lenguas indígenas	83
III. 3. La lingüística indígena en los programas de Arqueología americana (1899-1920).....	95
IV. Las lenguas indígenas en el ámbito de las ciencias del lenguaje	111
IV. 1. Ricardo Rojas y las lenguas indígenas.....	111
IV. 2. La gestión del Instituto de Filología a cargo de Lehmann-Nitsche (1926).....	120
IV. 3. Lingüística indígena y la enseñanza de la lingüística	131

Segunda parte

De la *arqueología* a la *etnografía* de las lenguas indígenas. Los aportes de Félix F. Outes y José Imbelloni

V. Arqueología documental. El aporte de Félix F. Outes al estudio de las lenguas indígenas	145
V. 1. Las primeras investigaciones de Outes	146
V. 2. Viaje a Londres	165
V. 3. El vínculo con Claraz	170
VI. José Imbelloni y el estudio de las lenguas indígenas: primeros debates y propuestas (1926-1943)	183
VI. 1. Primeras formulaciones: <i>La Esfinge Indiana</i> (1926)	184
VI. 2. Lenguas indígenas desde la perspectiva de la Escuela Histórico Cultural.....	212
VI. 3. La participación de Imbelloni en la <i>Historia de la Nación Argentina</i>	223
VII. Etnografía de las lenguas indígenas (1943-1955)	232
VII. 1. Las lenguas indígenas en los estudios de folklore: la propuesta de Imbelloni	233
VII. 2. Las lenguas indígenas en la agenda pública	239
VII. 3. La expedición a la Patagonia de 1949 y el vocabulario tehuelche	247
VII. 4. La <i>Toponimia patagónica de etimología araucana</i> de Perón y la participación de Imbelloni..	264
Bibliografía	283

Agradecimientos

Este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de CONICET y sin la existencia de la universidad pública, que en Argentina es gratuita, científica y de calidad gracias al esfuerzo y compromiso de muchísimas personas. En primer lugar, comparto esta tesis con todes con quienes coincidimos en la convicción por la producción de conocimiento crítico y de resistencia. Un agradecimiento especial a la comunidad de la Universidad Nacional de Córdoba, donde realicé mis estudios de grado y donde conocí a personas brillantes y de enorme calidez: la UNC siempre será parte de mi familia académica. También agradezco especialmente a la Universidad de Buenos Aires que me abrió sus puertas y que confió en esta investigación.

A mis directores por sus lecturas atentas y exigentes, por estar siempre presentes y por sostenerme cuando fue necesario. Gracias a Guillermo Toscano y García por iniciarme en el mundo de la historiografía lingüística y gracias a Marisa Malvestitti por guiarme en el camino de la lingüística sobre lenguas indígenas.

A archiveras, bibliotecarias y personal de apoyo de todos los repositorios a donde fui a buscar material. Sin su labor, esta investigación no hubiera sido posible. Un especial agradecimiento a Camila Indart, bibliotecaria del Instituto de Lingüística, quien me recibió con muchísima calidez y quien se interesó por mi tema de investigación desde un primer momento, que lo demostró con su excelente predisposición para contribuir a la búsqueda de materiales e información.

En un plano más personal, agradezco a mis padres su eterna confianza y permanente apoyo, y a mis hermanes que desde chica despertaron en mí la curiosidad y el interés por la vida y el mundo.

A mis amigos de San Juan y de Córdoba por acompañarme y estimularme siempre, son máximes y les pienso cada día.

A mis amigos de casa Pakistán, que son mi familia porteña, y que bancaron todos los efectos que produce en las emociones de una persona el hecho de escribir una tesis.

A mis amigos del Instituto de Lingüística, a Gilda Zukerfeld, Federico Testoni, Victoria Beiras, Maite Martínez Romagosa, Florencia Sartori, Aniela Ventura, con quienes transité estos cinco años de investigación en el Instituto y quienes me hicieron sentir en casa desde el minuto cero en que llegué a Buenos Aires. Mi agradecimiento hacia ustedes será eterno.

A mis compañeres del equipo “Tecnologías de papel”, gracias por compartir conmigo una hermosa forma de trabajo colectiva y la pasión por lo que hacen. Un especial agradecimiento a Verónica Domínguez y María Emilia Orden, compañeras de hierro, siempre entusiastas, quienes compartieron conmigo todo tipo de material, lecturas y aliento. A Ana Fernández Garay, con quien compartí valiosísimas horas de trabajo interpretando la libreta tehuelche registrada por Bórmida e Imbelloni y quien me inició en el fascinante mundo de la lengua tehuelche. Agradezco también Máximo Farro por su permanente aliento y su enorme generosidad con materiales, lecturas y consejos acerca del oficio de investigar, como así también por compartir conmigo sus conocimientos sobre la historia de la antropología argentina.

A mi amiga, colega y soporte académico, Sofía De Mauro, junto a quien me inicié en el mundo de la investigación y con quien he experimentado, durante todo este tiempo, el significado de trabajar cooperativamente con sinceridad, genuino interés y entusiasmo. A Juan Revol, por todos estos años compartidos, el interés por mi trabajo y las enseñanzas sobre el oficio de escribir.

Finalmente, gracias, mil gracias a Fedá, quien me acompañó con mucho amor y paciencia en un trecho muy importante de este camino, y a Raquel, mi amiguísima.

I

Introducción

I. 1. Problema de investigación, objetivos e hipótesis

En esta investigación nos proponemos aportar, desde la perspectiva de la historiografía lingüística (Swiggers 2015), a la reconstrucción de los ámbitos académicos y espacios disciplinares desde donde emergieron los estudios sobre lenguas indígenas en la Argentina¹ durante la primera mitad del siglo XX. Sostenemos que se trata de un conocimiento que, durante este periodo, formó parte lateralmente de las ciencias del lenguaje; antes bien, fueron mayormente especialistas en ciencias antropológicas quienes se encargaron de su tratamiento. Esta inscripción disciplinar tal vez constituya la principal razón que explique la escasa atención que ha recibido hasta ahora por parte de los historiadores de la lingüística (véase §I. 3). En este sentido, esta tesis se ubica en la intersección del desarrollo de la antropología y de la historia de un conocimiento específico, el de las lenguas indígenas, que recién en la segunda mitad del siglo XX será indiscutiblemente considerado un objeto de la lingüística (véanse Bixio 2010; Fernández Garay 2014).

Para dar cuenta de ese proceso de conformación de un saber particular, la presente investigación atiende a una serie de textos relativamente conocidos, pero también a un conjunto de fuentes bibliográficas y documentales que, en muchos casos, permanecían inéditas o prácticamente inexploradas. En este sentido, consideramos que la recuperación de estos materiales constituye, en sí mismo, uno de los aportes de la presente investigación.

Nuestro recorte toma como base la historia del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, desde el año de su creación, en 1904, hasta 1955, cuando la dinámica de esta institución se alteró considerablemente como consecuencia de la dictadura cívico-militar autodenominada *Revolución Libertadora*. Esta delimitación se explica por dos razones: la primera es que, al tratarse de una de las instituciones más relevantes del país en el

¹ El sintagma “lenguas indígenas en la Argentina” contiene algunas imprecisiones que es necesario advertir: por un lado, el adjetivo “indígena” denota una generalización etnocéntrica que se corresponde con la observación de Gordillo, quien sostiene que “A menudo se tiende a olvidar que la definición de ciertos grupos de personas como ‘indígenas’ es producto directo de la invasión y conquista de América” (Gordillo 2007: 14). Por el otro, “de la Argentina” implica hacer corresponder la extensión de las lenguas con las fronteras políticas de los países, lo que es inexacto en todos los casos. Sin ánimos de simplificar el panorama, en esta tesis, cuando nos referimos a “lenguas indígenas”, estamos reproduciendo la denominación más frecuente en el corpus.

ámbito de los estudios antropológicos, la reconstrucción de su trayectoria nos permitió ingresar en la historia de esa disciplina a nivel local e indagar allí el espacio otorgado a los estudios sobre lenguas indígenas. La segunda razón es que dos de sus directores, Félix Faustino Outes (1878-1939) y José Imbelloni (1885-1967), realizaron decisivos aportes al análisis de esas lenguas, que también serán objeto de esta investigación.

Asimismo, examinamos una serie de investigaciones y producciones anteriores que dialogan con las de nuestro periodo y que permiten comprender el funcionamiento del campo antropológico en emergencia y, con él, el lugar otorgado al estudio de las lenguas indígenas en nuestro país.

Así, además del Museo Etnográfico, revisamos otros dos espacios institucionales de la Universidad de Buenos Aires donde se trató esta temática. Por un lado, la asignatura Arqueología americana, entre 1899 y 1920, años durante los que Samuel Lafone Quevedo (1835-1920), destacada figura de los estudios sobre lenguas indígenas del país, fue el profesor a cargo. Los programas que diseñó dan cuenta de la importancia que para él tenían estas lenguas, temática que llegó a ser, en varias ocasiones, el eje de la asignatura. Por el otro, el Instituto de Filología, que si bien fue un espacio que desatendió casi completamente la investigación en lingüística indígena (a pesar de que ese era uno de los objetivos explícitos para su creación), hizo un intento por garantizar su tratamiento durante la breve gestión de Roberto Lehmann-Nitsche, en 1926.

Por otra parte, prestamos especial atención a las producciones específicamente atinentes a estas lenguas, publicadas e inéditas, de Outes e Imbelloni, no solo por ser, en muchos casos, trabajos de referencia para sus contemporáneos y sucesores, sino también porque presentan características del tipo de análisis y tratamiento de las lenguas indígenas en el ámbito académico. Cada serie entrará en diálogo con otros textos, contemporáneos o anteriores, locales o internacionales, dependiendo el caso.

Los *objetivos generales* que guían esta investigación son los siguientes:

- Aportar a una dimensión escasamente examinada por la historiografía lingüística del período: el estudio de las lenguas indígenas en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX.
- Contribuir al conocimiento de las distintas teorías, problemas y métodos que definen el estudio de las lenguas indígenas durante el periodo propuesto, como así también de los espacios institucionales que dieron lugar a su abordaje.

A su vez, se plantean los siguientes *objetivos específicos*:

- Indagar en los espacios institucionales de la Universidad de Buenos Aires en los que se atendió a la investigación y enseñanza de distintas problemáticas relacionadas con estas lenguas.
- Reconstruir y analizar críticamente la producción de Outes sobre lenguas indígenas en relación con la tradición americanista decimonónica local.
- Identificar y estudiar las principales categorías y enfoques de análisis que Imbelloni introduce en el ámbito científico nacional y que impactan en el estudio contemporáneo y posterior de las lenguas indígenas en la Argentina.
- A partir de lo anterior, examinar la inscripción disciplinar del estudio de estas lenguas y problematizar su vínculo con otras disciplinas, en particular con la antropología, la lingüística y los estudios folklóricos.
- Analizar de manera situada los desplazamientos y rupturas que se producen en el ámbito de estudios de las lenguas indígenas en relación con las circunstancias políticas y sociales que pudieran haber impactado en la reconfiguración epistemológica de las ciencias antropológicas y del lenguaje.

El punto de partida de esta tesis, como señalamos más arriba, es que los estudios sobre lenguas indígenas en el campo científico argentino, a lo largo del periodo, se inscriben en el ámbito de las ciencias antropológicas. Por tal motivo, sostenemos que su desarrollo documental y teórico, como así también la institucionalización del conocimiento sobre estas lenguas, deben ser analizados, principalmente, en función de la *comunidad argumentativa* (Schlieben-Lange 1993) que conforma la antropología local. Sin embargo, en más de una ocasión en esas discusiones se incorporan otros interlocutores, pertenecientes al ámbito de los estudios lingüísticos (§VI. 2). En este sentido, la caracterización de esta comunidad supondrá la reflexión sobre los sujetos que participan en las discusiones (con particular atención al problema de las lenguas) en este ámbito durante el periodo analizado, el marco institucional en que se dan los intercambios argumentativos (que en esta investigación partirá del caso de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires), los medios en los que acontecen las discusiones (i. e. periódicos, revistas, congresos) y las formas a través de las que se llevan adelante.

De acuerdo con esto, entendemos que los estudios más significativos relacionados con las ciencias antropológicas producidos desde el ámbito académico, leídos a la luz de la “cultura científica” (Terán 2008a, 2008b), involucraron una apasionada actividad coleccionista que se presentaba como una continuación de la americanística decimonónica y que imperó por lo menos durante las primeras tres décadas del siglo XX, prefigurando un modelo de intelectual de “sabio erudito”, polifacético, que se aventuraba en problemas de distintas áreas (etnología, folklore, lingüística, geografía, por mencionar solo algunas) desde una suerte de “vacío teórico” (Guber 2009). Este coleccionismo documental se caracterizó, a su vez, por el tipo de temáticas abordadas, que escapaban a los problemas y situaciones contemporáneos (que Lazzari [2004] siguiendo a Georges Balandier [1970] ha llamado una “huida de lo actual”), lo que conllevó una desestimación del trabajo de campo y una ponderación, en cambio, del de gabinete.

Desde nuestra perspectiva, este modelo de análisis debe pensarse en relación con la exclusión de la problemática indígena de la agenda política del momento. Así, luego de las campañas de exterminio ocurridas entre 1878-1885 en Patagonia y entre 1886-1911 en el Chaco, y la posterior asimilación de los grupos sobrevivientes en “reservaciones, misiones o colonias” (Briones 2004) o su integración al proletariado urbano y rural, este segmento de la población ya no aparecía como un problema a resolver. En cambio, la numerosa inmigración proveniente de Europa ocupó gran parte de la atención de la élite dirigente. Esta complejización étnica y cultural de la población implicó una nueva necesidad de redefinir la nacionalidad argentina. En este marco, las lenguas indígenas fueron consideradas, en todo caso, una huella del pasado a incorporar en el patrimonio nacional. En este sentido es que, si bien se reconocen trabajos de campo concretados por aficionados, maestros e intelectuales ajenos a la academia, impulsados desde el interior del país (véase Vezub 2007; De Miguel 2018; Domínguez y Vezub 2018), disminuyen considerablemente los viajes de investigación gestionados por los centros universitarios. Antes bien, frente a la inquietud por estudiar estas lenguas desde el ámbito académico, los intelectuales se remitieron a trabajos ya elaborados por otros agentes en el pasado.

Por lo anterior es que nos referimos a una *arqueología documental* de las lenguas indígenas como práctica preponderante durante las primeras dos décadas de nuestra periodización. Esta arqueología se caracteriza por la exhumación de materiales inéditos o poco conocidos (consistentes, por lo general, en vocabularios) y su puesta en circulación, a lo que se suman reseñas

y bibliografías comentadas de estudios sobre esta temática producidos desde el periodo de conquista y colonización hasta mediados del siglo XIX.

Como veremos, los aportes de Outes son un ejemplo de este tipo de práctica. Una parte importante de su producción consiste un tratamiento de las lenguas indígenas basado en hallazgos bibliográficos que lo conducen a discutir con estudios del siglo anterior. Otra parte se caracteriza por el análisis, preparación y publicación de registros inéditos sobre lenguas patagónicas producidos por misioneros y viajeros. Más allá del reconocimiento que le significaron estos trabajos, llama la atención que durante su gestión frente al Museo Etnográfico (1930-1936) no haya planificado investigaciones referidas a este tema. Esta ausencia, articulada con otras lecturas de su obra y de estudios afines de otros autores, nos lleva a entender, y es otro de los postulados que intentaremos demostrar, que el estudio de las lenguas indígenas durante el periodo (salvo algunas excepciones, como es el caso de Lafone Quevedo) desde el ámbito universitario fue más bien accidental o concebido como una herramienta auxiliar en la tarea de dilucidación de los orígenes del hombre americano y su organización en grupos raciales y étnicos.

Según el tiempo fue pasando, la problemática indígena volvió a incluirse en la agenda pública y científica. Las razones que permiten explicar este cambio son, por un lado, una instancia de recomposición poblacional como efecto de la Segunda Guerra Mundial, la crisis política y social atravesada durante la denominada *década infame* y la posterior emergencia del peronismo (Cattaruzza 2016). Esta coyuntura implicó una reconsideración del “ser argentino” y el surgimiento de nuevos sujetos sociales, entre los cuales la población indígena pasó a tener un relativo protagonismo (Adamovsky 2012; Grimson 2016). En relación con esto, se identifica una reemergencia de los estudios de folklore en el ámbito de la antropología y, paralelamente, un creciente interés del Estado por este tipo de investigaciones, que se traduce en la creación de distintas instituciones que las enmarcan y fomentan (Lazzari 2004). En este contexto, las nuevas definiciones del patrimonio popular de la nación se localizan en las zonas rurales de las provincias, lo que supone una renovación del interés por la práctica etnográfica y, más específicamente para nuestro caso, por los relevamientos lingüísticos de campo.

Por otro lado, las variaciones en el tratamiento de la temática indígena se explican por la complejización del campo científico. En este sentido, la segunda etapa de nuestro periodo, que en esta tesis toma como base la producción de Imbelloni, se caracteriza por la hegemonía de la Escuela Histórico Cultural, a la que él adscribe y que impone, en el ámbito de la antropología. En

este marco, la de las lenguas indígenas es una temática que pasa a tener una integración más sistemática en su proyecto científico, aunque no logra superar su subordinación a los problemas comprendidos por la ciencia americanística, definida por este autor como “una ciencia monstruo, que abarca todas las disciplinas que se conocen” (Imbelloni 1926b: 31). De hecho, en continuidad con las investigaciones de las primeras décadas del siglo XX, Imbelloni también consideraba que los datos lingüísticos eran centrales tanto para la organización racial de los pueblos indígenas como para la dilucidación de los orígenes del hombre americano.

Así, la articulación entre un campo científico más consolidado y la renovada preocupación por un sector de la población que en las décadas anteriores había sido desplazada de la agenda pública prepara las bases para que, según nuestra lectura, en el año 1949, Imbelloni, quien no contaba con ningún antecedente de trabajo en el terreno durante su carrera académica, llegue a realizar una expedición a la Patagonia con el objetivo de registrar diversos datos sobre los “últimos tehuelches”, en el marco de su gestión como director del Museo Etnográfico. Esto deriva en la compilación de un vocabulario “aonico-aish” (documento inédito que logramos ubicar en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico y que analizamos en esta tesis). En este mismo sentido puede leerse la publicación de registros lingüísticos de otros autores, como es el caso de *El complejo tehuelche* (1949) de Federico Escalada, una obra en la que se combina el registro en terreno con el trabajo de gabinete. Esta es la razón por la que hablamos de esta etapa como una *reemergencia de la etnografía* de las lenguas indígenas.

En los dos momentos considerados, durante los cuales preponderó primero una práctica arqueológica y luego una etnográfica, existieron, a la par, otras agencias religiosas y científicas que se abocaron al estudio de las lenguas (véase §I. 3). Más allá del ámbito rioplatense, instituciones universitarias como la Universidad Nacional de Tucumán (con Alfred Metraux), la de Córdoba (con Antonio Serrano) o el emergente, hacia el final del periodo, Instituto Superior de Estudios Patagónicos (con Escalada), reforzaron el interés por la problemática.

Con todo, en general, desde las investigaciones emanadas de las universidades, el propósito perseguido con el estudio de estas lenguas era el de reconstruir una cartografía étnica, lo que explica que sean trabajos fundamentalmente centrados en el plano léxico y sus propósitos comparatistas o de índole genética. En cambio, no hubo descripciones y análisis fonológicos, morfosintácticos o de arte verbal realizados en profundidad. No obstante, gradualmente las

recopilaciones en terreno fueron cobrando valor, debido a la relevancia que iban adquiriendo los estudios del folklore.

De acuerdo con la presentación anterior, esta tesis se encargará de indagar a partir de dos hipótesis centrales. Una de ellas supone la problematización del universo discursivo referido a las lenguas indígenas en términos de Schlieben-Lange (1993), estrechamente asociado con el desarrollo de las ciencias antropológicas, y las instancias y procedimientos de inclusión y exclusión dentro del universo relativo a las ciencias del lenguaje. Esta hipótesis implicará reconstruir cómo se conforma la comunidad argumentativa encargada de reflexionar sobre esta temática y cuáles son los conceptos y los patrones de argumentación que, a lo largo del período, intervienen en el análisis y debate acerca de estas lenguas. Es así que nos encargaremos de revisar el proceso de institucionalización de las ciencias antropológicas y también de las ciencias del lenguaje en la Universidad de Buenos Aires con particular atención al lugar cedido al estudio de estas lenguas. La otra hipótesis parte de la problematización de las producciones particulares de los autores ya mencionados, Outes e Imbelloni, a partir de la cual esperamos caracterizar dos prácticas distintas de análisis de las lenguas, el trabajo de gabinete y el de campo, que, según intentaremos demostrar, son características de dos momentos diferentes del periodo y se encuentran estrechamente relacionadas con circunstancias históricas particulares que pusieron nuevamente en agenda la problemática indígena y que habilitaron la emergencia de un campo disciplinar específico, el del folklore.

I. 2. Estado de la cuestión

A continuación, presentamos una revisión de los distintos antecedentes bibliográficos de esta investigación. Como mencionamos anteriormente, debido a que los estudios del periodo sobre lenguas indígenas se inscriben mayormente en el ámbito de las ciencias antropológicas, aunque en diálogo con el desarrollo de las ciencias del lenguaje, esta sección se encuentra subdividida en función de la historia de una y otra disciplina; es decir, el primer apartado revisa la literatura relativa a la historia de los estudios sobre lenguas indígenas y el segundo a la historia de la antropología. A su vez, organizamos un tercer grupo de antecedentes que comprende los trabajos referidos a la trayectoria académica de Outes e Imbelloni, cuyas producciones serán centrales para la segunda parte de esta tesis.

I. 2. 1. Historia de los estudios sobre lenguas indígenas

Diversas reseñas históricas y trabajos críticos sobre el estudio de las lenguas indígenas en la Argentina (algunos de los cuales, incluso, anteceden a nuestro propio periodo) ofrecen un recorrido bibliográfico sobre el tema, razón por la cual han sido de referencia para esta tesis.

Uno de los trabajos pioneros en la organización histórica acerca del conocimiento sobre lenguas indígenas americanas es el catálogo del Conde de la Viñaza, *Bibliografía española de lenguas indígenas de América* (Muñoz y Manzano 1892), una obra en la que el autor reúne los trabajos sobre esta temática emanados de distintas órdenes religiosas y escritos en castellano y portugués desde la conquista hasta el momento de publicación. Al año siguiente, Diego Barros Arana y Rodolfo Lenz publican en Chile “La Lingüística americana. Su historia i su estado actual”, un estudio histórico en el que analizan y describen los trabajos sobre lenguas indígenas también desde un periodo que comienza en la conquista y que llega hasta 1893. Entre los trabajos que Barros Arana y Lenz consignan se destacan, nuevamente, aquellos producidos por distintos miembros de las misiones, como así también los estudios lingüísticos europeos que impactaron en el desarrollo de la lingüística americana. Introducen, entonces, el análisis de otros trabajos abocados a la clasificación de lenguas que tuvieron una amplia circulación en la época, como el catálogo del abate Lorenzo Hervás y Panduro o el *Mithridates* de Adelung y Vater, así como otros más cercanos a su tiempo, como los aportes de los norteamericanos Daniel Garrison Brinton y John Wesley Powell. Asimismo, integran esta historización los principales planteos de la lingüística histórica y comparada decimonónica, desde la genética de lenguas indoeuropeas de Franz Bopp hasta la tipología de August Schleicher. Se trata de una historiografía crítica y exhaustiva, extraordinaria para su tiempo, que revela la formación específica de los autores en el ámbito de la lingüística, más particularmente de Lenz, tal vez el único especialista en filología radicado en el Cono Sur en ese entonces (para más datos sobre su trayectoria, véase Ennis [2016]; Rabanales [2002]; Velleman [2008]).

En la Argentina, una de las primeras y más relevantes sistematizaciones sobre los estudios de lenguas indígenas es el *Catálogo razonado de lenguas americanas* del general Bartolomé Mitre, quien poseía una de las bibliotecas más importantes sobre el tema en toda Sudamérica, que reseñó íntegramente, título por título. Su fichaje devino en un catálogo, publicado *post mortem*, entre 1909 y 1911, en el que el autor consigna y describe numerosos trabajos referidos a las lenguas americanas, desde la región más austral hasta el extremo norte, además de revisar críticamente

algunas propuestas de peso en el periodo como las de Brasseur de Bourbourg, Lucien Adam, Daniel Brinton y, en Argentina, la hipótesis del origen ariaco del quechua de Vicente Fidel López (para más información sobre el *Catálogo*, véase De Mauro [2017, 2018]).

Años más adelante, en 1936, Antonio Portnoy publica *Estado actual del estudio de las lenguas indígenas*, que, al igual que los casos anteriores, parte del periodo de la conquista y llega a su contemporaneidad. El libro organiza sus capítulos según las lenguas habladas en la Argentina y cada uno de ellos cuenta con reseñas del autor sobre los distintos trabajos producidos hasta el momento para dichas lenguas y las principales hipótesis y teorías que se sostenían al momento acerca de sus orígenes y filiaciones. Otro trabajo del mismo año que contiene una breve historización de los estudios sobre lenguas indígenas es del propio Imbelloni (1936b). Si bien será objeto de análisis de esta tesis, por lo que dejaremos su consideración para más adelante (véase §VI. 3. 1), nos interesa resaltar que en este trabajo el autor menciona como los principales referentes del ámbito a Lafone Quevedo, Mitre y Outes.

Posteriormente se registran otras revisiones bibliográficas elaboradas con mayor o menor detalle, entre las que destacamos la de Dick Ibarra Grasso en *Lenguas indígenas americanas*, de 1958, una obra en la que el autor se propone aportar al reiterado problema de los orígenes y clasificación de las lenguas americanas. Al inicio del libro, Ibarra Grasso introduce una revisión histórica sobre los estudios en el tema que coincide con la de Lenz y Barros Arana mencionada anteriormente en cuanto a los trabajos pioneros de los misioneros y los avances de la lingüística europea decimonónica, a la que añade la producción de Mitre, Lafone Quevedo, Lehmann-Nitsche y Outes. Al finalizar, se detiene en la propuesta filiatoria planteada por Imbelloni entre mediados de la década del veinte y la mitad del treinta, que veremos más adelante (§VI. 2). En esa misma década, dos años antes, había aparecido el último trabajo de esta serie de historizaciones elaboradas entre fines del siglo XIX y la primera mitad del XX: el de Fernando Márquez Miranda (1956), quien analiza las clasificaciones lingüísticas en perspectiva histórica tomando como eje la producción de Mitre. En este trabajo, el autor repasa, en primer lugar, las clasificaciones previas al *Catálogo* de Mitre que tuvieron amplia circulación en el siglo XIX e inicios del XX (como las de Du Ponceau, Brinton y Alexander Chamberlain) para detenerse, luego, en la propia propuesta del *Catálogo*, que analiza exhaustivamente. Esto lo conduce, además, a reponer la red de estudiosos que colaboraron con las investigaciones de Mitre y las instancias que le permitieron

conseguir la gran cantidad de manuscritos que poseía en su biblioteca, que fueron uno de los insumos principales del *Catálogo*.

Una lectura historiográfica de estos trabajos permite reconocer las distintas agencias, actores e instituciones que, durante el periodo que examinamos en esta tesis, fueron consideradas como medulares de la conformación de este conocimiento. Asimismo, estas reconstrucciones históricas nos han permitido identificar algunas marcas que favorecen el análisis de la *historia de los patrones de argumentación*, en términos de Schlieben-Lange (1993) (§I. 4), al poner en evidencia el valor que tuvieron las lenguas indígenas para las clasificaciones lingüísticas desde una perspectiva histórico y comparada.

Más próximo en el tiempo, el trabajo de Eusebia Herminia Martín (1985) repasa las distintas líneas de investigación que caracterizaron la reflexión acerca de estas lenguas y los distintos métodos de abordaje a nivel mundial en un periodo que va desde 1872 hasta 1972. En tanto especialista en lenguas indígenas, la autora articula su historización a partir del vínculo entre antropología y lingüística, las dos disciplinas que son objeto de esta tesis. En el artículo ofrece, además, un listado bibliográfico comentado de las distintas áreas que componen la lingüística, en el que incluye estudios sobre lingüística indígena nacionales e internacionales. Esta es, hasta donde sabemos, la única historización del periodo posterior a la serie anteriormente mencionada.

De hecho, después de los trabajos que se publican durante la primera mitad del siglo pasado, período que coincide con el que aborda esta tesis, se observa una clara disminución de aquellos destinados a reseñar históricamente el desarrollo de la lingüística indígena. Esta situación puede explicarse por el cambio significativo que atravesó el estudio de estas lenguas en la Argentina a partir de la década del sesenta, cuando pasa a ser llevado a cabo casi restrictivamente por especialistas en lingüística. Esta nueva inscripción disciplinar posiblemente conllevó una desestimación de los aportes de los antropólogos y otros especialistas del periodo anterior, por considerarlos asistemáticos, intuitivos y de escasa rigurosidad científica.

Dentro de los trabajos más recientes, el de Beatriz Bixio (2010) sostiene, de hecho, esta interpretación. Desde una perspectiva crítica y decolonial, la autora busca reconstruir los mecanismos mediante los cuales se establecieron las fronteras lingüísticas en la región del Tucumán. Para ello, realiza un recorrido por los distintos supuestos desde los que emergieron esas delimitaciones, a partir del análisis de ejes comunes en una serie de trabajos sobre lenguas indígenas que van desde el siglo XIX hasta la década del sesenta, cuando reconoce una nueva

etapa, profesional, en estos estudios. Por tal motivo, este trabajo constituye el primer antecedente directo de esta tesis. También Bixio (2001), en un estudio anterior, había presentado una reconstrucción cartográfica de la lingüística de las regiones Centro y Norte del país durante los siglos XVI a XVIII, a partir de un exhaustivo análisis bibliográfico. Allí, la autora recupera discusiones de clasificación genética producidas durante los siglos XIX y XX como las de Lafone Quevedo, Imbelloni, Paul Rivet y Brinton, por mencionar solo algunos.

Por otro lado, además de estas historizaciones de orden amplio, en los últimos años, ya sea desde el ámbito de la antropología o desde el de la lingüística, asistimos a un aumento en la producción de trabajos que examinan la historia del conocimiento acerca de las lenguas indígenas de la región.

Uno de ellos, que va en la línea de los anteriormente mencionados por tratarse también de un recorrido historiográfico de largo alcance, es el de Juan Da Rosa (2013) dedicado a la producción en lingüística indígena rioplatense, que, por su temática, resulta un antecedente evidente de esta investigación. El autor reconstruye la acción de los principales referentes del estudio de estas lenguas en Uruguay, desde la Independencia hasta la actualidad, investigadores que mantenían un diálogo fluido con aquellos radicados en Buenos Aires. En su artículo, Da Rosa ofrece una particular periodización que comprende, en primer lugar, los trabajos realizados por intelectuales que recuperan las producciones del periodo colonial; en segundo lugar, los de corte “decididamente filológicos”, según el autor, que van desde comienzos del siglo XX hasta la década del sesenta, a cargo de filólogos y antropólogos argentinos y uruguayos, entre los que menciona a Lafone Quevedo, Salvador Canals Frau y Antonio Serrano; y un tercer momento, que coincide en varios años con el segundo, que conformaría una etapa “lingüística”, en palabras de Da Rosa, iniciada con la llegada de Benigno Ferrario a Uruguay en 1923 y que se extiende hasta comienzos del siglo XXI con las investigaciones de Pedro Viegas Barros.

En cambio, otros trabajos indagan sobre actores o colectivos que, en contextos específicos, analizaron las lenguas indígenas de regiones puntuales. Uno de los aportes más significativos al conocimiento del desarrollo histórico de la disciplina son los trabajos de Marisa Malvestitti, quien ha investigado, durante la última década, la acción de dos agencias, la misionera y la científica, en el desarrollo de la lingüística sobre lenguas pampeano-patagónicas. En un artículo precursor sobre la primera de estas agencias, Malvestitti (2010) presenta una sistematización acerca de la acción de anglicanos y salesianos, que fueron quienes mayor participación tuvieron en la región. Este

trabajo es de referencia obligada para esta investigación porque algunos de los vocabularios o registros de los misioneros que sistematiza la autora fueron publicados precisamente por Outes. Por otro lado, Malvestitti (2011, 2013) analiza, particularmente, las prácticas de documentación de lenguas desarrolladas por la misión anglicana en la Patagonia, y, en otros trabajos en coautoría con la historiadora María Andrea Nicoletti, aborda los análisis de las misiones católicas de aquella región. Así, Malvestitti y Nicoletti (2008, 2009) examinan la instrumentalidad del mapudungun para la instancia de evangelización, situación que estudian para el caso de distintas órdenes religiosas. Luego, analizan y publican un catecismo redactado en mapudungun, español y latín, inédito hasta entonces, aparentemente redactado por un franciscano, Orbanel, en el siglo XVIII (Malvestitti y Nicoletti 2012). Más recientemente, las mismas autoras revisan un vocabulario italiano, ona, alacalufe y tehuelche compilado por el Maggiorino Borgatello a inicios del siglo XX, además de reponer las circunstancias en que se produce la documentación (Malvestitti y Nicoletti 2017). Malvestitti presenta, además, otros dos trabajos también referidos a la acción de los salesianos en el registro de lenguas indígenas (Malvestitti 2017a y 2017b). Si bien esta tesis no abordará la acción de las misiones, gran parte de los registros en lenguas indígenas de los que disponían los estudiosos en la primera mitad del siglo XX (tal es el caso ya mencionado de Outes) fueron, precisamente, realizados por religiosos y sacerdotes de distintas órdenes, lo que da cuenta de la relevancia de la línea de análisis desarrollada por estas autoras para esta investigación.

En lo relativo a la agencia científica, Malvestitti puso en circulación gran cantidad de documentos inéditos de Lehmann-Nitsche que se encontraban albergados en el Instituto Ibero-Americano de Berlín. El primero de estos trabajos (2012) consiste en la publicación de una serie de textos en mapudungun documentados entre 1899 y 1926. Además, la autora reconstruyó la trayectoria académica e intelectual de Lehmann-Nitsche (véase también para este tema Ballesteros 2014; Chicote 2007; Chicote y García 2009; Dávila da Rosa 2011), y repuso las circunstancias en las que estos textos fueron registrados. En Malvestitti (2014 y 2015a) se publican dos vocabularios, uno en lengua tehuelche y otro en lengua selk'nam que fueron registrados por el antropólogo alemán en los años 1903 y 1898-1902, respectivamente; en esta oportunidad, la autora, además, realiza un breve sumario de los trabajos sobre lengua tehuelche y lengua selk'nam que había al momento de la elicitación, repone los contextos en que se llevaron adelante los registros y analiza detalladamente distintos aspectos del vocabulario (su organización, anotación fonética y tipo de términos recogidos, además de realizar un cotejo con otros registros que le eran contemporáneos).

En la misma línea, Malvestitti, en colaboración con María Emilia Orden, especialista en güünün a iajüch, publica el último vocabulario de la serie de registros inéditos de Lehmann-Nitsche, quien lo documenta en 1915-1916 en un viaje que realiza en búsqueda de los “últimos puelches” a la región de Río Negro (Malvestitti y Orden 2014).

Finalmente, Malvestitti (2015b, 2018) amplía el foco para considerar las tradiciones de investigación en las que se enmarcan los abordajes de las distintas agencias. En el primero de estos trabajos ofrece una detallada descripción de los vocabularios de lenguas fueguinas, el instrumento más extendido en el registro de lenguas indígenas durante el periodo de entresiglos (Malvestitti 2015b); mientras que en Malvestitti (2018), se encarga de analizar dos vocabularios de mapudungun de fines del siglo XIX e inicios del XX: uno de ellos realizado por el ya mencionado Milanesio, de la orden salesiana; y el otro, por el naturalista Carlos Ameghino. El análisis articulado de estos dos registros le permite a la autora recuperar materiales que, en ese momento, integraban el corpus sobre lenguas indígenas que se encontraban en circulación, reconstruir las tecnologías aplicadas en las elicitaciones y echar luz acerca del vínculo entre la agencia científica y la misionera en el registro de dichas lenguas.

En síntesis, las recientes investigaciones de Malvestitti contribuyen al desarrollo de la investigación historiográfica en varios sentidos: por un lado, ponen en circulación una gran cantidad de documentos inéditos, cuya exégesis permite comprender la metodología y los modelos lingüísticos aplicados en el proceso de recolección de material llevado adelante por distintas agencias y actores. Por el otro, las reconstrucciones de las instancias de elicitación dan un panorama bastante acabado sobre un momento particular de la lingüística indígena argentina, el periodo de entresiglos, en un territorio complejo, la Patagonia, donde las lenguas indígenas tenían un doble valor: por un lado, todavía eran un importante vehículo de comunicación y se requería su empleo para impartir la enseñanza religiosa; por otro, comenzaban a ser un objeto de estudiopreciado para el proyecto científico nacional.

Desde el ámbito de la antropología, Máximo Farro, por su parte, a partir de un minucioso trabajo de archivo, ha analizado las tecnologías de recolección de material lingüístico a fines del siglo XIX en la Argentina con especial atención a la figura de Samuel Lafone Quevedo y el contexto de producción en que tuvo lugar su trabajo en el Museo de La Plata (Farro 2013a, 2014). A partir de un enfoque vinculado con la historia material, Farro pone en diálogo la biografía de Lafone con el trabajo de gabinete, lo que le permite comprender y develar las particularidades en

la práctica de investigación del actor en cuestión. También estos trabajos constituyen un antecedente de relevancia para la presente investigación, no solo por el importante rol que tuvo Lafone Quevedo en la investigación, divulgación y enseñanza de distintos aspectos relacionados con las lenguas indígenas del país (asunto que será trabajado en esta tesis, véase el capítulo tercero), sino también porque en ellos Farro reconstruye la red que hizo posible el acceso de Lafone a los documentos que publicó a lo largo de su vida, hecho que aporta al conocimiento acerca de la organización del ámbito de estudios sobre lenguas indígenas del periodo de entresiglos.

En cuanto a los antecedentes relativos al desarrollo de los estudios lingüísticos y su institucionalización en la Argentina, contamos con las investigaciones de Guillermo Toscano y García (2005, 2009, 2011, 2013a, 2013b), quien, a partir del análisis de la historia del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, da cuenta de la primera etapa de ese proceso. Desde la perspectiva de la historiografía lingüística, el autor aborda en distintos trabajos la historia de este centro de investigación desde su creación, en 1922, hasta 1946, cuando Amado Alonso renuncia a su cargo de director. Además de reconstruir la historia que dio lugar a un espacio académico para los estudios lingüísticos en la Argentina, Toscano y García repara en la casi completa exclusión de las lenguas indígenas en este proceso. Así, aborda la estrecha relación que guarda la creación de este instituto con el proyecto intelectual y académico de Ricardo Rojas, quien se desempeñaba, al momento de creación del Instituto, como decano de la Facultad. Explica también que Rojas pretendía instalar en esa unidad académica un espacio específicamente dedicado al estudio de las lenguas indígenas, ya que, según su entender, la cultura indígena era parte integral del “ser argentino”. Sin embargo, este proyecto se vio frustrado luego de que Rojas estableciera una alianza con el español Ramón Menéndez Pidal, quien redireccionó las líneas de investigación del Instituto de modo tal que se impusieron las de corte filológico. Constituye una excepción a lo anterior, sin embargo, la breve gestión de Lehmann-Nitsche en el año 1926, asunto que abordamos en esta tesis con especial atención (véase §IV. 2).

Hay, asimismo, otro tipo de investigaciones abocadas a la historia de la lingüística que hacen particular énfasis en la dimensión política que atraviesa a la cuestión de la lengua en distintos episodios de la historia argentina. Así, desde la perspectiva de la glotopolítica, Mara Glozman se ha ocupado de indagar en este problema durante el primero y segundo gobierno de Perón (Glozman 2009; 2014; 2015). Si bien allí aborda cuestiones relacionadas principalmente con la lengua española, en uno de sus trabajos se centra en la cuestión de las lenguas indígenas en este momento

político (Glozman 2010), asunto que también será tratado en esta tesis (§VII. 2). También desde la perspectiva de la glotopolítica, Diego Bentivegna (2019a) analiza las intervenciones en la definición de los límites disciplinares de este ámbito de estudios en la Argentina por parte de filólogos, lingüistas y especialistas en temáticas afines, emigrados de Europa, la mayoría por cuestiones relativas a la guerra, entre los que incluye a Imbelloni. Bentivegna (2019b) entra en estrecho diálogo con esta investigación al analizar una serie de proyectos institucionales, en su mayoría nunca concretados, que tienen como responsables a Rojas y Lehmann-Nitsche, con los que sus autores buscan incorporar el estudio de las lenguas indígenas en las investigaciones filológicas y lingüísticas en la Argentina.

En una línea similar que pone en diálogo la historia de la lingüística y los análisis glotopolíticos, Juan Ennis (2012, 2016), por su parte, ha analizado la trayectoria académica de Rodolfo Lenz y su impacto en el desarrollo de los estudios lingüísticos de la región. Estos son trabajos de referencia para esta investigación, ya que este lingüista alemán es uno de los únicos filólogos del periodo de entresiglos en el Cono Sur que se dedicó al estudio del mapudungun, lo que redundó en valiosísimos aportes al desarrollo de los estudios sobre las lenguas indígenas, que lo convirtieron en un referente obligado en los distintos análisis sobre la materia del periodo.

Otro antecedente de esta tesis es una publicación de Guillermo David (2013) en la que compila tres importantes trabajos sobre lenguas indígenas realizados por tres jefes de Estado en la Argentina, antecidos por un prólogo donde el autor expone algunas cuestiones del contexto de producción y el derrotero que atravesaron esos textos. Ellos son: la *Gramática y diccionario de la lengua pampa (Pampa-Ranquel-Araucano)* de Juan Manuel de Rosas; la edición del *Vocabulario del allentiak* del Padre Luis de Valdivia por parte de Mitre; y la *Toponimia patagónica de etimología araucana* de Juan Domingo Perón, en la que Imbelloni participa como prologuista. El valor de este trabajo para esta investigación radica en que el autor repone, en el estudio preliminar, las circunstancias en que la *Toponimia* fuera publicada por primera vez y las de sus reediciones, asunto que también abordaremos en esta tesis (en §VII. 4).

Más allá de estos antecedentes, hasta el momento no registramos un trabajo sistemático dedicado específicamente a la reconstrucción de la historia del estudio de las lenguas indígenas desde el ámbito académico en la Argentina ni uno que analice el espacio en el que emergen, que coincide con el desarrollo de los estudios antropológicos. Así, si bien Martín (1985), Bixio (2010) y Da Rosa (2013) presentan historizaciones de amplio alcance que coinciden en gran parte con

nuestro periodo, son trabajos aislados y no exhaustivos. Los dos primeros, además, no se inscriben en la línea de la historiografía lingüística, mientras que los dos últimos se focalizan en producciones sobre áreas lingüísticas particulares. Contamos, por otra parte, con los otros trabajos mencionados, que, si bien constituyen un antecedente de relevancia (como los de Malvestitti, Farro y Toscano y García), se encargan de analizar principalmente otros problemas, con los que, de todas formas, nuestra investigación guarda un estrecho diálogo.

I. 2. 2. Historia de la antropología en la Argentina

La historia de la antropología argentina, por su parte, viene siendo abordada en profundidad por distintos equipos de investigación y constituye un tema muy fecundo en el área: en tal sentido, registramos numerosos trabajos que constituyen antecedentes de importancia para este proyecto.

Uno de los artículos pioneros y que consideramos simultáneamente fuente y antecedente de nuestra investigación es una conferencia que Imbelloni dicta en 1949 en el Ciclo Anual de Conferencias organizado por la Subsecretaría de Cultura de la Nación, y que fue publicada un año después: “Antropología. Investigadores e investigaciones de la antropología de nuestro país” (Imbelloni 1949a). Allí, el autor propone una periodización de la investigación antropológica a partir de la cual organiza a los referentes locales en “*pioneers*”, “sistemáticos” e “iniciados”. Este agrupamiento le permite inscribir a varios de los autores que consideraremos (Outes, Mitre, Lafone Quevedo y Lehmann-Nitsche) en ciertas tradiciones particulares, además de recuperar las principales temáticas abordadas y algunos datos biográficos de relevancia.

Otra de las historizaciones de gran difusión dentro el ámbito de la antropología es bastante posterior y se debe a Alberto Rex González (1991-1992), quien se encarga de analizar el camino que tomó la antropología a partir de la asunción de Perón en el año 1946, con especial atención a los cambios operados en esta disciplina desde la década del cincuenta y en adelante. Casi contemporáneamente, Patricia Arenas (1989-1990) analiza la emergencia de la antropología como campo científico específico, situación que ubica en el periodo de entresiglos. Para ello, se retrotrae a sus antecedentes cercanos, comenzando con la fundación, en el año 1893, de la Junta de Historia y Numismática Americana a cargo de Mitre, para luego exponer distintas facetas de la conformación del campo: las problemáticas más destacadas del periodo, las perspectivas teórico-metodológicas, los principales intelectuales y los espacios de sociabilidad científica. Por otro lado, Irina Podgorny (2004a, 2004b) aborda algunos hitos de la antropología nacional e internacional en

un periodo que va desde 1910 hasta 1940 y recupera la organización de las distintas redes de intelectuales y la fundación de instituciones, las principales discusiones, los eventos científicos más relevantes y las publicaciones de mayor impacto. Todos estos trabajos constituyen antecedentes de gran valor para nuestra investigación, ya que en ellos los autores exponen un panorama organizado que integra distintos momentos del desarrollo de las ciencias antropológicas, reconstruyen las trayectorias de los principales actores e instituciones y recuperan algunos de los debates que definieron este ámbito disciplinar en el ámbito local.

Más recientemente, es posible identificar numerosas investigaciones sobre la historia de la antropología que tienen como punto de partida los espacios disciplinares e institucionales desde donde comenzó a gestarse este tipo de conocimiento: el Museo Etnográfico, la carrera de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el Museo de La Plata, la Sociedad Argentina de Antropología y el Instituto Étnico Nacional. La creación y la historia de cada uno de estos espacios, que fueron nodales para la sociabilidad de antropólogos locales y para el desarrollo de la antropología argentina, de una u otra forma impactaron en la historia del estudio de las lenguas indígenas, ya que habilitaron la elaboración de proyectos conjuntos y el intercambio de materiales y de ideas, además de ser los lugares desde donde intermitentemente se incluyó o excluyó el tratamiento de esta temática durante el periodo que abarca esta investigación, lo que necesariamente afectó a la institucionalización del campo.

El Museo Etnográfico fue creado en 1904 como dependencia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Respecto de la fundación de esta institución, como así también de las otras dos que la contienen, existen numerosos trabajos. Andrea Pegoraro (2009) dedicó su tesis doctoral al análisis de la formación de las primeras colecciones del Museo, durante las dos primeras gestiones: la de Juan Bautista Ambrosetti y la de Salvador Debenedetti. En este trabajo, la autora reconstruye las condiciones en que este Museo fue instaurado, lo que la lleva a reponer la red de relaciones del siglo XIX que formaron las bases para el desarrollo del americanismo producido desde y por americanos, proceso que la autora define como “americanización del americanismo”. Por el periodo e institución que abarca, esta tesis constituye un antecedente fundamental de nuestra investigación, además de coincidir en el tratamiento de varias temáticas, aunque con perspectivas y objetivos distintos. Por su parte, en diálogo con el trabajo de Pegoraro, Pablo Perazzi (2011) se encarga de analizar las redes y estrategias de sociabilidad que hicieron posible la conformación de las primeras colecciones de ese Museo, a

través de donaciones y expediciones al terreno. Nuevamente Pegoraro, esta vez junto con Vivian Spoliansky (2013), se encarga de la historia del archivo del Museo Etnográfico, lo que constituye un insumo para esta investigación debido a que algunos documentos presentes en ese archivo integran nuestro corpus central (véase “1. 1. Documentos institucionales”). Tulio Halperin Donghi (1962) ha trabajado sobre la historia de la Universidad de Buenos Aires, lo mismo que Pablo Buchbinder (1997), que se ocupa específicamente de la historia de la Facultad de Filosofía y Letras, dependiente de la Universidad de Buenos Aires desde sus inicios hasta 1965. Además, Buchbinder (2005), también ha abordado la historia de las universidades argentinas desde sus orígenes hasta inicios del siglo XXI. Estos últimos tres casos aportan datos clave a esta investigación, ya que reponen el marco institucional en que fue creado el Museo Etnográfico, como así también el espacio académico de mayor actuación de Outes e Imbelloni.

Rosana Guber (2006, 2007) y Hugo Ratier (2010) han examinado distintos aspectos de la historia de la antropología argentina, con especial atención a la emergencia de la antropología social en la década del sesenta en Buenos Aires, en el marco de la Facultad de Filosofía y Letras. Estos artículos también son un antecedente de esta investigación, ya que allí recuperan las circunstancias de creación de esta carrera, entre las que se destaca el rol desempeñado por Imbelloni en tanto principal responsable de los estudios antropológicos en la Universidad de Buenos Aires durante la década anterior, a los que les impuso la impronta de la Escuela Histórico Cultural, cuestión que abordaremos en los capítulos cinco y seis de esta tesis. También Guber (2011), en coautoría con Martha Rodríguez, se ocupa de las publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en un periodo que va desde el comienzo del primer gobierno año de Perón hasta la Revolución Argentina que terminó con el gobierno de Arturo Illia (1966). Este artículo aporta a nuestra investigación debido a que, entre las publicaciones que analiza, se encarga de la revista *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, creada y dirigida por Imbelloni en el marco de su gestión frente al Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires.

Por otro lado, en relación con la Universidad de Buenos Aires, Lena Dávila Da Rosa (2018) analiza la trayectoria académica de Lehmann-Nitsche y particularmente su participación como docente de antropología en dicha universidad y en la de La Plata. Por su desempeño en estas dos universidades, este trabajo nos permite profundizar en el vínculo interinstitucional entre ambas. En este artículo, Dávila Da Rosa ofrece un documentado detalle acerca de la participación de

Lehmann-Nitsche en estas dos instituciones y analiza en profundidad los distintos programas de la materia a su cargo, lo que nos confirma que el estudio de las lenguas indígenas estaba ausente en este espacio curricular. Este trabajo dialoga con una investigación temprana de la misma autora, (Dávila Da Rosa 2011) donde se encarga de examinar los inicios de la antropología argentina a partir de los aportes del antropólogo alemán, con especial atención a sus estudios sobre los pueblos indígenas del Gran Chaco.

El Museo de La Plata, por su parte, es una institución de suma importancia para esta tesis debido al paralelismo de su historia con la del Museo Etnográfico y por el diálogo entre los equipos que les dieron vida a lo largo del periodo. Entre las investigaciones que reconocemos como antecedentes contamos con, por un lado, Podgorny (2005), quien analiza la historia de la Universidad de La Plata, institución clave en desarrollo de las ciencias antropológicas y principal espacio de pertenencia de Lafone Quevedo y Lehmann-Nitsche, razones por las que ese trabajo es de referencia para esta investigación. Por el otro, los aportes de Farro (2009, 2013b), en los que el autor aborda la historia del Museo de La Plata a partir del estudio de la formación de sus colecciones durante las primeras décadas de vida de esta institución a fines del siglo XIX, cuando se encontraba a cargo de Francisco Pascasio Moreno. Este periodo es de relevancia para esta tesis, ya que es posible reconocer entonces los primeros proyectos de institucionalizar el estudio de las lenguas indígenas, tarea que Moreno encomendara a Lafone Quevedo, a través de la creación de la Sección de Filología y de la Biblioteca de Lingüística del Museo.

En cuanto a la Sociedad Argentina de Antropología, cuya fundación marca un hito en las trayectorias académicas tanto de Outes como de Imbelloni ya que ambos fueron miembros fundadores y desempeñaron en ella importantes funciones, el trabajo de María Mercedes Podestá (2007) permite reconstruir la historia de esta institución, organizada en sucesivos momentos relacionados con la vida política del país. Primero, se detiene en la etapa fundacional, que comienza en el año 1936; continúa con la caracterización de la Sociedad en función de los cambios que atravesó la vida académica durante los dos gobiernos de Perón; le sigue la reorganización de la Sociedad después de 1955, cuando el presidente fue derrocado en nombre de la Revolución Libertadora; finalmente, la autora estudia el funcionamiento de la Sociedad entre las décadas del setenta, ochenta y noventa.

Otra serie de trabajos que se reseñan a continuación analiza el desarrollo de los estudios antropológicos en relación con ciertos fenómenos sociales y culturales que también afectan a las

problemáticas que aborda esta tesis. Por un lado, dos textos de Axel Lazzari analizan la articulación de una antropología en tanto saber académico y una antropología al servicio de la organización del Estado; fenómeno que también abordamos durante el mismo periodo, aunque en nuestro caso en relación con el Museo Etnográfico (véase capítulo dos). En el primero, Lazzari (2002) reconstruye la historia del Instituto Nacional de la Tradición en un periodo que va desde el año en 1943 hasta 1976; en el segundo (2004), examina los primeros años de la puesta en funcionamiento del Instituto Étnico Nacional, creado en 1946. Más específicamente, en estos trabajos, el autor da cuenta, entre otras cuestiones, del rumbo que tomaron los estudios antropológicos durante la década del cuarenta frente a los nuevos problemas políticos y sociales y recupera la renovada preocupación del Estado por el “problema del indio”. Estas son las condiciones que dan lugar a un evidente aumento de presupuesto para instituciones creadas para los estudios etnológicos y de otras disciplinas, como el folklore, dedicadas a la “cultura popular”. Según intentaremos demostrar, esto supone, además, un retorno al trabajo de campo que, en nuestro caso, tendrá como resultado la expedición impulsada por Imbelloni para el estudio del pueblo tehuelche (§VII. 3).

También por la importancia que adquiere el campo del folklore en la reconfiguración del espacio epistemológico donde se ubicó el estudio de las lenguas indígenas a lo largo del periodo y por cómo impactó dicho campo en las prácticas de investigación, se suman otro grupo de trabajos que atienden a la emergencia y desarrollo de este campo en la Argentina. Estrechamente vinculadas desde sus inicios, las historias de esta disciplina y de la antropología en este país tienen caminos difícilmente desligables (véanse Chamosa 2012 y Guber 1999). De hecho, los primeros representantes de estos estudios en el ámbito nacional fueron los ya mencionados Lafone Quevedo y Lehmann-Nitsche. Por esta razón es posible entender que, en la mayoría de los casos, sean antropólogos junto con historiadores quienes hayan aportado a la historiografía del folklore. Algunos de estos textos también constituyen un antecedente de esta investigación. Un trabajo pionero es la *Historia del folklore argentino*, de Juan Alfonso Carrizo (1953), quien se encarga de presentar un recorrido histórico por los principales estudios, hasta ese momento, en materia de folklore. Más actual, también constituye un antecedente el trabajo de Oscar Chamosa (2012), quien expone una historización del folklore que abarca los años comprendidos entre 1920 y 1970. Allí, el autor demuestra que su emergencia estuvo impulsada por las oligarquías provinciales, como también lo estuvo su posterior desplazamiento e inserción en los ámbitos académicos, y

reconstruye el papel que jugó Carrizo en la conformación del campo, asunto que dialoga, por momentos, con nuestra investigación.

En relación con la historización de las tendencias nacionalistas y su vínculo con la emergencia del folklore, contamos con uno de los trabajos pioneros sobre el tema, de Martha Blache (1991-1992), y luego con otro que realiza en colaboración con Ana María Dupey (2007). En este último las autoras se encargan de reconstruir la conformación del campo del folklore en la Argentina, recuperar las principales perspectivas teóricas que formaron parte de este estudio en distintos momentos y, finalmente, dar cuenta de la sostenida tensión entre los intereses del Estado y la comunidad académica que lo atravesaron en distintos momentos. Por su parte, Ingrid De Jong (2005) estudia el lugar otorgado al “indio” y al inmigrante en la construcción de una identidad nacional desde los ámbitos de la antropología y el folklore en el periodo de entresiglos. Carolina Crespo y Margarita Ondelj (2012) abordan, a partir de la historia del Instituto Nacional de la Tradición, cómo se fue definiendo el “patrimonio nacional” y plantean que los cambios identificados en estas conceptualizaciones se relacionan, en la misma línea que el artículo de Blache y Dupey, con la tensión entre las demandas del Estado y el campo científico. Finalmente, Fernando Fischman (2012) propone una periodización de los estudios folklóricos latinoamericanos, que, para el caso de nuestro propio periodo, organiza en dos momentos: uno que comprende hasta 1920, a cargo de arqueólogos, y el siguiente, desde 1920 hasta 1970, caracterizado por la creación de instituciones específicas para el estudio del tema y la emergencia de especialistas como Alfonso Carrizo y Augusto Cortazar. Todos estos trabajos aportan directamente a nuestra investigación, no solo por la estrecha relación de la emergencia del folklore con los estudios de lingüística indígena, sino también porque permiten conformar un panorama acerca de este campo de estudios desde fines del siglo XIX hasta el cierre de nuestro periodo.

I. 2. 3. Antecedentes sobre Outes e Imbelloni

El tercer grupo de antecedentes está integrado por investigaciones dedicadas al análisis de ciertos aspectos específicos de la actividad académica y científica de Outes e Imbelloni; si bien se reseñan separadamente, son trabajos que están muy relacionados con las producciones relativas a la historia de la antropología en la Argentina.

Respecto de la trayectoria académica de Outes, hasta ahora contamos con escasas investigaciones específicas. Si bien su figura es habitualmente referida en la historiografía de las

ciencias antropológicas debido a su activa y asidua participación en distintas instituciones de gran relevancia (tal es el caso de las historias del Museo de La Plata, del Museo Etnográfico o de la Sociedad Argentina de Antropología), como así también por sus importantes aportes al desarrollo de distintos conocimientos del área, hemos registrado solo algunas investigaciones que abordan aspectos puntuales de su biografía científica. Tampoco hemos registrado trabajos que se refieran a las investigaciones lingüísticas desarrolladas por Outes. Además de su propia biobibliografía (Outes 1922), Fernando Márquez Miranda (1940) escribe, en la *Revista del Museo de La Plata*, un homenaje con motivo de su fallecimiento donde da cuenta de los acontecimientos más relevantes de su carrera académica y sus principales líneas de investigación; un recorrido similar presenta en Márquez Miranda (1967). También Romualdo Ardissonne (1943) le dedica una necrológica en la revista de la Sociedad Argentina de Geografía donde, mucho más brevemente, expone los puntos más sobresalientes de su trayectoria. El trabajo más reciente es el de Claudia Barros (2001), en el que se encarga de investigar la efímera vida de un área disciplinar instalada por el propio Outes en la Argentina: la antropogeografía, que, según Barros, constituyó un movimiento táctico para hacerse un lugar en la escena académica de la Universidad de Buenos Aires.

Por el contrario, la trayectoria académica de Imbelloni ha sido mucho más frecuentemente estudiada; sin embargo, como se verá, no existe ningún abordaje específico referido a los aportes de Imbelloni a la lingüística indígena.

En primer lugar, Benigno Martínez Soler (1945) presenta una bibliografía de la primera etapa de la trayectoria de Imbelloni que, si bien no es exhaustiva —aspecto que criticará Edgardo Garbulsky (1987)—, facilitó un primer acercamiento a su obra. Tiempo después, Mercedes Vidal Fraits continúa el trabajo de Martínez Soler y completa la tarea por él iniciada. La misma autora realiza, además, una de las primeras biografías (Vidal Fraits 1968) que, al igual que la de Juan Comas (1970) son conmemorativas con motivo del reciente fallecimiento del autor.

Garbulsky (1987) trabaja con textos de Imbelloni mayormente obviados por la crítica, producidos en el marco de la Primera Guerra Mundial, cuando se desempeñó como corresponsal de prensa de un periódico italiano en la Argentina entre 1914 y 1916. Resalta así una temprana intervención de Imbelloni teñida por el positivismo, el biologismo social y el racismo para defender la idea de que la guerra es connatural al hombre. La alineación de Imbelloni con el fascismo mussolinista y sus aportes en la prensa argentina con artículos de esta temática ha sido

un tópico trabajado, aunque no centralmente, por Prislei (2012), en su abordaje de las redes de intelectuales durante el fascismo en la Argentina.

También Arenas, en coautoría con Elina Inés Baffi (1991-1992), se dedican a indagar en el análisis aplicado por Imbelloni a las deformaciones craneanas, una de las temáticas a las que más tiempo dedicó a lo largo de su carrera de investigación.

María Teresa Boschín y Ana María Llamazares (1986) analizan la historia de la arqueología en la Argentina y la emergencia de los estudios histórico-culturales, su fortalecimiento y arraigo, sus representantes locales y los supuestos teórico-metodológicos de los que parte esta escuela. La perspectiva de análisis es fundamentalmente crítica y consideran a la Escuela Histórico Cultural, impuesta precisamente por Imbelloni en el ámbito local, como una línea de trabajo que retardó el desarrollo de la arqueología “científica” en la Argentina.

Perazzi (2014) se encarga de la relación entre el peronismo y la organización del campo de la antropología a partir de la idea de que, si bien este movimiento político cambió la situación de algunos agentes —tal como coinciden varios historiadores de la antropología y de la historia de la ciencia argentina—, y generó una serie de tensiones que su artículo refiere, no modificó la lógica de funcionamiento interna del campo. Con especial atención a Imbelloni, en tanto agente central en dicho campo durante el peronismo, este artículo es un antecedente de relevancia para esta tesis. Este trabajo se complementa con otro del mismo autor (Perazzi 2009), en el que aborda la recepción de la Escuela Histórico Cultural en este país.

Alejandra Mailhe (2016), por su parte, se centra en la “Colección Humanior. Biblioteca del Americanista Moderno”, organizada por Imbelloni y lanzada en 1936 con la publicación de *Epítome de culturología*. Allí, Mailhe se pregunta por los destinatarios de esta colección, el tipo de americanismo que Imbelloni concibe y la definición de antropología de la que él parte. En un artículo más reciente (Mailhe 2018), profundiza ese análisis, con el objetivo de reconstruir las condiciones en las que Imbelloni participa de la formación de un lectorado americanista amplio, pero de la franja culta de la población, operación que vincula con el proceso de profesionalización de la antropología, como parte del entramado que se gesta luego de la Reforma del ‘18. Según la lectura de Mailhe, este movimiento abona al proyecto de Imbelloni de posicionar al americanismo en un lugar central en el ámbito científico que, a la vez, dispute los mecanismos de definición de la identidad americana.

En lo relativo a la expedición emprendida por Imbelloni en 1949 en el marco de las actividades propuestas para el Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires —asunto en el que profundizaremos más adelante (§II. 5 y §VII. 3)—, no contamos con gran cantidad de antecedentes. Por un lado, Julio Vezub y Alejandro De Oto (2011) trabajaron con el material fotográfico recogido durante esta expedición, que se encuentra en el Archivo del Museo Etnográfico, con el objetivo de analizar la relación del proyecto científico de Imbelloni con el programa político del primer peronismo a partir de una lectura decolonial. Mariela Eva Rodríguez (2010), en su tesis de doctorado orientada al análisis de procesos históricos de visibilización e invisibilización del pueblo tehuelche, analiza la expedición emprendida por Imbelloni en el marco de los dispositivos científicos mediante los cuales se organizan los pueblos indígenas en tipologías raciales. Sergio Carrizo (2015a), por su parte, también ha abordado este viaje con el objetivo de demostrar que “lo patagónico” fue un problema del que Imbelloni se apropió para otorgarle a la versión local de la Escuela Histórico Cultural un objeto de investigación original y distintivo.

Contamos, además, con otros tres trabajos de Carrizo centrados en distintos aspectos de la carrera académica de Imbelloni. El primero de ellos se trata de una investigación de mayor alcance en la que el autor reconstruye esa trayectoria articulada con la historiografía de la antropología argentina al reponer el contexto disciplinar, social y político en el que Imbelloni ejerció su carrera (Carrizo 2000), razón por la cual se trata de un antecedente directo de esta investigación. En los otros dos artículos, analiza su intervención en el desarrollo de la antropología en la Universidad Nacional de Tucumán. Específicamente, Carrizo (2015b) reconstruye la creación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas en 1947 (la primera en el país, fundada con objetivos similares a los de la propuesta que el propio Imbelloni expone en 1943 en *Concepto y praxis del folklore como ciencia* de crear una carrera de Ciencias de América), mientras que en Carrizo (2010) se encarga de analizar el vínculo que entabla con Radamés Altieri y su participación en la creación del Instituto de Antropología de esa universidad.

Como puede verse en este estado de la cuestión, la historia de la antropología ha tenido un desarrollo considerablemente de mayor alcance que la historiografía lingüística en la Argentina. Con todo, como ya dijéramos, es posible reconocer, en función de la lectura de los dos grupos de antecedentes, un área que aún se encuentra inexplorada: la historia del estudio de las lenguas indígenas en la primera mitad del siglo XX. Según intentaremos demostrar, esta temática se aloja

en la intersección de los dos espacios disciplinares mencionados: si bien se inscribe en el ámbito de la antropología académica, necesariamente debe leerse en relación con el desarrollo de los estudios del lenguaje y su institucionalización.

I. 3. Marco teórico y metodológico

Desde la década del setenta del último siglo a esta parte, se reconoce la aparición de una serie de investigaciones que se inscriben en el ámbito de la lingüística y que buscan establecer una reflexión sobre la historia de la disciplina, un proceso que fue acompañado por la celebración de reuniones científicas y publicaciones especializadas abocadas a este tema (Koerner 1995, 2014).² La *historiografía lingüística*, en tanto rama de la lingüística, consiste en el estudio sistemático de las teorías del lenguaje, su aplicación y su desarrollo en el tiempo. Uno de los investigadores que se ha dedicado con especial atención a la reflexión metahistórica, Pierre Swiggers, la define de la siguiente manera:

La historia de la lingüística se puede definir como el conjunto cronológico y geográfico de los acontecimientos, los hechos, los procesos de conceptualización y de descripción, y los productos que han moldeado tradiciones de pensamiento y de quehacer lingüísticos (Swiggers 2009: 68-69).

En sus inicios, este enfoque consideraba como principal objeto el estudio de las producciones que tomaron lugar a partir del siglo XIX en el marco de la lingüística histórico-comparada, ya que se entendía a este modelo como el inicio del conocimiento sobre las lenguas y el lenguaje guiado por un método científico. Posteriormente, las investigaciones se han extendido en el tiempo, hasta los periodos más remotos en que tuvo lugar este tipo de reflexión, de parte de distintos agentes, con motivaciones diferentes y en circunstancias históricas particulares (véase Toscano y García 2011).

Tal como establece Swiggers (2009), la historiografía lingüística comprende tres grandes dimensiones: una *descriptivo-interpretativa*, que supone la descripción de los hechos lingüísticos y cuyo resultado es la construcción de historias de la lingüística particulares; una *epihistórica*, que consiste en la construcción de una base de apoyo documental (biografías, bibliografías comentadas, catálogos, etc.); y, finalmente, una *metahistórica*, mediante la cual se reflexiona sobre el propio quehacer historiográfico.

² Para un mayor detalle de las circunstancias históricas de emergencia de la historiografía lingüística y sus debates iniciales, véase Koerner (2014) y un estado de la cuestión en Toscano y García (2011).

La investigación desarrollada en esta tesis se propone abordar la primera dimensión desde la perspectiva de Schlieben-Lange, quien define la lingüística como

[...] un trabajo sistemático y metódico de *cuestiones* que se tornan problemáticas con respecto a las lenguas. Esto significa, por lo tanto, que los textos de Lingüística son *argumentaciones* y que la comunicación entre los lingüistas adquiere la forma de argumentaciones. La historia de la Lingüística, como la historia de las comunidades argumentativas y de los textos argumentativos, tiene dos lados: uno externo y uno interno (Schlieben-Lange 1993: 138, la traducción es nuestra).

De acuerdo con este planteo, revisar la historia de la *comunidad argumentativa* encargada de los estudios lingüísticos implica, desde una perspectiva *externa*, describir los sujetos y las instituciones que habilitaron la reflexión acerca de distintas cuestiones sobre las lenguas. Desde esta perspectiva, la historiografía lingüística debe analizar “cuáles personas, grupos, miembros de cuáles especializaciones argumentaron sobre las lenguas”, como así también “en cuáles instituciones eso fue realizado (escuela, universidad, foros públicos, academias, etc.)”, “de qué forma eso fue realizado (concursos, revistas, congresos, etc.) y, finalmente, “el medio en el cual la argumentación acontece” (Schlieben-Lange 1993: 138; la traducción es nuestra). En lo relativo al análisis de los *textos argumentativos* sobre lingüística, lo que supone pensar en términos de historia *interna*, plantea que este consiste en el estudio de “las argumentaciones en sí”; es decir, consiste en trabajar en la respuesta a la pregunta acerca de “cuáles cuestiones, en un determinado periodo histórico, fueron consideradas problemáticas y cuáles fueron autorizadas para un abordaje científico” (Schlieben-Lange 1993: 138; la traducción es nuestra).

En función de estas definiciones, la autora establece tres aspectos que forman parte de la reflexión, en perspectiva histórica, sobre la construcción del conocimiento acerca del lenguaje: por un lado, una *historia social de la lingüística*, que supone la adaptación de la pregunta fishmaniana “quién habla qué lengua, con quién y cuándo” a la problematización histórica acerca de la construcción de este conocimiento, lo que deriva en el interrogante acerca de quién intercambia argumentos lingüísticos con quién, bajo qué condiciones y en qué tipo de medio. Por el otro, propone atender al análisis de los *patrones de argumentación lingüística*; es decir, a las circunstancias en que la ciencia comenzó a reflexionar sobre un problema específico y por qué decidió indagar en ese tema; cuáles fueron, en un momento histórico determinado, los objetos de la lingüística; como así también qué características debieron tener los intercambios para pasar a

ser considerados científicos. Finalmente, propone indagar en la *historia de la exclusión de los universos discursivos* referidos a la lengua, con lo que busca distinguir la conformación de un campo de estudios específico, la lingüística, de otros que también reflexionan sobre el fenómeno del lenguaje, pero desde otras perspectivas como la filosofía del lenguaje o la enseñanza de la lengua.

A partir de lo anterior, establecemos que esta tesis se propone indagar en un objeto específico, el de la documentación, análisis y comunicación de las lenguas indígenas; como así también en las problemáticas asociadas o derivadas de tal investigación, lo que conduce a prestar particular atención a los procedimientos y condiciones de su exclusión e inclusión en universos discursivos particulares como lo son la lingüística y la antropología. Así, en rigor, esta propuesta se inclina a trabajar, más que en una etapa de la historia de la lingüística propiamente dicha, en una etapa de la historia del abordaje de un problema específico que, tiempo después, fue absorbido por la lingüística.

Metodológicamente, la historiografía lingüística presenta una particularidad evidente. Dada la diversidad de temas de investigación y las especificidades de cada momento histórico en que emergen las distintas ramas o tipos de conocimiento sobre el fenómeno del lenguaje y las lenguas, se vuelve difícilmente plausible la existencia de un método y programa de investigación uniformes (Gómez Asencio, Montoro del Arco y Swiggers 2014). Es por ello que cada investigación en historiografía lingüística debe desarrollar estrategias específicas tanto para el acceso a las fuentes (*fase heurística*), como para su interpretación (*fase hermenéutica*) y la exposición de los resultados de la investigación (*fase poiética*). Más allá de esto, hay algunos aspectos que resultan relativamente consensuados entre los especialistas de la disciplina y que deberían guiar cualquier estudio en historiografía lingüística. Así, tal como plantea Swiggers (2015), la historiografía lingüística se encarga de atender los siguientes interrogantes: 1. qué tipos de conocimientos lingüísticos se han desarrollado a lo largo de la historia; 2. a través de qué proceso fue producido, difundido y recibido el conocimiento lingüístico (lo que supone considerar autores, textos, canales de comunicación y transmisión, instancias de recepción, etc.); 3. cómo se enmarcan los contenidos de este tipo de conocimiento (las asunciones subyacentes y las creencias), proposicional (hipótesis y afirmaciones negativas y positivas), modular (un modelo teórico, técnicas y procedimientos) y terminológico y, finalmente, 4. en qué tipo de contextos se ha producido, transmitido y recibido el conocimiento lingüístico.

De estas consideraciones se desprende la naturaleza interdisciplinar de este tipo de estudio, en el que confluyen, fundamentalmente, el conocimiento profundo de la propia disciplina, la historia intelectual y la historia, la filosofía y la sociología de la ciencia (Koerner 1995, Swiggers 2009). En este sentido, tanto Swiggers (2009) como Schlieben-Lange (1993) plantean la necesidad de una relación teórica y metodológicamente dialéctica entre las dos caras del abordaje de la historia de este objeto: la historia *interna* y la *externa*. Es decir, la historiografía lingüística debe atender tanto a los problemas, modelos y desarrollos teóricos de la disciplina como a las circunstancias históricas en que ellos emergen.

Es así que esta investigación trabaja sobre las siguientes cuestiones: por un lado, la producción de un tipo de conocimiento específico, el estudio de las lenguas indígenas, los textos más ilustrativos de la rama de la lingüística objeto de la investigación y/o del periodo que se encuentra bajo estudio, y las líneas de investigación imperantes de ese periodo (entre las que destacamos según nuestra hipótesis una línea arqueológica primero y luego la de la Escuela Histórico Cultural). Asimismo, analiza la trayectoria y redes de trabajo que forjaron los actores encargados de la producción de este tipo de conocimiento, como así también las principales instituciones desde donde se produce este conocimiento, que en el caso de esta tesis se trata, fundamentalmente, de instituciones creadas con el fin de realizar estudios antropológicos, donde la lingüística constituye un conocimiento auxiliar, en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. A estos acontecimientos históricos se añade la interpretación de las continuidades, desplazamientos y/o rupturas respecto de modelos anteriores y contemporáneos, locales o extranjeros a lo largo del periodo expuesto.

Respecto de la periodización, Swiggers (2009) distingue dos orientaciones en los trabajos historiográficos: un tipo *minimalista*, que propone una estructuración extrínseca en el tiempo; y un tipo *maximalista*, que periodiza sobre una base intrínseca. La elección de un punto de vista minimalista implica la adopción de una periodización como hipótesis puramente pragmática; mientras que el abordaje maximalista intenta justificar la periodización utilizada buscando características específicas para cada período, lo que permite una segmentación cronológica y tipológica. Este trabajo opera de acuerdo con el segundo de los criterios, toda vez que se trata de un período (1904 a 1955) que parte de la hipótesis de que es en ese lapso que se puede caracterizar una situación de marginalidad del estudio de las lenguas indígenas dentro del ámbito de la lingüística y que es asumido por especialistas en ciencias antropológicas como un tipo de

conocimiento auxiliar para el desarrollo de sus propios problemas e hipótesis. Al mismo tiempo, las distintas situaciones históricas desde las cuales emergen los documentos a analizar arrojan interrogantes específicos, de modo que se realizará una subperiodización a los fines de organizar el cuerpo discursivo y sus interrogantes globales (que abarquen todo el periodo) y específicos (que abarquen el subperiodo), tal como se expuso en la delimitación del problema.

En lo que respecta específicamente a los criterios de constitución del corpus, Swiggers (1990) sostiene que en la investigación historiográfica no debe delimitarse un objeto que atienda únicamente a las producciones mayores, a los “grandes textos” de la disciplina; este ha sido históricamente el error de muchos historiadores que, a partir de la exclusión de las “producciones menores”, han dado cuenta de un objeto que Swiggers califica como “convencional” (Swiggers 1990: 28). En esta misma línea, Schlieben-Lange plantea que una historiografía *seriada*, que revalorice la *lingüística trivial* frente a los *grandes* autores “permite localizar, de manera más precisa, el momento y con él también las condiciones de alteraciones históricas de la Lingüística” (Schlieben-Lange 1993: 143). Este es el criterio que adopta esta investigación, de modo que incorporará, además de las producciones en libros y artículos más reconocidos de los dos investigadores que constituyen el eje de este proyecto, publicaciones de escasa circulación, planes de gestión durante sus actuaciones en distintas instituciones académicas, correspondencia y otros documentos de sus archivos personales, complementados por otras obras sobre el tema circulantes en el país, y los materiales bibliográficos que estos autores tomaron como marcos teórico-metodológicos para sus propios programas de investigación.

Finalmente, en cuanto a la heurística de las fuentes (Swiggers 2013), realizamos una exhaustiva exploración de archivos y bibliotecas. Con el objetivo de reconstruir la historia institucional del Museo Etnográfico, indagamos en el Archivo Fotográfico y Documental de ese museo y Archivo General de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Asimismo, visitamos la Hemeroteca de la Biblioteca Central de esa Facultad con el propósito de revisar la *Revista de la Universidad de Buenos Aires (RUBA)* y la revista *Archivos*, donde logramos hallar una gran cantidad de información correspondiente al Consejo Directivo y Superior de gran valor para la reconstrucción del funcionamiento institucional y la actuación particular de distintos actores durante el periodo.

Tanto en el material de archivo mencionado relativo a sus expedientes de gestión, como así también en las últimas dos revistas, hallamos información valiosa para la reconstrucción de las

trayectorias académicas de Outes y de Imbelloni, sobre todo considerando que no logramos encontrar sus archivos personales, si es que se conservan. De hecho, en esta búsqueda, también exploramos el Archivo Histórico de la Universidad del Salvador, debido a que fue la última pertenencia institucional de Imbelloni. Sin embargo, no dimos con material de relevancia para esta investigación, ya que los papeles se referían únicamente a sus investigaciones sobre antropometría. En cuanto a Outes, solo obtuvimos material inédito en el Archivo del Museo Etnográfico, aunque también sin éxito indagamos en el Instituto de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, ya que guardábamos la esperanza de que allí quedaran algunos papeles debido al valor que tuvo Outes para esta institución.

También exploramos otros archivos en busca de datos puntuales. Así, visitamos el archivo perteneciente a Arturo Costa Álvarez albergado en la Biblioteca Pública de La Plata con el objetivo de complementar el debate público que será analizado en §VI. 1, y el Archivo del Museo de la Patagonia en San Carlos de Bariloche, donde hallamos material referido a la expedición realizada por Imbelloni que complementó la documentación presente en el Archivo del Museo Etnográfico. También indagamos en otros repositorios tras la pista de artículos que circularon en la prensa gráfica. Puntualmente, visitamos la Biblioteca Tornquist del Banco Central de la República Argentina y la Hemeroteca de la Biblioteca del Congreso de la Nación. En esta misma biblioteca, consultamos, además, los diarios de la Cámara de Diputados y Senadores de la Nación, que nos permitió analizar el derrotero de un proyecto de ley que será trabajado en §VII. 2.

En cuanto al material publicado de estos dos autores, consultamos una gran cantidad de bibliotecas entre las que se destacan las pertenecientes a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires: la del Museo Etnográfico, la del Instituto de Investigaciones Históricas, la del Instituto de Filología, la del Instituto de Lingüística, la del Instituto de Literatura Argentina y la Biblioteca Central “Augusto Cortázar”. En esta última hallamos, además, los programas de las distintas materias que serán analizados en §III. 3 y en §IV. 3.

Como puede verse, entonces, el material analizado en esta tesis se encuentra disperso en distintos repositorios. Esto implicó, durante gran parte de la investigación, una superposición de la fase heurística con la fase hermenéutica, ya que a medida que realizábamos la lectura de ciertos textos centrales (fundamentalmente nos referimos a los expedientes institucionales y las publicaciones de los principales autores abordados), íbamos encontrando nuevos intercambios argumentativos que demandaban la revisión de otros archivos y bibliotecas.

I. 4. Estructura de la tesis

Como ya anticipáramos, la tesis se organiza a partir de dos ejes: el primero de ellos corresponde al análisis del proceso de institucionalización de este conocimiento, para lo cual nos centraremos en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El otro de los ejes atiende a las producciones sobre lenguas indígenas y temáticas afines de dos de los principales referentes en este espacio institucional ya referidos: Félix Faustino Outes y José Imbelloni.

Los espacios cuya dinámica abordamos en relación con el primer eje —asunto revisado en la primera parte de esta tesis—, nos permitieron reconstruir el ámbito académico desde donde mayormente se llevó a cabo el estudio de estas lenguas, como así también comprender los mecanismos y razones que explican su inclusión o exclusión tanto institucional como de las investigaciones particulares. A partir de un exhaustivo trabajo de archivo en repositorios institucionales detallado anteriormente, esta investigación se abocó a indagar en la historia del Museo Etnográfico, desde su creación en 1904 hasta 1955, cuando Imbelloni fuera cesanteado de su cargo como director (§II. 5). Al análisis de esta institución, se le suma el de otros ámbitos de esta Facultad en los que, según demostramos, las lenguas indígenas fueron objeto de investigación y enseñanza. Así, como dijimos al inicio, por un lado, revisamos los programas del curso de Arqueología americana a cargo de Samuel Lafone Quevedo, desde el primero de 1899, hasta el último que preparó antes de su muerte en julio de 1920, cuyo análisis constituye uno de los aportes originales de esta tesis. Esto se complementa con un recorrido exhaustivo por los principales aportes producidos por Lafone Quevedo, ya que marcó el desarrollo de los estudios sobre lenguas indígenas posteriores. Por el otro, examinamos algunas apariciones esporádicas de la temática que nos ocupa en el ámbito de las ciencias del lenguaje dentro de la misma Facultad, con el objeto de revisar cuáles fueron las circunstancias que habilitaron su abordaje y cuál fue la orientación desde la cual se llevaron a cabo estas investigaciones. En particular, abordamos una etapa específica de la historia del Instituto de Filología, ya que, si bien investigaciones preliminares, en particular las de Toscano y García (2009, 2013a), habían establecido que el estudio de las lenguas indígenas no formó parte de la agenda científica de este centro de investigación, el análisis de la (marginal, como se verá) gestión del antropólogo Roberto Lehmann-Nitsche en 1926, articulada con el proyecto de creación de dicho Instituto por parte de Ricardo Rojas, nos permitió reconocer otra instancia en el lento proceso de institucionalización de este conocimiento (IV). Asimismo, y

también como parte del tratamiento institucional de la temática dentro del ámbito de las ciencias del lenguaje, revisamos los programas de la asignatura de Lingüística romance, con el objetivo de identificar inclusiones y exclusiones dentro del currículo, como así también la perspectiva de abordaje en las ocasiones en las que las lenguas indígenas se integraron como contenidos a dichos programas.

El otro eje, que comprende la segunda parte de la tesis, consiste en el análisis de los fundamentos epistemológicos y metodológicos para el tratamiento de las lenguas indígenas en la obra de los dos especialistas en ciencias antropológicas ya mencionados: Outes e Imbelloni, quienes realizaron un aporte significativo en este ámbito y que, a su vez, se desempeñaron como directores del Museo. Específicamente, analizamos una serie de trabajos originales sobre el tema, las principales hipótesis que sostienen, los objetos de debate, los argumentos planteados, los presupuestos subyacentes y las tradiciones de investigación en que se inscriben. Hasta ahora, la participación de estos dos actores en la construcción del conocimiento acerca de las lenguas indígenas ha sido escasamente indagada en general y en el ámbito de la historia de la lingüística en particular; nuestra investigación aporta, en este sentido, a una comprensión más acabada del aporte de ambos a los estudios de lingüística indígena. Como se verá más adelante, la mayor cantidad de producciones de Outes sobre el tema se corresponden con la primera parte de nuestro periodo (V), mientras que las de Imbelloni, con la segunda (VI y VII).

Finalmente, en el apartado de conclusiones, sintetizamos, en función de las dos hipótesis centrales desarrolladas en §I. 1, la historia institucional de los tres espacios referidos anteriormente y los principales aportes teóricos y metodológicos aplicados por Outes e Imbelloni. En último lugar, proponemos líneas de trabajo a futuro.

Primera parte

¿Cómo se institucionaliza un saber?

Lenguas indígenas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

Con el objetivo de reconstruir la *historia social del conocimiento* acerca de las lenguas indígenas (véase §I. 4), en la primera parte de esta tesis recuperamos los espacios institucionales de investigación o enseñanza que se encargaron de su tratamiento entre fines del siglo XIX y la primera mitad del XX en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Inicialmente, proponemos una historización del Museo Etnográfico desde su puesta en funcionamiento en el año 1905 hasta 1955, además de una reconstrucción de las circunstancias de su creación en 1904. El objetivo de este capítulo es aportar un marco de referencia acerca de la constitución del campo de la antropología y de la comunidad argumentativa (académica, en este caso) en la que emerge la cuestión de las lenguas indígenas en la Argentina. Por ello, como se verá, se organiza en función de las diferentes direcciones de la institución y presenta a numerosos actores (directores e integrantes que participaron del Museo), como así también otros datos cronológicos y fácticos.³

El segundo capítulo se refiere al análisis de la enseñanza de esta temática en la misma unidad académica, la Facultad de Filosofía y Letras; tarea que, durante el periodo abordado, asume Lafone Quevedo. De este modo mostramos que existió, durante más de veinte años (desde 1899 hasta 1920), en la Sección de Historia de la Facultad, un espacio curricular en el que el problema de las lenguas indígenas fue un contenido educativo relevante: el curso de Arqueología americana. Al igual que el anterior, este capítulo pretende constituir un insumo detallado sobre los distintos programas basado en un extenso trabajo de archivo y revisión bibliográfica.

³ Hemos optado por un registro exhaustivo de la actividad de esta institución, a pesar de que, como es evidente, parte de esta información se relaciona solo indirectamente con el problema que abordamos en esta tesis, ya que entendemos que puede constituir un insumo documental de valor para investigaciones futuras, no solo de historiografía lingüística sino también antropológica o de historia institucional.

Finalmente, el tercer capítulo consiste en el análisis de esta temática dentro de los espacios institucionales dedicados a las ciencias del lenguaje. Así, por un lado, atendemos a la instancia en la cual, excepcionalmente por un año, es posible reconocer un acercamiento al estudio de las lenguas indígenas en la historia del Instituto de Filología, asunto que ha sido escasamente tratado a lo largo de su historia al menos hasta 1946 (véase Toscano y García 2011), más allá de que hubiera sido creado, entre otros, con este fin. Nos referimos, como ya anticipamos, a la gestión interina de Lehmann-Nitsche frente a este instituto. Por el otro, este capítulo también atiende a la indagación en los programas de la materia Lingüística romance, con especial atención a los casos en los que se incorporó, también excepcionalmente, la temática de las lenguas indígenas desde una orientación fundamentalmente dialectológica.

Con esta historización buscamos recuperar los mecanismos que habilitaron el pasaje de un tipo de conocimiento desarrollado por red privada de intelectuales a otro integrado en una serie de proyectos institucionales de carácter estatal. Así, entre fines del siglo XIX e inicios del XX, el campo de las ciencias antropológicas se encontraba en proceso de formación, sus límites respecto de los campos cultural y político eran bastante difusos y el trabajo intelectual aún no se encontraba completamente profesionalizado.⁴ En este marco, la producción intelectual era impulsada por *gentlemen escritores* (categoría acuñada por David Viñas, citada en Losada 2006), quienes no “vivían de” este tipo de producciones, ni contaban con una formación académica especializada, pero “vivían para” la actividad intelectual, en el sentido de que invirtieron parte de su fortuna y tiempo a este tipo de estudios. Esta caracterización aplica a los principales referentes del estudio de las lenguas indígenas de entresiglos, Lafone Quevedo y Mitre, quienes complejizaron la técnica de recopilación y organización del material mediante la creación de un sistema de fichaje de los documentos y conformaron una red de trabajo colaborativo, a partir del intercambio de materiales y consultas técnicas que se evidencia en su correspondencia (Farro y De Mauro 2017).

Entrado el siglo XX, comenzaron a crearse espacios académicos desde donde impulsar estas investigaciones, lo que generó un marco institucional que derivó en un profundo cambio en la organización de ese campo científico en formación. Así, se asiste a una instancia en que comienza a debatirse la potestad disciplinar sobre los objetos científicos, se definen los universos

⁴ Ricardo González Leandri distingue el término “intelectual” del “profesional” en el sentido de que este último, para ser considerado como tal, debe atravesar una instancia de formación de experto, lo que supone un “el entrenamiento prolongado y la selección de méritos, llevada a cabo, no por el mercado sino por el juicio de sus pares” (González Leandri 1999: 11), lo que constituye una de las principales características de la profesionalización.

de inclusión y exclusión de temáticas específicas y, consecuentemente, comienzan los intentos por definir los límites de cada disciplina; se crean, además, medios de difusión particulares (revistas especializadas y de divulgación) que regulan lo que puede decirse y cómo debe decirse en cada ámbito; además, se conforman y consolidan alianzas propias de la vida política universitaria que impactan en la distribución social del trabajo científico. A partir de los espacios institucionales que abordamos en esta sección, describiremos los intentos, logrados o frustrados, por instalar el estudio de las lenguas indígenas en el ámbito académico, las razones que hay detrás de ello, los presupuestos epistemológicos, las ideologías que circulan y las técnicas aplicadas.

II

El Museo Etnográfico

Desde su creación en 1896, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires se propuso como un espacio académico dedicado al tratamiento de problemáticas locales y al forjamiento de una cultura nacional (Buchbinder 1997; Perazzi 2003). De esta tarea se encargarían profesores universitarios con un nuevo perfil: ya no serían simples divulgadores de conocimientos producidos en otras latitudes, sino creadores de gran parte de los conocimientos que después se impartirían en las clases. Con estas ideas como base, ocho años después de la puesta en funcionamiento de la Facultad, el 20 de abril de 1904, el Consejo Directivo sanciona la ordenanza de creación de un museo etnográfico, propuesta impulsada por Norberto Piñero (*RUBA* 1904: 271-272), quien tres días después asumiría como decano de la Facultad. Con este museo, que recién comenzará a funcionar un año después, se inauguraba toda una serie de fundaciones de institutos dedicados al estudio y la producción de conocimiento en distintas áreas de las humanidades (Perazzi 2003), relativamente nuevas en el ámbito universitario, reservado hasta entonces a las profesiones liberales tradicionales (Buchbinder 1997; Pérez Gollán y Dujovne 2002).

Uno de los rasgos distintivos del Museo fue su especificidad disciplinar, a diferencia del de La Plata y el de Ciencias Naturales de Buenos Aires, que albergaban colecciones de múltiples áreas. En este sentido, con su creación a inicios del nuevo siglo, la ciencia argentina se introducía en un periodo de delimitación de los campos y, paralelamente, se ponía al servicio de la construcción de la nación moderna. A su vez, coinciden distintos autores (Pérez Gollán y Dujovne 2002; Pegoraro 2009; Perazzi 2011) en que este museo venía a cumplir con el objetivo de conservar la mayor cantidad de elementos originales característicos de los distintos grupos indígenas del país, partiendo de la idea de su desaparición inminente como efecto del avance del “progreso”. Así, un museo etnográfico aparecía como el lugar adecuado para albergar y clasificar las distintas colecciones que conformarían el patrimonio prehistórico nacional.

Menos de un año después de la ordenanza que dio origen al Museo, en el verano de 1905, Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917) emprende la primera expedición arqueológica de la

Facultad, que tuvo como destino los Valles Calchaquíes. En el informe que presenta el comisionado, plantea que el naciente museo “tiene ya su vida asegurada con la base de las colecciones recogidas [...]; las que una vez instaladas, y convenientemente restauradas, podrán exhibirse como un conjunto modelo” (*RUBA* 1905: 333).⁵ El exitoso resultado de la campaña, además de su temprano desempeño como profesor de la UBA y el reconocimiento de la comunidad académica con el que contaba desde joven, condujeron a su designación como director del Museo Etnográfico, en el mes de junio de ese año.

Aproximadamente dos meses después del nombramiento de Ambrosetti, en septiembre de 1905, sesiona por primera vez la sección de Etnografía Argentina,⁶ integrada por el decano Piñero, Ambrosetti y otros especialistas en el tema: Lafone Quevedo (docente a cargo de la materia Arqueología americana y director del Museo de La Plata), Outes (adjunto honorario de la Sección de Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires desde 1903, oficial mayor de la Biblioteca Nacional y exalumno de la UBA [Outes 1922]) y Leopoldo Maupas (alumno de la Facultad e integrante de la comitiva a los Valles Calchaquíes). En la segunda sesión se suman el antropólogo alemán Lehmann-Nitsche y Antonio Porchietti, profesor de Letras Clásicas de la Facultad.⁷

Una de las primeras tareas que se propusieron los integrantes de la sección fue la de crear una biblioteca especializada en ciencias antropológicas y realizar reuniones periódicas para delinear otras actividades que llevarían adelante. A estas tareas se le sumaba la propuesta de Outes de crear un atlas de etnografía argentina, con el objetivo de “dar una base sólida a las especulaciones etnológicas, y cuya ausencia se ha hecho sentir ya, en la confusión observada en ciertos trabajos étnicos, de autores europeos, sobre esta parte del continente americano” (AGFFYL, B-5-10, s/n), fragmento que dialoga con el proyecto de Lafone Quevedo de diseñar una cartografía de los grupos indígenas de la Argentina, como se verá más adelante (§III. 2). La

⁵ En todas las citas de esta tesis se respeta la ortografía, puntuación y erratas originales.

⁶ La ordenanza sobre la organización de secciones de investigación data de junio de 1905 y las áreas fueron Geografía, Historia, Lingüística y Etnografía argentinas (Buchbinder 1997: 69). En el texto citado, Buchbinder plantea que es probable que los estudios de arqueología y etnografía fueran los primeros en organizarse como sección.

⁷ Algunos miembros de esta sección tenían una doble filiación institucional, la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Tal es el caso de Lafone Quevedo, quien se desempeñaba como director del Museo de La Plata y, a la vez, como profesor titular de Arqueología americana en la segunda unidad académica mencionada; de Lehmann-Nitsche, quien era el encargado de la Sección de Antropología en La Plata y profesor titular de Antropología en Buenos Aires; y de Outes, profesor adjunto de Etnografía y Arqueología en La Plata y de Geografía humana en Buenos Aires.

participación de Outes en la puesta en marcha del Museo es la que más se destaca en las actas de la sección.

II. 1. Juan Bautista Ambrosetti (1905-1917)

El 21 de junio de 1905, como indicamos, Ambrosetti es nombrado primer director del Museo Etnográfico (*RUBA* 1905: 522). Tal como establece Perazzi (2011), para entonces Ambrosetti reunía las condiciones necesarias para su conducción que, además de la experticia en el área (con la que, en efecto, contaba, ya que se había desempeñado como director de la sección de zoología del Museo Provincial de Paraná entre 1885 y 1890), consistían en la posición que ocupaba en la élite intelectual: provenía de una importante familia latifundista entrerriana, que lo proveyó de los recursos necesarios para realizar, desde muy joven, una gran cantidad de viajes al resto de país con fines naturalistas, muchos de los cuales los realizó en compañía y bajo supervisión de Florentino Ameghino, a quien consideraba su maestro. Su vínculo con la élite porteña se profundizó gracias a su matrimonio con la hija de Eduardo Holmberg, María Elena.⁸ Los viajes exploratorios que emprendió le permitieron ir formando su propia colección privada, por entonces otro de los requisitos tácitos para ser colocado frente a un museo de etnografía (tal es el caso de Francisco Pascasio Moreno, por ejemplo, cuya colección privada dio origen al Museo de La Plata [véase Farro 2009]).

El perfil de estudioso naturalista del periodo de entresiglos permite explicar la variedad de temas abordados por Ambrosetti a lo largo de su vida. Así, no solo fue reconocido por sus aportes en el ámbito de la arqueología, sobre todo por los importantes hallazgos en la región de los Valles Calchaqués, como veremos a continuación, sino que en sus semblanzas se destacan sus investigaciones en los ámbitos del folklore y la etnografía. Asimismo, y en función de nuestra investigación en particular, en la primera parte de su trayectoria científica y exploratoria, observamos que realizó una serie de registros de lenguas de la región del Litoral que analizamos a continuación.

II. 1. 1. Ambrosetti y el registro de lenguas indígenas

Los registros que realizó Ambrosetti son resultado de las primeras expediciones de su carrera con destino a distintos puntos del Noreste argentino. Tal es el caso de “Apuntes sobre los indios

⁸ Para más información biográfica sobre Ambrosetti, véase Babot (1998), Pegoraro (2009) y Perazzi (2011).

chunupies (Chaco austral) y pequeño vocabulario”, publicado en 1894 en los *Anales de la Sociedad científica argentina* (Ambrosetti 1894a); como así también “Los indios Kaingangues de San Pedro (Misiones) con un vocabulario”, publicado ese mismo año en la *Revista del Jardín zoológico de Buenos Ayres* (Ambrosetti 1894b); y finalmente, “Materiales para el estudio de las lenguas del grupo Kaingangué (Alto Paraná)”, de 1896, resultado de su primer viaje de exploración a la región del Chaco santafesino,⁹ que apareció en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*.

El primero de ellos consiste en una descripción etnográfica seguida de un vocabulario que Ambrosetti consulta a un grupo de chulupíes, pueblo originario del Chaco temporalmente asentado en Corrientes por cuestiones de intercambio comercial, que es donde se produce el registro. Ambrosetti inicia su informe con un comentario acerca de las condiciones de vida de este pueblo:

[...] se trata de una tribu otrora numerosa y valiente cuyos últimos representantes son los pocos que se ven allí, andrajosos, miserables y borrachos, llevando en sí mismos todos los gérmenes de la rápida degeneración, tan comunes en todas las tribus que sin civilizarse se hallan en contacto con nuestra civilización, de la cual, sin tomar nada de lo bueno, se asimilan fácilmente en cambio todo lo malo, que precipita su extinción (Ambrosetti 1894a: 150).

En cuanto al material lingüístico, en primer lugar, presenta la lengua chulupí o vilela y su filiación genética: “pertenece al grupo que él [Lafone Quevedo] ha denominado *Nogwaycurú*, siendo un dialecto del *Lule* de Machoni, con tal vez un elemento guaycurú algo más pronunciado” (Ambrosetti 1894a: 157). La dubitación antroponímica (chulupíes o vilelas)¹⁰ es un fenómeno usual a lo largo del periodo estudiado, ya que al momento los criterios para establecer límites étnicos, culturales y lingüísticos eran bastante imprecisos. De allí la persistente intención de conformar mapas que permitieran organizar la diversidad antropológica del país, tal como señalamos anteriormente respecto de uno de los primeros objetivos que se propuso la Sección de Etnografía.

⁹ A partir de este viaje, que tuvo lugar en 1885, también publicó, en 1893, bajo el seudónimo de Tomás Bathata, *Viaje de un murrango y otros relatos folklóricos*; para un análisis de este último trabajo, véanse Arias (2011) y Arias y Dávila Da Rosa (2014).

¹⁰ En uno de sus trabajos, Lafone Quevedo (1895) se refiere a este grupo con el etnónimo “vilela”, aunque en las referencias a los documentos que utiliza como fuentes para su descripción emerge la alternancia, “vilela o chulupí”, como es el caso del ingeniero Pelleschi. Sin embargo, Golluscio y Vidal (2010) señalan que el vilela y el chulupí son dos lenguas distintas pertenecientes a familias también diferentes. Así, el vilela se corresponde con la familia lule o vilela, mientras que el chulupí se corresponde con la familia mataco-mataguaya.

Por otra parte, la referencia en este artículo a Lafone Quevedo, quien se desempeñaba, entonces, como director de la Sección de Filología del Museo de La Plata (y con quien Ambrosetti compartirá luego la cátedra de Arqueología americana),¹¹ resulta de relevancia, ya que Ambrosetti se refiere a él como el “maestro en estas cuestiones filológicas Sud-Americanas” (Ambrosetti 1894a: 157); además de que Lafone Quevedo era quien mayor atención había otorgado al estudio de las lenguas del Gran Chaco, como se verá más adelante (§III. 2).¹²

El vocabulario, consultado a un solo informante de quien no se ofrecen datos, es breve, de menos de cien ítems léxicos, pertenecientes a los campos semánticos de vínculos de parentesco, fauna, flora, partes del cuerpo, instrumentos domésticos, a lo que le suma los pronombres personales y pocos numerales. Se encuentra organizado en tres columnas, una que contiene las entradas en español, otra que presenta los términos en chulupí correspondientes a la elicitación de Ambrosetti y otra que introduce el registro de Luis Jorge Fontana, autor de *El Gran Chaco* (1881). La presentación simultánea de la elicitación propia y de datos previamente recopilados se explica porque Ambrosetti pretendía realizar una comparación futura que permitiera rectificar su registro:

En algunas palabras de las que recogí discrepo de las publicadas por el señor Fontana; en otras no; pero creo que lo mejor es transcribir ambos vocabularios para que puedan compararse las palabras de uno y otro; más tarde y con mayores datos se hará la selección; por ahora este trabajo sin pretencion alguna debe sólo considerarse como una pequeña contribución al conocimiento de esa tribu tan interesante como poco estudiada (Ambrosetti 1984a: 157).

El vocabulario que presenta en el segundo de los trabajos mencionados, “Los indios Kaingangues de San Pedro (Misiones) con un vocabulario” (1894b), es bastante más extenso que el anterior. Consiste, como su título lo indica, en registro realizado en San Pedro, Misiones. Luego de presentar características generales del pueblo kaingang, introduce el vocabulario en cuestión, antecedido por una valoración general de la lengua. Según el propio autor, aunque no explicita razones, “El idioma Kaingángue es interesante en sumo grado, tanto para el filólogo americanista, como para el explorador ó el viajero que necesiten comunicarse con los Indios de esa nación” (Ambrosetti 1894b: 353). El principal sujeto consultado fue el Cacique Maidana, quien le provee

¹¹ Para una historización de esta sección véase Farro (2013a).

¹² La existencia de aquella Sección de Filología en el Museo de La Plata marca una importante diferencia con el Etnográfico, que, a lo largo de su historia, no contó con un departamento similar dedicado específicamente a la lingüística indígena.

la información volcada en este trabajo acerca de los usos y costumbres del grupo kaingangue, como así también del vocabulario. Además de Maidana, participaron otros kainganges, quienes “le corregían cuando se equivocaba y de quienes me servía para comprobar mis apuntes” (Ambrosetti 1894b: 353), según relata el propio antropólogo. Asimismo, contó con la colaboración, en la instancia de revisión del vocabulario, del brasileño Telémaco Morosini Borba, como así también del profesor Baldmar Dobranich,¹³ quien le suministró “indicaciones preciosas relativas á la manera de anotar los sonidos” (Ambrosetti 1894b: 353). Si bien se indica que “Simultáneamente con la corrección de las pruebas, el Profesor Dobranich se ocupa del estudio filológico de este idioma, cuyo resultado publicará en esta revista, lo que me es grato comunicar á los lectores que se interesan por estas cuestiones” (Ambrosetti 1894b: 353), pareciera que la contribución con este colega no prosperó. En cuanto al ordenamiento del vocabulario, plantea:

Al presentar el vocabulario, en la forma en que lo hago, he tenido en vista:

- 1° El ordenar con algún método las palabras;
- 2° El que dicha forma pueda servir alguna vez á los que necesiten tratar con Indios de aquella nación, de un modo eficaz y rápido (Ambrosetti 1894b: 353).

De acuerdo con esto, el orden es el siguiente: en primer lugar, nombres de animales en español, entre paréntesis su denominación latina, y luego su traducción en lengua kaingangue, subordinados, a su vez, por especie (mamíferos, aves, reptiles, peces, invertebrados). A estas designaciones le siguen las partes del cuerpo, subordinadas por partes (cabeza, tronco, extremidades y apéndices), lo que se complementa, como un subtítulo aparte, con los “órganos internos, accesorios y productos del cuerpo”. En tercer lugar, introduce los términos de parentesco, entre los que también incluye “cristiano”, “dios”, “cura”, “cacique”, etc., es decir, nombres que no se refieren estrictamente a una relación de parentesco. Luego presenta los nombres para designar “vegetales”, serie que integra también nombres derivados (como madera de árbol y árbol). Un título aparte recibe el maíz, del que se elicitan quince términos para designar sus distintos estados, formas y partes. Luego se presentan los elementos de la siembra y de la cocina. Posteriormente se introducen las formas de designar alimentos, a los que le siguen los elementos de caza, entre los que se incluyen algunas frases. Le siguen términos relacionados con la pesca y, luego, los términos

¹³ Son escasos los datos biográficos que se han podido recuperar acerca de Dobranich, para más información véase Lidgett (2012).

y verbos relacionados con el agua (lluvia, llovizna, mojar, bañarse, etc.). Continúa con los términos relacionados con la “meteorología, geografía y astronomía”, a los que subdivide según cada uno de esos campos. Luego introduce “sustantivos”, a los que subdivide en términos relacionados con la habitación, por un lado, y términos relacionados con la vestimenta y “otros sustantivos”, por el otro. A estos, le siguen los numerales, luego, adjetivos, pronombres personales y posesivos, verbos, adverbios, preposiciones, “expresiones interjectivas” y, finalmente, frases. El apartado de sustantivos, adjetivos y verbos es el más extenso y solo estas tres categorías aparecen ordenadas alfabéticamente. Como se verá en §V. 3 y §VII. 3. 1. 2, este registro, en lo relativo a la selección léxica y la organización del vocabulario, sigue en parte el modelo de una serie de instrumentos elaborados a fines del siglo XIX en Europa con el propósito de estandarizar la documentación de lenguas indígenas. La publicación finaliza con un apéndice relativo a un vocabulario kaingangue de una región de Paraguay colectado por el teniente del ejército brasileño Edmundo Barros.

El último de los trabajos mencionados, “Materiales para el estudio de las lenguas del grupo kaingangue (Alto Paraná)”, se presenta en diálogo con el anterior. Este caso consiste en “la publicación de otros vocabularios recogidos en alto Paraná, de otros indios, que, según ellos, llámanse *Ingain*, pero que, para mí, no son sino pertenecientes a la misma nación *Kaingangue*” (Ambrosetti 1896: 3). En la siguiente cita se leen las motivaciones que conducen a esta publicación, vinculada a la lingüística del salvataje y el objetivo central de poner a circular información antes de la supuesta desaparición del grupo:

Y así arrinconadas, fatalmente sujetas á la lucha por la vida, destruyéndose entre ellas, han sufrido superposiciones y desapariciones continuas, que han dado, por resultado, los restos que hoy encontramos diseminados; los que, con trabajos y paciencia, pueden proporcionarnos todavía materiales preciosos para el estudio de las lenguas y etnografía americanas.

Por estas razones y sobre todo por la urgencia que me han manifestado varias personas interesadas en estos estudios es que me apresuro á publicar los vocabularios obtenidos, junto con algunas notas que me han surgido al transcribirlas de mi libreta de viaje (Ambrosetti 1896: 6).

La publicación consiste en un vocabulario comparado en función de la elicitación de cuatro consultantes, que sigue el mismo ordenamiento que el vocabulario anteriormente presentado en Ambrosetti (1894b). El primero de estos fue Pedro, “un peoncito del señor Pedro Indart, en 1893, con quien me fué bastante difícil entenderme, porque poco comprendía el español y tenía que valerme del guaraní como intermediario” (Ambrosetti 1896: 6), lo que logró gracias a la

colaboración de su “amigo el señor Sandalio Rodriguez, que me acompañaba en esta excursión á los campos Tatinyupí, un poco al norte de Tacurú-Pucú” (Ambrosetti 1896: 6-7). El segundo consultante fue Cosme Román:

El segundo lo debo á otro peon del señor Rodríguez, llamado Cosme Román, indio de raza pura, que dicho señor me prestó como remador, en un viaje que necesité hacer en canoa por el alto Paraná, y á quien aproveché entre un golpe de remo y otro, para extractar el vocabulario. Este tampoco conocía el español y naturalmente también el guaraní fue nuestro intermediario (Ambrosetti 1896: 7).

La tercera persona consultada fue María Antonia, “que hoy vive casada con un brasilero, cerca de la casa del señor R. González frente á *Tatinyupí*”. En cuanto las circunstancias de esta última elicitación, plantea lo siguiente:

Con esta me entendí mejor, y durante dos largas horas nos ocupamos del vocabulario, que, si no es más completo, se debe al poco tiempo de que dispuse, pues el mismo día que llegamos abandonamos ese punto.

Ella me contó las luchas que habían sostenido con los Caingú que, en mayor número siempre, habían concluido con muchos de sus compatriotas (Ambrosetti 1896: 7).

Finalmente, la cuarta elicitación corresponde a un “buen amigo el valiente explorador de las Altas Misiones, señor Adam Luchessi, quien lo tomó en las tolderías, cerca de Iutorocay, de vuelta de una excursión á la sierra de Maracayú” (Ambrosetti 1896: 7). Como puede verse, en los tres vocabularios presentados sigue el mismo procedimiento de complementar su propia elicitación con otras realizadas previamente por otros recopiladores.

Luego de presentar cada uno de los sujetos consultados, realiza una valoración general de los registros y plantea lo siguiente, donde se ve una cierta conciencia de la variación dialectal:

Como se verá por el examen de los vocabularios, ellos, en muchas palabras, difieren entre sí, teniendo en cambio otras comunes á todos, lo que me hace suponer que se trata de individuos de la misma nación pero de diferentes tribus.

Con el idioma Kaingangue también hállanse palabras que tienen mucha analogía y otras son las mismas y esto es porque creo que los indios que me ocupan ahora pertenezcan al mismo grupo étnico, tanto más cuanto que sus facciones son muy parecidas, por no decir iguales (Ambrosetti 1896: 7-8).

Se muestra, a sí mismo, además, como un simple colector de información, a ser procesada por los especialistas en cada materia. Así, en cuanto al material lingüístico, plantea:

De cualquier modo, los filólogos algo nos dirán al respecto; nuestra misión es solo por ahora, traer el material que nuestros viajes nos proporcionan, á fin de entregarlo á los especialistas, quienes sabrán sacar el mejor partido posible del fruto de nuestros esfuerzos y penurias en medio de la selva virgen (Ambrosetti 1896: 7).

Esta aspiración, sin embargo, nunca logró concretarse durante el periodo en el país, ya que los pocos “filólogos” que había al momento no se encontraban interesados en este tipo de material, excepto algunos casos aislados como Lafone Quevedo o Lehmann-Nitsche, quienes, sin embargo, no eran estrictamente especialistas en filología (volveremos sobre los aportes de estos autores al estudio de las lenguas indígenas en los capítulos tercero y cuarto).

II. 1. 2. Las primeras actividades del Museo

De la gestión de Ambrosetti se destaca la gran cantidad de expediciones arqueológicas, lo que significó para el Museo el descubrimiento de yacimientos de relevancia y la formación de sus más importantes colecciones. El propio director fue, asimismo, el primer jefe de tales expediciones. La primera de ellas tuvo como destino los Valles Calchaqués, en 1905, apenas creado el Museo; un año después emprende otra con el mismo destino y, en 1907, continúa con una campaña más también a la zona del noroeste argentino. Las expediciones a esta región gracias a sus propias gestiones convirtieron a los Valles Calchaqués en el emblema del americanismo local (Pegoraro 2009),¹⁴ mientras que las expediciones al Noreste y Patagonia realizadas desde el Museo Etnográfico fueron significativamente más escasas. Además de los Valles Calchaqués, los otros yacimientos de relevancia visitados en la época fueron el Pucará y Alfarcito, ambos ubicados en Tilcara, provincia de Jujuy (*RUBA* 1917: 496). El segundo de ellos fue descubierto por Salvador Debenedetti, discípulo y principal compañero de campaña de Ambrosetti y su sucesor en la dirección del Museo (véase II. 2).

¹⁴ Durante los primeros años de su carrera, Ambrosetti viaja dos veces a la región de Misiones como parte de un proyecto personal. En 1894, realiza su tercera expedición a Misiones, esta vez por encargo del Instituto Geográfico Argentino, y, entre 1895 y 1897 esta misma institución le confía tres expediciones más, una dirigida a Salta, otra a Tucumán y otra a Catamarca y el sur de Salta (Boman 1920), destinos que revelan la particular atención que recibía el Norte argentino por entonces. Para conocer más sobre el valor de los Valles Calchaqués para Ambrosetti y los debates en que se inserta, véase Podgorny (2004a) y Pegoraro (2009).

A comienzos de 1909, Debenedetti emprendió una “misión” con objetivos etnográficos, la única realizada exclusivamente con ese fin en el marco del Museo (Pegoraro 2009), ya que durante la gestión de Ambrosetti el resto de los fondos se destinaron a realizar expediciones arqueológicas. En esta misión, de más de un mes de duración, Debenedetti recolectó 350 piezas antropológicas (“arcos de flecha, camisas de guerra, instrumentos de agricultura, adornos de plumas, yikas, cántaros, redes, lanzas, silbatos de guerra, pipas, etc.”) y recabó información acerca de “las costumbres, ceremonias religioso funerarias, usos, prácticas sociales y guerreras y sobre todo dedicar atención al problema de la sumisión del indio á la civilización” (lo que derivó en un trabajo, “La sumisión del indio del Chaco: el factor religioso, militar e industrial” [1909])¹⁵. Además registró, según él mismo consigna en el expediente presentado como resultado de la expedición, un vocabulario chorote de 108 palabras en el ingenio azucarero de Ledesma, en el Chaco jujeño: “Me fue posible registrar un vocabulario de la lengua hablada por los indios chorotes que, creo, podrá ser utilizado en los estudios de lingüística americana donde aquella lengua no tiene todavía cabida por ser desconocida” (AGFFYL, B-5-10, 64).¹⁶

Este registro nunca fue publicado ni hemos tenido acceso a él, tampoco aparece mencionado en Debenedetti (1909) ni en el informe de la expedición (una ausencia llamativa que aún no hemos logrado dilucidar). Constituyó, sin embargo, una de las fuentes de un trabajo de Lehmann-Nitsche apenas posterior, de 1910, que permite ver la estrecha relación que había entre los participantes del campo antropológico de La Plata y Buenos Aires. La publicación de

¹⁵ Escasamente conocido, el artículo “La sumisión de los indios del Chaco” (1909) presenta posicionamientos respecto de la realidad indígena chaqueña de una claridad notable para la época: “El horror del indio á la civilización nace precisamente del terror que continuadas luchas han concluído por hacerse carne en él. Es inocente creer que quien es tratado á sangre y fuego, quien se ve expuesto á los avances de gente extraña, ultrajado de sus jefes, en sus mujeres y hasta en sus personas, deba retribuir manifestaciones de esta naturaleza con sumisiones espontáneas, con acatamientos incondicionales. En el código convencional del indio no caben esas fórmulas” (Debenedetti 1909: 354). Continúa su reflexión de la siguiente manera: “Y si vamos más allá todavía y consideramos que las expediciones militares tienen casi un fin de conquista: despojar al indio de sus selvas, hacerle abandonar sus tolderías, alejarlos de los sitios donde han nacido, donde ha sido la cuna de sus tradiciones seculares, donde el indio posee la naturaleza íntegra y ésta le ofrece ventajas que no hallará en otra parte; si consideramos que el indio, por convencimiento natural, se cree señor de las tierras que ocupa desde tiempos remotos, y si consideramos que la civilización, vale decir las expediciones militares que se proponen ocupar llanamente sus posesiones, veremos que este nuevo aspecto del problema de la sumisión del indio tiene una faz antipática porque ataca el sentimiento de libertad con el cual muy á menudo nos escudamos para conquistar aquello que, como gente civilizada, creemos conveniente á nuestros intereses” (Debenedetti 1909: 354).

¹⁶ En el mismo informe, Debenedetti refiere a la colaboración de dos actores, sin quienes no hubiera sido posible el registro de estos materiales y datos: por una parte, “Don Sisto Ovejero”, uno de los propietarios del ingenio de Ledesma, quien le facilitó el acceso a las tolderías indígenas, además de hospedarlo en su hacienda. A los agradecimientos suma el nombre de teniente Leopoldo Quintana, “del Regimiento 20 de Infantería de Línea, jefe del destacamento de Ledesma, quien me acompañó en mis excursiones” (AGFFyL, B-5-10, 64).

Lehmann-Nitsche (1910a) consiste en un estudio comparado de vocabularios de cuatro variedades de la familia mataco-mataguayo, chorote, mataco, vejoz y nocten, documentados por él mismo y por Debenedetti, a los que suma los registros de Pelleschi, Remedi, Massei y D'Orbigny que Lafone Quevedo había puesto en circulación entre 1896 y 1897 (véase §III. 2). La inclusión del registro del "mataco" de Debenedetti nos permite recabar algunos datos más de la elicitación gracias a que Lehmann-Nitsche consigna quién fue consultante de aquel, el cacique Cuchi-Toro, y cuáles fueron las circunstancias del registro. Este tuvo lugar en el ingenio azucarero de Ledesma, el mismo año en que recabó el vocabulario chorote. Asimismo, es posible reconocer exactamente cuáles fueron los términos elicitados por Debenedetti, ya que Lehmann-Nitsche aclara, en cada caso, a quién corresponde el registro. Así, siguiendo el ordenamiento que este presenta, hemos logrado deducir que Debenedetti consultó por términos relacionados con las partes del cuerpo, elementos de la naturaleza, objetos del hogar y utensilios, vestimenta, términos de parentesco, animales, plantas, pronombres, adjetivos, adverbios y verbos, mientras que pareciera no haber consultado por los numerales, ya que en esta categoría léxica no aparece consignado ningún registro suyo.

La dirección de Ambrosetti se destacó, por otra parte, por las distintas gestiones que impulsó para la conformación de la primera colección del Museo (ya sea mediante donaciones, expediciones o compra), lo que es propio de una instancia fundacional de una institución de este tipo. A esto se le suman algunas prácticas de clasificación del material. Es destacable, por otra parte, la ausencia de etnografías, lo que se explica por el marcado corte arqueológico de las líneas de investigación que se proponía cubrir.¹⁷ Es muy posible que esta sea la razón del casi ausente trabajo con lenguas indígenas durante su mandato, exceptuando los vocabularios chorote y wichí compilados por Debenedetti.

Aunque el Norte fue el territorio predilecto de las investigaciones en ciencias antropológicas del Museo Etnográfico, es importante mencionar que también hubo, por estos años, trabajos sobre la Patagonia. Tal es el caso de la expedición emprendida, en 1914, por José Pozzi,

¹⁷ Como efecto de una propuesta realizada por los principales especialistas en ciencias antropológicas del país (entre los que se encontraban Ambrosetti, Ameghino, Lehmann-Nitsche y Lafone Quevedo) en el marco del Primer Congreso Científico Internacional Americano celebrado en Buenos Aires en 1910 (CCIA 1910: 337-340), el 26 de febrero de 1913 el Senado y la Cámara de diputados sancionan la ley de yacimientos arqueológicos a partir de la cual, además de regular su explotación y la circulación de los materiales exhumados, se establece que "nadie podrá utilizar o explotar ruinas o yacimientos sin permiso del ministerio de Justicia e Instrucción pública de la Nación, asesorado por la dirección del Museo Nacional de Historia Natural y del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras" (RUBA 1913: 106-107), en evidente beneficio de la Universidad de Buenos Aires.

personal del Museo desde ese mismo año, a Río Negro, con el objetivo de explorar los cementerios indígenas de la zona.

Finalmente, es importante destacar que, a través de la figura de Ambrosetti, el Museo logró acrecentar sus colecciones gracias al intercambio con instituciones internacionales. Así, organiza una serie de canjes con museos de otros países como el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, el Museo de Sao Paulo (AGFFyL, B-5-10, 39), el Museo de Antropología y Etnografía de la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo (AGFFyL, B-5-10, 50), el Instituto di Studi Superiori di Firenze (AGFFyL, B-5-10, 61) y la Universidad de Tokio (AGFFyL, B-5-10, 82), entre otros. El documento referido al intercambio con San Petersburgo, que Ambrosetti logró gestionar en el marco del Congreso de Americanistas realizado en Viena en 1908, revela, además, la importancia de estos eventos para la proyección internacional del Museo. Posiblemente la celebración de la edición de 1910 en Buenos Aires de este Congreso sea una de las instancias de mayor visibilidad, a nivel global,¹⁸ de este Museo y también del estado de desarrollo de las ciencias antropológicas en Argentina.¹⁹ Ambrosetti fue, junto con Lehmann-Nitsche, encargado local de la organización del evento en la ciudad argentina, a la vez que se desempeñó, junto con Lafone Quevedo, en calidad de vicepresidente.

II. 2. Salvador Debenedetti (1917-1930)

El 5 de junio de 1917, en una sesión especial del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras, el decano informa la imprevista muerte de Ambrosetti y, quince días después, se propone que Debenedetti, profesor suplente de Arqueología americana en la Universidad de Buenos Aires y principal discípulo de aquel, ocupe el cargo vacante de director del Museo, moción que se aprueba por unanimidad (*RUBA* 1916: 490). Pegoraro (2009) plantea con razón que la designación de Debenedetti significaba, para varios, la continuación de la labor de Ambrosetti frente al Museo. En este sentido, en una conferencia homenaje al aniversario de fallecimiento de su maestro, el

¹⁸ También en 1910, la Sociedad Científica Argentina organiza en Buenos Aires el Primer Congreso Científico Internacional Americano, con motivo de la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo. En este evento, Ambrosetti, en calidad de director del Museo Etnográfico, se desempeñó como vicepresidente de la Sección de Etnografía. Por su parte, la Sección de Lingüística fue presidida por Lafone Quevedo.

¹⁹ Durante este congreso, la sección de lingüística indígena estuvo consistentemente representada y participaron como expositores los principales referentes de esta área de estudios de la región: Lafone Quevedo, Rodolfo Lenz, Karl von den Steinen y Roberto Lehmann-Nitsche, entre otros. A su vez, este último publicó en las actas del evento la gramática del misionero anglicano Teophilus Schmidt que después será retomada, entre otros, por Outes (tal como veremos en §V. 3).

nuevo director establece algunos lineamientos para el futuro de la institución en los que establece una clara continuidad con la gestión de su antecesor. Así, propone como programa continuar con las expediciones con el objetivo de crear una carta arqueológica del país. Además, proyecta solicitar a los coleccionistas privados que pongan a disposición de la ciencia nacional sus materiales.

Para Debenedetti, el crecimiento de las colecciones y el trabajo mancomunado con países limítrofes redundaría en un importante avance científico, ya que de este modo se lograría trascender los estudios de las culturas dentro de los límites nacionales, se favorecería la comprensión de las correlaciones de una manera más acabada y así, finalmente, se alcanzaría a dilucidar “el problema fundamental de los orígenes de la industria del hombre americano” (*RUBA* 1918: 507). Esta operación de trabajar los problemas americanos desde América es lo que Pegoraro ha denominado “americanización del americanismo”, que suponía, como dijimos, la conformación de un corpus de asuntos americanos que involucraba “no solo las sociedades de ‘contemporáneos primitivos’ de la región del Gran Chaco”, espacio de preferencia de los primeros directores del Museo junto con los Valles Calchaquíes, sino también “las antiguas civilizaciones de Perú, Bolivia y la etnografía de las poblaciones actuales” (Pegoraro 2009: 171).

Durante su gestión, la región norte del país fue, nuevamente, la que más atención recibió por parte del Museo. De hecho, en la memoria de 1924 que Debenedetti eleva al decanato, reseña tres expediciones con las que dio por finalizado el “reconocimiento general del N.O. argentino” (véase Rojas 1924a: 203). Asimismo, en un prólogo publicado *post mortem* a un trabajo de Ambrosetti que se encontraba en preparación al momento de su fallecimiento, Debenedetti expresaba:

Es natural que desde la fundación del Museo Etnográfico se hubiera elegido, con preferencia, toda la zona del noroeste argentino para proceder a su estudio metódico y sistemático. Abundaban, de sobra, razones para ello. La literatura publicada hasta entonces —y me parece innecesario puntualizarlo aquí— evidencia a las claras, y con harta elocuencia, la importancia que había adquirido aquella vasta comarca montañosa en el dominio de la arqueología argentina. Fué por estas especiales circunstancias que en la mayoría de las vacaciones universitarias anuales, las expediciones arqueológicas de este Museo se dirigieron a los lejanos valles preandinos de nuestro noroeste. Puede decirse, pues, que las investigaciones realizadas hasta el presente, en regiones extrañas a las que dejamos consignadas, lo han sido esporádicas y con fines accidentales, sin perder de vista el propósito inicial” (Debenedetti y Casanova 1933-1935: 9-10).

Más allá de las continuidades con la gestión de Ambrosetti, una lectura contrastiva de ambas gestiones permite identificar algunas diferencias que redundan en el crecimiento del Museo: una mayor apertura que se evidencia en un aumento del número de visitas; la incorporación de figuras promisorias para el desarrollo de la antropología local; la mudanza a la antigua casona de la calle Moreno en el año 1925; la creación del primer espacio de publicación de esta institución, la revista *Archivos del Museo Etnográfico*, en 1928; y la colocación del yacimiento de Pucará (Tilcara, Jujuy) bajo custodia del Museo, por disposición la Cámara de Diputados de la Nación en el año 1929 (*Archivos* 1929: 941).

En cuanto a las incorporaciones de personal, destacamos dos. En primer lugar, la de José Imbelloni, quien recibe el nombramiento de encargado de investigaciones antropológicas el 8 de mayo de 1922 (Imbelloni 1930). Sin embargo, esta participación duró relativamente poco, ya que tras ser contratado como docente de la Universidad Nacional del Litoral tuvo que solicitar sucesivas licencias que derivaron en la renuncia a su cargo en 1925 (consecuentemente, se lo designa adscripto honorario del Museo [AGFFyL, B-5-11, 94 y 95]). En la nota que eleva para comunicar que dimite al cargo, realiza una acusación acerca de las malas condiciones en que, según entiende, se llevan adelante las investigaciones antropológicas, lo que genera un enfrentamiento indirecto con Outes, quien en una sesión de Consejo Directivo denuncia el agravio a la Facultad en el que había incurrido Imbelloni con sus acusaciones (*RUBA* 1925: 7).²⁰

Por otro lado, en reemplazo del puesto que Imbelloni deja vacante, Milcíades Alejo Vignati es designado encargado interino de Investigaciones antropológicas (*RUBA* 1924: 397-398). Recién a fines de 1929, Debenedetti propone la designación definitiva de Vignati como encargado de la Sección de Antropología, lo que se concreta a inicios de 1930 (*Archivos* 1930: 474). Si bien la participación de Vignati en esta institución fue relativamente breve y nunca llegó a obtener un cargo más alto, nos interesa destacar que fue él quien encabezó una de las dos únicas expediciones a la Patagonia que hemos registrado durante estas dos primeras gestiones, realizada en el verano de 1930 con destino a la región cordillerana del territorio meridional de la provincia de Santa Cruz.

²⁰ En la sesión siguiente, Outes arremete cuando, al leerse el acta para su aprobación, él es el único objetor y pide expresamente que se haga la salvedad de que él, a diferencia del resto de los miembros del consejo, no aprobó darle las gracias al doctor Imbelloni por sus servicios prestados (*RUBA* 1925: 7). Su defensa del Museo puede pensarse como una especie de oportunismo para posicionarse como futuro sucesor frente a la dirección.

Durante la gestión de Debenedetti se concreta, además, en diciembre de 1925, la mudanza de colecciones y oficinas al antiguo edificio de la Facultad de Derecho ubicado en la calle Moreno (AGFFyL, B-5-11, 86, 87, 89), como ya anticipamos. A inicios de 1927, el Museo vuelve a abrir sus puertas al público y, en septiembre de este año, se realiza una ceremonia con la que se inaugura el nuevo edificio en la que disertan Ricardo Rojas, entonces rector de la Universidad; Coriolano Alberini, decano de la Facultad; el antropólogo francés Paul Rivet y Debenedetti.

En su discurso, Debenedetti establece las líneas de investigación que él ponderaba, hecho que pone en evidencia que no tenía planificado en el Museo un lugar para el estudio de las lenguas indígenas. Cabe tener en cuenta, de cualquier modo, que, al momento, ya había sido creado el Instituto de Filología y que un año antes Lehmann-Nitsche se había hecho cargo de su gestión (cfr. §IV. 2), razón que podría explicar la desatención frente al estudio de estas lenguas como parte de la agenda científica del Museo, aunque es cierto que tampoco previamente había constituido una línea de investigación prioritaria:

De preferencia el estudio de la arqueología y etnología americanas han sido la finalidad de este Museo. Se continuará con las mismas disciplinas, con el mismo entusiasmo se irán juntando los materiales de las culturas extinguidas y con la misma esperanza de reconstruir el pasado de América, estableciendo sus sucesiones culturales y sus conexiones, seguirá en su labor este Museo etnográfico. [...] Vengan, pues, en patriótica conjunción, alentada por el deseo del progreso de las ciencias, del amor a la verdad, del deseo de conocer mejor y penetrar en la esencia del pensamiento de nuestros antepasados nativos en la tierra de América, vengan los alientos de todos porque si la Universidad de Buenos Aires fué la primera que en América oficializó el estudio de la arqueología, el esfuerzo de todos debe crear y sostener el primer museo de aquella especialidad” (*Archivos* 1927: 438).

El 30 septiembre de 1930 Debenedetti fallece sorpresivamente en el viaje de regreso del XXIV Congreso de Americanistas celebrado en Hamburgo.

II. 3. Félix F. Outes (1930-1938)

Pocos días después de la muerte de Debenedetti, el 8 de octubre de 1930, el Consejo Directivo debate los candidatos para reemplazarlo en su labor de director y de profesor titular de la cátedra de arqueología. El consejero Emilio Ravignani propone a Francisco de Aparicio, quien se desempeñaba como profesor suplente de arqueología desde 1928, mientras que Domingo Castro Zinny propone a Outes. La mayoría del Consejo, con la excepción de Outes, vota a favor del primer

candidato, de Aparicio, quien pasa a desempeñarse como director interino. Mientras tanto, la disputa continúa. En la sesión del 20 de octubre de 1930 se informa al consejo la renuncia de Aparicio, ya que este entendía que Outes era quien debía cubrir el puesto por contar con mayor experiencia y por considerarlo un referente en su formación. Finalmente, el Consejo acepta la renuncia y designa, consecuentemente, a Outes como director del Museo Etnográfico. En la sesión del 5 de noviembre de 1930 se comunica que Outes acepta la designación (*Archivos* 1930: 941-950).

Durante los primeros dos años de gestión de Outes, entre 1930 y 1932, la universidad estuvo intervenida como parte de las medidas del gobierno de facto de José Félix Uriburu. La asunción de los nuevos mandatarios presidenciales derivó en la renuncia masiva de las autoridades de las distintas facultades, el 24 de marzo de 1931. En el caso de la Facultad de Filosofía y Letras, dimitieron todos los miembros del Consejo, incluso el propio decano, Ravignani, y se nombró como Delegado interventor a Carlos Obligado. En el mes de mayo de ese mismo año, ya en el marco de un proceso de normalización de la vida universitaria, Coriolano Alberini asume como Decano de la Facultad (*Archivos* 1931: 227). La política nacional afectó duramente la vida del Museo y, durante los ocho años de gestión de Outes, es posible reconocer un fuerte desfinanciamiento que frustra gran parte de sus proyectos iniciales, que expondremos a continuación.

Inmediatamente luego de su asunción, el 29 de diciembre de 1930, Outes eleva una propuesta de reorganización en la que plantea un doble propósito: “darle a ese Instituto una estructura científica estable, y asegurarle al propio tiempo, los recursos que le permitan realizar, anualmente, un plan orgánico de trabajos” (AGFFyL, B-5-12, 57). Establece, entonces, la creación de cuatro departamentos: antropogeografía, antropología física, etnografía y folklore, y arqueología. Argumenta, en cuanto a la creación de los tres últimos, la necesidad de darle una organización sistemática al material acumulado, como así también fomentar su estudio y publicaciones en que se difundan los resultados. Resulta importante detenerse en la justificación del primero de los departamentos, considerablemente más detallada, en la que Outes presenta argumentos estrictamente epistemológicos y donde define a la antropogeografía como una disciplina fundamental para el desarrollo de las demás investigaciones antropológicas. En este sentido, plantea:

En cuanto al primero, su creación se justifica, plenamente, con pensar que la variabilidad morfológica y fisiológica del organismo humano se debe, en mucha parte, a factores museológicos diversos, que, asimismo influyen, profundamente, sobre la vida de los pueblos, sus desplazamientos, los usos y costumbres, como, también, sobre la evolución de las culturas, su desarrollo en el tiempo y su extensión en el espacio. Esos factores, pues, constituyen un vasto complejo de fenómenos estrictamente geográficos —unos del ambiente inorgánico (radiación solar, temperatura, presión, aspectos del terreno, distribución de las aguas, naturaleza del suelo, etc.) y otros del orgánico (flora y fauna)— que es menester conocer a fondo para explicar los hechos antropológicos y etnográficos, y para conocer las condiciones de existencia y desarrollo de las viejas culturas.²¹ Investigaciones encaradas de este punto de vista no se han realizado hasta ahora en nuestro país, a pesar de que los estudios de esa especie se hacen tanto más urgentes cuanto que, numerosos elementos perturbadores decisivos, transforman, rápidamente, el campo de observación (habitación rural natural, vías de circulación elementales, etc.) (AGFFyL, B-5-12, 57).

Esta misma centralidad cedida a los estudios geográficos lo conduce a proponer la fusión del Instituto de Investigaciones Geográficas de la Facultad (que se encontraba a su cargo desde su creación, cuando funcionaba como una sección) con el Museo, con el objetivo explícito de incorporar allí todo el material del Instituto, no solo de estudio sino también mobiliario e instrumental, de personal y fondos. Claudia Barros (2001) encuentra otro objetivo, implícito, en este movimiento de fusión de las dos dependencias por parte de Outes: acumular poder y conservar el control sobre los estudios geográficos.²²

Además de la incorporación de la antropogeografía, Outes buscó ampliar las líneas de investigación del Museo. En el primer número de la revista *Solar* (una publicación que él mismo había diseñado como parte de sus planes de gestión),²³ da a conocer su plan de reorganización, en el que plantea, como uno de sus principales objetivos, lo siguiente:

²¹ Esta denominación de “viejas culturas” forma parte de una extendida representación del periodo que ubicaba discursivamente a los grupos indígenas como parte del pasado (“prehistórico”, en la mayoría de los casos), desplazándolos de los tiempos contemporáneos (véase Domínguez 2019a).

²² Según el análisis de Barros (2001), la creación del campo de la antropogeografía constituyó un movimiento estratégico de Outes luego de comprobar que no le resultaría tan sencillo promover sus cargos y acceder a otros de mayor jerarquía cuando, en 1917, en lugar de ser él el sucesor de Ambrosetti, el beneficiario fue Debenedetti. A partir de entonces, Outes, con el apoyo de Rojas, consigue la creación de la Sección de Geografía, devenida tiempo después en Instituto de Investigaciones Geográficas, que dirigirá hasta su retiro de la vida académica. Otra de las estrategias que asumió Outes para disputar poder dentro del ámbito académico fueron las notas críticas. Entre ellas, contamos con una publicada en 1923 por el *Boletín de Investigaciones Geográficas* en la que se encarga de rebatir las hipótesis arqueológicas sostenidas por Debenedetti sobre los cementerios en Caspichango, provincia de Tucumán (Outes 1923). Entre las críticas, también suma otras de orden conceptual y expositivo, además de juzgar el valor arqueológico del yacimiento analizado.

²³ Además de *Solar*, Outes también organiza *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico*, donde se publicó un trabajo de relevancia para la investigación sobre lenguas indígenas: “Observaciones sobre vocablos indios” (1933-

El Museo se interesará en estudiar, particularmente, los caracteres somatológicos de los naturales del noroeste argentino; en determinar los rasgos esenciales de las culturas marginales, prehispánicas, de nuestro gran río histórico (Paraná); en reunir, tratando de fijar su posición estratigráfica, los restos industriales y, quizá, los del hombre mismo, que ofrecen los “conchales” litorales hasta la fúegia; y en acumular, cuanto antes, en forma rigurosamente sistemática, las manifestaciones culturales de los indígenas que aun subsisten en las gobernaciones del Chaco y Formosa (Outes 1931: 36-37).

Las temáticas que allí enumera permiten reconocer una nueva impronta en las investigaciones del Museo que supera su carácter estrictamente arqueológico, lo que explica la propuesta de modificar el nombre por uno que cuadrara más “al amplio campo de estudio que abarcaría de realizarse la organización que sugiero”. El museo pasa a llamarse, entonces, “Museo Antropológico”, disolviendo los motivos que enorgullecían a su primer director: ser un Museo específico de arqueología. Este nuevo bautismo posiblemente constituya otro movimiento estratégico que justifica la inclusión de los estudios de antropogeografía en las investigaciones del Museo.

II. 3. 1. Financiamiento

Como mencionamos anteriormente, durante la gestión de Outes, el Museo atraviesa un fuerte proceso de desfinanciamiento que afectó a las publicaciones y a las expediciones, que disminuyeron considerablemente en relación con las dos gestiones anteriores. De los expedientes de gestión, pudimos reponer las siguientes: una a la Quebrada de Humahuaca, encabezada por el jefe del Departamento de Antropogeografía, Romualdo Ardissonne; otra a Balcarce y alrededores, liderada por el propio Outes; y una tercera al yacimiento del arroyo Leyes, provincia de Santa Fe, a cargo del jefe del Departamento de Arqueología, de Aparicio. Este último también emprende una expedición a Córdoba y otra con destino a los territorios patagónicos de Neuquén (de Aparicio 1933-1935a) y Santa Cruz (de Aparicio 1933-1935b), con objetivos fundamentalmente arqueológicos, aunque consigna haber recabado material etnográfico.

Outes responsabiliza al Gobierno provisional por la situación económica que atravesaba la institución a su cargo. Según el análisis de Buchbinder (1997), la crisis no afectó significativamente el funcionamiento de la Facultad; sin embargo, durante esta década el Museo

1935), de Tomas Harrington, consistente en el análisis de distintos términos lenguas de la Patagonia de uso relativamente extendido como topónimos, etnónimos y términos para designar la flora y la fauna de la región.

terminó sufriendo una reducción de más del 60% de su presupuesto (AGFFyL, B-5-13, 30). Es posible que, en este caso, la tensión política haya devenido en problemas económicos, y que el escaso carisma de Outes haya sido un impedimento para conseguir el financiamiento necesario; de hecho, él mismo plantea que muchas otras instituciones no venían sufriendo la misma suerte (entre las que menciona al Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, el de Cultura itálica, el de Cultura argentino-germana, el de Cultura argentino-norteamericana y el de Cultura belga, que tenían convenios de intercambio académico con la Universidad de Buenos Aires) (AGFFYL, B-5-13, 11).

En julio de 1932, el rectorado comunica la voluntad de restablecer el presupuesto universitario de las partidas que habían sido suprimidas: para “investigaciones y publicaciones del Instituto de investigaciones históricas, pesos 1800, y para investigaciones arqueológicas y publicaciones del Museo antropológico y etnográfico, pesos 4000” (*Archivos* 1932: 460). A fines de ese año, el decano informa haber elevado un presupuesto confeccionado juntamente con la comisión respectiva del rectorado para aumentar otros 20.000 pesos, lo que no fue aceptado debido a los problemas financieros por los que atravesaba la Universidad. En 1934, Outes denuncia nuevamente el desfinanciamiento del Museo: “la institución que tengo el honor de dirigir ha sido sacrificada, en rigor de verdad, en los dos últimos presupuestos, al despojársela, sin contemplación alguna, de la totalidad de los fondos con que contaba para sus investigaciones y publicaciones y al ser reducidas, asimismo sus otras partidas, en elevados porcentuales” (AGFFyL, B-5-13, 30). La situación se extiende hasta el último año de su gestión. Así, en 1936, presenta un *memorandum* donde expone, nuevamente, lo crítico de la situación. Meses después arremete con el tema del desfinanciamiento y solicita que se incluya al Museo entre los beneficiarios del legado de Félix Bunge en favor de los museos argentinos,²⁴ lo que el Consejo Superior resuelve favorablemente (*Archivos* 1936: 346).

La escasez de recursos puede haber sido una de las razones por las cuales lo más característico de la gestión de Outes fuera, como el resto de su carrera, la actividad documental, como veremos más adelante (V).

II. 3. 2. ¿Quiebre interinstitucional?

²⁴ Poco antes de su fallecimiento en 1935, Bunge dejó un importante legado al gobierno provincial para la realización de actividades culturales de distinto tipo (para más información, véase Blasco 2010).

Hacia fines de 1930, Vignati, quien finalmente después de cuatro años de trabajar *ad honorem* había logrado, durante la dirección de Debenedetti, el nombramiento oficial como Encargado de investigaciones antropológicas, envía una nota de renuncia a Outes, a pocos días de su asunción como director, debido a una supuesta incompatibilidad de horarios con su cargo en el Museo de La Plata. Dos días después, este, a su vez, eleva una carta al decano Ravignani, en la que plantea que se nombre a Vignati adscripto honorario del Instituto “para no perder su valiosa colaboración” y sugiere a Francisco de Aparicio en su reemplazo, además de proponer un cambio en la designación del cargo: de Encargado de antropología a Conservador técnico de arqueología. El 14 de noviembre, el decano resuelve aceptar esta nueva situación. El 22 de diciembre de 1930, Outes eleva el presupuesto para el año venidero y propone la disminución del sueldo del director y el aumento del sueldo del nuevo puesto, que sería ocupado por de Aparicio.

Desde la asunción de Outes frente al Museo, la situación de Vignati en la Facultad comenzó a ser cada vez más delicada. Si bien este renuncia por sus propios medios, la designación que había logrado después de muchos años de trabajo *ad honorem* llama la atención. Por esta razón es posible pensar que Outes generó un movimiento que tuvo como propósito desplazar a Vignati de la Universidad de Buenos Aires y así evitar que le disputara la sucesión a de Aparicio, a quien le debía, en gran medida, haber obtenido su cargo de director. Es posible que esto, además, haya profundizado los malos vínculos con el Museo de La Plata, donde Vignati terminó asentándose.

Así, aun cuando, a mediados de 1931, Vignati e Imbelloni son nombrados Adscriptos Honorarios del departamento de Antropología física, los desacuerdos entre Vignati y Outes no cesan. En 1932, los documentos revelan un nuevo enfrentamiento debido a una comunicación que aquel había presentado, en calidad de miembro del Museo de La Plata, en el XXV Congreso de Americanistas (1932), donde exponía los resultados de la excursión a la provincia de Santa Cruz en 1930 en el marco de las expediciones costeadas por el Museo Etnográfico, y que luego fue publicada por el Museo de La Plata (“Resultados de una Excursión por la Margen Sur del Río Santa Cruz” [1934]).²⁵ Ante lo que fue para Outes una suerte de traición institucional, este presionó

²⁵ El trabajo en el que consigna los resultados del viaje se encuentra dedicado a Debenedetti y, además, tiene un fragmento en el que hace explícito que la expedición formó parte de las actividades del Museo Etnográfico: “Para tal fin propuse, hace años, al entonces director del Museo Etnográfico, el lamentado investigador y amigo Salvador Debenedetti, un plan de trabajo a realizar en varios años consistente en ir jalonando nuestro lejano sur con investigaciones que permitieran establecer en forma, si no definitiva, por lo menos aproximada, la distribución geográfica de los pueblos patagónicos” (Vignati 1934: 82).

al decanato de la Facultad para que se exonerara a Vignati de su cargo de adscripto honorario.²⁶ El problema termina en el Rectorado, que, en principio, le plantea a Outes que no existen recursos legales para tomar la medida solicitada. Sin embargo, este insiste y logra, finalmente, que el 10 de diciembre de 1932 el Consejo Directivo le retire el cargo de Adscripto honorario del Museo a Vignati.

Posiblemente, con la gestión de Outes comenzó la ruptura del vínculo preexistente con el Museo de La Plata. De hecho, también en el marco del Congreso de Americanistas, en el año 1932, Outes, quien había asistido en calidad de representante de la Facultad, tuvo un desencuentro con el presidente del Congreso, Ricardo Levene, quien se desempeñaría, entre 1933 y 1934, como Director del Museo de La Plata. Outes, además, desiste de participar de la escritura del primer tomo de la *Historia de la Nación Argentina*, dirigida por Levene, cuyos responsables fueron Joaquín Frenguelli, Vignati e Imbelloni; y, simultáneamente, renuncia a la Junta de Historia y Numismática Americana, lo que genera enemistades con muchos de sus miembros (Podgorny 2004: 171).

En abril de 1937, Outes se enferma gravemente y debe pedir licencia de todos sus cargos: en las dos cátedras de Geografía del Colegio Nacional es reemplazado por Luis G. Repetto y Ardissonne, y, en las materias que dictaba en la Facultad, lo reemplazan Ardissonne en Geografía humana e Imbelloni en Antropología y etnografía general (*Archivos* 1937: 193). En el Museo, el responsable a cargo pasa a ser de Aparicio (*Archivos* 1937: 907). Finalmente, en la sesión del 27 de abril de 1938 se informa en el Consejo Directivo la renuncia de Outes y dos meses después se anuncia su jubilación. Fallece al poco tiempo, en septiembre de 1939.

II. 4. Francisco De Aparicio (1938-1947)

Francisco de Aparicio (1892-1951) se desempeñó como arqueólogo e historiador; fue, posiblemente, uno de los últimos autodidactas del ámbito universitario. Su actividad académica se

²⁶ Es curioso el encono de Outes con Vignati, sobre todo considerando el vínculo que los unía desde aproximadamente un lustro antes. En una nota de Vignati que cita Rodolfo Casamiquela (2008) acerca de los materiales del viajero suizo Georges Claraz (asunto que será trabajado más adelante [§V. 2]), Vignati menciona la relación que tenía con Outes a mediados de la década del veinte, cuando ambos trabajaban en oficinas contiguas, ubicadas en el antiguo edificio de la calle Reconquista, donde funcionaban distintos institutos de Filosofía y Letras (por esos años, Outes se desempeñaba como director del Instituto de geografía y Vignati como encargado de las colecciones antropológicas del Museo). En este sentido, Vignati expresaba: “La vecindad de oficinas creó la costumbre que al terminar el horario, yo pasase por la suya para salir juntos a caminar unas cuantas cuadras intercambiando comentarios” (citado en Casamiquela 2008: 15-16).

desarrolló entre las universidades del Litoral y de Buenos Aires.²⁷ Junto con Outes, Imbelloni y otros reconocidos especialistas en ciencias antropológicas, participó de la comisión fundadora de la Sociedad Argentina de Antropología, creada en 1936. En su trayectoria académica no se identifica ningún trabajo relativo al estudio de las lenguas indígenas. Su área de mayor interés fue, como todavía era la preferencia general, el noroeste del país. A partir de 1930, luego del fallecimiento de Debenedetti, queda a cargo en la Facultad de Filosofía y Letras de la materia Arqueología americana, asignatura en la que venía desempeñándose como profesor suplente desde hacía dos años. De hecho, su incorporación a la Facultad todavía era bastante incipiente, ya que recién en marzo de 1927 había sido nombrado adscripto honorario del Museo. Estas localizaciones temporales nos conducen a comprender lo prematuro de su primer nombramiento en la dirección por parte de Ravignani (con quien, aparentemente, mantenía un vínculo personal) luego de la muerte de Debenedetti y lo esperable de su propuesta de cederle el lugar a Outes, quien tenía una trayectoria mucho más extensa en esa Facultad y había sido, incluso, uno de los miembros fundadores del Museo, como se indicó al comienzo de este capítulo.

De Aparicio finalmente asume la dirección en junio de 1938 y pronto propone que el Museo recupere su nombre original. El panorama con el que se encuentra después de la frustrante gestión de Outes no era del todo favorable:

Al hacerse cargo de la dirección Outes, mi antecesor inmediato, parecía llegada la hora sino de “la perfección” —palabra que se presta más para marca de fábrica que para calificar el estado de un Museo—, al menos de “el orden” y “la clasificación inteligente”. Muy otra cosa fué la realidad: el Museo fué desposeído de todos los recursos de que disponía y el edificio comenzó a exteriorizar síntomas alarmantes. Inicióse una larga época de penuria y angustia. Hubo que clausurar el Museo y desalojar las aulas más amenazadas (AGFFyL, C-2-5, 4).

II. 4. 1. Personal

A inicios de 1939, se producen importantes incorporaciones de personal. Una de las más relevantes es la de Berta Vidal de Battini (quien realizó una de las primeras descripciones dialectológicas de distintas regiones del país) al Departamento de Antropología y Folklore, junto con el antropólogo de origen español Salvador Canals Frau. A estas se le suman las de los arqueólogos compañeros

²⁷ Para más información biográfica de de Aparicio, véanse d’Harcourt (1951) y Lafón (1951).

de de Aparicio en la fundación de la Sociedad Argentina de Antropología: Eduardo Casanova (por entonces jefe de la Sección de Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural) y Fernando Márquez Miranda (quien se desempeñaba como profesor de la Universidad Nacional de La Plata), quienes comienzan a trabajar en el Departamento de Arqueología. Imbelloni continúa como adscripto honorario del departamento de Antropología Física y Paleontología Humana, junto con Joaquín Frenguelli. Otra incorporación de relevancia en 1940 es la de Enrique Palavecino, quien había trabajado en los inicios de su carrera con Imbelloni, como veremos más adelante (§VI. 1).²⁸ Finalmente, en este mismo año, de Aparicio propone la incorporación del folklorólogo Augusto Raúl Cortazar al Museo en calidad de adscripto honorario, propuesta que el Consejo Directivo aprueba en septiembre de 1941.

En cuanto a las expediciones realizadas durante su gestión, registramos las siguientes: en mayo de 1939 el propio de Aparicio emprende una campaña a Santiago del Estero. Dos años después se dirige a Perú y a otros países del Pacífico “a fin de reunir información y material iconográfico y, al mismo tiempo, recuperar la colaboración de algunos especialistas en ciencias antropológicas” (AGFFyL, C-4-1, 14). A estas se le suman las campañas emprendidas por otros miembros del Museo. Así, en el verano de 1943, María de las Mercedes Constanzó, encargada del departamento de Antropología, fue la primera mujer que encabezó una expedición, según nuestros registros; en este caso, el destino fueron las sierras de Córdoba. Por otra parte, ese mismo año, Romualdo Ardissonne, jefe del departamento de Geografía humana, emprendió una expedición a Catamarca (Pomán y Ancasti). Por último, también en 1943, de Aparicio viaja nuevamente al Norte, esta vez a Salta, acompañado por Cortazar y Alberto M. Salas. El objetivo de esta última expedición, que citamos a continuación, permite ver, a su vez, la principal línea de investigación que rige durante su gestión:

[...] realizar un estudio preliminar de los Valles Calchaquíes, a fin de concretar sobre el terreno un plan cuidadosamente estructurado en el gabinete y al cual nos proponemos dedicar casi exclusivamente, la labor de investigación del Museo durante varios años: el hombre y su actividad, en todos los tiempos, dentro de esa limitada región geográfica [...]. El doctor Cortazar, que tendrá a su cargo el estudio del folklore dentro del plan trazado, fué destacado a la región central del valle y realizó su labor con gran eficacia [...]. Con los señores Salas y Güemes iniciamos, luego, la exploración propiamente dicha del valle con el propósito de

²⁸ Un año después de su ingreso al Museo, en 1941, pasa a ser profesor adjunto de Antropología y Etnografía general, que se encontraba a cargo de Imbelloni.

localizar yacimientos arqueológicos que justificaran ulteriores trabajos de excavación (AGFFyL, C-5-3, 2).

Del fragmento se destaca la articulación de los estudios de folklore y de arqueología, rasgo que permite establecer una continuidad con la organización propuesta por Outes para el Museo durante su gestión, lo que se distingue de las expediciones lideradas por Debenedetti y Ambrosetti, cuyos intereses fueron centralmente arqueológicos. Además, en cuanto a las expediciones emprendidas durante la gestión de Aparicio, se destaca el descubrimiento de un importante yacimiento en las inmediaciones de Tolombón (AGFFyL, 1943, C-5-3, 2).

II. 4. 2. La intervención de la Facultad

El golpe de Estado de 1943 conllevó una nueva intervención de la Facultad, por la que quedó a cargo como delegado interventor un abogado, Tomás Cáceres, activo participante de los círculos católicos (Buchbinder 1997), en reemplazo del también delegado interventor Carlos Obligado. Buchbinder (1997) plantea que, a diferencia del golpe de 1930, este nuevo gobierno de facto implicó significativas modificaciones en la vida institucional de la Facultad y de la Universidad: se instauraron cambios considerables en los planes de estudio incorporándose, en algunos casos, la enseñanza religiosa; se suspendieron las sesiones de los órganos colegiados y las decisiones pasaron a ser tomadas únicamente por los delegados interventores, además de que un importante número de docentes fueron apartados de sus cargos.

En 1945 se restablece la autonomía universitaria y se le restituyen las funciones a todos los docentes que habían sido anteriormente cesanteados. Sin embargo, la ausencia de conflicto no dura mucho tiempo. Gran parte del cuerpo docente, autoridades y agrupaciones estudiantiles bregaba por la restitución de la unidad democrática y la expulsión de las fuerzas armadas del poder, lo que devino en una serie de enfrentamientos de distinta magnitud entre la comunidad académica y los militares. Esta tensión llegó a implicar, por parte de la comunidad universitaria, la presión al gobierno nacional de que se resolviera la neutralidad adoptada frente a la Segunda Guerra Mundial (Buchbinder 1997: 157).

En el año 1946, varios meses antes de la asunción de Perón como presidente de la nación, la Facultad es nuevamente intervenida. En un documento titulado “La universidad y el plan quinquenal” de fines de diciembre de ese año, el vicedelegado interventor de la Universidad, Dr. Fernando Bustos, plantea como nuevas medidas las siguientes:

Lo fundamental en el mencionado proyecto del Plan Quinquenal, es lo siguiente: Rector designado por el Poder Ejecutivo con acuerdo del Senado; la representación estudiantil debe recaer en los mejores estudiantes; la asistencia a clase no será enteramente libre; desaparece del sistema el mecanismo electoral; se propende a la máxima dedicación del profesor a sus tareas docentes y de investigación; se remunera decorosamente al profesor; se hacen posibles los estudios superiores a los estudiantes carentes de recursos y se sancionará un régimen de incompatibilidades (*Archivos* 1946: 10).

Mientras que, en un tono amenazante, concluye este fragmento de la siguiente forma:

El Poder Ejecutivo con este proyecto se propone establecer que en la Universidad se enseñe y se aprenda en paz y que ninguna política partidista pueda perturbar su cometido. Los que aspiran a reemplazar una política por otra demuestran poseer un candor que no les va a ser útil en esta época (*Archivos* 1946: 10).

Entre 1946 y 1949 la Facultad estuvo intervenida por Enrique François, profesor de Lingüística clásica y de Griego V, quien venía desempeñando distintos cargos desde 1930, habiendo llegado a ser vicedecano de Ravignani. Como parte del proceso de “reestructuración y ‘disciplinamiento’” (Buchbinder 1997: 161) de la vida universitaria que se proponía el gobierno nacional, su gestión supuso distintas medidas que atentaron contra la autonomía universitaria: censura y control del estudiantado y el apartamiento de sus cargos de varios miembros de la Facultad, entre ellos de Aparicio, quien es reemplazado por Ardissonne entre noviembre de 1946 y marzo de 1947, cuando asume Imbelloni. Buchbinder señala que, en marzo de 1947, François eleva al Rectorado una nómina de profesores cesanteados de sus cargos por cuestiones políticas, entre ellos, Márquez Miranda, Monner Sans y Mantovani (Buchbinder 1997: 161). Asimismo, hubo separaciones de oficio dispuestas por el interventor nacional que afectaron a de Aparicio, Amado Alonso y Caillet Bois.

François dispone, además, la creación del Instituto de Antropología y la refundación del de Geografía, fusionado al Museo durante la gestión de Outes. De esta nueva organización resulta la incorporación del Museo Etnográfico, y de casi todas sus secciones o departamentos, al recientemente creado Instituto de Antropología, en abril de 1947. El único departamento que no se integró al Instituto fue el de Antropogeografía, que pasa a depender del renacido Instituto de Geografía de la facultad.

II. 5. José Imbelloni (1947-1955)

Como dijimos anteriormente, François resuelve la creación de un Instituto de Antropología el 7 de marzo de 1947, “considerando que es conveniente organizar y delimitar los estudios especializados de antropología, etnografía y arqueología para favorecer las investigaciones y contribuir a la mayor eficacia de la enseñanza de las disciplinas respectivas” (*Archivos* 1948: 123). También crea, consecuentemente, dos dependencias del Instituto: un Departamento de Antropología y etnografía y otro de Arqueología. Un mes después, designa a Imbelloni director del naciente instituto y encargado del primero de los departamentos mencionados. A los pocos días, dispone la integración del Museo al Instituto (*Archivos* 1948: 140).

Desde la dirección del Instituto, Imbelloni contribuye a la reorganización de los estudios antropológicos argentinos: por un lado, logra expandir la Escuela Histórico Cultural como método y línea de investigación en la antropología local (profundizaremos en esta cuestión más adelante, §VI. 2). Por el otro, incorpora especialistas que tendrán una activa participación en esta área de investigación; algunos de ellos tienen en común una controvertida orientación política que impactará en la organización de las ciencias antropológicas en Buenos Aires, tal como han reflexionado Guber (2006; 2007) y Ratier (2010), entre otros.

El proyecto de gestión para el Instituto que diseña Imbelloni dialoga en más de una ocasión con el plan del gobierno nacional, lo que ratifica su adhesión al peronismo. Así, propone crear para el Instituto un plan de trabajo que “pueda en nuestra esfera complementar las intenciones generales del plan de gobierno nacional, y forme, por decir así, nuestro propio ‘plan quinquenal’” (AGFFyL, C-7-15, 12). En la misma tónica es que se propone conjugar la cultura “popular” con el conocimiento especializado, introduciendo el adjetivo “popular”, relativamente novedoso dentro de las ciencias antropológicas, usualmente acompañadas por otro tipo de complementos como “autóctono”, “aborigen” o “indígena” (AGFFyL, C-7-15, 11).²⁹

Como parte de su plan de gestión, propone el siguiente tipo de actividades, poco innovadoras en comparación con los planes anteriores: la investigación en terreno, el análisis y publicación de los resultados y, finalmente, la docencia (AGFFyL, C-7-15, 12). Lo que sí resulta novedoso es el

²⁹ Durante la década del cuarenta se asiste a una significativa revalorización del folklore que encuentra entre sus máximas expresiones la creación del Instituto Nacional de la Tradición en 1943. Ese mismo año, Imbelloni publica *Concepto y praxis del folklore como ciencia*, en el que integra los estudios de folklore a su proyecto científico para la organización de lo que él denomina “ciencias del hombre”, que veremos más adelante (§VII. 1). Entonces, ya se había comenzado a hablar de “cultura popular”. No obstante, la utilización de este adjetivo en este contexto es extraordinaria, ya que, en la documentación institucional, no hemos encontrado otras referencias similares.

destino preferencial para las actividades en terreno: la Patagonia. Así es que, no bien asume la dirección, propone realizar en el verano de 1948 un viaje a este territorio:³⁰

[...] con el fin de recoger datos sobre los últimos Tehuelche que todavía subsisten, ya que la ciencia no perdonará a nuestra generación haber dejado extinguir por completo las bellas razas australes sin recabar datos morfológicos exactos, y otra para el Norte con el fin de dar término a la ilustración arqueológica de la Quebrada de Humahuaca, que ha absorbido por completo casi por entero la actividad del Museo Etnográfico, desde los tiempos de su fundador, G. B. Ambrosetti (AGFFyL, C-7-15, 12).

Por otra parte, también se destaca de su gestión la creación de la ya clásica revista del Museo Etnográfico, *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*.

Otra de las primeras medidas que toma Imbelloni cuando asume la dirección del Instituto fue la de trasladar las colecciones de Antropología, Etnografía y Arqueología del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, donde él se había desempeñado como jefe de la Sección de Antropología desde 1931 hasta 1946. Gracias a sus vínculos con el peronismo, Imbelloni logra condensar en el naciente instituto el material necesario para llevar adelante su programática de investigación en ciencias antropológicas, que analizaremos más adelante (VI y VII).

II. 5. 1. Personal

El primer expediente ingresado por este Instituto es la propuesta de su director de designar al todavía estudiante de origen italiano Marcelo Bórmida Serra como ayudante supernumerario de antropología física, ya que Imbelloni consideraba que su joven coterráneo era la persona más “favorablemente preparada para representarla [a la antropología física] en el futuro” (AGFFyL, C-7-15, 1). François avala la designación en junio de 1947, y el 15 de noviembre propone que se lo nombre auxiliar técnico del Instituto, medida que se aprueba tres días después. Estas tempranas designaciones ponen en evidencia dos cuestiones no necesariamente excluyentes: por un lado, el marcado favoritismo de Imbelloni por su compatriota; y, por el otro, lo pequeña que era la comunidad de especialistas en ciencias antropológicas hasta el momento, como han señalado los historiadores de la antropología argentina en reiteradas oportunidades. Esta incorporación fue, con

³⁰ Esta expedición se concreta, finalmente, en 1949. Será analizada más adelante (§VII. 3), debido a que durante ella se registró un vocabulario aonek’o ajen inédito hasta hoy.

el tiempo, muy controvertida, debido a la participación de Bórmida como oficial del ejército durante el gobierno de Mussolini.³¹ El 31 de julio de 1952 propone la designación de Bórmida como jefe de trabajos prácticos de la cátedra de Antropología y etnografía general, medida que se aprueba pocos días después (AGFFyL, A.G.-301, 13).

En marzo de 1948, Imbelloni nuevamente intenta hacerle un lugar a otro exiliado de la guerra. Así, el 18 de marzo eleva una comunicación al delegado interventor mediante la que informa la presencia en el país del prehistoriador austriaco Oswald Menghin, quien se había desempeñado como rector de la Universidad de Viena entre 1935 y 1936; como miembro del consejo directivo del partido Nazi entre 1937 y 1938, y como Ministro de Cultura y Educación durante dos meses en 1938 (Guber 2006). Para Imbelloni, Menghin representaba una “celebridad mundial en prehistoria” y gracias a sus gestiones, Menghin, recién llegado a la Argentina como invitado del gobierno nacional en mayo de 1948, logra insertarse casi automáticamente en el Instituto de Antropología (AGFFyL, D-2-4, 13). En una “Promemoria” dirigida a François, Imbelloni lo presenta de la siguiente manera:

La presencia del Profesor Osvaldo Menghin en el país nos brinda la posibilidad, no digo ya de una solución rápida e impresionista, sino de iniciar ordenadamente y tenazmente un programa de investigaciones sobre el terreno y en el gabinete, capaz de acercarnos metódicamente a un planteamiento científico, y eventualmente a la definición de las incógnitas. Casi todos los hombres de ciencia que tocaron este tema lo hicieron mediante visitas de breve duración y con escaso material. En cambio el Museo Etnográfico, después de haber reunido todas las colecciones que guardaba el Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia” (que comprende las piezas de industria lítica recogida por Florentino y Carlos

³¹ Marcelo Bórmida (1925-1978) se había exiliado luego de la finalización de la Segunda Guerra Mundial debido a su desempeño como oficial del ejército durante el gobierno de Mussolini. Al momento, había iniciado su formación en el área de ciencias biológicas en la Universidad de Roma bajo la supervisión del especialista en craneometría, Sergio Sergi, quien será el encargado de las gestiones para su exilio en Argentina (Guber 2006; Perazzi 2014). Luego de su llegada a Buenos Aires en 1946, inició su carrera académica bajo la dirección de Imbelloni, quien además de nombrarlo ayudante en el Instituto de Antropología logra ubicarlo, en calidad de adjunto, en la materia Antropología de la que era titular. Asimismo, emprendió una gran cantidad de viajes al territorio, muchos de los cuales encabezó, con el objetivo de investigar en distintas áreas en ciencias antropológicas, gracias, nuevamente, a las gestiones de su coterráneo. Fue Imbelloni, a su vez, quien dirigió su tesis doctoral sobre craneología tehuelche, tesis que defendió en el año 1953. Con todo, su acción en la Universidad de Buenos Aires trascendió a su mentor ya que, a pesar de que Imbelloni fue cesanteado de su cargo luego del derrocamiento de Perón en 1955, Bórmida logró la permanencia en esa Universidad (como casi todo el resto del personal) llegando, de hecho, a reemplazar a Imbelloni en la materia Antropología y Etnografía General. Participó activamente en la creación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas en el año 1958 (Perazzi 2015) y, en 1961, fue nombrado director interino del Departamento de Ciencias Antropológicas, tras la muerte de su primer director, Fernando Márquez Miranda. Tiempo después, se oficializó este cargo y logró desempeñarse simultáneamente como director del Departamento de Ciencias Antropológicas, del Instituto de Antropología y del Museo Etnográfico.

Ameghino, por Félix Outes, L. M. Torres, J. Viani y T. Armendía) puede brindar al estudioso un material realmente inapreciable (AGFFyL, D-2-4, 13).

Menghin sería, entonces, un sucesor de los más reconocidos arqueólogos de la historia argentina, de modo que su incorporación al Museo significaría contar con una persona realmente capacitada para el tratamiento de los materiales que “han venido acumulándose en los tres Museos principales del país, sin que presentase contemporáneamente un perfeccionamiento metódico capaz de alcanzar la solución de los problemas propuestos por tales hallazgos” (AGFFyL, D-2-4, 13).

Imbelloni plantea, además, que el Museo de La Plata no le había ofrecido a Menghin un contrato, lo que puede ser leído, por otro lado, como una muestra de la distribución de temáticas de investigación entre ambos museos (mientras que el de La Plata se dedica a la rama biológica de la antropología, el Instituto de Antropología atiende más directamente al análisis de las culturas) (AGFFyL, D-2-4, 13). Finalmente, el 10 de septiembre de 1948, el viceinterventor nacional autoriza su incorporación.

Otro acontecimiento que pone en evidencia la simpatía de Imbelloni por el mundo germánico es su relación con Willem A. Ruysch, el director de la revista *Archivos Ethnos*,³² quien participa y acompaña distintas actividades del Museo. Entre ellas, propone dictar un curso de alemán *ad honorem*, destinado al personal del museo y estudiantes.

La importancia de la orientación política del personal se revela en otro acontecimiento sucedido un poco más adelante. Así, en mayo de 1950, se inicia un debate que se extiende por años en el Consejo Directivo sobre la posibilidad de reincorporar a Palavecino (quien poco tiempo antes había sido desplazado del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán debido a sus desencuentros con el peronismo). En la sesión del 8 de mayo de 1952, el Consejo finalmente está a punto de nombrarlo profesor adjunto de Antropología y etnografía general, cuando el consejero Serrano Redonnet se opone en favor de María de las Mercedes Constanzó (quien también había reemplazado a Palavecino en la dirección del Instituto de Antropología de Tucumán [véase Carrizo 2015b]), con el argumento de que poseía el más alto título, mientras que Palavecino no contaba con título nacional. Será recién en 1955, con el golpe de Estado que derroca a Perón, que Palavecino podrá reinsertarse en la Universidad de Buenos Aires.

³² Al momento, no hemos dado con mayor cantidad de información acerca de Ruysch y su publicación. Se destaca su gravitación por el mundo de las ciencias antropológicas, aunque no hemos registrado, hasta ahora, que hubiera ocupado un cargo oficial en la Argentina. Por su parte, su revista, de corta vitalidad, se publicó en inglés y español, y funcionó como un espacio de puesta en circulación de diversos temas de las ciencias antropológicas.

II. 5. 2. La Patagonia

El 15 de junio de 1948 Imbelloni propone como parte de las actividades para el año en curso que Bórmida y Adolfo Dembo realicen una expedición, durante el mes de julio, a la Laguna del Juncal, Viedma, provincia de Río Negro. La expedición se realiza a mediados de año y obtiene, como resultado, materiales arqueológicos y huesos exhumados de cementerios indígenas y otros paraderos de la zona (AGFFYL, D-2-4, 6). En la misma nota, expresa que proyecta realizar para fin de año, junto con otros miembros del Instituto, una expedición a la Patagonia “para completar un programa muy vasto con el objeto de estudiar, fotografiar y realizar máscaras³³ de las últimas reliquias del pueblo Tehuelche” (AGFFYL, D-2-4, 16). Esta última expedición se realiza, finalmente, en el verano de 1949, y nos detendremos en ella más adelante (§VII. 3). Por ahora nos interesa destacar el evidente interés que empieza a cobrar este territorio, hasta entonces bastante desatendido por los especialistas y por la institución, como hemos descrito en las gestiones anteriores. Imbelloni plantea en una de sus comunicaciones con el interventor lo siguiente:

Nunca se lamentará bastante el hecho que durante los últimos setenta años nadie haya advertido la conveniencia de llenar tamaña laguna. Se ha dejado de este modo correr irremediamente un tiempo precioso. A pesar de que la decadencia del pueblo patagón, comenzada en la mitad del siglo XVIII con las asiduas visitas de naves norteamericanas a las rías y caletas del Atlántico Sud, fuera ya un hecho alarmante en la segunda mitad del siglo XIX, no puede negarse que hasta el primer decenio de nuestro siglo han permanecido en la Patagonia condiciones favorables para cosechar un número de datos suficientemente válido, en vista de un resultado estadísticamente suficiente (Imbelloni 1949b: 16-17).

De hecho, esta región, especialmente valorada entre mediados y fines del siglo XIX por naturalistas y viajeros (Imbelloni 1949b; Malvestitti y Orden 2014) y poco investigada en las primeras décadas del siglo XX por los estudios antropológicos y lingüísticos realizados desde los centros metropolitanos (exceptuando algunos trabajos, entre los que se destacan los de Lehmann-Nitsche), recupera la atención a fines de la década del cuarenta.³⁴

³³ Las mascarillas de yeso tomadas de rostros de personas vivientes, aquí aludidas, comportan, según Rodríguez (2010), un procedimiento bastante doloroso, porque es necesario dejar un tiempo el yeso en la cara para que tome forma, lo que quema la piel.

³⁴ Entre 1949 y 1950, la Facultad, y más particularmente el Instituto, se hacen acreedores de fracciones de dos importantes yacimientos arqueológicos. Así, en la misma sesión anteriormente referida, se informa que la provincia de Jujuy donó a la Facultad el territorio abarcado por el Pucará, sitio arqueológico de Tilcara, con el compromiso de que se finalice la reconstrucción de las ruinas (iniciada por Ambrosetti, continuada por Debenedetti y, posteriormente,

Luego de la expedición, la dirección del Museo organiza la “Semana de la Patagonia” con

[...] la finalidad concreta de comunicar a los interesados en cuestiones de la Patagonia, que son muchos en el país y bien caracterizados en el círculo de los estudiosos, los adelantos que se han conseguido recientemente en el conocimiento etnográfico, lingüístico y somatológico de los Patagones y en el estudio de la enorme producción lítica que integra su arqueología (AGFFYL, D-3-6, 24).

El evento se celebró entre el 24 y 28 de octubre de 1949, y contó con la participación de miembros del recientemente creado Instituto Superior de Estudios Patagónicos, entre los que se destaca la presencia de Federico Escalada, autor de *El complejo tehuelche* (1949), cuyo trabajo se presenta como resultado de seis años de investigación en terreno, “manteniéndose en contacto directo con los últimos representantes de la antigua población tehuelche, hoy casi completamente desaparecida. La gran novedad de sus conceptos se deriva de la renovación del método, que ha consistido en alejarse de la información libresca y frecuentar la única fuente segura, que es el aborigen” (AGFFyL, D-3-6, 28). Si bien más adelante volveremos sobre esta cuestión, es importante destacar ahora esta revalorización del trabajo etnográfico, desestimado en el periodo anterior, como se desprende de este recorrido.

En ese evento, además, participaron Antonio Di Benedetto,³⁵ geógrafo del Museo; el juez y antropólogo amateur, Ernesto Sourrouille;³⁶ el fonólogo Ivar Dahl, quien había publicado recientemente, junto Daniel Jones, *Fundamentos de escritura fonética*; Agustina Quilchamal de

por Eduardo Casanova en el marco de la gestión de de Aparicio), y que se instale allí un museo. Mientras que, a inicios de 1950, el Banco Hipotecario Nacional anuncia la donación de una fracción de las ruinas de Tolombón a la Facultad, tarea que afrontaría el Instituto y, más particularmente, Casanova, recientemente designado director de la Sección de Arqueología y titular de la materia de Arqueología americana. Si bien las acciones sobre estos sitios no se iniciaron en este periodo, lo que permiten es poner en evidencia la centralidad que había alcanzado entonces el Museo y que, si bien durante la gestión de Imbelloni hubo un evidente direccionamiento a la Patagonia, la historia de trabajo de los primeros directores en la región del Noroeste estaba comenzando a echar frutos.

³⁵ Di Benedetto se desempeñaba además como redactor de la sección de noticias sobre la antropología en la Argentina del *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*. El Instituto de Antropología es uno de los centros que recibe mayor atención.

³⁶ Uno de los poseedores del diario de Georges Claraz por la Patagonia (asunto que trabajaremos en §V. 3) fue, precisamente, Sourrouille, quien pretendió publicar una edición crítica que nunca se concretó, según refiere Casamiquela (2008: 8).

Mankel, hablante nativa de aonek' o ajen, informante principal de Escalada y, en una ocasión, de Bórmida, como se verá más adelante (§VII. 3),³⁷ Antonio Serrano, antropólogo, y Menghin.³⁸

El segundo día de estas jornadas de exposición sobre distintos asuntos del territorio patagónico se destina al “factor lingüístico”, especialmente dedicado al estudio del pueblo aonikenk (tehuelche o aonek' o ajen). La primera exposición estuvo a cargo de Escalada. Otra de las charlas de relevancia fue una a cargo del profesor Dahl, quien realizó un primer acercamiento al alfabeto fonético internacional con el objetivo de convencer a los investigadores de su utilización para evitar el fracaso frecuente en el registro de las lenguas indígenas hasta entonces. En el informe, Imbelloni plantea:

Por fin, el prof. Ivar Dahl explicó por qué razones todos los intentos conocidos de escribir los idiomas indígenas debían necesariamente fracasar y prometió para la jornada siguiente una demostración sobre el empleo de la grafía fonética internacional. [...]

La demostración fué brillante y convenció realmente de que la fonética moderna es el único medio para terminar de una vez con el caos que actualmente prevalece en la grafía de los idiomas indígenas e influye tan desfavorablemente en la correcta pronunciación. Fué escuchada en esta oportunidad doña Agustina Quilchámal de Menkél, hija del famoso cacique Quilchámal del Alto chalfá, auténtica aborígen y conocedora del Aóniko-aish (AGFFyL, D-3-6, 28).

Finalmente, en el comentario relativo al cierre del evento se plantea la propuesta de Imbelloni de crear “un refugio que asegurara la conservación de las últimas familias tehuelche”, que el público recibe “con señaladas manifestaciones de agrado” (AGFFyL, D-3-6, 28).

En 1950, el Museo emprende una nueva expedición a la Patagonia Central y Septentrional “para iniciar los estudios de la Prehistoria argentina en las regiones del Sud”. El 12 de diciembre de 1951 se comunica el plan de emprender un nuevo viaje científico a la Patagonia con la dirección de Menghin,³⁹ “con el fin de estudiar las terrazas marinas y los concheros del Golfo de San Jorge, luego las cuevas del Cañadón de las Cuevas y los concheros de Punta Medanosa, al sud de Puerto

³⁷ El 14 de octubre llega a Buenos Aires Agustina Kilchamal de Manquel, acompañada por la adolescente Agustina Manquel y por Federico Escalada, quienes permanecerían en Buenos Aires entre tres y cuatro semanas para participar de la Semana de la Patagonia y para “iniciar y organizar los estudios de la lengua Aóniko-aish propia de los Tehuelche meridionales” (AGFFyL, D-3-6, 23).

³⁸ En la tercera jornada, dedicada a la somatología y arqueología, también participaron Leoncio Deodat, Bórmida, Enrique Palavecino, Alfredo Manzullo y el propio Imbelloni.

³⁹ En un informe sobre su actuación, Menghin consigna haber realizado cinco expediciones a la Patagonia desde su incorporación al Instituto en 1948 hasta 1955 (AGFFyL, 1955, s/d).

Deseado”.⁴⁰ Estas expediciones permiten ver la atención preferencial de los histórico culturalistas por el territorio patagónico.⁴¹

Pero la Patagonia no solo importaba por sus yacimientos arqueológicos poco explorados hasta entonces, sino también por los “residuos vivientes”, tal como designa en una ocasión Imbelloni a los tehuelches “puros” de la región (AGFFyL, D-2-4, 24). En este sentido, algunas de las expediciones también tuvieron como propósito realizar descripciones fenotípicas y culturales de este grupo que redundaron, entre otras cuestiones, en registros lingüísticos que analizaremos más adelante (§VII. 3) y que responden a lo que conceptualizamos como un retorno a la práctica de la etnografía lingüística, llamativamente abandonada por los círculos científicos del periodo.

Así, luego del vocabulario aonek’o ajen registrado en 1949, en abril de 1951, Imbelloni anuncia la llegada de un nieto de Bridges, con quien evidentemente planifica reunirse con un objetivo de lingüística de salvataje:

En el próximo mes de Mayo llegará de Tierra del Fuego un nieto del gran vocabularista Lucas Bridges,⁴² para organizar un nuevo viaje al Sud y registrar la voz y vocabularios de dos individuos excepcionales: la última persona del grupo Haush (una anciana que los señores Bridges han procurado retirar en su estancia de Victoria) y un viejo conocedor del Yámana, cuya muerte es inminente (AGFFyL, A.G.-289, 7).

Tiempo más adelante, en 1952, Imbelloni hace explícito el particular interés por los estudios sobre este territorio:

Después de reinar la mayor indeterminación en la nomenclatura geográfico-étnica de los mapas y los tratados, se ha iniciado en la Argentina en pocos años un movimiento que anhela proyectar luz sobre los grupos humanos que han habitado los canales de la Fueguía y la Patagonia occidental. Como director del Instituto de Antropología he invitado en 1951-2 a varios especialistas a contestar una especie de encuesta preliminar que permitiera “hacer el punto” en esta discusión. Dicha encuesta no es ya resolutive, ni tiene el fin en sí misma; sólo

⁴⁰ En un expediente con la misma carátula y fecha, comunica que viajará a Tilcara con el objetivo de colaborar con el trabajo de restauración del Pucará, a cargo de Casanova, el director de la Sección de Arqueología (AGFFyL, A.G.-289, 15).

⁴¹ Esta preferencia ya podía verse en el programa de 1931 de Antropología y Etnología que, si bien se encontraba a cargo de Outes, tenía a Imbelloni como suplente. Outes, por su parte, siempre fue uno de los estudiosos de su generación que más atención ofreció a la Patagonia, además de haber demostrado una importante cercanía al modelo de la Escuela Histórico Cultural, siendo él quien insertó la antropogeografía de Ratzel, aún antes de la llegada de Imbelloni al país, tal como se indicó anteriormente.

⁴² Esta referencia, sin embargo, posiblemente constituya una errata. Muy probablemente Imbelloni se refiera a un nieto de Thomas Bridges, el padre de Lucas, ya que este se casó entrado en años y no vivía en Tierra del Fuego.

constituye el primer peldaño para una campaña que a su vez debiera comprender dos momentos: primero, una expedición bien organizada que estudie la incógnita en el propio terreno —esto es, navegando por los canales del Sud y Sudoeste— y, segundo, una reunión “de mesa redonda” a celebrarse en Buenos Aires en las salas del Museo Etnográfico, a la que se invitaría a los estudiosos que sobre el tema hayan adquirido datos de primera mano (Imbelloni 1952: 134).

Finalmente, en este mismo sentido, en el último año de su gestión, en 1954, nuevamente Bórmida logró recolectar material sobre lenguas patagónicas que no hemos hallado hasta el momento.⁴³ En el informe que eleva Imbelloni a las autoridades de la Facultad (AGFFyL, A.G.-329, 3), se consignan “cinco rollos dedicados integralmente a la lengua del grupo Ona de Tierra del Fuego, que ha sido posible obtener de uno de los *últimos sobrevivientes*” (el resaltado es nuestro). Continúa el informe de la siguiente manera: “Hemos perdido sin embargo la esperanza de registrar una documentación del grupo Cheuache-kenk, porque durante la estada del Dr. Bórmida en el Sud se ha muerto la indígena Beltesheun, de 120 años de edad, sin poder sacar lo que esperábamos desde muchos años” (AGFFyL, A.G.-329, 3). Estas palabras, en conjunción con otros fragmentos de informes, como así también con la intención de crear un refugio de “conservación” de las familias tehuelches que vimos más arriba, son gestos discursivos que revelan las intenciones extractivistas del proyecto de Imbelloni. La falta de sentido humano se evidencia en una carta que Bórmida le envía a Imbelloni mientras se encontraba en la expedición mencionada en el informe que transcribimos a continuación, en la que describe la agonía de Beltenshun:

Muy estimado maestro: Voy a pasarle hoy otro informe sobre mis actividades que en estos últimos días se han vuelto bastante turbulentas y enmarañadas. El día de mi segunda visita a Beltesheun la encontré en la extrema miseria física e intelectual, y con una cara que parecía no querer vivir un día más. El Dr. Escalada se hallaba siempre enfermo de bastante cuidado por lo cual recurrimos a la cooperación de un colega con el fin de que la vieja fuese internada en el hospital para ver de mejorarla con algún shock vitamínico o pequeñas dosis de Actémin, como para poder grabar por lo menos sus últimos suspiros. En la noche volví al rancho con el Dr. Vuecas, pero encontramos a Manquél borracho que se opuso a que la trasladáramos, parece que había pegado a Doña Agustina que tenía toda la cara hinchada. El día siguiente otros trámites con Maquel que, por fin, después de otra posible paliza a la señora, consintió al traslado. De todas maneras, estábamos decididos a usar medidas de fuerza si fuese necesario. La vieja salió del toldo gimiendo de que la dejaran morir allí, entre los gemidos de la petisa;

⁴³ Silla (2012) registra seis expediciones realizadas por Bórmida como parte de sus actividades en el marco del Instituto, entre 1948 y 1956.

actualmente se halla bien cuidada con posibilidad de repuntar un poco. Tenemos todavía que resolver el traslado de doña Agustina, indispensable como intérprete (y que por otra parte está en condiciones de salir muy precarias) o de la petisa (que es tuberculotica). Mañana me pasaré todo el día en el hospital con el Dr. Escalda para ver de llevar adelante el trabajo. Me he permitido seguir aquí en Comodoro porque es realmente la última oportunidad de estudiar el Teushen. No sé si Ud. aprobará esta medida pero me he animado a tomarme esta libertad pensando que era imprescindible mi estadía. Mi dinero es escaso pero aguantaré hasta que pueda, aún con dinero prestado. Mis más respetuosos saludos (Bórmida a Imbelloni, 6/2/1954. Fondo Imbelloni, AME).

En la carta se hace patente que el interés era estrictamente extractivo: se pretendía mantener viva a Beltenshun, que se encontraba agonizante, únicamente para poder registrar la lengua. Del mismo modo, se pretendía trasladar a Agustina Quilchamal, no tanto por el maltrato que habría recibido de su marido, sino por su valor como intérprete. En los dos casos, importan las condiciones de vida y garantizar su supervivencia, porque precisan informantes vivas que les proveyeran los datos lingüísticos necesarios.

El interés por el territorio patagónico que se establece desde el Museo presenta varias aristas. En primer lugar, se explica por la operación discursiva de largo alcance analizada por Rodríguez (2016) de “blanqueamiento” de la población del país que dio lugar a la extranjerización de los mapuches, quienes serían, a su vez, parte de los responsables de la desaparición del grupo tehuelche, los “verdaderos” indígenas argentinos. En este sentido, tal como observa Rodríguez, si bien este procedimiento discursivo encuentra sus inicios a fines del siglo XIX, se mantuvo a lo largo de los años y encontró en Imbelloni y en la Escuela Histórico Cultural un espacio propicio para su desarrollo, quienes, al mismo tiempo, se encargaron de profundizar la idea de la extinción inminente de tipos “puros” antes de su completa “degeneración” racial. La búsqueda de “ejemplares puros” (como dirá Imbelloni en una ocasión) explica la desesperación de Bórmida en su carta por mantener viva a la anciana agonizante. Por otra parte, la Escuela Histórico Cultural, cuyos principales representantes eran mayormente extranjeros, precisaba de un objeto de estudio argentino y original que permitiera poner en diálogo este proyecto científico con el proyecto político nacional. De acuerdo con esto, la Patagonia fue, para la escuela liderada por Imbelloni, un territorio que le permitió ratificar la prevalencia de ese modelo en los estudios antropológicos nacionales y articular estratégicamente su propio proyecto con el valor geopolítico que adquirió esta región durante el peronismo: en este territorio habitaban los “verdaderos” indígenas

argentinos, por un lado, además de haber sido un destino desatendido por la ciencia argentina durante largas décadas.⁴⁴

En este último sentido, se debe considerar, además, que en el Noroeste ya había importantes centros académicos que estaban avanzando con la expansión culturalista: tal es el caso de la Universidad de Tucumán, gracias a la acción de Osvaldo Paulotti, Radamés Altieri y María de las Mercedes Costanzó (véase Carrizo 2015). Asimismo, hacia mediados de la década del cuarenta, la franja centro y norte de la Argentina ya contaba con una gran cantidad de instituciones dedicadas a la investigación antropológica y arqueológica de la región: el Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de Córdoba, el Departamento de Estudios Coloniales y Etnográficos en Santa Fe, entre otros (véase Rex González 1985); como así también con museos dedicados a la exposición de colecciones patrimoniales y regionales en Catamarca, La Rioja, Salta y Santiago del Estero, por mencionar solo algunos (véase Blasco 2007). En la Patagonia, más allá del Museo de la Patagonia fundado por Enrique Amadeo Artayeta en 1940 (véase Pupio y Piantoni 2017), no registramos, sino hasta fines de la década del cuarenta, instituciones análogas. Esta situación que comienza a revertirse con la creación, en 1947, del Instituto Superior de Estudios Patagónicos (antecedente de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco), impulsada por el gobernador militar General Armando S. Raggio.

II. 5. 3. Importancia de Imbelloni: dedicación exclusiva y jubilación postergada

En 1949, el Rectorado enviaba al Consejo Directivo de la Facultad una ordenanza sobre la selección de dos cátedras que percibirían el nuevo régimen dedicación exclusiva y solicitaba la opinión de este Consejo para las nuevas designaciones (*Archivos* 1949: 1930-1934). La Facultad propone, entonces, que la promoción fuera para los titulares de Antropología y Etnografía general, es decir, Imbelloni, y para Gnoseología y Metafísica, que se encontraba a cargo de Carlos Astrada. Las razones que se esgrimían para la promoción de Antropología y Etnografía General son las siguientes: “por su significado dentro de la cultura nacional y la importancia que reviste para la elaboración del saber de carácter autóctono (art. 2° inciso 3 de la ley 13.031), así como el interés que la materia reviste para las distintas Secciones de la Facultad” (*Archivos* 1949: 1931); además del “valioso” perfil de Imbelloni, investigador de reconocimiento internacional. Sin embargo, en

⁴⁴ Ramundo (2012) también da cuenta de la particular atención que cobra este territorio para la Escuela Histórico Cultural durante este periodo.

la sesión se alzan algunas voces detractoras, sobre todo en cuanto a la designación de Imbelloni, y proponen, en su lugar, la designación de François, por su antigüedad en la universidad, por ser nativo argentino y por su prestigio internacional; además de que consideran que la Antropología era una disciplina auxiliar. Frente a esta situación, el entonces decano, Federico Daus, expone nuevos argumentos en los que se filtran algunas definiciones de la Antropología que resultan de interés, por la relevancia que se les concedía entonces a los estudios antropológicos:

[...] los puntos de vista que la Comisión ha tenido en cuenta al proponer Antropología, están desligados del plan de estudios de la Facultad. Se consideró a esta materia no en su posición en los estudios de la Facultad sino como la materia en sí misma, en el panorama de los estudios de la vida argentina. No es del hombre desaparecido del que se ocupa la Antropología, sino del hombre actual. Es de aplicación inmediata y de interés nacional la clasificación del tipo argentino, que por tratarse de un país con gran aporte extranjero conviene establecer (*Archivos* 1949: 1933).

Más allá de las voces detractoras, finalmente Imbelloni, junto con Astrada, son los únicos dos beneficiados con la dedicación exclusiva.

Al año siguiente, el 29 de diciembre de 1950, el Consejo debate acerca de profesores que están en edad de jubilarse, entre ellos, Imbelloni y Ardissonne. Sin embargo, dado el valor que tenían para el funcionamiento de esa facultad y para el gobierno nacional, el Consejo decide extenderles el cargo por tres años más (*Archivos* 1950: 2056), lo que explica la continuidad de Imbelloni como director del Museo, incluso por dos años más de lo estipulado, hasta 1955, cuando fue apartado de su cargo como efecto del golpe de estado autodenominado Revolución libertadora.

~

Con el propósito de revisar el lugar otorgado al estudio de las lenguas indígenas, en este capítulo nos hemos encargado de reconstruir una parte de la historia del Museo Etnográfico desde la ordenanza de su creación, aprobada en abril de 1904, hasta la destitución de Imbelloni de su cargo de director, en 1955. Como esperamos haber demostrado, el trabajo con dichas lenguas no fue una temática prioritaria en los distintos proyectos de gestión, más allá de que en más de un caso fuera un área de interés de las investigaciones particulares de los distintos directores. Tal es el caso de

las documentaciones del kaingang y del chulupí realizadas por Ambrosetti en los primeros años de su trayectoria o, como se verá más adelante (en el capítulo quinto), de los análisis de Outes sobre el yagan y el charrúa. Asimismo, como parte de las actividades del Museo, identificamos algunos registros de interés, como fueron los de Debenedetti de las lenguas chorote y wichí durante su expedición al norte del país; como así también el de Imbelloni durante su expedición a la Patagonia. Estos registros nos permiten, a su vez, recuperar una particular distribución geográfica que hemos intentado poner en relieve a partir del recorrido por las distintas expediciones proyectadas desde el Museo durante el periodo analizado. En este sentido, se destaca una atención preferencial por la franja norte del país; situación que se revierte cuando Imbelloni asume la dirección. A partir de entonces, la Patagonia pasa a ser un destino de gran interés para el Instituto de Antropología del que pasó a depender el Museo desde 1947.

III

Las lenguas indígenas como contenido curricular.

Lafone Quevedo y los programas de Arqueología americana

La asignatura Arqueología americana fue otro de los ámbitos en los que se dio lugar al tratamiento institucional de las lenguas indígenas, en este caso en el plano de la enseñanza, entre los años 1899 y 1920, cuando Samuel Lafone Quevedo fue el profesor a cargo. Luego de su fallecimiento en 1920, Debenedetti fue designado en su reemplazo y redireccionó el perfil de la asignatura al eliminar esta temática como contenido curricular medular y colocar como eje un modelo arqueológico centrado en el análisis de materiales y en técnicas de excavación. Será solo mucho tiempo después, entre fines de la década del treinta e inicios de la del cuarenta, cuando se retome el interés por la enseñanza de asuntos relacionados con las lenguas indígenas, aunque desde otra perspectiva, ya que se trata de materias relativas a las ciencias del lenguaje, correspondientes a la carrera de Letras (asunto que será trabajado en §IV. 3).

En este capítulo abordamos, en primer lugar, la trayectoria académica de Lafone Quevedo y recuperamos sus principales planteos acerca de las lenguas indígenas en sus distintos trabajos sobre el tema. Si bien estos integran una serie que antecede al periodo delimitado por esta investigación, consideramos que impactan en la organización de la asignatura objeto de este capítulo, a la vez que constituyen uno de los principales antecedentes de toda la lingüística indígena argentina de la primera mitad del siglo XX. De hecho, tal como se verá, gran parte de su producción instaló discusiones y delineó patrones de argumentación lingüísticos (Schlieben-Lange 1993) que condicionarán gran parte de las producciones que integran el corpus central de esta tesis y que volverán uno de los principales referentes de los intercambios argumentativos del ámbito de estudios sobre lenguas indígenas, no solo a nivel nacional sino también internacional. Luego de este recorrido biobibliográfico, analizamos particularmente los programas de Arqueología americana durante los años en que la asignatura estuvo a su cargo, con los objetivos de aportar a la reconstrucción del proceso de institucionalización de este conocimiento, como así también para contribuir con la sistematización de un insumo epihistoriográfico (Swiggers 2009) escasamente conocido por las investigaciones actuales.

III. 1. Trayectoria de Lafone Quevedo

Samuel Lafone Quevedo (1835-1920) fue uno de los principales estudiosos de las lenguas indígenas de la Argentina durante el periodo de entresiglos y uno de los precursores de la investigación sistemática en esta materia. Nacido en Montevideo, de joven fue enviado por su padre a Inglaterra, donde se formó y obtuvo el título de *Magister artium*, equivalente a un bachillerato en humanidades. A inicios de la década de 1860, retorna a América y se instala en la provincia de Catamarca para hacerse cargo del negocio familiar, consistente en un ingenio minero de cobre, oro y plata. Interesado en la historia americana, combinaba sus labores como administrador del establecimiento familiar con distintas lecturas sobre el tema. Este interés y su privilegiada posición económica y social lo llevaron a relacionarse con una red de estudiosos aficionados en el vasto mundo del americanismo. Desde joven trabajó amistad con Vicente Fidel López —según él mismo relata en una de sus obras más difundidas, *Londres y Catamarca* (1888)—, como así también con Bartolomé Mitre. De hecho, fue este último quien, como director del diario *La Nación*, publicó las distintas cartas que, compiladas, dieron lugar a dicha obra. En las primeras de ellas reconstruye cómo surge y se forja su interés sobre las temáticas americanas y cuál había sido su derrotero de lecturas. En esa síntesis, informa que la publicación (debida a Andrés Lamas) de la obra del Padre Lozano, referida a la historia de las provincias del Río de La Plata y de la antigua Gobernación del Tucumán, fue el antecedente que lo llevó a iniciar un estudio sistemático sobre la historia de la región.

En 1892, la *Revista del Museo de La Plata* publica las “Instrucciones para colectores de vocabularios indígenas” que fueron redactadas por Lafone Quevedo, “colaborador y amigo, a quien hemos encargado la dirección de la sección de Filología de ese Museo”, en palabras del propio fundador y director, Francisco Pascasio Moreno.⁴⁵ Posiblemente esta sección sea la primera del país ideada específicamente para el estudio de las lenguas indígenas. Las “Instrucciones” se articulan con toda una serie de instrumentos de recolección de vocabularios que circulaban en la época (cfr. Farro 2013; Malvestitti 2014 y 2015b). Un año después de la publicación de las

⁴⁵ En 1877 se crea el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires con base en las donaciones de Francisco Pascasio Moreno, quien fuera su director durante casi treinta años. En 1884 se produce el traslado de este museo a La Plata (ciudad declarada capital de la provincia de Buenos Aires en 1882); cambia entonces su nombre por el de Museo General de “La Plata”. En 1906, el Museo pasa a depender de la recientemente creada Universidad Nacional de La Plata, lo que provoca la renuncia de Moreno a su cargo de director. Acerca de la creación y primeros años de funcionamiento de este museo véase Farro (2009).

“Instrucciones”, Moreno le ofrece a Lafone dirigir una Biblioteca de Lingüística en la institución, un proyecto que pretendía seguir el modelo de la *Bibliothèque linguistique américaine* a cargo del americanista francés Lucien Adam (1833-1918),⁴⁶ de la Sociedad de Etnografía de París (Farro 2013a).⁴⁷ Entre los objetivos expresados en la advertencia, Moreno plantea lo siguiente:

El plan de esta publicación abraza todas las lenguas que se hablan ó se han hablado en el perímetro de lo que fue el vireynato del Rio de La Plata, lo que equivale á decir que se incluirá en ella mas de la mitad de todos los grupos de idiomas de la América del Sud. Para conseguir este objeto, se publicarán todos los MSS inéditos que se puedan conseguir, los libros raros que no están al alcance del público y las noticias que sucesivamente vayan adquiriéndose segun las instrucciones que para este caso ha distribuido el Museo en esta República y las vecinas (Moreno 1893: III).

La Biblioteca tuvo como resultado un único trabajo, a cargo de Lafone Quevedo, consistente en dos partes. En primer lugar, el autor realiza una compulsa de distintos documentos sobre lenguas chaqueñas que fueron cediéndole Lamas, Mitre⁴⁸ y Juan Pelleschi⁴⁹ de sus colecciones privadas, con el objetivo de exponer las principales características de la lengua mocoví y, a su vez, arriesgar posibles filiaciones (Lafone Quevedo 1893a). En la segunda parte de la publicación, introduce la “obrecilla” del padre Tavolini, consistente en un tratado de enseñanza de dicha lengua, seguida de un vocabulario. Posteriormente, debido a los retrasos editoriales, la Biblioteca deja de publicar estos materiales. Lafone Quevedo decide, consecuentemente, continuar con la circulación de los materiales sobre las lenguas del Gran Chaco en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* y en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* (Farro 2013).

En 1899 Lafone es contratado por la Facultad de Filosofía y Letras para hacerse cargo de la materia Arqueología americana, tarea que asume hasta su fallecimiento. Esta Facultad le

⁴⁶ Adam fue uno de los más importantes referentes de estudios de lingüística indígena comparada de fines del siglo XIX. Discutió la idea planteada por Du Ponceau y continuada por Brinton acerca del vínculo genético de todas las lenguas indígenas americanas (Campbell 1997). En la misma línea que Adam, Lafone Quevedo intentó rebatir esta propuesta, tal como analizamos anteriormente.

⁴⁷ Sobre este tema en particular y, más en general, sobre el desarrollo de la lingüística naturalista en Francia entre mediados del siglo XIX e inicios del XX, véase Desmet (1996).

⁴⁸ Mitre y Lamas mantuvieron una estrecha amistad solidificada por el interés compartido por distintos asuntos de historia americana, lo que los llevó a producir una copiosa correspondencia sobre el tema, además del intercambio frecuente de material (para más información sobre estos autores y su vínculo, véase De Mauro 2018: 82).

⁴⁹ Ingeniero de origen italiano, en 1877 Pelleschi fue enviado en una expedición a la región del Chaco con el objetivo de explorar el río Bermejo y zonas aledañas.

otorgará, en 1910, el título de Doctor Honoris Causa. Dos años después de asumir como docente de Arqueología en la Facultad de Filosofía y Letras, comienza a desempeñarse como director interino del Museo de La Plata en reemplazo de Moreno; y, en 1906, luego de la renuncia de Moreno, es designado como su director, cargo que desempeña hasta su muerte en 1920.

III. 2. El aporte de Lafone Quevedo al estudio sobre lenguas indígenas

Gran parte de las publicaciones realizadas por Lafone Quevedo se concentran en la última década del siglo XIX⁵⁰ y consisten en una serie de estudios críticos sobre la base de manuscritos albergados en la vasta biblioteca de Mitre producidos por misioneros de distintas órdenes o por otros aficionados a las lenguas indígenas,⁵¹ con el principal objetivo de establecer un mapa étnico-lingüístico sobre las lenguas americanas y, más específicamente, las argentinas. Prestó especial atención a las de lenguas del Chaco no solo por sus particularidades, en primer lugar fonético-fonológicas y luego, como veremos, gramaticales, sino también por el desconocimiento general reinante en esos años acerca de ellas:

 Mi propósito al escribir sobre lenguas Argentinas tiene por principal objeto ponerlas á todas en condiciones de ser comparadas unas con otras, y para el efecto se dá mucha importancia á la fonología, muy particularmente á esa parte que trata de la morbosidad de los sonidos [...].

 Mucha falta nos hace un estudio de las naciones del Chaco bajo el punto de vista antropológico; porque las diferencias de lengua no creo que en todos los casos correspondan á las de raza. Una vez bien establecidas la geografía de las lenguas, la craneología de las razas, y la agrupacion de los idiomas en las grandes familias subfijadoras, prefijadoras y mistas, recien podremos empezar á vislumbrar el origen de nuestros Indios (Lafone Quevedo 1895a: 41).

Los estudios de estas lenguas, además, vendrían a responder la demanda de los “filólogos europeos”,⁵² quienes reclamaban un estudio sistemático de las lenguas indígenas locales,

⁵⁰ En 1893, Diego Barros Arana y Rodolfo Lenz (1893) publican un estado de la cuestión sobre la “lingüística americana”, en el que exponen los grandes vacíos y desconocimiento sobre el tema que había en la región (véase §I. 3). Esta publicación articulada con el inicio de las de Lafone podrían posicionar al año 1893 como una bisagra en el ámbito de la lingüística indígena.

⁵¹ Para un mayor detalle del modo en que Lafone accedió a los distintos tipos de documentos que aquí mencionamos, véase Farro (2013).

⁵² Si bien no especifica a quiénes se refiere con esta designación, es posible que, entre otros, esté hablando de Adam, quien prestó particular atención al estudio de las lenguas americanas a partir de la documentación de los misioneros, como era el estilo de trabajo también practicado por Lafone. De hecho, Farro (2013a) inscribe los aportes de Lafone Quevedo en la tradición iniciada por Adam en Francia y por Brinton en Estados Unidos; mientras que el mismo Lafone en más de una ocasión ofrece su trabajo a los mencionados especialistas, “quienes se ocupan de resolver los problemas lingüísticos de nuestra zona” (Lafone Quevedo 1898a: VII).

movimiento que, a su vez, permitiría posicionar a la ciencia argentina en el concierto científico de las naciones:

Los europeos se quejan de la falta de material, ahora se lo manda la América, y espero que se servirán de él para disipar algo de los errores que hasta aquí han cundido á propósito de Filología Americana. En América tenemos lenguas libres de la influencia de las aulas, por consiguiente se puede hacer un verdadero estudio de Lingüística. Así como la Botánica se funda en las yerbas del campo y no en las flores de los jardines, así también la verdadera Lingüística debe buscar las lenguas de los salvajes y no las de Grecia, Roma é Indostan (Lafone Quevedo 1893c:78).

Yo me he propuesto, mientras Dios me conserve la vida y salud, publicar algo sobre cada una de las Lenguas argentinas, porque quiero ayudar á levantar el reproche de los Europeos, que nos acusan de no hacer nada para dar á conocer lo que nuestro suelo encierra en materia de Lingüística etc. (Lafone Quevedo 1895a: 44).

La labor de Lafone, como ya anticipamos, consistió fundamentalmente en la exhumación, análisis, organización, comentario y puesta en circulación de manuscritos u “obras raras”, lo que sería el caso por antonomasia de lo que hemos dado en llamar *arqueología lingüística*⁵³ (tarea que será continuada por Félix Faustino Outes, como veremos en el capítulo quinto). No obstante, también realizó algunas documentaciones con consultantes de lenguas patagónicas que permanecen inéditas (Farro c. p.; Malvestitti y Orden en prensa) y toba (véase Lafone Quevedo 1893c).

En el plano analítico, Lafone tenía sus propias intuiciones lingüísticas que derivaron en dos criterios (uno gramatical y otro léxico) para la creación de hipótesis filiatorias, a partir de las cuales se arriesgaban posibles “eslabonamientos” de lenguas (término que utiliza en más de una oportunidad y que años más tarde entrará en diálogo con la propuesta de Imbelloni, como veremos más adelante, §VI. 2). En este sentido, estas hipótesis conducían a una particular organización racial de los grupos indígenas de la América meridional planteada en una de las citas precedentes.

Expone sus hipótesis por primera vez en el “Estudio crítico” (Lafone Quevedo 1893b) que realiza a *The American Race* (1891), del antropólogo y lingüista estadounidense Daniel Brinton,

⁵³ La asociación de la “lingüística” con distintas ramas de las ciencias antropológicas se remonta a mediados del siglo XIX. Lafone Quevedo, por ejemplo, en más de una ocasión refiere a “fósiles lingüísticos”, una categoría extraída de la “paleontología lingüística” del filólogo comparatista Adolphe Pictet (1799-1875), que consistía en la reconstrucción de los orígenes de una lengua y el estadio de civilización de la cultura de sus hablantes a partir del estudio del léxico (Farro 2013a: 532). Tiempo más adelante, Imbelloni criticará el método aplicado por esta disciplina, tal como se verá en el capítulo sexto (más puntualmente en §VI. 1. 1).

quien sostenía que la procedencia de las “razas y pueblos” americanos se encontraba en Europa Occidental. En su “Estudio crítico”, Lafone Quevedo planteaba, en cambio, que debía haber más de un origen para estos grupos, dadas las diferencias entre las lenguas según el lugar en el que colocaran los afijos pronominales y posesivos (antepuestos o pospuestos al lexema de base), tal como ha sido señalado por Farro (2013). Complementa este dato con otros como la morfología craneana, el color de piel, la altura y hábitos culturales para la dilucidación de la procedencia del hombre americano. En términos generales, el problema de la hipótesis de Brinton, según Lafone, es que la generalización lo condujo a plantear un supuesto origen común de los grupos indígenas americanos. Este error radica, siguiendo a nuestro autor, en que Brinton basó sus investigaciones en escasos datos: “Brinton no puede tener en cuenta sino lo que halla impreso, y Sud-América no ha merecido la atención que les ha tocado en suerte á nuestros hermanos del Norte” (1893b: 505). En este sentido, si bien Lafone Quevedo declara que no se siente “preparado á fundar mi disidencia” (1893b: 504), presenta algunos datos que demuestran la particularidad de distintas culturas americanas, lo que lo conduce a discutir la comunidad de origen y a proponer, en cambio, procedencias múltiples. Específicamente, sobre la base de la clasificación de Brinton, quien dividía la raza americana en cinco grupos, a saber, atlántico septentrional, pacífico septentrional, central, pacífico austral y atlántico austral, Lafone Quevedo se focaliza en los dos últimos, con particular atención a lo atinente a los grupos de la Argentina, que reorganiza en función de las lenguas:

En el litoral del Paraná prevalecía la lengua Guaraní, que incluye la de los Chiriguano y Guarayos, etc. Hacia el Sud daba con naciones que hablaban el Pampa ó Araucano, y estas se extendían hasta más allá de los Andes, inclusive Chile. Al norte damos con las razas quichuizantes, que parecen haberse poblado en todas las serranías al norte de las provincias de San Luis y Mendoza.

Hacia la parte del norte, entre las naciones quichuizantes y guaranizantes, se interponen numerosas tribus que ocupan, las cuencas de los ríos Pilcomayo, Bermejo, Saldo y Dulce, las que dividiré en dos grandes grupos, naciones Guaycurúes y naciones que no lo son.

Para concluir daré algunos apuntes acerca del Cacan, Lule del Padre Techo, Sanavirona, ó sea dialectos de Córdoba, Tehuelche y Fueguino. El idioma Atacama ahora se habla solo en Chile y no me consta que jamás se hablara en la Argentina (Lafone Quevedo 1893b: 509).

Luego de esta presentación, esboza una primera caracterización de cada una de las lenguas mencionadas, que tiempo después afinará en una serie de trabajos que revisaremos a continuación.

El planteo que introduce al “Estudio crítico” de Brinton será la primera formulación de todos sus planteos posteriores y, a su vez, el modelo rector del programa de Arqueología americana, que examinaremos a continuación. En los distintos análisis que realiza, el dato lingüístico constituye la base a partir de la cual organiza los grupos indígenas de la América meridional, en función de la reconstrucción del “eslabonamiento” de lenguas. De cualquier modo, Lafone Quevedo reconoce como no del todo correlativas las filiaciones lingüísticas y étnicas (asunto que continuará en debate durante la primera mitad del siglo XX):

Faltándonos un trabajo serio de antropología sobre los Indios del Chaco, carecemos de uno de los correctivos más útiles en toda historia de esas naciones. Verdad es que la lingüística es un elemento importantísimo en esta clase de investigaciones; pero muchas razas, olvidando su lengua de origen han adoptado la de sus conquistadores ó conquistados, como por ejemplo los Españoles que admitieron mucho latín por las armas romanas, y á la vez se lo transmitieron en mayor ó menor cantidad á sus nuevos amos los godos (Lafone Quevedo 1895a: 56).

El primero de los criterios se basa en el sistema de colocación de los afijos pronominales y posesivos, por ser un dato de la lengua que presenta poca variación en la diacronía. Este criterio derivó en la distinción entre lenguas prefijadoras, las “lenguas del Atlántico” o del “Grupo Brasileño”, y las lenguas sufijadoras, las “lenguas del Pacífico” o del “Grupo Andino”; habría, además, algunos casos de lenguas que combinan los dos fenómenos, las del “grupo del medio” y los “arrinconamientos lingüísticos”, lenguas sin filiación aparente.

Si tomamos el lenguaje como piedra de toque podrá ser necesario reconocer más de un origen de la raza, porque hay por lo menos dos grandes agrupaciones de idiomas con una muy grande diferencia en su organismo gramatical.

Ahora resulta del examen, que una gran familia de idiomas prefija sus partículas pronominales, y que otra las subfija; por ejemplo, algunos dicen — mi libro — otros — libro mío. Como lo podríamos prever, las naciones que viven entre las dos, mezclan ambos métodos hasta confundirlos, y así, en vez de decir —*tu libro*— abriendo el posesivo ingieren el nombre y hacen *tu-libro-yo* (Lafone Quevedo 1893b: 501).

El otro criterio es la identificación del término para designar “agua”, ya que el autor repara en una constante en las lenguas americanas que permitirían dilucidar posibles filiaciones: “La raíz *oc=occo=co* —agua— es una pista que la encontramos por todas partes en nuestra América, y que unida á estudios craneológicos podrá explicar muchas mezclas y anomalías” (Lafone Quevedo

1893a: 99). Es importante destacar que, si bien este criterio es fundamentalmente léxico, Lafone es consciente de los problemas que puede acarrear el hecho de basar clasificaciones lingüísticas en otros lexemas, asunto que será una constante en debates del siglo XX y en el que nos detendremos luego (§VI. 2):

Yo por ahora prescindo de las analogías léxicas, porque son falaces aunque muy seductoras; pero estoy dispuesto á recibirlas tan luego como se ofrezcan pruebas gramaticales fundadas en leyes fonológicas bien establecidas, cosa que no me parece difícil, porque la falta de prueba escrita se suple con la prueba hablada, y la historia de las lenguas se conserva, ya sea en su documentación, ya sea en sus codialectos (Lafone Quevedo 1893a: 6).

En el mismo año que sale a la luz el trabajo sobre la lengua mocoví anteriormente citado, publica en los talleres del Museo de La Plata un tratado sobre la lengua toba basado en los manuscritos del padre Alonso Bárcena⁵⁴ con un vocabulario a partir de documentos facilitados por Ángel Carranza⁵⁵ y Juan Pelleschi, que un año después integrará el tomo quinto de la *Revista del Museo de La Plata*. También en 1894, pone en circulación, en el *Boletín del Instituto Geográfico*, un “calepino” lule-castellano del padre Antonio Machoni y, un año después, un tratado sobre la lengua vilela o chulupí basado en los aportes de Hervás y Panduro, Adelung y nuevamente de Pelleschi. Este último se encuentra dedicado a Ambrosetti quien, como vimos en el capítulo anterior, había publicado un año antes un trabajo también sobre el chulupí, donde a su vez remitía a Lafone Quevedo. Entre 1895 y 1896, Lafone publica numerosos trabajos más sobre las lenguas del Chaco, con los que pretende reconstruir de modo cabal los vínculos genéticos entre estas lenguas:

De lo dicho en los subsiguientes capítulos se verá que la Abipona es una lengua prima-hermana de la Mocoví y la Toba, esta última hecha pedazos. Más tarde veremos cómo este grupo de tres se eslabona por un lado con el Lengua, Payaguá, Mbayá-Guaycurú, etc., y con el grupo Mataco-Mataguayo por el otro (Lafone Quevedo 1896a: 9).

Con este trabajo de las lenguas del Chaco Argentino, tipo Guaycurú, dejan de ser el misterio que parecía á filólogos como Latham,⁵⁶ etc. Algo bastante quedará que hacer aún en los tres codialectos principales, Toba, Mocoví y Abipón, pues contamos con material para atacar el Lengua y Mbaya, dicho Guaycurú, ramificaciones de aquellos, pero ya las sendas

⁵⁴ En 1899 publica un diccionario trilingüe toba, español e inglés, también basado en los materiales de Bárcena.

⁵⁵ Carranza fue un militar enviado a la región del Chaco durante las campañas de conquista. Fue, asimismo, fundador de la Junta de Historia y Numismática Americana junto con Bartolomé Mitre en el año 1893 y quien introdujo a Lafone Quevedo en la Junta (véase Farro 2013).

⁵⁶ Autor de *Elementos de filología comparada*, trabajo que Lafone critica en más de una ocasión.

están iniciadas por la selva virgen de estos idiomas y yo quisiera haber tenido lo que aquí ofrezco a mis lectores... (Lafone Quevedo 1896a: 11).

El mapa étnico-lingüístico que propone, específicamente en lo relativo a los grupos del Chaco, es, en principio, el siguiente: por un lado, los idiomas “no guaycurúes”, grupo que comprende a lules y vilelas o chulupíes, de lenguas sufijadoras, estudiados en los trabajos anteriormente mencionados; y, por el otro, al grupo guaycurú, que integra las lenguas de los matacos (mataguayos, noctenes, chinipes), tobas (mocovís, tobas y abipones) y mbayas (mbayas, payaguáes, lenguas, etc.), de lenguas prefijadoras.

Algunos de los trabajos que publica sobre las lenguas de este último grupo son los siguientes: los documentos del padre Massei sobre el “dialecto nocten” (1895b); un vocabulario compilado por D’Orbigny sobre el “dialecto vejoz” del grupo mataco-mataguayo (1896b); otro vocabulario basado en manuscritos del padre Joaquín Remedi (1896c) y otro facilitado por Pelleschi sobre el grupo mataco en general (1896-1897), todos estos en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*. Ese mismo año realiza una publicación privada de un tratado sobre el “idioma mbaya” (1896d) y, en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, otro artículo —referido anteriormente— sobre el abipón basado en Dobrizhoffer (1896a). Con este último, da por “completa la terna de los tres grandes idiomas que orlados por las lenguas del grupo Mataco-Mataguayo, se disputaban el predominio en el Chaco Argentino” (Lafone Quevedo 1896a: 5).⁵⁷

En el trabajo sobre el dialecto vejoz plantea una nueva hipótesis filiatoria, que ubica a las lenguas del grupo guaycurú como lenguas del grupo del medio, es decir, “las que se valen de ambos recursos gramaticales” (Lafone Quevedo 1896b: 1), lo que revela la inestabilidad de sus postulados, en permanente reformulación a medida que analizaba nuevos datos lingüísticos:

En otros trabajos he hecho notar que las Lenguas Americanas fácilmente se dividen en tres grupos: 1° las que subfijan las partículas pronominales; 2° las que prefijan las mismas; 3° las que se valen de ambos recursos gramaticales. De las primeras el ejemplo típico es el idioma llamado Quichua; de las segundas el Guarany; mientras que de las terceras un ejemplo al caso sería el Mocoví y sus codialectos, que, de acuerdo con el señor Brinton y otros, se incluye en la familia Guaycurú, en realidad apodo general y no particular. [...]

⁵⁷ Recordemos que Ambrosetti y Debenedetti también habían abordado, aunque con menor exhaustividad, las lenguas del Chaco (§II. 1).

De la lengua de los Mocovíes y Tobas, tribus juríes ó nómades, ya se ha tratado en la Revista del Museo de La Plata. Ellas pertenecen al tercer grupo, es decir, á aquel que se vale de las dos clases de afijos pronominales de relación personal. Este recurso gramatical, que á primera vista parece extraño, tiene una explicación muy natural: esas lenguas y sus codialectos se hallan encerradas entre la Guarany, que es prefijadora, y la Quichua, subfijadora.

Encajadas entre estas lenguas de tipo Guaycurú, encontramos empero unos arrinconamientos lingüísticos muy curiosos, que por la colocación de sus afijos pronominales corresponden al grupo Quichua, ó subfijador. De estos conocemos dos idiomas, el Lule de Machoni, y el Vilela ó Chulupí, que ambos han sido materia de estudios publicados en el Boletín del Instituto Geográfico. (Lafone Quevedo 1896b: 1-2).

En 1897 publica también en el *Boletín del Instituto Geográfico* “Los indios chanases y su lengua. Con apuntes sobre los querandíes, yaros, boanes, güenoas o minuanes y un mapa étnico”,⁵⁸ trabajo en el que ofrece una descripción de cada etnia y, al igual que en los otros casos, hipótesis filiatorias con las que busca reformular las relaciones genéticas entre estos grupos, también sobre la base de distinto tipo de documentación de órdenes religiosas y de viajeros, formulados por Félix Azara, Pedro de Angelis, Alcide D’Orbigny, Manuel Trelles, Carlos Burmeister, Carlos Ameghino y por el ya mencionado Moreno. Como es de esperarse, en cada caso pone en diálogo estas clasificaciones con la suya propia, que tiene como eje la distinción entre los grupos “guaycurúes” y “no guaycurú”, como ya vimos. La confusión, por lo general, y según él mismo advierte, está dada por los etnónimos asignados, que, en muchos casos, provenían de las designaciones que daba un grupo a otro: “Quiere decir, pues, que un apodo dado á una nación de Indios, sea de la lengua que fuere, no es ningún argumento a favor de la clasificación de tal ó cual, faltando la corroboración por algún otro lado” (Lafone Quevedo 1897: 116).⁵⁹ El trabajo concluye con un manuscrito del padre Dámaso Larrañaga sobre la lengua chaná y un mapa étnico —tal como anticipa en el título de este trabajo— con una descripción anexa en la que consigna la ubicación geográfica y breves datos sobre las características étnicas y lingüísticas de los grupos de la zona sur del Litoral, que distingue en: “charrúas”; “boanes ó bohanes”; “yaros”; “minuanes”;

⁵⁸ Tal como se verá en el capítulo quinto, este trabajo será la base a partir de la cual Outes se inicia en el debate acerca de la procedencia del grupo querandí (§V. 1).

⁵⁹ En este sentido, Bixio (2010) plantea “En el proceso de asignación de nominaciones étnicas se percibe con claridad la colonialidad del procedimiento de discriminación en cuanto ellas, se supone, remiten a unidades étnicas, conjuntos cerrados, con límites claramente circunscriptos. Hoy la etnohistoria ha puesto claramente en evidencia que los etnónimos pueden pertenecer a diferentes sistemas de denominaciones, nativos o exógenos, llegando a participar de distintas lógicas clasificatorias” (s/p).

“martidanes”; “guaraní-chandús ó chandules”; “querandíes”; “chanáses”; “timbúes”; “corondas, caracaraes, mbeguás”; “quiloasas y caltis” (Lafone Quevedo 1897: 148-151).

En 1900 publica un trabajo sobre las razas pampeana y guaraní, resultado de su comunicación durante la primera reunión del Congreso Científico Internacional Americano, celebrado dos años antes, en el mes de abril.⁶⁰ En este estudio intenta clarificar el panorama acerca de los etnónimos al estabilizar algunas designaciones correspondientes a su propia clasificación, a partir del análisis de una serie de documentos del periodo de la conquista, algunos de los cuales él mismo estaba encontrando y poniendo en circulación. A su vez, discute la frecuencia con que “los historiadores se han limitado á reconocer sólo dos estirpes de naturales, que, según ellos, tenían que ser ó guaraníes ó araucanos. Como yo niego esta hipótesis, es por este lado que tiene que empezar la discusión” (Lafone Quevedo 1900: 28). Así, plantea que la tendencia guaranizante tenía que ver con la gran extensión de la lengua durante el periodo de conquista y colonización, lo mismo que la tendencia quichuizante:

Yo sostengo y sostendré que aún hoy se habla más Quichua y más Guaraní en la República Argentina que lo que se hablaba antes de la entrada de los españoles; porque muchas generaciones de naturales dejaron su propio idioma para adoptar el de sus vecinos más favorecidos, cambio al que mucho contribuyeron los mismos misioneros de la Compañía de Jesús (Lafone Quevedo 1900: 28-29).

Otro de los problemas frecuentes que presentan los documentos, según plantea nuestro autor, es la confusión entre etnónimos con los que los guaraníes nombraban a los distintos grupos, en función de alguna característica particular que podía ser compartida por cualquier otro. Cita como ejemplo el nombre “guaycurú”, precisamente “aplicado a los indios Caduveos ó Mbayás, á Paguáes, Tobas, Mocovíes y Abipones, y que no significa más que *Indios bravos sarnosos*” (1900: 29). Otro caso de confusión que cita es la designación del grupo “pampa”, que condujo a interpretaciones erradas sobre la destrucción de la primera ciudad de Buenos Aires a manos de los “araucanos”. La designación “pampa”, dice, es “á todas luces geográfica y no étnica” (1900: 30); introduce, consecuentemente, un análisis crítico de la clasificación del cura de la orden jesuita, Thomas Falkner, de mediados del siglo XVIII.

⁶⁰ Lafone Quevedo y Outes fueron los encargados de la organización del tomo correspondiente a estudios de antropología y sociología.

La confusión de etnónimos, como así también las denominaciones de las lenguas y la localización “original” de los grupos indígenas en el momento en que escribe Lafone Quevedo era evidentemente grande: ya fuera por designar con un único nombre a grupos distintos, ya por utilizar una caracterización étnica particular que nada tenía que ver con el etnónimo, o por otras razones. De modo que la tarea que emprende de organizar la información presente en distintos documentos, guiado por interpretaciones de gran erudición, es realmente notable. Sin embargo, la pretensión de hacer coincidir el nombre de un pueblo con el nombre de su lengua era una empresa imposible, ya que, tal como repara Campbell: “Often Native American groups have no particular name for their language other than something equivalent to ‘our language’, ‘the language’, or ‘the true speech’” (Campbell 1997: 15). Con todo, el problema se extiende hasta bien entrado el siglo XX y el mismo Lafone seguirá afinando sus propias lecturas sobre este tema en los años venideros.

Luego de presentar las confusiones anteriormente referidas, Lafone introduce su interpretación acerca de los grupos indígenas ubicados en la zona del Río de La Plata al momento de la conquista. Así, establece que, en ese momento, los españoles encontraron dos “razas diferentes: la una Guaraní, la otra non-Guaraní” (Lafone Quevedo 1900: 88). En cuanto a los guaraníes, plantea la “homogeneidad de raza y lengua”; y, respecto del grupo no guaraní, sostiene que había entre ellos “variedad de idiomas” que no permiten dar cuenta cabal de su procedencia debido a la “mezcla”, “pero, salvada la excepción de la lengua, parece que las más, sino todas estas naciones descendían de una raza con los caracteres étnico-físicos de la llamada Pampeana por d’Orbigny” (Lafone Quevedo 1900: 89). Por otra parte, plantea la posibilidad de que los guaraníes no fueran, como era una idea extendida hasta ese momento, originarios de la zona de Corrientes: “lo que yo sostengo es que en el siglo de que se trata, los indígenas de Corrientes y Entre Ríos *en tierra firme* eran non-Guaraníes, y *a fortiori*, los de Santa Fe y Buenos Aires” (Lafone Quevedo 1900: 91). En cuanto a los pampas, plantea:

Si curiosas han sido las migraciones de los Guaraníes, otro tanto puede decirse de las de los Pampas, que desde hace 150 años parece que se han vuelto Araucanos, siendo que anteriormente eran otra cosa.

Las dudas al respecto tienen una explicación muy sencilla: recién en el siglo pasado empezaron los de Buenos Aires a extenderse hacia fuera, y ya en este tiempo las pestes y las guerras habían de tal manera debilitado a los naturales de la Pampa, que éstos se habían visto obligados a llamar a sus aliados los Moluches, gente de raza Araucana, que incluye a Pehuenches, Ranqueles, etc. Una vez que éstos conocieron a la Pampa y sus ventajas, como lo mismo la extinción de los primitivos moradores en ella, empezaron a ocupar el territorio que

fuera de los Pampas en tiempo de la conquista, en que á la sazón hormigueaban cientos de miles de cabezas de ganado vacuno y caballar.

¿Quiénes eran los predecesores del Araucano en la Pampa? El Padre Falkner nos lo dice: eran los Taluhet y Diuihet, ramas del tronco Patagón, uno de los grandes grupos de la Raza Pampeana de d'Orbigny (Lafone Quevedo 1900: 92).

Finalmente sostiene que “las razas Guaraní, Chaco-Guaycurú, Pampa-Patagona y Pampa-Araucana son intrusas en el Río de La Plata, y que tal vez lo sea también, del todo ó en parte, la raza Pampa-Litoral (Chanás, Timbúes, Mbeguáes, etc.)” (Lafone Quevedo 1900: 94).

Además de la presentación de sus hipótesis acerca del poblamiento de la zona del Río de La Plata que permiten comprender el desarrollo de su propia teoría, interesan particularmente los análisis lingüísticos que realiza en este mismo trabajo, correspondientes a la quinta parte. Allí, en primer lugar, plantea que, cuando los españoles llegaron al Río de La Plata solo entraron en contacto con cuatro lenguas: guaraní, “guaycurú-mayas o caduveo” y “payaguáes o chanásés”; mientras que “De las demás naciones, sabemos, en tesis general (porque así nos lo aseguran los escritores primitivos), que sus lenguas eran diferentes; pero hay diferencias y diferencias” (Lafone Quevedo 1900: 99). Entonces, introduce la extendida hipótesis decimonónica de que las lenguas indígenas americanas eran aglutinantes o polisintéticas, con lo que quiere decir que “las palabras ó temas tienen, ó casi tienen, valor léxico; mientras que en el caso de las lenguas Indo-Europeas la raíz se acompaña con partículas sin más significado que su valor gramatical” (Lafone Quevedo 1900: 99). En cuanto al modo de colocación de los afijos, retoma la hipótesis que tempranamente introdujera en el “Estudio crítico” a *The American Race* de Brinton, acerca de la distribución entre grupos de lenguas prefijadoras y sufijadoras. En este caso, además de los pronombres pronominales y posesivos, añade las desinencias verbales. En este sentido, plantea que el “peruano” (o sea, quechua), sería sufijadora, mientras que las lenguas prefijadoras serían el guaraní, el aymara, el “araucano” (mapudungun), el allentiak, el lule, el vilela-chulupí, el chibcha, el caribe, el mojo-maypure, el matabo-mataguayo (wichí), el chiquito, el “chaco-guaycurú”, el chaná y el “patagón” (aonek’o ajen o “tehuelche”). Habría otras lenguas que presentan una forma combinada, tal es el caso del “mocoví” (moqoit), que diría “*tu-cabeza-ya*” (Lafone Quevedo 1900: 100); así, en este caso, el pronombre posesivo correspondiente a “tuya” aparece discontinuo, un morfema se antepone al sustantivo y el otro se pospone.

Añade, además, otro sistema de clasificación, según grupos “uniformes y multiformes”. “El grupo *uniforme* es aquel que, como el Español, etc., tiene una sola serie de pronombres

personales y de posesivación: ex. gr.: *mi casa, tu casa*, etc.” En este grupo incluye a las siguientes lenguas: “Quichua, Aymará, Araucana, Allentiak, Atacameña, Tehuelche, Puelche, Yahgan, Chaná, Mataka (?), Caingangue, Guaná-Kinikinao, Lule de Machoni, Vilela-Chulupi, Guaraní en todas sus ramas” (Lafone Quevedo 1900: 101). En cuanto al grupo “multiforme” plantea que es “rico y variado en series de articulaciones pronominales, é incluye todas las lenguas de tipo Chaco-Guaycurú”. En este grupo incluye: “Toba, Mocoví, Abipón, Mataka (?), Payaguá, Mbayá-Guaycurú, etc., Caingangue (?)” (Lafone Quevedo 1900: 101). Esta diferenciación lo conduce a una conclusión en la que se involucran los conceptos lenguas y razas. Afirma: “El mero hecho de que estas lenguas sean multiformes en medio de otras en que resalta la uniformidad, es en sí un argumento en favor de la diferencia de la raza y lengua; y yo me inclino á creer que esta complicación gramatical resulta de la mezcla ó hibridación” (Lafone Quevedo 1900: 102); de lo que se interpreta que, según su perspectiva, a partir de procesos de contacto estas lenguas, que eran originalmente uniformes, se convirtieron en multiformes.

Entre 1902 y 1906, Lafone Quevedo prepara cuatro trabajos sobre lenguas mosetana, tacana, cavineño y leca, pertenecientes al Gran Chaco boliviano (Lafone Quevedo 1903; 1905). Luego, entre 1910 y 1912, publica otros trabajos también sobre otras lenguas del Gran Chaco: uno sobre el Lengua, otro sobre las familias Guaycurú y otro sobre el chiquitano. Este último, presentado en el Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Buenos Aires en 1910, posiblemente sea el que mejor sintetiza la propuesta filiatoria de Lafone, ya que, como hemos visto en algunos otros trabajos ya reseñados, en muchos casos se desdice o contradice lo formulado en publicaciones inmediatamente anteriores; vacilaciones esperables y entendibles en una instancia de formulación de hipótesis. En el trabajo en cuestión, somete a comparación las lenguas de la familia guaycurú y la chiquitana sobre la base de los siguientes criterios, con prescindencia absoluta de análisis del léxico que, según el autor, había conducido a confusiones en cuanto a los posibles parentescos: “1° las múltiples series de afijos pronominales”, “2° la coexistencia de las dos hablas viril y mujeril”, “3° el contacto geográfico”, “4° la casi identidad de las raíces pronominales”, “5° la existencia de esta identidad de raíces pronominales entre muchas otras naciones de indios que no son ni Guaycurú ni Chiquitanos por su tipo, pero que son más o menos limítrofes”, “6° Que la voz ‘Agua’ sea *Netagat* en Toba, *Evagayacca* en Mocoví, *Niogodi* en Mbayá, *Enópe* en Abipón; voces que no se entroncan así no más en una sola radical”, “7° La existencia en lengua Chiquitana del plural inclusivo y exclusivo de primera persona, es decir, del

que admite igualdad con el que oye ó que lo desprecia” (Lafone Quevedo 1912b: 9). En este caso, como puede verse, amplía sus criterios clasificatorios al añadir a los ya clásicos criterios basados en el sistema de pronominalización y a la forma que adquiere el concepto *agua* en cada lengua, nuevos factores como son la existencia de un habla masculina y una femenina (que se materializa tanto en el vocabulario como en el sistema pronominal)⁶¹ y la formas de pluralización de la primera persona (inclusivo, “todos nosotros”, o exclusivo, “nosotros pero no ustedes”).

Otros trabajos de Lafone Quevedo sobre lingüística se distinguen de los anteriores por su temática u objeto. Uno de ellos es “El verbo. Estudio filológico-gramático” (1892b), en el que el autor plantea su hipótesis acerca del origen teutónico del español a partir del estudio comparado de los verbos según su clasificación en agudos y graves. El otro trabajo que se también se distingue de los demás, aunque es menos distante que “El verbo”, es *Tesoro de catamarqueñismos* (1898a), en el que realiza dos operaciones. Por un lado, se encarga de la reconstrucción del cacán, extinta lengua de los diaguitas, escasamente presente en los datos que arrojan las fuentes coloniales y mayormente presente en topónimos y antropónimos encontrados en empadronamientos de indios y títulos de propiedad, que sometió a comparación para derivar en la conclusión de que el cacán era una lengua distinta del quechua, lo que lo condujo a confrontar la principal hipótesis que se sostenía hasta entonces, incluso previamente por él mismo.⁶² Pero la verdadera particularidad de esta obra radica en que se expone un registro etnográfico efectuado por el propio Lafone, complementado con vocablos extraídos de distintos documentos de los que ya disponía, lo que permite organizar un “tesoro” de la variedad del español catamarqueño, fundamentalmente caracterizado por la presencia de distintos elementos de lenguas indígenas: principalmente quechua y cacán.

Entre 1910 y 1920, disminuyen considerablemente las publicaciones, posiblemente debido a sus nuevas obligaciones de gestión y enseñanza en las universidades del Río de la Plata. La radicación definitiva en Buenos Aires afectó, también, a su propia perspectiva en cuanto al valor

⁶¹ La distinción de dos variantes de habla en función del género fue un fenómeno identificado en el siglo XVIII por los jesuitas, precisamente en el análisis del chiquitano. Entonces se afirmaba que el lenguaje femenino era simple y emocional, mientras que el masculino era más complejo y práctico, tomando a esta última variedad como la norma (Falkinger 2002).

⁶² En el prefacio del *Tesoro*, Lafone expresa, en cuanto a la filiación quechua del cacán, lo siguiente: “Al empezar á estudiar las etimologías de los vocablos del Tesoro había procedido bajo el concepto de que la perdida lengua Cacana era un dialecto más ó menos corrupto de la lengua general, y en esta inteligencia me permití torturar algunos temas, que por lo visto son Cacanés, sacándoles así raíces Qichuas” (Lafone Quevedo 1898a: XIV).

de los objetos arqueológicos para las clasificaciones, tan importante como la lingüística durante sus años en Catamarca, según plantean Haber y Delfino (1995-1996).

Como se verá a continuación, en los programas de Arqueología Americana durante los años en que Lafone Quevedo se desempeña como docente titular los contenidos de lingüística indígena serán medulares. De hecho, gran parte de las temáticas mencionadas más arriba aparecerán en los distintos programas: desde el valor de la lengua para la cartografía étnica, hasta los criterios aplicados a la clasificación lingüística y el interés por las lenguas de la franja norte del país en detrimento de las patagónicas. Por otra parte, es importante anticipar que estos programas presentan considerables diferencias respecto de los cursos a cargo del profesor suplente de Arqueología, Ambrosetti, abocados al tratamiento de temáticas estrechamente relacionadas con sus expediciones por los valles Calchaquíes. Lo mismo sucede con los programas posteriores de Debenedetti (quien como indicamos sucede a Lafone en la titularidad de la materia), que siguen la línea de los de Ambrosetti. La ausencia de límites disciplinares parecía contribuir a esta amplitud temática que habilitaba al docente a imprimirles a sus programas una mirada fuertemente atravesada por sus inquietudes personales. Esta situación se irá estabilizando con el tiempo, lo que conducirá al desplazamiento de las temáticas lingüísticas en la asignatura Arqueología y al dictado de otras que se vuelven impostergables.

III. 3. La lingüística indígena en los programas de Arqueología americana (1899-1920)

El primer programa de Arqueología americana data de noviembre de 1899, cuando se modifica el primer plan de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, vigente desde 1896. Este primer plan establecía cuatro años de cursada; los tres primeros, dedicados a la obtención del título de licenciado en Filosofía y Letras; el cuarto, a la del doctorado. Los contenidos curriculares, por su parte, se organizaban entre cursos regulares y libres; y una serie de asignaturas regulares: Filosofía, Historia, Literatura, Geografía, Ciencia de la Educación y Sociología (Buchbinder 1997: 34). Las reformulaciones aplicadas en 1899 comprendieron una nueva organización de los cursos (en generales o especiales) y la extensión de la cursada en un año más para incluir dos nuevos cursos generales sobre lenguas clásicas y arqueología (Buchbinder 1997: 35). Lafone Quevedo será, entonces, el encargado del dictado de este último curso.

Como veremos en este apartado, Lafone realizó sucesivas modificaciones del programa, aunque la enseñanza de distintos asuntos relacionados con las lenguas indígenas argentinas estuvo

siempre presente. A continuación, con particular atención al tratamiento de estos asuntos, revisaremos los programas de Arqueología americana que diseñó, con el objetivo de identificar los principales contenidos que fueron objeto de enseñanza, la introducción de sus análisis filiatorios expuestos en el apartado anterior, aquellos temas discontinuados y la bibliografía utilizada (cuando está explicitada), entre otras cuestiones que nos permiten comprender el lugar otorgado a las lenguas indígenas en el modelo arqueológico de Lafone y, en un marco más amplio, en la Facultad de Filosofía y Letras.

Los primeros programas, que se inician en 1899, hasta el de 1910 se encuentran albergados en el Archivo General de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; mientras que los posteriores integraron las publicaciones anuales de la Facultad dedicadas exclusivamente a la circulación de los programas de todas las asignaturas. En términos generales, se organizan por unidades, como se verá en lo que sigue, y en algunos casos, que se indicarán oportunamente, se acompañan con una bibliografía específica. A continuación, nos detendremos puntualmente en algunos de ellos y, más específicamente, en algunas unidades que, por su temática, ofrecen mayor significatividad desde el punto de vista de esta investigación.

El primer programa de la asignatura atiende, principalmente, a cuestiones de arqueología y antropología física (“el carácter arqueológico de la historia argentina, antes y después de la Conquista; Hombre fósil y moderno. Conexión de este con aquel”); yacimientos arqueológicos; distribución racial en la Argentina y su relación con las zonas arqueológicas (“guaranítica”, “pampeana”, “chaquense”, “araucana” y “calchaquina”); relación de los grandes yacimientos arqueológicos del Perú con los argentinos y mitología y folklore, entre otras temáticas (AGFFyL, B-2-7, 34). A continuación, transcribimos las distintas unidades que lo componen:

- I. El carácter arqueológico de la historia argentina, antes y después de la Conquista; Hombre fósil y moderno. Conexión de este con aquel.
- II. Razas americanas en la Argentina. Su distribución en el territorio de la República, antes y después de la Conquista.
- III. Zonas arqueológicas de la República y sus subdivisiones. Probable conexión de estas con las naciones indígenas que las ocuparon antes y después de la conquista. Apreciaciones generales acerca del grado de civilización que puede concederse a estas mismas, al objeto de poderlas adjudicar parte o el todo de los restos arqueológicos.
- IV. Enumeración de las ruinas y objetos arqueológicos en las zonas guaranítica, pampeana, chaquense, araucana y calchaquina, con especial mención en esta de la acción guarpe.

- V. Descripción ligera de los tres grandes grupos arqueológicos en la región peruana, á saber: tipo Tia Huanaco, Cuzco y Chimú. Comparación de estos con los de la República Argentina.
- VI. Folk-lore de las razas indígenas. Lengua sagrada representada en el simbolismo del arte argentino-peruano. La lámina de Yamqui Pachacuti Salcamayhua. La piedra Roseta Argentina.
- VII. Mitología de las razas indígenas reconstruida del Folklore y de los restos arqueológicos. El culto a los Dioses del Agua. Las grandes construcciones agrícolas y los observatorios astronómicos para determinar los solsticios, etc. de la religión calchaquí.
- VIII. Probable superposición de razas. Posible y aún probable confusión de las edades paleo-neo-líticas y de bronce por la irrupción de hordas salvajes en las zonas más adelantadas. Observaciones generales acerca de las analogías que se observan entre los restos arqueológicos del Viejo y Nuevo Mundo (AGFFyL, B-2-7, 34).

Como puede verse, el perfil de este primer programa es claramente arqueológico. Con todo, es posible identificar en la unidad sexta cómo comienzan a filtrarse cuestiones lingüísticas en relación con temáticas de folklore, vinculación que también puede apreciarse en el *Tesoro de catamarqueñismos* (1898a) que había publicado recientemente.

En 1901 se incorpora el estudio de las razas en relación con la distribución lingüística: “Distribución de la raza americana por naciones y lenguas en la República Argentina”. Como se vio anteriormente, el estudio de las lenguas indígenas era, en la época, de central relevancia para las clasificaciones étnicas. Lafone sostiene tal perspectiva, aunque señala algunas reservas, tal como planteaba en el “Estudio Crítico” a *The American Race* de Daniel Brinton.⁶³

Con el programa de 1903, mucho más detallado en cuanto al desarrollo de cada unidad y con una de las únicas bibliografías a lo largo de la historia de los programas de su materia, Lafone Quevedo, tal como expresaba en una nota dirigida al decano a modo de presentación del programa, buscaba ganar “en interés y utilidad el Curso, desde que en esta forma puede servir como de Introducción al estudio intensivo de los orígenes de la República Argentina” (AGFFyL, B-2-7, 67). En la misma nota, el profesor mencionaba nuevos hallazgos documentales que motivaron la reformulación del programa: “La documentación que sucesivamente se va desenterrando en los archivos de la Madre Patria y en partes varias de la América Latina nos obliga á abrir nuevos rumbos en el modo de tratar los albores del suelo argentino” (AGFFyL, B-2-7, 67).

⁶³ En aquel trabajo crítico, Lafone planteaba en este sentido, lo siguiente: “Yo también adhiero á la misma opinión, aunque como es natural, confieso que tendremos que confrontar nuestros resultados con la luz que sobre ellos arrojen los datos etnológicos, cuando los obtengamos: *con la identidad de idioma de ninguna manera se demuestra identidad de raza, pero se adelanta mucho en el camino que conduce á ello*” (Lafone Quevedo 1983b: 500. El resaltado es nuestro).

En cuanto a los contenidos, este programa se encuentra distribuido en 14 secciones (AGFFyL, B-2-7, 67). La primera de ellas contenía cuestiones generales acerca la antigüedad del hombre americano y el análisis de la “raza americana” (descripción de elementos constitutivos, hipótesis sobre los orígenes, etc.). La segunda sección se encargaba del estudio de las “zonas étnicas de la República Argentina”, distribuidas en tres: la Oriental o Guaranítica; la Central o Pampeana; y la Andina o Quichuizante. En el estudio de cada una de ellas, se proponía el análisis de las distintas “naciones” que las integraban. Así, en el caso de la zona Guaranítica, esta incluía el estudio de “charrúas, querandíes, guaraníes de las Islas, mbeguá, chaná, caracará, timbú, coronda, quiloasa, mocoretá, chaná salvaje, mepene, mechereses, agá, carío o guaraní, payaguá, mbayá, chané, naperú, ingatú, batata, matará mataco”; la zona Pampeana incluía “mojos, chiquitos, chiriguano, zamucos, tobas, mataco-mataguayos, chorotis, mocovíes, abipones, trentones, lenguas (enimagá y machicuy), jurís y diaguitas, comechingones, sanavirones, pampas del siglo VII, puelches (diuihet, taluhet y chechehet), tehuelches, onas, yahganes o yámana, pechereis”; y, finalmente, la zona Quichuizante incluía “quechuas, collas, uros, chichas, calchaquí-cacanes, humahuacas, jurís y diaguitas, atacamas, guarpes, allentiac, moluches o araucanos”. En cada caso, el profesor proponía el estudio de las características físicas, costumbres, lenguas, temas de arqueología y el folklore, con el objetivo de arribar a la “clasificación étnica de cada pueblo”. En la sección VI, el programa se abocaba al estudio de las migraciones y “colonizaciones” (con lo que posiblemente se refiera a la dominación de un grupo sobre otro) de los pueblos indígenas, que provocaban confusiones etnonímicas y toponímicas: “Confusiones introducidas en la etnografía y clasificación de los indios, á causa de estos desplazamientos étnicos. Ejemplos de nombres geográficos convertidos en nombres gentílicos”. El problema de las denominaciones de los distintos grupos era una de las principales preocupaciones de Lafone Quevedo (lo hemos visto antes en Lafone Quevedo [1900]), quien incurría en la tendencia de asignar a una zona geográfica la extensión de una etnia que, a su vez, podía incluir muchas “naciones” que tampoco resistían al desorden nominal. Esto era así porque, en muchos casos, las clasificaciones no correspondían a procesos de endonominación, sino que en la mayoría de los casos respondían a categorías exógenas (Bixio 2010).

Luego, en la séptima sección del programa de 1903 introduce más detalladamente que en años anteriores la temática de las lenguas indígenas. Específicamente, propone el estudio de cuestiones clasificatorias lingüísticas y geográficas, como puede verse a continuación:

1. Carácter general de las Lenguas Argentinas.
2. Lenguas del Viejo Mundo que más se parecen á las de América.
3. Lenguas de las Zonas Argentinas.
4. Agrupación de las mismas por familias, ó con excepciones, cuando sean ellas irreductibles á grupos conocidos.
5. Relación que existe (1) entre la generalidad de una lengua y la cultura de las naciones que la hablan, y (2) entre esa generalidad y la antigüedad de la lengua.
6. Probabilidad de que las lenguas irreductibles de los grupos conocidos, correspondan a arrinconamientos de las naciones vencidas (AGFFyL, B-2-7, 67).

La bibliografía de la sección comprendía, por su parte, las siguientes lecturas: por un lado, el relato de viaje de Antonio Pigafetta realizado a inicios del siglo XVI y publicado por primera vez en 1800, como así también el trabajo del abate Lorenzo Hervás y Panduro, *Catálogo de las lenguas* (1800-1805). A estas les sumaba otra serie de lecturas un poco más contemporáneas, la mayoría de fines del siglo XIX, como la ya mencionada obra de Brinton, *The American Race* (que posiblemente haya formado parte de la bibliografía obligatoria de todos los años en que Lafone Quevedo estuvo a cargo de Arqueología); el tratado de lingüística comparativa y tipológica, *La Linguistique* (1877), de Abel Hovelacque,⁶⁴ y los trabajos del mencionado americanista francés Lucien Adam. A esta bibliografía, mayormente europea, le sumaba sus propios trabajos, que posiblemente refiera a varios de los analizados en el apartado anterior (AGFFyL, B-2-7, 67).

⁶⁴ En esta obra, Hovelacque presenta una distinción entre lingüística y filología y establece que, mientras que la primera es una “science naturelle”, la segunda es una “science historique” (Hovelacque 1877: 1). Más adelante, para dar cuenta de esta distinción, Hovelacque cita las siguientes palabras de Schleicher: “La philologie, disait-il, est une science historique, et cette science ne peut trouver appliquée que là où l’on est en présence d’une littérature, d’une histoire. Là où les monuments font défaut, là où n’y a point de culture littéraire, le philologue n’a que faire ; la philologie, en un mot, ne peut s’exercer que sur des documents historiques. Il en est tout différemment de la linguistique, dont l’objet unique est le langage elle-même, dont l’unique étude est l’examen de la langue en elle-même et pour elle-même” (Hovelacque 1877: 7). Este modelo, que partía de una perspectiva biologicista de las lenguas que sostenía la idea de su nacimiento, desarrollo y muerte, buscaba reconstruir los vínculos genéticos entre ellas, lo que coincide con una de las preocupaciones centrales de Lafone como vimos anteriormente. En cuanto al método propuesto, uno de los aspectos que se destacan de Hovelacque fue plantear lo problemáticas que resultan las hipótesis genéticas basadas en comparaciones etimológicas (Campbell y Poser 2008), asunto que Lafone también marca en más de una oportunidad y que él mismo intenta superar al proponer un criterio de clasificación basado en la colocación de los sufijos, tal como ya vimos. En un texto un poco posterior a este programa, Lafone planteaba en este mismo sentido: “desde luego se concibe lo fácil que es que dos ó más idiomas vecinos americanos puedan ser una sola cosa en su esquema pronominal y otra cosa muy distinta cuando la prueba léxica [que en su caso es la denominación de *agua*] se ocurre” (Lafone Quevedo 1912b: 11).

Las últimas unidades de este programa comprenden varios temas de arqueología (simbología, costumbres funerarias y hallazgos significativos) y de antropofagia, asunto de interés para Lafone (véase, por ejemplo, Lafone Quevedo [1897]).

La incorporación de otros colegas a la facultad y la existencia de programas de asignaturas con temas congruentes posiblemente motivaron a Lafone a realizar algunos cambios en el diseño de los contenidos de la materia. Así, cuando en 1903 Roberto Lehmann-Nitsche comienza a dictar su curso de Antropología, los programas de Lafone Quevedo abandonan algunas temáticas abordadas anteriormente, tales como la edad de Piedra, Paleolítica y Neolítica y la “correspondencia entre estas dos Edades y el Hombre Americano, tipo dolicocefalo y braquicefalo respectivamente” (AGFFyL, B-2-7, 67). Sin embargo, la temática general acerca de la descripción de la raza americana se mantiene vigente. Lo mismo sucede cuando Ambrosetti, en calidad de profesor suplente de Arqueología desde 1903, comienza a dictar un curso complementario de la materia en 1905.⁶⁵ Los contenidos de este programa (AGFFyL, B-2-8, 40) tratan sobre arqueología de la región calchaquí (nombre que le da al curso), lo que conduce a Lafone a eliminar temáticas de la arqueología de la región.⁶⁶ En cuanto a las innovaciones, este año Lafone añade el siguiente posible tema para las tesis que optaran por esta orientación: “Las lenguas de la familia guaicurú, su ubicación geográfica y su comparación con las inmediatas de otros tipos” (AGFFyL, B-2-8, s/n), lo que se corresponde, como vimos, con uno de los principales grupos indígenas a partir de los cuales Lafone organizó su propia hipótesis clasificatoria.

En el programa de 1906 (AGFFyL, B-2-8, 55), mantiene la organización de los anteriores, aunque suprime algunas unidades relativas a descubrimientos arqueológicos, posiblemente por la misma razón esgrimida anteriormente de evitar superposiciones con los cursos de Lehmann-Nitsche y Ambrosetti. Otra diferencia, estrictamente formal, es que ya no introduce los nombres de todos los grupos indígenas, mientras que la organización areal permanece (es decir, zona oriental de la cuenca del Río de La Plata, de zona occidental o de los Andes, zona central o de los Chacos y Pampa). Una innovación la constituye la ampliación a las lenguas americanas, ya que en el programa anterior solo focalizaba en las lenguas argentinas; el resto permanece prácticamente

⁶⁵ Meses después de presentar el programa de este curso, en abril de 1905, a fines de junio es designado director del Museo.

⁶⁶ Como ya se vio en §I. 1, la región Calchaquí fue un destino preferencial en la carrera de Ambrosetti.

inalterado. Esta ampliación coincide con los avances que había realizado por entonces para el caso de las lenguas del Chaco boliviano, tal como vimos en el apartado anterior.

Entre los temas asignados para el examen final, ese año aparece una problemática lingüística: “El grupo de lenguas con mecanismo gramatical más complejo que existe en la República Argentina, con indicación de sus complicaciones” (AGFFyL, B-2-8, 55), que muy posiblemente se refiera a las lenguas guaycurúes, que poseían un sistema pronominal multiforme según su propio análisis presentado en Lafone Quevedo (1900) (véase más arriba en §III. 2). Por su parte y por último, entre los temas para tesis, el primero de ellos es sobre lingüística indígena: “La tradición etnográfico-lingüística del Río de La Plata en el siglo XIX comparada con las noticias consignadas por escritores contemporáneos en la época de la conquista, y con los resultados de investigaciones en los últimos 30 años” (AGFFyL, B-2-8, 55). Este último tema se presenta en clara continuidad con su propia práctica de arqueología documental que expone en “La raza pampeana y la raza guaraní” (1900), trabajo que enseña en sus clases.

El programa de 1907 presenta una nueva distribución temática, al dividirse únicamente en tres secciones: “A. La Raza Americana”, “B. Etnografía de la Argentina y Repúblicas Limítrofes”, “C. Elementos para la clasificación acertada de las Naciones Indígenas”. Si bien no hay otras incorporaciones temáticas novedosas respecto del resto de los programas, en este caso el asunto de las lenguas aparece ahora en la tercera sección, es decir, aquella relativa a los elementos para la clasificación, junto con las “migraciones y arrinconamientos”, “mestizaje”, “restos arqueológicos”, “antropofagia” y demás usos y costumbres” (AGFFyL, B-2-9, 17); hecho que refrenda, nuevamente, el valor de las lenguas indígenas para su organización cartográfica.

En el programa de 1908,⁶⁷ aparece por primera vez una sección titulada “Lingüística”, que incluye las temáticas relacionadas con las lenguas indígenas que venía enseñando hasta entonces: “1. Lenguas Americanas en general”; “2. Mapa de las mismas y las divergencias entre este y los mapas etnográficos”; “3. Comparación de las lenguas que alguna vez se hablaron ó que aun persisten en la parte de América que constituyó el Virreynato del Río de La Plata, para establecer las diferencias ó analogías que entre ellas existen”; “4. Clasificación de las principales Lenguas en

⁶⁷ Ese mismo año, Ambrosetti presenta los programas para dos cursos, uno, que dicta en calidad de profesor suplente, sobre Arqueología americana, en el que esta vez incluye otras regiones distintas de la Calchaquí (tema mayormente abordado en cursos anteriores): la Patagónica, la del Paraná, Uruguay y del Plata (AGFFyL, B-2-9, 67). El otro curso, que dicta en calidad de jefe de exploraciones arqueológicas, es sobre “Tecnología arqueológica” (AGFFyL, B-2-9, 72).

familias y dialectos según los resultados de la anterior comparación”; “5. Influencia de las migraciones, conquistas, colonizaciones, arrinconamientos y mestizajes en el sentido de modificar los idiomas hablados por los Indios antes y después de la Conquista” (AGFFyL, B-2-9, 42). En la nota que eleva al decano como presentación del programa, plantea: “[el programa] será desarrollado en todas sus partes, pero intensamente sólo en lo que se refiere á las regiones del Río de la Plata, Chacos y Pampa, por contarse con MSS y documentos recientemente sacados á luz” (AGFFyL, B-2-9, 42), materiales y reguines que él mismo venía trabajando en profundidad, como vimos en el apartado anterior, lo que marca, nuevamente, una clara continuidad con su propia práctica de investigación. Según Pegoraro, en este programa Lafone incorporaba los temas elegidos por seis alumnos para el trabajo final de la materia:

Elisa Ferrari Oyhanarte elegía “Estudio etno-lingüístico de las familias de los indios que ocupaban la región paraguaya-argentina-brasilera comprendida entre la corriente del río Paraguay y la costa del Atlántico, desde el paralelo 20 al 27”; Celedonia Fernández Coria, “Etnografía de la región Diaguito-Calchaquí”; Ladí Elena Jofré, “Etnografía de la región Andina en su parte Diaguito-Calchaquí”; Rosa Delia Parent, “La etnografía del Chaco argentino desde el Río Segundo hasta los Mbayas, debiendo intensificar el estudio en la parte que se refiere a la gran familia Guaycurú”; C. Guillén, “Etnografía de la Pampa y la Patagonia, desde el Río Segundo hasta Tierra del Fuego, y desde el pie de la Cordillera hasta el mar Atlántico” y Gastón I. Tobal, “Etnografía del Río de la Plata hasta la confluencia del Paraná con el Paraguay” (Pegoraro 2009: 298-299).

En el programa de 1909, la sección sobre lenguas indígenas (en este caso, la segunda, luego de la sección preliminar) vuelve a denominarse “Lengua de los Aborígenes” (Lafone Quevedo 1909: 53-54), dejando de lado el nombre de la disciplina, como vimos en el programa anterior, mientras que las temáticas abordadas no presentan variaciones destacables. La mayor innovación consiste en la introducción de un trabajo práctico de lingüística comparada entre lenguas de distintas familias y entre variedades de una misma lengua. La tercera sección del programa es sobre “Etnología de los Indígenas” y el primer tema a abordar consiste en la distribución “familias de indios que hablan las lenguas de que se trata en la sección II”, de lo que se deriva, nuevamente, la importancia del dato lingüístico para el establecimiento de agrupaciones étnicas.

En 1910, el apartado de nuestro interés ahora vuelve a denominarse “Lingüística” y, si bien sigue bastante las temáticas de 1908, hay algunas incorporaciones de relevancia: por un lado, una idea que también expone en el Primer Congreso Científico Internacional Americano celebrado ese

mismo año en Buenos Aires, la de “provincias lingüísticas”, que, en el caso del programa de 1908, puede relacionarse con la intención de distinguir los mapas lingüísticos de los mapas etnográficos. Es decir, la reconstrucción de la historia de la extensión territorial de una lengua no necesariamente se corresponde con la extensión de la etnia (que puede haber hablado más de una lengua o variedad según su ubicación). Otra de las novedades es la incorporación de la nueva denominación de su sistema clasificatorio según la colocación de los afijos, que llama “Sistema ‘Lafone Quevedo’” (Lafone Quevedo 1910: 52). Finalmente, en la sección siguiente, “Geografía”, introduce la temática de los mapas étnico-lingüísticos, primero uno de 1550 y luego otro de 1800. De la unidad de Lingüística, la bibliografía consiste en “varias publicaciones” del propio Lafone Quevedo sobre el tema (sin especificaciones) y “Los indios caingangue” de Ambrosetti (1894), “Los Indios Matacos” de Pelleschi (publicado por Lafone Quevedo, como vimos en el apartado anterior) y, nuevamente, el *Catálogo de las lenguas* de Hervás (1800) (Lafone Quevedo 1910: 53), mientras que se encuentran ausentes lecturas más contemporáneas anteriormente sí incorporadas, como los de Brinton, Adam y Hovelacque. La referencia a Pelleschi y Ambrosetti también demuestra, por otra parte, que su interés seguía centrado en la franja norte del país (como es el caso del grupo mataco-mataguayo, perteneciente al Gran Chaco, y el grupo caingang, perteneciente a la Amazonía y Litoral norte argentino).

El programa de 1911, por su parte, está compuesto por seis unidades.⁶⁸ La última parte es la directamente referida a las lenguas indígenas y se distingue de la propuesta del programa anterior por no mencionar explícitamente el “sistema Lafone Quevedo”, que, sin embargo, posiblemente sea el “modo fácil” al que refiere en relación con la clasificación de las lenguas. Entre la bibliografía cita documentos del siglo XVII y XVIII, además de muchos trabajos locales, antes ausentes (en los casos en que aparecía la bibliografía consignada): tal es el caso de los de Ameghino, Ambrosetti, Quiroga, del propio Lafone Quevedo, de Max Uhle, Outes, Torres, Bruch y Debenedetti, de los que, sin embargo, no se consignan referencias específicas. Es posible pensar

⁶⁸ Las temáticas abordadas son: “I. Estado de la cultura que encontraron los españoles en nuestra parte de la América del Sud, desde los límites entre las gobernaciones de Pizarro y Almagro, hasta el Estrecho de Magallanes: a) En la costa del Atlántico; b) En la del Pacífico; II. Tipos de Arqueología: a) En la región del Perú, b) En la de los Andes Argentinos, c) En la de Chile, d) En la del Río de la Plata, e) en la de la Pampa y Patagonia; III. Naciones de Indios clasificados por sus lenguas, rasgos físicos y ubicación geográfica, con algunos datos históricos, y en especial, los que se refieren a sus migraciones: a) En el Perú Alto y Bajo, b) en Chile, c) En la cuenca de los ríos Paraná y Paraguay, en la región de los Andes en todas sus ramificaciones, d) En la Pampa, Patagonia y Tierras, etc., Magallánicas; V. Posible identificación de los Indios ‘Chancas’ de Garcilaso de la Vega; VI. Modo fácil de poder determinar la clasificación de las más de las lenguas indígenas en las regiones tratadas en este programa” (Lafone Quevedo 1911: 59-60).

que estas incorporaciones bibliográficas respondan al intercambio con colegas debido al ya mencionado Primer Congreso Científico Internacional Americano y al Congreso de Americanistas, ambos celebrados en Buenos Aires un año antes con motivos de los festejos del centenario de la Revolución de Mayo.

En 1912, el plan de estudios se modifica y la oferta curricular de la Facultad queda organizada en tres secciones: Filosofía, Letras e Historia (Buchbinder 1997: 49). La materia a cargo de Lafone pasa a formar parte del tercer año de la última sección. Si bien en la sesión de Consejo Directivo donde se debate la modificación del plan se aprueba el cambio de denominación de la materia al suprimirse el adjetivo “americana” (RUBA 1913: 91-96), finalmente en el programa conserva su nombre original. Es importante mencionar, por otra parte, que las únicas materias específicas sobre ciencias del lenguaje que se incorporan este año son Gramática histórica y Filología, correspondientes al tercero y cuarto año, respectivamente, de la Sección de Letras; las que, sin embargo, no se dictaron este año.⁶⁹ Hasta entonces, no había materias específicas sobre el tema, excepto las lenguas clásicas Latín y Griego, a cargo de Antonio Porchietti (desde 1901) y de Francisco Capello (desde 1903), como hemos mencionado más arriba. Así, las temáticas relacionadas con las ciencias del lenguaje se encontraban atomizadas en distintas materias tales como Psicología, Antropología y Estética, además de Arqueología americana.

En este año, el programa de la asignatura que estamos analizando sufre algunas nuevas modificaciones: posiblemente debido a esta reubicación en la sección de Historia, se encuentra más centrada en temas propiamente arqueológicos, mientras que contiene menos referencias a la geografía étnica y lingüística. Es así que la unidad primera se dedica a los “restos arqueológicos del hombre en América”; la unidad segunda al “estado del hombre americano en la época de la conquista”; la tercera, si bien retoma el tema de la distribución étnica, lo hace en relación con el periodo de conquista; la unidades cuarta, quinta, sexta y séptima se abocan a cuestiones relacionadas con importantes yacimientos arqueológicos en Perú, Bolivia y Argentina; y la octava a vínculos entre culturas peruano-bolivianas y argentinas en función de los descubrimientos arqueológicos. De este último caso llama la atención la asociación de culturas con países, ya que,

⁶⁹ Gramática histórica comenzó a dictarse en 1913, a cargo de Miguel de Toro y Gómez, y Filología comenzó a dictarse solo después de la creación del Instituto de Filología, en el año 1924, con otra denominación: “Lingüística romance”. Como veremos, este programa tiene mínimas menciones a las lenguas indígenas, pero hay algunas referencias posiblemente en consonancia con el plan original con el que fue creado el Instituto, asunto en el que nos detendremos más adelante (§IV. 3).

anteriormente, la distribución no se condecía con las fronteras nacionales. El capítulo noveno aborda cuestiones de lingüística indígena: “IX. Las mismas relaciones [entre las culturas peruano-bolivianas y argentinas] examinadas á la luz de las últimas investigaciones lingüísticas: a) entre el idioma Quichua y las lenguas de tipo Mojo-Maipure y Guaycurú; b) Comparación entre las lenguas argentinas que tienen los índices I ó Y y N de primera persona”. Este último consiste en un criterio de distinción que ese mismo año también recupera en “Las lenguas Guaycurú y Chiquito comparadas” (1912b) y que refiere a la forma que presentan los pronombres de primera persona.⁷⁰ Otra incorporación novedosa es el tratamiento en el programa del “Estado social del indio americano” (Lafone Quevedo 1912a: 64-66), una temática que preocupaba a Lafone (lo que expresa en varias ocasiones en sus distintos trabajos), que venía siendo objeto de discusión en el ámbito de las ciencias antropológicas y que llega a ser uno de los centros de debate del Congreso Científico Internacional Americano.⁷¹

El programa de 1913 se mantiene prácticamente inalterado respecto al del año anterior. Recién en 1914, la asignatura cambia finalmente de nombre, al eliminarse el adjetivo “americana”. El nuevo programa de Arqueología (a secas) sufre, además, algunas modificaciones significativas. Así, en este caso, las distintas temáticas que se proponen abordar abarcan toda la realidad sudamericana desde la Conquista y el periodo colonial, con el objetivo de analizar estados culturales al momento de contacto con el europeo y las influencias de las grandes civilizaciones americanas a lo largo del continente durante estos periodos; particularmente refiere a la región de

⁷⁰ En este tratado plantea: “Tiempo hace que establecí una regla muy sencilla para determinar la clasificación de los infinitos dialectos correspondientes á la gran familia Moxo-Maipure, llamada por los etnógrafos alemanes *Nu-Aruaca*, á ella corresponde todo idioma en que la partícula *n* es prefijo pronominal de primera persona y *p* de segunda, en singular, y la *n* raíz de voz que dice ‘agua’. En las lenguas de tipo Guaycurú este procedimiento no sería eficaz, porque aun si substituímos una I ó Y en lugar de la *n*, como prefijo de primera persona en las posesivaciones y conjugaciones, y observamos íntima semejanza en los otros afijos de segunda y tercera, no ocurre tal semejanza en las voces que dicen ‘agua’. Resulta, pues, que los diferentes dialectos de una gran familia pueden estar muy cerca en cuanto á su articulación pronominal, pero muy lejos unos de otros por lo que respecta á la voz ‘agua’, y aun al vocabulario general” (Lafone Quevedo 1912: 9).

⁷¹ En este sentido, uno de los votos formulados por la comisión de ciencias antropológicas del Congreso científico internacional americano propone que “a) En los países habitados por razas indígenas, se organicen sociedades protectoras de las mismas; b) En los países habitados por indios salvajes, se fomenten las exploraciones geográficas que tengan por objeto descubrir regiones habitadas por aquéllos, para atraerlos a la civilización moderna” (CCIA 1910: 569). Uno de los responsables de instalar este tema en el contexto del congreso fue Lehmann-Nitsche, con un trabajo titulado “El problema indígena. Necesidad de destinar territorios reservados a los indígenas de Patagonia, Tierra del Fuego y Chaco según el proceder de los Estados Unidos de Norte América” (1915) y tuvo como uno de sus principales opositores a Ambrosetti, quien planteaba que no tenía sentido ya que el destino de los grupos indígenas era su desaparición inminente (para conocer más sobre este debate véase Dávila Da Rosa 2015).

la Guayana (en singular) y de los Andes. Si bien hay referencias a las lenguas indígenas, esta temática se encuentra considerablemente disminuida respecto de los anteriores programas.

En el programa de 1915 menciona a dos “estirpes máximas”, sin mayor explicitación: “Pruebas arqueológico-lingüísticas de las migraciones a que responde la distribución de las dos Estirpes Máximas del Continente Sud Americano” (AGFFyL, B-2-13, 14; subrayado en el original). Sin embargo, es sencillo deducir que se refiere a la aruaca y caríblica (mencionadas en otros documentos que acompañan al expediente del programa)⁷² por su enorme extensión desde el Caribe hasta la Argentina, y de las cuales deriva su sistema de clasificación lingüística que distingue entre grupo “Andino” o “del Pacífico” y grupo “Brasilense” o “del Atlántico”, respectivamente correspondientes a cada una de una de esas estirpes. Las últimas dos unidades parecieran separarse un poco del resto del programa, ya que abordan temas muy específicos que no se relacionan directamente con la lógica de las demás temáticas. Así, la unidad VII refiere a “Los indios ‘Diaguito-Calchaquí’ —su ubicación geográfica— su cultura social y artística, las lenguas que hablaron”, lo que posiblemente se corresponda con el valor que habían adquirido luego de las expediciones de Ambrosetti, además de ser un tema de particular interés para Lafone Quevedo (véase Lafone Quevedo 1898a). Finalmente, la unidad VIII hace referencia a un tema fundamentalmente histórico, lo que es coherente con la nueva sección a la que pertenece la materia: “Las cuatro ‘Entradas’ al Tucumán”⁷³ (AGFFyL, B-2-13, 14).

El programa de 1916 nuevamente retoma la estructura que divide a los pueblos del Atlántico y los del Pacífico. En este caso, a las dos “estirpes máximas” del programa anterior les añade una tercera, la guaraní. Por otra parte, se retoman las problemáticas lingüísticas con mucha mayor atención. Así, la quinta unidad se refiere a lo siguiente:

Lenguas que hablaron las tres grandes estirpes del Atlántico. Cómo se comparan entre sí los tres respectivos idiomas. Cuál es la característica especial que todos tres tienen en común. Modo de establecer el interparentesco étnico-lingüístico de estas tres famosas estirpes en la

⁷² Uno de estos documentos es un “Proyecto de tema para el curso de Arqueología americana” en el que plantea lo siguiente: “La influencia Aruaca y Caríblica en el Continente Sud-Americano desde las Antillas hasta el Río de la Plata y desde el Pacífico hasta el Atlántico – bajo los puntos de vista: 1° Histórico-Geográfico; 2° Étnico; 3° Arqueológico; 4° Lingüístico, etc., etc.” (AGFFyL, B-2-13, 14). Se trata de un documento único, no hemos hallado otros similares para los otros años.

⁷³ Según explicita en el programa, se refiere a las sucesivas entradas de los españoles Diego de Almagro, Diego de Rojas, Juan Nuñez del Prado y Juan Pérez de Zurita por el noroeste del país, que derivaron en la fundación, a mediados del siglo XVI, de la Gobernación del Tucumán, dependiente del Virreinato del Perú, que incluyó el territorio del Noroeste argentino y parte de la actual provincia de Córdoba (véase Berberían y Bixio 2007; Lorandi 2000).

región marítimo-fluvial del Atlántico, sin entrar en las minuciosidades de esas intrincadas lenguas (Lafone Quevedo 1916: 48).

Por su parte, la sexta propone el estudio de las siguientes temáticas: “Razones por qué son de especial importancia (1) los nombres de parentesco; (2) los esquemas pronominales; (3) los apelativos étnico-personales y como corroborantes, los restos del arte indígena que, sucesivamente, se van descubriendo” (Lafone Quevedo 1916: 48). La octava incluye el tratamiento de los siguientes puntos: “Eslabones que ponen de manifiesto el interparentesco que existe entre el *Guaraní*, el *Caraíbe* y el *Mojo-achané* [correspondiente a la familia aruaca], contenidos en los nombres de parentesco propios de todas tres estirpes” (Lafone Quevedo 1916: 49). Finalmente, la unidad catorceava implica el estudio de las “Analogías artísticas comprobadas con otras de género lingüístico y de nomenclatura regional” (Lafone Quevedo 1916: 50).

El programa de 1917 no presenta grandes variaciones respecto del anterior. Mantiene la temática de las dos estirpes, arauaca y caraíbe; las estirpes del Atlántico sur, que distingue entre guaraní y no guaraní, y las estirpes de la costa del Pacífico.⁷⁴ El de 1918, si bien sigue el modelo del anterior, introduce dos nuevas “estirpes” que se suman al listado arauaco, caraíbe y guaraní/no guaraní que veníamos viendo hasta ahora; las incorporaciones son la “peruana” (que posiblemente se refiera a la quechua y aymara) y la “chilena” (que posiblemente se refiera a la mapuche):

II: k) Noticias etnográficas de las estirpes *guaraní*, *caraibi*, *aruaca*, *peruana*, *chilena*.

l) Clasificación *a priori* en estirpes, naciones o tribus por las voces que dicen “agua”.

ll) Idea general de los restos arqueológicos entre las estirpes *caraibi*, *guaraní*, *aruaca*, *chilena* y *antillana* (Lafone Quevedo 1918: 52).

⁷⁴ La segunda parte del programa, basado en problemáticas lingüísticas, propone el estudio de los siguientes temas: “VI: Lenguas conocidas como de las Antillas. – Su influencia sobre las habladas cuando entraron los europeos. – Dos tipos que sobresalen. – *Pronombres y términos* de parentesco en la llamada Taino. – Correlación de este idioma con los de tierra firme inmediata, con especificación de analogías y diferencias. – Hablas mujeril y varonil.

VII: Idiomas y dialectos de la Tierra Firme. – Familias principales y su ubicación geográfica. – Como encuadran en el sistema antillano. Modo fácil de determinar lo es y no que no es Caríbico. – Tipo especial del aruaquismo en la tierra firme. – Cuadros pronominales y demás, con en VI, de las dos lenguas madres en esta región. – Puntos de contacto y diferencias entre esta y la lengua guaraní. – Rastros de cierta organización connubio-social análogos a otros que constan histórica y lingüísticamente en los siglos XVI y VII como propia de los indios *Tupí* en el Brasil.

VIII: Lenguas *Guaraní* y no *Guaraní*. – Ubicación geográfica de las mismas. – Errores que usualmente se cometen en este sentido. – Cuadros pronominales y términos de parentesco. – Analogías lingüísticas entre los idiomas de estos indios y de los de tipo *caríbico*, *aruacu*, etc. – Rastros de la doble lengua (mujeril y varonil). – Voces que dicen “agua” en estos *tres* idiomas. – La organización connubio-social, mencionada por viajeros y cronistas, reproducida en los términos de parentesco.

IX: Lenguas: (a) Del Perú. – (b) De *Mojos* y *Chiquitos*. – (c) Del Chaco. – Su inter-relación. – Cuadros pronominales y de *términos de parentesco* como en los anteriores números” (Lafone Quevedo 1917: 44-45).

En la sección relativa a la lingüística indígena, nuevamente la temática son los criterios ya vistos que según Lafone permiten corroborar agrupaciones previas:

III: m) Pruebas *a posteriori* que modifiquen la clasificación *a priori* lingüística de las estirpes sudamericanas, según se expresa en la letra (1) [o sea, según la voz “agua”].

n) Importancia lingüística (1) de las voces que dicen agua, (2) de los esquemas pronominales y (3) de los nombres de parentesco, como pruebas de interrelación étnica.

ñ) Rastros más o menos abundantes y seguros que existen en las lenguas *guaraní*, *caraiibi*, *aruaca*, *peruana* y *aymará* para comprobar la preexistencia de organizaciones sociales parecidas a las de los demás continentes y archipiélagos como propios de sus primitivas razas o sus descendientes.

o) El doble modo de hablar, varonil y mujeril, en una misma estirpe.

(Lafone Quevedo 1918: 52).

Este año, además, se explicita la bibliografía utilizada, lo que no siempre sucede, como se viene viendo. En el listado relativo a la sección de lingüística aparecen referencias a documentos coloniales (Ximenes de la Espada o la gramática caraiibe del padre Bretón, de los que no se dan mayores referencias); además del ya referido en programas anteriores, Lucien Adam se añaden nuevas lecturas de especialistas europeos, como las de von den Steinen y Ehrenreich; y locales, como las de él mismo, Luis María Torres y Outes (de los que no se indican mayores especificaciones), entre otros, además de la mención de ámbitos científicos y editoriales más generales: “y otros en las Revistas de las Universidades de Buenos Aires, La Plata y otras, en la Sociedad Científica Argentina e Instituto Geográfico Argentino, etc., etc.” (Lafone Quevedo 1919: 55). Esto pone en evidencia un avance considerable en el desarrollo local de este tipo de conocimiento.

El programa de 1918 es el último original de Lafone Quevedo, ya que el de 1919 es casi exactamente igual, y en 1920 abandona el dictado de la materia. El 17 de marzo este año, solicita una licencia y expresa al Decano su voluntad de retirarse definitivamente. Cuatro meses después, el 18 de julio, fallece (*RUBA* 1920: 912), y queda a cargo el profesor suplente, Debenedetti, quien, para entonces y como hemos antes señalado, se desempeñaba a la fecha como director del Museo Etnográfico. Al asumir Debenedetti, cambia el programa, que ahora se centra completamente en temáticas de arqueología. Después de la materia a cargo de Lafone Quevedo, son realmente escasas las apariciones de ítems relacionados con la enseñanza de algún aspecto de las lenguas indígenas

en las distintas asignaturas de la Facultad. Sin embargo, hemos identificado y recuperado inclusiones erráticas y esporádicas que analizaremos más adelante (en §IV. 3).

~

En este capítulo revisamos, por un lado, la producción de Lafone Quevedo sobre lenguas indígenas, cuya mayor concentración tuvo lugar un tiempo antes del inicio de nuestro periodo. Esta incorporación se explica por el valor de sus aportes, que fueron rectores para los trabajos de Outes sobre el tema, como así también porque durante las primeras dos décadas del siglo XX, precisamente sobre la base de aquellos trabajos, diseñó los sucesivos programas de Arqueología americana, la única materia del periodo en que se prestó especial atención a la temática de las lenguas indígenas.

Durante su etapa de mayor producción, Lafone Quevedo no solo puso a circular una considerable cantidad de documentaciones lingüísticas hasta el momento desconocidas, sino que también planteó un modelo de clasificación de lenguas basado en la colocación de las partículas pronominales y el término para designar “agua”, que luego Outes siguió utilizando, tal como se verá en el capítulo quinto para el problema de los querandíes (§V. 1). A partir de estas dos cuestiones (los hallazgos documentales y el criterio clasificatorio), Lafone Quevedo logró organizar el panorama lingüístico de la región del Gran Chaco, se involucró en los debates acerca de los grupos indígenas del Río de La Plata y llegó a aportar importantes lecturas acerca de la situación lingüística en la Patagonia. Fue así que, a partir de un dedicado análisis de gramáticas coloniales, vocabularios, toponimias y etnonimias, propuso una clasificación particular derivada de tres grupos de lenguas: las lenguas de la familia quichua, las guaycurúes y las guaraníes, que fue constantemente retomada y discutida a lo largo de todo el periodo comprendido en esta tesis.

Estas investigaciones fueron la base a partir de la cual diseñó, *a posteriori*, los programas de Arqueología americana, que fueron bastante homogéneos durante los años en que fue el profesor a cargo de la materia. En ellos las cuestiones lingüísticas estuvieron notablemente representadas, sobre todo lo relativo a la cartografía étnico-lingüística, que constituyó una de sus principales preocupaciones, como así también el trabajo con fuentes documentales. Finalmente, es importante destacar que, al disminuir considerablemente su producción durante los años en que se

desempeñó como docente de la materia, las temáticas allí incorporadas se corresponden fundamentalmente con sus trabajos del periodo de entresiglos. Esto explica la escasa variabilidad entre ellos. Por otro lado, en cuanto a la bibliografía, es posible notar que no estuvo del todo actualizada, ya que se identifican ausencias significativas como los trabajos de Franz Boas o Antoine Meillet, mientras que sigue recurriendo a la bibliografía clásica como los trabajos de Brinton y Adam.

IV

Las lenguas indígenas en el ámbito de las ciencias del lenguaje

Durante el periodo abordado, para las ciencias antropológicas, los estudios sobre lenguas indígenas se restringían a la tarea de elaborar cartografías étnicas y a la dilucidación de los orígenes de los grupos americanos. Tal es el caso de los objetivos perseguidos por Lafone Quevedo vistos anteriormente (§III. 2), como así también será el caso de las producciones de Outes e Imbelloni, que analizaremos en los capítulos quinto y sexto. Distinta es la perspectiva asumida por los especialistas en ciencias del lenguaje, quienes, como analizaremos a continuación, consideraron a las lenguas indígenas primordialmente desde el punto de vista de los fenómenos de contacto lingüístico con el español, lo que habilitó la aparición de novedosos formatos teóricos y metodológicos, en particular los provenientes de la reciente dialectología hispanoamericana.

Este capítulo revisa, por un lado, un proyecto gestado por Ricardo Rojas destinado a la institucionalización del estudio de las lenguas indígenas; una propuesta que, si bien solo se efectivizó durante un año, nos permite reconstruir el marco en el que fue planificada, las ideas que le dieron impulso y el frustrado intento de llevar adelante la investigación sistemática sobre este tema. Nos referimos a la creación en 1922 del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y, en especial, a la breve gestión de Roberto Lehmann-Nitsche como director de ese centro en el año 1926. Complementariamente, y en diálogo con el capítulo anterior, a continuación también examinamos cómo se abordó este asunto en distintas asignaturas de la sección de Letras de la Facultad, con el objetivo de evidenciar nuevos enfoques en el tratamiento y enseñanza de esta temática, correspondientes al desarrollo de la lingüística, en contraste con el arqueológico previamente imperante

IV. 1. Ricardo Rojas y las lenguas indígenas

En octubre de 1921, Ricardo Rojas (1882-1957), quien venía desempeñándose como profesor titular de Literatura Argentina desde 1913, asume como decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Como parte de su proyecto de gestión, propone, entre otras cuestiones, fomentar las “investigaciones científicas sobre el castellano y nuestras lenguas

precolombianas” (Rojas 1924: 8-9), lo que se concreta en 1923 con la inauguración de un Instituto de Filología. Este interés por el estudio de las lenguas habladas en el país puede rastrearse en las distintas publicaciones donde desarrolla su teoría nacionalista, tales como como *La restauración nacionalista* (1909), *Blasón de Plata* (1912), *Historia de la literatura argentina* (1917-1922) y *Eurindia* (1924b).

Con el objetivo de comprender el enfoque a partir del cual Rojas concibe y fomenta el estudio de las lenguas indígenas y su relación con la producción del conocimiento científico, a continuación presentamos un breve recorrido por su trayectoria intelectual, que en buena medida recupera la literatura previa referida a este tema pero que pone especial atención en su concepción acerca de estas lenguas y su relación con la “lengua nacional”. Estas ideas forman parte de los antecedentes que motivan la creación del Instituto de Filología, que será uno de los principales espacios académicos del país abocados al estudio de las ciencias del lenguaje. Como se verá a continuación el estudio de estas lenguas fue, sin embargo, notoriamente omitido; estas ausencias también serán objeto del análisis que sigue.

En el año 1907, Rojas es enviado por el gobierno nacional a Europa en calidad de funcionario del Ministerio de Instrucción Pública. Los resultados obtenidos durante el viaje se publican primero en 1909, en *La restauración nacionalista*, reeditada casi trece años después, en 1922.⁷⁵ Tal como expresa en esta segunda edición, el objetivo de este viaje, que él mismo había propuesto, era el de investigar el funcionamiento del sistema educativo en ese continente para recabar información que permitiera actualizar el de la Argentina a partir de la perspectiva de lo que llamó “nacionalismo doctrinario”, al que definía como un “método social” que distinguía del “patriotismo instintivo”, entendido como “sentimiento natural” (Rojas 1922: 12). Así, a partir de un concepto de nacionalidad como “órgano de la civilización”, el autor sostenía en *La restauración nacionalista* que con su “doctrina” buscaba “dar a nuestro pueblo de inmigración [...] una conciencia social que haga de la Argentina un pueblo creador de cultura en el concierto de la vida internacional, a la cual pertenecemos” (Rojas 1922: 22). Para cumplir con este objetivo, Rojas concebía a la historia como disciplina rectora, pero articulada con otro grupo de saberes: el estudio de la lengua, la geografía, la “instrucción moral”, a partir de los que se pretendía fomentar entre los ciudadanos la “solidaridad cívica y del territorio” y que permitirían la creación de una

⁷⁵ En esta tesis utilizamos la primera edición, excepto cuando remitimos al prólogo de 1922, ya que resulta particularmente esclarecedor en cuanto al proyecto nacionalista de Rojas.

“conciencia nacional” y a “razonar sistemáticamente el patriotismo verdadero y fecundo” (Rojas 1909: 43).

De acuerdo con este proyecto, en la planificación de lo que sería el curso de Historia para la escuela media, el autor proponía incorporar el estudio de las “razas indígenas que lo habitaron”, entre las que incluía el quichua, el guaraní y el araucano (Rojas 1909: 382).⁷⁶ Para Rojas, la tradición americana (es decir, indígena) formaba parte de las “tres fases sucesivas de nuestra tradición”, que definía como latina, en cuanto al “espíritu”; española, en cuanto al idioma; y americana, en cuanto al territorio (Rojas 1909: 377). Desde esta perspectiva, la tradición nacional preexistía a la conformación del Estado argentino en el espíritu latino y en la lengua castellana y, en tanto tal, constituía un derivado de los estados europeos, aunque atravesada por las particularidades del territorio americano. En este sentido, le interesaba lo americano como “sedimento” cultural de los pueblos indígenas que han pasado a integrar, recién en la tercera fase, la tradición nacional.

Más adelante en el texto, Rojas explica cómo se articula en su perspectiva el estudio de estas lenguas en el ámbito universitario:

[...] enseñaríase en ella [en la Facultad de Filosofía y Letras], como complemento del actual curso de Arqueología, en su doble carácter histórico y técnico, el quichúa, el guaraní y nociones de otras lenguas americanas, tan indispensables para llegar a los orígenes propios, como para el alumno de l'Ecole de Chartes las lenguas célticas y los dialectos galos. Quien pretenda considerar estas cátedras de quichúa y guaraní con criterio de filólogo, aplicándoles argumentos hechos para las lenguas muertas o sin literatura, se equivocará, no sólo en cuanto ambos idiomas aún se hablan en nuestro país, sino en cuanto los propongo como instrumentos de trabajo, necesarios a todo historiador verdaderamente argentino (Rojas 1909: 443).

Allí es posible reconocer una particular articulación entre los estudios arqueológicos y los de las ciencias del lenguaje. Así, si por un lado planteaba el vínculo entre la enseñanza de las lenguas indígenas con la asignatura de Arqueología (entonces a cargo de Lafone Quevedo, como ya vimos en §III. 3) por el valor de su conocimiento para la resolución del enigma del origen americano, también mencionaba la necesidad de un método didáctico distinto del ya conocido para el caso de las lenguas clásicas, interpelando indirectamente a la pedagogía de la lengua que venía siendo una

⁷⁶ Lafone Quevedo también destacaba estas tres lenguas como las más ilustrativas de la diversidad lingüística del país: “Por el Este el Guaraní, por el Oeste el Quichua, por el Sud el Araucano: ésto, ya en sí, bastaba para abarcar las tres cuartas partes de nuestra América” (1898a: V).

de las principales problemáticas abordadas por las ciencias del lenguaje desde el siglo anterior (véase Lidgett 2015).

Más de diez años después de la primera edición de *La restauración nacionalista*, Rojas publica,⁷⁷ primero por entregas en *La Nación*, y luego en formato de libro, *Eurindia*, una obra específicamente dedicada al análisis y programática de una estética americana y que puede considerarse el epítome de dicho proyecto. Allí, Rojas parte del presupuesto de mestizaje entre distintas vertientes o manifestaciones culturales (y políticas) que integran la historia social argentina:

[...] una formación indígena o primitiva, una formación colonial o española, una formación cosmopolita o europea y una formación patricia o nacionalista; cada una de ellas tiene expresiones propias en danza, música, arquitectura, pintura, escultura y poesía. Las cuatro expresiones subsisten hoy, armónicas o antagónicas, aisladas o refundidas, según el intérprete (Rojas 1924b: 352).

Esta definición de la sociedad argentina, en particular, y americana, en general, es el marco de referencia para comprender cómo entiende el problema de la lengua y, consecuentemente, el valor de las lenguas indígenas:

Ya he dicho que el idioma es un factor de nacionalidad, a la vez que signo expresivo de su literatura nacional. Cuando el idioma común, como en nuestro caso, ha sido creado por otro pueblo, ha de buscarse sus caracteres de nacionalidad en el genio mismo del pueblo que lo adoptara por aprendizaje colonial; y es evidente que la tierra americana, las lenguas indígenas, las mestizaciones étnicas, las instituciones democráticas, la cultura internacional nos han dado un carácter propio, distinto del de la Nación por el tono regional de nuestra sensibilidad, por los factores del proceso filológico en la Argentina, el idioma castellano cobra en nuestro país un matiz propio, en léxico, prosodia y semántica, sin contar la línea arquitectónica de la construcción verbal, que, por responder a otra psicología, se diferencia también de la construcción ranciamente española (Rojas 1924b: 49-50).

⁷⁷ También por entonces publica la cuarta parte de su monumental obra *Historia de la literatura argentina* (1922), que ha sido considerada por gran parte de la crítica como el primer canon literario argentino. “Los modernos”, como intituló esta cuarta parte, la dedicó a los escritores que integraron la “generación del 80”; y consagró el capítulo sexto, “Tradiciones indígenas”, a los trabajos de Lafone Quevedo y Ambrosetti, entre otros. En el apartado relativo a los aportes del primero, y en tanto parte fundamental del desarrollo de la producción literaria argentina, menciona muchas de sus obras relativas a las lenguas indígenas que analizamos en el capítulo anterior. “Tratándose de un americanista más curioso que sabio, sin doctrina original ni método moderno, lo dicho basta para definir el carácter de su obra en una historia literaria, ya que no podríamos omitirlo, por la influencia que tuvo como precursor en su especialidad y como disertador de nuevas vocaciones” (Rojas 1922: 149).

Un poco más adelante, expone una organización por etapas acerca del estudio de las lenguas indígenas y el valor científico que tienen para la filología en tanto ciencia en formación:

El estudio de las lenguas americanas ha pasado por tres períodos: 1º, la recolección empírica de los glosarios locales; 2º, la compilación de todos ellos en corpus políglotas; 3º, el sometimiento de ese material a la crítica filológica moderna. Aunque la filología argentina es ciencia en formación, contamos con documentación abundante para hablar de nuestras lenguas precolombinas⁷⁸, que tanto pueden influir sobre el color local de nuestra literatura, por los toponímicos profusos, y por la nomenclatura de las cosas regionales (Rojas 1924b: 54-54).

En este caso, resulta llamativo el valor que les concede a estas lenguas: si bien menciona que podrán influir en la producción literaria, el resto de los elementos que destaca son simplemente topónimos (una de las preocupaciones más extendidas en el periodo en lo relativo a estas lenguas) y las denominaciones propias de los universos discursivos locales. A partir de lo anterior, es posible afirmar que Rojas no pretende integrar a los grupos indígenas como colectivo en la construcción nacional sino por los elementos culturales, en este caso sus lenguas, que se impregnan en la cultura argentina y que funcionan, así, como un diacrítico identitario. Esta lectura coincide con las posiciones que la crítica (entre otros Barbero y Devoto 1983; Degiovanni 2007) ha establecido con relación al pensamiento nacionalista de Rojas. Por otra parte, en un gesto similar a otro señalado más arriba, propone la articulación de la filología (que, en el país, recién se estaba conformando) con el estudio de las lenguas indígenas a partir del análisis de la abultada documentación con la que se contaba con el objetivo de aportar al conocimiento de la literatura local.⁷⁹

En este mismo sentido, ese proyecto se articula con un programa académico, consistente en crear un espacio en el que se investigue con sistematicidad la lengua local a partir de los elementos propios que la distinguen de las demás variedades del español:

Necesitamos de una disciplina nueva: la gramática histórica, y de un espíritu nuevo: el del paniberismo. Sólo con ello, y mediante la colaboración filológica de España y América, llegaremos a una conciliación que permita el mantenimiento de la lengua común, y, dentro de ella, la autonomía regional de los pueblos que hablan esta lengua admirable por su fluidez, su

⁷⁸ Se trata de una referencia indirecta a la producción de Lafone Quevedo que sintetiza en el cuarto tomo de la *Historia de la literatura argentina*.

⁷⁹ Para un estudio más promenorizado de la articulación entre los estudios filológicos y literarios en el proyecto de Rojas, véase Redondo (2010).

riqueza y su libertad, a pesar de los esfuerzos que la gramática oficial ha hecho para anquilosarla (Rojas 1924a: 60).

Las lenguas indígenas, por su parte, serían un elemento constitutivo de la mencionada autonomía lingüística de las naciones americanas y, en tanto tales, debían ser uno de los principales objetos de investigación y de enseñanza de la Facultad. De acuerdo con esto, como decíamos, al inicio de su gestión planifica, junto con Ravignani, la creación de un Instituto de Lingüística (además de uno de Literatura argentina) que se dedicaría, entre otras temáticas, al estudio del “castellano vivo en la Argentina, influido por las lenguas indígenas y por las corrientes inmigratorias” (RUBA 1922: 703).⁸⁰ Este proyecto se concreta el 21 de junio de 1922, cuando el Consejo Directivo de la Facultad resuelve la creación de un “Instituto de lingüística, que comprenderá estudios de lingüística general, lingüística romance, evolución del castellano en América y lingüística indígena” (RUBA 1922: 704). Será recién un año después, en 1923, cuando finalmente se ponga en funcionamiento, con un cambio en su denominación, al fundárselo como Instituto de Filología.⁸¹ En el discurso inaugural, Rojas plantea lo siguiente:

En América han perecido, suplantadas por el castellano, más de doscientas hablas, cuyos glosarios encontraron bibliógrafo diligente en Bartolomé Mitre, con su *Catálogo de las lenguas americanas*. [...] La posición actual de la Argentina en América, su contacto con cuatro grandes familias de lenguas precolombianas, los alarmantes problemas del cosmopolitismo rioplatense en relación con el castellano, y, sobre todo, el carácter rigurosamente científico de la filología en nuestro tiempo, estaban indicando a la Universidad, como perentorio deber, la necesidad de tomar parte en dichos estudios, que hoy se realizan por colaboración internacional (Rojas 1924a: 89-90).⁸²

Sin embargo, sus pretensiones de modernizar la filología, tal como veremos a continuación, tiene como consecuencia la cancelación de esta línea de investigación. Esto fue así debido a que los sucesivos directores del Instituto hicieron muy poco para avanzar en el estudio sobre estas lenguas y, en la mayoría de los casos, no fueron más que planificaciones nunca realmente concretadas (Toscano y García 2009). Esto posiblemente se deba a su procedencia y formación:

⁸⁰ En un artículo reciente, Diego Bentivegna analiza el proyecto de organización del saber que planificó Rojas en lo relativo al estudio de las lenguas y literaturas americanas, que concibe, según la lectura de Bentivegna, “no tanto como una filología *en* América o *de* América, sino, más conflictivamente, como una *filología americana*” (2019b: 98).

⁸¹ En lo relativo a la fundación y primeros años del Instituto de Filología, seguimos en lo esencial la perspectiva de Toscano y García (2009, 2011, 2013), junto al resto de los trabajos reseñados en §I. 2.

⁸² Véase Menéndez (2009) para un análisis exhaustivo de este discurso.

hasta el año 1946, exceptuando el caso de Lehmann-Nitsche, todos ellos provenían del Centro de Estudios Históricos, dirigido por el filólogo Ramón Menéndez Pidal (Barrenechea y Lois 1989; Bentivegna 1999; Portolés 1986; Weber de Kurlat 1975).

Así, motivado por el intento de actualizar los estudios locales sobre el lenguaje, Rojas decidió solicitarle a Menéndez Pidal su asistencia para la dirección del naciente Instituto (Toscano y García 2009). En la carta que le envía con este fin, expresa su preferencia por la propia dirección del maestro español, aunque también aceptaría a “uno de sus discípulos” (Rojas 1924a: 85), que es lo que efectivamente sucede. Menéndez Pidal es designado director honorario, mientras que serán filólogos formados en su equipo los directores efectivos del Instituto desde su creación hasta 1946. En la misma carta, le presenta el plan de trabajo que “comprenderá no sólo cuanto es allí de esta especialidad, sino los temas nuevos que en nuestro país se ofrecen en razón de la poliglotía indígena y del cosmopolitismo actual” (Rojas 1924a: 85). Lo cierto es que, como ya dijéramos, esta línea nunca se implantó ni desarrolló bajo el mando de los filólogos españoles, que impulsaron por su parte un programa de investigación de corte fundamentalmente diacrónico y centrado en el español peninsular. Esa tensión entre este proyecto y el impulsado por Rojas, que como vimos buscaba estudiar también las variedades regionales del español y las lenguas indígenas habladas en el país desde una perspectiva en lo esencial sincrónica y con especial atención a la transferencia educativa, se verifica, como ha demostrado Toscano y García (2009), en los cambios de denominación que sufre el Instituto. Fundado en 1922 como “Instituto de Lingüística”, será referido en todos los ámbitos como “Instituto de Filología” a partir de 1923, cuando se inaugura bajo la dirección honoraria de Menéndez Pidal. Esta tensión entre dos programas y agendas científicas, que se encarna en una disputa respecto del nombre mismo que debe recibir la disciplina, había aparecido ya previamente en la reflexión de Lafone Quevedo (como mostramos en III); y será también un problema sobre el que volverá Imbelloni (véase VI y VII).

Por otro lado, en ese mismo discurso de inauguración del Instituto de Filología, justifica de la siguiente forma la particular alianza:

Habría, sin duda, sorprendido a los que mal me conocen, que yo, predicador tenaz de nacionalismo en Argentina, haya ido a buscar afuera maestro y director para el Instituto de filología [...]. Mi nacionalismo no hostiliza lo extranjero sino que lo asimila, como lo propongo en *Eurindia*; mi nacionalismo no excluye lo español, puesto que lo considera fuente de argentinidad, como lo muestro en *Blasón de plata*; mi nacionalismo no venera la incultura nativa, sino que tiende a superarla por un ideal de civilización, como lo expresé hace quince

años en *La restauración nacionalista*, cuando formulé la teoría, como reacción idealista contra la imitación empírica, el materialismo histórico y el mercantilismo cosmopolita, motivos locales de esa reacción (Rojas 1924a: 93-94).

Como señala Toscano y García (2009), para Rojas, la alianza con los filólogos españoles no supone, no obstante, una puesta en cuestión de su perspectiva nacionalista; el argumento que invoca remite al carácter internacional y desterritorializado de la ciencia moderna:

Quiere ello decir que si necesitamos traer del extranjero especialistas de una ciencia que aquí no se cultiva o se cultiva por métodos equivocados, debemos traerlos; y que si España ha formado una escuela filológica moderna, aunque ella se haya iniciado bajo el magisterio de la ciencia alemana, es lógico preferir un filólogo español, porque éste posee, con el genio del idioma común, la llave mágica para entrar en el secreto de nuestros propios corazones (Rojas 1924a: 94).

Sin embargo, a pesar de justificar y ratificar la importancia de convocar a los filólogos españoles para la dirección, Rojas no abandona la esperanza de que se concrete el estudio de las lenguas nativas. Así, en el discurso que da en 1924 a inicios del ciclo lectivo, plantea, en referencia a los sucesores de Menéndez Pidal: “Problemas de paleografía medieval, de bajo latín, de fonética, de dialectismo y lenguas indígenas serán estudiados a su tiempo, y para ello contamos con un grupo de jóvenes inteligentes y entusiastas, que ansío lleguen a ser famosos en la noble especialidad que han abrazado” (Rojas 1924a: 35).

Ese mismo año, cuando asume Agustín Millares Carlo, sucesor del primer director, Américo Castro, en el discurso de incorporación, Rojas arremete nuevamente con la necesidad del estudio de las lenguas indígenas (véase al respecto Toscano y García 2013b):

Espero que el año próximo, nuestro instituto, de acuerdo con el plan proyectado, podrá abordar estudios de fonética y dialectismos regionales, emprendiendo a la vez el estudio de las lenguas indígenas, complemento indispensable de cualquier estudio serio sobre el castellano que se habla en la Argentina. Es posible que este mismo año, como anticipación de ese programa, podamos oír aquí una sabia conferencia preliminar sobre el idioma guaraní,⁸³ y acaso

⁸³ La conferencia sobre guaraní referida en la cita se concretó también en 1924 y estuvo a cargo del paraguayo Manuel Domínguez, ex vicepresidente de ese país y ex rector de la Universidad de Asunción. En la presentación de la conferencia, Rojas expone, nuevamente, su plan de científico y cultural: “[l]a conciencia de nuestra América no llegará a su plenitud sino cuando el indio, el gaucho y el español, limpios ya del antiguo vilipendio, hayan entrado a ser motivos de cultura científica y de emoción creadora, refundidos en el crisol de la vida cosmopolita. El indio, reducido a servidumbre por los conquistadores, fue negado en su posteridad; el gaucho fue también negado, como agente de

otras dos sobre el araucano y el quichua, a cargo de autorizados especialistas. Mucho puede enseñarnos España, en la ciencia de su idioma, pero hay una contribución americana que ha de serle nueva y provechosa (Rojas 1924a: 103).

Luego de su gestión, Millares Carlo eleva un informe en el que da cuenta de las temáticas de investigación iniciadas durante su mandato.⁸⁴ Respecto de nuestro tema, plantea que alumnos del Instituto, “siguen trabajando en la selección de papeletas interesantes para el vocabulario argentino, y alternan este trabajo con la formación de la *Bibliografía de lenguas indígenas de la República Argentina*” (Rojas 1924a: 194). Con todo, más allá de esta bibliografía, prevalecen los estudios de filología hispánica. Tal es el caso de la primera investigación que se concreta desde allí, a cargo de Ángel Battistessa y Julia Darnet, referida a un estudio filológico sobre la Biblia del siglo XIII, que se publica con notas y un glosario en 1924. A estos primeros trabajos se le suman uno sobre la penetración de los italianismos en la variedad porteña, otro sobre la lengua de Ascasubi y una traducción de un artículo de Max Leopold Wagner acerca de la impronta andaluza en el castellano de América (Toscano y García 2009).⁸⁵ Estos tres últimos estudios demuestran que, de cualquier forma, estaba la intención de crear líneas de investigación de temáticas locales.

De hecho, durante la gestión de Manuel de Montoliú, en 1925, se da inicio a un proyecto destinado a la creación de un diccionario que recogiera el habla popular argentina (Battista 2018, Toscano y García 2009) con el objetivo de darle prestigio a “su lengua y a su propio pueblo [argentino]” (Montoliú 1926: 34). Este diccionario incluiría, entre los elementos, vocablos indígenas:

Sea cual fuere el resultado de la evolución del castellano americano, no puede negarse que el actual momento de intensa vitalidad lingüística, en que el pulso de la lengua late con la misma intensidad que el del pueblo, al recibir el caudal de tantas y tan diversas corrientes, invita al lingüista a planear una vasta cosecha del léxico popular. Sólo mediante ella podrá el lingüista hacerse cargo de la proporción en que entran en el castellano de América el elemento viejo y el nuevo, el arcaísmo y el neologismo, los restos intactos todavía del castellano de los siglos XVI y XVII traído por los colonizadores españoles y, por otro lado, las formas nuevas

barbarie, por el patricio de las ciudades; y el español, vencido por la emancipación de sus hijos, fue negado igualmente (Rojas 1924a: 104).

⁸⁴ Por su parte, en el informe que presenta el propio Rojas en calidad de director del Instituto de Literatura Argentina, menciona los trabajos de Berta Vidal, quien se encontraba realizando su tesis doctoral sobre el folklore “puntano”; y de Lehmann-Nitsche, quien estaba colaborando con un análisis basado en las encuestas de folklore de 1921 sobre las “aves lloronas” (Rojas 1924a: 198).

⁸⁵ Este último asunto, como se verá más adelante (§IV. 3), será un tema largamente debatido e incorporado en la asignatura Lingüística romance.

importadas por idiomas extranjeros, los idiotismos espontáneos de las poblaciones americanas, así como la influencia de las lenguas indígenas (Montoliú 1926: 18).

La breve gestión de un antropólogo, como es el caso de Lehmann-Nitsche, resulta en principio extraordinaria en la historia del Instituto y debe entenderse como un intento por efectivizar el estudio sistemático de las lenguas indígenas según pretendía Rojas y de darle un marco institucional, además de reafirmar el aporte de los especialistas en ciencias antropológicas en los estudios sobre lingüística. De hecho, tal como ha revelado recientemente Bentivegna (2019b), en 1918 Lehmann-Nitsche había elaborado un proyecto de creación de una Comisión de Estudios Lingüísticos, lo que da cuenta de la pertinencia de su designación frente al Instituto.

IV. 2. La gestión del Instituto de Filología a cargo de Lehmann-Nitsche (1926)

La vinculación de Lehmann-Nitsche⁸⁶ con la Facultad se remonta a 1903, cuando dicta un curso libre de Antropología (*RUBA* 1904: 205) que, si por un lado prefigura la materia de la que será responsable un año más tarde, al mismo tiempo inicia una extensa relación con esa institución. En 1904, el decano Norberto Piñeiro le solicita que dicte un curso libre de Paleoantropología (*RUBA* 1904: 272), que se suma al que había ofrecido por primera vez un año antes; y, en julio de 1905, se lo nombra delegado de la Facultad en el XIV Congreso Internacional de Americanistas (*RUBA* 1904: 85). Estos datos permiten leer cómo se va ampliando el espacio de acción de Lehmann-Nitsche en la Facultad, un proceso que se desarrolla en paralelo a la institucionalización de las ciencias antropológicas en esa misma unidad académica, como ya se vio en el segundo capítulo con la creación del Museo Etnográfico.

En 1905 se crea la asignatura Antropología, correspondiente a la Sección de Historia,⁸⁷ y Lehmann-Nitsche es propuesto en la terna para ocupar el cargo de docente titular, junto con Florentino Ameghino y Rodolfo Hauthal. Ameghino es designado en el cargo, al que, sin embargo, pocos meses después, renuncia (*RUBA* 1905: 521). El Poder Ejecutivo, tras evaluar la nueva terna

⁸⁶ En 1897, un joven Lehmann-Nitsche, doctor en medicina y en ciencias naturales por la Universidad de Munich, llega a la Argentina con el objetivo de encargarse de la Sección de Antropología del Museo de La Plata en reemplazo de Hermann Ten Kate, por solicitud del director de dicho Museo, Francisco Pascasio Moreno (Ballester 2014; Malvestitti y Orden 2014). Hasta 1930, cuando se jubila y regresa a Alemania, ocupará ese cargo, al que sumará otros de relevancia: si su ámbito de acción se vincula inicialmente con la ciudad de La Plata (primero el Museo y, luego, la Universidad, donde será, además del encargado de la Sección de Antropología, profesor de Antropología desde 1906 [Ballester 2014]), tuvo también un rol destacado en la Universidad de Buenos Aires.

⁸⁷ Como ya hemos visto, la Facultad de Filosofía y Letras ofrecía un trayecto de formación académica en tres “Secciones”: Filosofía, Historia y Letras (véase Buchbinder 1997).

propuesta para ocupar el cargo vacante, integrada por Francisco Moreno y Félix F. Outes, además del ya propuesto Lehmann-Nitsche, resuelve designar a este último como profesor titular (*RUBA* 1905: 325), cargo que conservará hasta 1929. En 1908, Outes es nombrado profesor suplente de Antropología (*RUBA* 1908: 526) y, luego de la renuncia de Lehmann-Nitsche, será designado titular de la materia.⁸⁸

Dávila Da Rosa (2018), quien ha analizado, entre otros aspectos de la trayectoria académica de Lehmann-Nitsche, su desempeño como docente en las universidades de Buenos Aires y La Plata, establece que la orientación de la materia Antropología fue, desde sus inicios, hacia la antropología física (Dávila Da Rosa 2018). Esta temática era, en realidad, la hegemónica en el ámbito de la disciplina, al punto de ser considerada “la antropología propiamente dicha” (Perazzi 2009: 122); fue también la perspectiva de investigación adoptada por Lehmann-Nitsche durante sus primeros años en el país. Sin embargo, tal como plantea la autora, Lehmann-Nitsche empezó tempranamente a incursionar en otras áreas, imprimiéndole a su carrera una “dirección más humanista” (Dávila Da Rosa 2018: 224). De acuerdo con este perfil, durante la primera década de 1900 comienza a recopilar material folklórico, como adivinanzas y textos eróticos (asunto extensamente trabajado por Chicote [2007; 2011], Chicote y García [2009] y De Jong [2005]).⁸⁹ En 1911 publica el primer libro de su serie “Folklore argentino”,⁹⁰ titulado *Adivinanzas rioplatenses*, una obra que sus contemporáneos locales desestimaron por el tipo de material recolectado, consistente en etnografías realizadas en espacios no habituales, como prostíbulos, milongas y viajes en barco. Sin embargo, su riqueza le valdrá, tiempo después, el reconocimiento internacional (Blache y Dupey 2007). De hecho, en una celebración del 24 de abril de 1925 de la Universidad de Hamburgo que lo distingue con el diploma de doctor *honoris causa* en filosofía, uno de los principales aportes por los que se lo reconoce es, precisamente, por sus trabajos de folklore y etnografía argentinos. En este mismo evento, a su vez, el propio Lehmann-Nitsche reconoce su temprano interés por estos temas:

⁸⁸ Es relevante mencionar que ambos integraron, a su vez, la cátedra de Antropología de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad Nacional de La Plata, materia creada también en 1905. Lehmann-Nitsche fue, desde sus inicios, el profesor titular (Dávila Da Rosa 2018), mientras que Outes se incorpora como profesor adjunto en 1909 (AME, Fondo de gestión Félix F. Outes).

⁸⁹ Su interés por este campo lo llevó a despertar la atención de Ramón Menéndez Pidal, con quien mantuvo contacto en los primeros años del siglo XX (véase Chicote 2009).

⁹⁰ Sobre esta serie, véase De Jong (2005).

Por cierto he sentido, desde la niñez, inclinación especial para esta clase de ocupaciones espirituales que nos llevan al fondo del alma popular. [...] Más tarde, ya hombre, [...] llamado al país, hace 28 años, por el doctor Francisco P. Moreno para encargarme de la sección antropológica del Museo de La Plata por él fundado, hallé oportunidad para dedicarme, entre otras cosas, inmediatamente al estudio del folklore nacional, el que debía empezar con la recolección de la correspondiente materia prima. (Desde entonces, en el Museo de La Plata, he tenido mi campo principal de acción.)

Así pasaron años tras años, durante los cuales traté de absorber todo lo que el suelo virgen de la exuberante Argentina brindara a mis esfuerzos (*RUBA* 1925: 106).

Este evento evidencia el reconocimiento tardío que merecieron las investigaciones folklóricas llevadas a cabo por Lehmann-Nitsche. A su vez, permite hipotetizar que, desde su perspectiva, el Instituto de Filología posiblemente constituyera un espacio adecuado para ratificar este reconocimiento, además de permitirle difundir y continuar sus propios estudios en esta materia; ello explicaría su preferencia por los temas folklóricos durante su breve gestión, como veremos a continuación.

La versatilidad de Lehmann-Nitsche lo llevó a ser conocido, además, por su actividad investigativa sobre lenguas indígenas (temática abordada en profundidad por Malvestitti [2012, 2014] y Malvestitti y Orden [2014], como se mencionó en §I. 2). De hecho, fue uno de los principales responsables del registro y de la puesta en circulación de materiales sobre lenguas indígenas de la Patagonia y de la región del Gran Chaco. Malvestitti y Orden (2014) caracterizan su labor en el ámbito de la lingüística indígena en función de tres tipos de actividades: recopilaciones originales, publicaciones de materiales inéditos y teorizaciones sobre vínculos genéticos entre lenguas patagónicas. Para el caso de la Patagonia, publicó una serie de trabajos sobre genética lingüística sobre el grupo lingüístico tshon (1914), otro sobre el alakaluf (1919) y uno tercero sobre el grupo lingüístico “het” (1922). Además, entre 1899 y 1926, documenta una serie de textos en mapudungun; entre 1898 y 1902 registra un vocabulario en lengua selk’nam; en 1903 y 1905 en aonek’o ajen (lengua comúnmente conocida como “tehuelche”) y, entre 1915 y 1916, uno en gүнүн a iajüch (más conocida como “puelche” o “lengua ranquel”), que permanecieron inéditos hasta hace poco tiempo.⁹¹ Por su parte, los trabajos sobre las lenguas del Chaco sí circularon oportunamente y cuentan con registros realizados por él mismo. Así, en 1910

⁹¹ Sin embargo, estos materiales recién fueron publicados luego de ser hallados en el Instituto Iberoamericano de Berlín por Malvestitti, quien se encargó de su transcripción, comentario y puesta en circulación (véase §I. 2). En ocasiones, Malvestitti buscó la colaboración de especialistas en las lenguas implicadas, tal es el caso de Malvestitti y Orden (2014) y Fernández Garay (2009).

publica un vocabulario comparado entre distintas documentaciones en lengua chorote, entre los que incluye un registro propio realizado en 1906 durante una expedición a la provincia de Jujuy con el objetivo de recabar datos de antropología física.⁹² Mucho tiempo después, en 1926, publica, en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, un vocabulario de la lengua wichí (en ese momento denominada “mataco”), basado en sus propios registros realizados cinco años antes en el ingenio azucarero de Jujuy.

Como puede verse, entonces, al momento de la designación de Lehmann-Nitsche frente al Instituto de Filología, el antropólogo tenía, por un lado, antecedentes de importancia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde era uno de los docentes más antiguos de la institución. Asimismo, contaba con una destacada trayectoria en estudios “humanistas”, sobre todo de folklore y de lingüística indígena. De hecho, en lo relativo a esta última área, si bien no tenía una formación filológica, contaba con una abultada experiencia de investigaciones tanto de gabinete como del campo; además de ya haber ensayado un marco institucional para estos estudios, según demuestra el documento hallado por Bentivegna (2019b) que mencionamos más arriba. En conjunto, estos antecedentes parecen haber gravitado en la decisión de las autoridades de la Facultad de designarlo en 1926 como director interino del Instituto de Filología.

El contexto de designación de Lehmann-Nitsche como director interino del Instituto de Filología ha sido un asunto trabajado por Toscano y García (2009), mientras que la gestión de Lehmann-Nitsche al frente del Instituto de Filología, por su parte, ha sido escasamente estudiada. Si bien Toscano y García (2009) ofrece un análisis preliminar, este se amplía en Domínguez y Toscano y García (2017), trabajo que se integra en la presente investigación doctoral. En ese artículo, abordamos un conjunto de documentos inéditos hasta la fecha, conservados en el Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que permiten reconstruir e interpretar el tipo de proyecto diseñado por el alemán para el Instituto, sus condiciones de posibilidad y también las limitaciones que encuentra. Lo que sigue se basa, entonces, en el análisis de esa documentación inédita.

⁹² Como se vio en §II. 1, en este trabajo Lehmann-Nitsche también incluye el vocabulario registrado por Debenedetti durante una expedición que realizara al ingenio azucarero de Ledesma, en Jujuy, como encargo de Ambrosetti, entonces director del Museo Etnográfico.

Luego de las gestiones ya mencionadas de Américo Castro (1923) y de Agustín Millares Carlo (1924), Menéndez Pidal envía a Manuel Montoliú (1925) para hacerse cargo de la dirección del Instituto. Su gestión dura, al igual que las demás, un solo año. Esta situación de inestabilidad revela, tal como advierte Toscano y García (2009), la imposibilidad de Menéndez Pidal de conseguir un director que permaneciera en el cargo por un lapso de tiempo sostenido y, al mismo tiempo, una situación de conflicto entre el eminente filólogo español y las autoridades de la Facultad debido al incumplimiento del plan original proyectado por Rojas. Entre los aspectos incumplidos se destaca la desatención al estudio de las lenguas indígenas, y es posible que esto haya motivado la designación de un especialista en antropología con experiencia en el estudio de las lenguas indígenas, como es el caso de Lehmann-Nitsche.

En la sesión del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras del 15 de marzo de 1926, el decano Alberini informa al Consejo que “ha recibido una carta del profesor don Manuel Montoliú, en que le comunica que por este año no podrá venir al país para continuar su obra en la dirección del Instituto de Filología”; también que Montoliú le ha manifestado su intención de regresar al país en 1927 y cumplir con su designación como director durante los tres años previstos en la resolución original. Esta situación deriva en un debate acerca de quién quedará a cargo del Instituto. Outes, quien se desempeñaba entonces como consejero de la Facultad, propone a su colega Lehmann-Nitsche y el Consejo resuelve su designación, con la indicación explícita de “dedicarse exclusivamente a organizar una nueva sección de dicho instituto, que tendrá por objeto los estudios de lingüística indígena” (*Archivos* 1926: 181).⁹³

La decisión del Consejo pone en crisis el acuerdo entre las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras y Menéndez Pidal al designar un filólogo no español a cargo del Instituto. Por otra parte, colocar a Lehmann-Nitsche al frente del Instituto constituye una posibilidad de recuperar un objeto que había sido sistemáticamente desatendido durante las gestiones de los primeros tres directores españoles, las lenguas indígenas del país.

Así, en la sesión del 5 de abril de 1926, el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires aprueba la propuesta del Directivo (*Archivos* 1926: 37) de designar al antropólogo alemán en el cargo interino de director del Instituto en cuestión. Lehmann-Nitsche, en una nota con motivo de agradecimiento de su designación, informa que el centro de sus tareas de gestión en este

⁹³ La desatención a ese plan original diseñado por Rojas para el Instituto de Filología es también tema de las frecuentes críticas de Arturo Costa Álvarez al Instituto de Filología (véase Toscano y García 2013b).

Instituto será, precisamente, crear una sección de lingüística indígena (AGFFyL, B-6-2, 8). A poco de ser designado, el 26 de mayo de 1926, eleva su proyecto. Allí, planifica una agenda de trabajo que busca dar cuenta de la misión asignada por el Consejo y que recupera, por esa misma razón, el programa original diseñado para el Instituto en 1922. Puntualmente, propone articular con el Instituto de Literatura Argentina por la colección de folklore allí albergada que contenía un valioso registro de voces y textos indígenas, según argumenta el propio Lehmann-Nitsche, y con el Instituto de Investigaciones Geográficas, dirigido por Outes (§II. 3), por el proyecto emanado desde ese instituto de realizar un diccionario toponímico “en que figuran no pocos nombres americanos” (AGFFyL, B-6-2, 7).

Las actividades que proyecta son las siguientes: organización de una bibliografía “de los idiomas indígenas, según idiomas y según autores, dándose preferencia a los idiomas hablados por los autóctonos de la República Argentina”; la revisión del diccionario iniciado por Montoliú acerca del habla popular de la Argentina y del diccionario de topónimos mencionado anteriormente “en busca de voces de origen indio y el estudio etimológico de ellas”; el análisis de los materiales sobre el quichua santiagueño y el guaraní correntino y entrerriano presentes en la colección de folklore presente en el Instituto de Literatura Argentina (asunto por él ya trabajado, además, en “Adivinanzas rioplatenses” [1911]); y el análisis del “araucano, del territorio argentino al Sud de Buenos Aires, recolectado por el que suscribe en muchos años de investigaciones, consistente en más o menos dos mil quinientas páginas, en parte ya traducido” (AGFFyL, B-6-2, 7).

La colección de folklore a la que refiere y que justifica el vínculo con el Instituto de Literatura Argentina consiste en el resultado de la Encuesta Nacional del Folklore, realizada cinco años antes por los maestros de las “Escuelas Lainez”. Impulsada por Juan P. Ramos, funcionario del Consejo Nacional de Educación, esta encuesta instaba a los maestros de todo el país a recolectar un muy variado material folklórico con el objetivo de fomentar el patriotismo nacional y, consecuentemente, evitar la completa desaparición de las tradiciones locales, amenazadas por los procesos inmigratorios ocurridos desde fines del siglo XIX y continuados durante las primeras décadas del XX. Puntualmente, el diseño de la encuesta tomaba como base los postulados de Rojas (Blache y Dupey 2007) acerca de la importancia de la tradición oral en la escritura de la historia, disciplina que consideraba nuclear en el trayecto formación patriótica del ciudadano (Rojas 1909). El resultado obtenido, gestión de Rojas mediante, fue cedido al naciente Instituto de Literatura

Argentina (que él mismo dirigía) para encargarse de su sistematización y análisis, y constituyó la colección principal que dio lugar a la creación de dicho Instituto en el año 1922.⁹⁴

La encuesta es significativa porque en gran medida ofrece una delimitación de una serie de categorías relevantes en el contexto de reformulación epistemológica que venimos describiendo. Así, en las “Instrucciones a maestros”, un documento publicado en *El Monitor de la Educación Común* en el que Ramos presenta las pautas para la recolección del material folklórico, su autor define la categoría de folklore como el estudio relativo a “lo que sabe el pueblo” y propone “ensayar una clasificación de ‘folklore argentino’, para lo cual se ha convenido en adaptar alguna de las clasificaciones ya vulgarizadas” (Ramos 1921: 3). Posteriormente, expone un listado de elementos que los maestros debían buscar. La variedad de temas es tan grande que resulta razonable el valor de los resultados para los especialistas. Específicamente en el plano filológico y lingüístico, en las “Instrucciones” se plantea la necesidad de compilar “leyendas”, “adivinanzas”, “fábulas”, “anécdotas”, “cuentos”, “refranes”, “romances”, “poesías aborígenes”, “poesías de género militar o épico”, “formas de nombrar el entorno natural”: (“animales”, “plantas”, “ríos”, “montañas”, “cuerpos celestes”), “lenguas indígenas” (“apuntes de gramática”, “vocabularios”, “frases sueltas”), “locuciones”, “giros”, “trabalenguas”, “frases hechas”, “chistes”, “motes”, “modismos”, “provincialismos” y “voces infantiles”. Luego del listado de elementos a buscar, se presentan ejemplos a partir de exploraciones anteriores y se mencionan, específicamente, el trabajo de Lehmann-Nitsche sobre adivinanzas rioplatenses de 1911, y otros de exponentes de las ciencias antropológicas como Samuel Lafone Quevedo o Juan Bautista Ambrosetti, quienes también habían incursionado en el ámbito del folklore al realizar etnografías de referencia (Ramos 1921).

La propuesta que Lehmann-Nitsche hace en su proyecto de gestión de articular con el Instituto de Literatura Argentina permite destacar una serie de cuestiones: por un lado, una definición particular de folklore que circulaba en la época, en la que, no sin tensiones, se incluía a los grupos indígenas. Por otro lado, un método de trabajo que no se basaba en una práctica etnográfica, sino en el análisis del material ya registrado por otros, sin cuestionar (por lo menos no en los documentos a los que hemos tenido acceso), el proceso de registro y la fiabilidad de los datos.

⁹⁴ En la actualidad, este material se encuentra albergado en el archivo del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL).

El otro de los institutos con el que Lehmann-Nitsche pretende articular su programa para el Instituto de Filología es el Instituto de Geografía, dirigido por Outes desde su primera versión como Sección de Geografía, que había comenzado a funcionar en 1918 (*RUBA* 1918: 290). Para comprender esta relación resulta relevante tener en cuenta dos cuestiones: por un lado, el vínculo académico que unía a Lehmann-Nitsche con Outes, que a su vez explica el hecho de que este último, en el debate del Consejo Directivo de la Facultad, propusiera a Lehmann-Nitsche precisamente como el candidato adecuado para hacerse cargo del cargo vacante en el Instituto de Filología, como se vio anteriormente. Por el otro, es importante considerar que los aunaba un interés por el desarrollo de las ciencias antropológicas, que implicaba atender a distintas temáticas: las características físicas y culturales (incluidas las lenguas) de los grupos indígenas, las particularidades geográficas y geológicas, como así también la descripción de la flora y la fauna locales, con los objetivos de reconstruir los orígenes del hombre americano, una de las preocupaciones centrales de la antropología del periodo.

En cuanto a la primera cuestión, ambos investigadores compartieron cátedra durante más de dos décadas, como ya mencionamos, no solo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires sino también en la de Ciencias Naturales de Universidad de La Plata. En el mismo homenaje que hiciera la Universidad de Hamburgo a Lehmann-Nitsche al que nos referimos más arriba, otro de los expositores fue, precisamente, Outes. En su discurso plantea, en cuanto al vínculo que los unía, lo siguiente:

Vieja es mi vinculación con el profesor doctor Lehmann-Nitsche. En los primeros días de este mes, se cumplieron 28 años de aquella oportunidad en que fui relator, a su pedido, de uno de los primeros estudios que escribiera en nuestro país. Desde aquel entonces, he seguido, con singular interés y provecho, el desarrollo de sus investigaciones que abarcan, como es sabido, todo el campo del estudio del hombre: la paleontología humana, la antropología física, la etnología, la etnografía, la arqueología, la lingüística y el folklore (*RUBA* 1925: 105).

En la cita se evidencia, además, este proyecto mancomunado de “estudio del hombre”, como designa Outes en este caso al objeto de las ciencias antropológicas. Además de esta referencia pública, contamos con un considerable intercambio epistolar que mantienen a lo largo de toda la

década del veinte que da cuenta de su estrecho vínculo (correspondencia Outes-Lehmann-Nitsche, conservada en el Legado Lehmann-Nitsche en el Instituto Ibero-Americano de Berlín).⁹⁵

Por otra parte, en cuanto a los intereses en común, ambos estudiosos integran una red de especialistas en ciencias antropológicas (que también incluyó en su momento a Lafone Quevedo y Ambrosetti, entre otros) que, sin estar exentos de tensiones y desacuerdos, perseguían la construcción del conocimiento antropológico nacional, lo que implicaba, entre otras, la tarea de organizar esa área de conocimientos. En este caso, este objetivo se traduce en la construcción de bibliografías y fichaje de material, que constituyen las principales tareas emprendidas por las gestiones de ambos frente a los institutos a su cargo, y que es sintomático, a su vez, del estado de desarrollo del conocimiento científico nacional. Asimismo, este proyecto, que trascendía los límites de cada instituto, también participaba de la definición de lo que significaba “ser argentino”. En este marco, el estudio del idioma integraba y complementaba la reconstrucción del pasado del país y aportaba, al mismo tiempo, a forjar definiciones culturales, sociales y raciales del presente que les era contemporáneo que oscilaban entre la inclusión y la exclusión de los grupos indígenas.

En los documentos referidos a su gestión frente a la Sección de Geografía, que será el antecedente del Instituto de investigaciones geográficas (instaurado en 1921), Outes había propuesto, al igual que Lehmann-Nitsche en esta documentación inédita que analizamos, un extensísimo plan de organización bibliográfica y de catalogación, que será una de las primeras y principales actividades de la Sección durante su gestión por falta de recursos para la realización de actividades en terreno, según él mismo menciona en su memoria de 1920 (Outes 1920: 16). A este trabajo le suma otro, también de orden bibliográfico: un estudio “sobre el origen y el desarrollo de la toponimia bonaerense en el curso de los siglos XVI y XVII” (Outes 1920: 9), que posiblemente se trate del mismo trabajo que menciona Lehmann-Nitsche en su proyecto.

Estos trabajos bibliográficos permiten ratificar algunos de los rasgos del proyecto de investigación común que reconocemos: por un lado, la necesidad de organizar el material disponible hasta el momento, un signo a la vez del estado de desarrollo de la ciencia argentina. Por el otro, el tipo de bibliografía: en todos los casos se trata de temáticas de cierto pragmatismo mediante las que buscaban aportar a otros ámbitos, como es el caso de las toponimias para el control territorial, y que, en muchos casos, se superponían, a pesar del intento de deslindar los

⁹⁵ Los documentos citados del IAI (a los que volveremos a referirnos en el próximo capítulo) me fueron facilitados por Marisa Malvestitti y Máximo Farro, quienes los consultaron *in situ*.

conocimientos en el plano institucional. Tanto es así que, de hecho, en las trayectorias académicas de Outes y Lehmann-Nitsche (lo que es extensible a muchos otros especialistas del periodo) se destaca un tipo de trabajo multifacético que comprende investigaciones de diversa índole: antropológicas, arqueológicas, geográficas y lingüísticas, por mencionar solo algunas.

En el informe que presenta como resultado de su gestión queda en evidencia el escaso avance que Lehmann-Nitsche consigue hacer en cuanto al estudio de estas lenguas, mientras que una de las actividades que más tiempo le insumió fue de tipo bibliográfico documental. Así, declara que se encargó de darle una primera organización de la biblioteca del Instituto en función de las siguientes categorías: “lingüística general; lenguas romances; el español en Iberia y América; lenguas indígenas americanas; revistas de filología romance; literatura clásica española” (AGFFyL, B-6-2, 12). Afirmo así que, gracias a esta organización, “[r]ecién ahora, me parece, la biblioteca del Instituto puede ser consultada con ventaja” (AGFFyL, B-6-2, 12), lo que supone, a su vez, un claro avance en cuanto a la creación de un corpus lingüístico sobre temáticas locales. También expresa que, entre las tareas llevadas adelante durante su gestión, él mismo se encargó de discriminar en todas las obras “colectivas” aquellas en las que hay referencias a “la lingüística e historia del Río de La Plata, descubriéndose de esta manera gran cantidad de trabajos completamente desconocidos hasta la fecha, a los especialistas del país”. También como parte de las actividades de organización bibliográfica, consigna haber iniciado, con la colaboración de la secretaria del Instituto, Julia Darnet, la conformación de una bibliografía “sobre el español en América”, “tarea relacionada tanto con la lingüística española como con la indígena” (AGFFyL, B-6-2, 12). Finalmente, otra de las tareas en este sentido que se revelan en los expedientes, fueron las gestiones a cargo de Ángel Battistessa, encargado de publicaciones y auxiliar técnico del Instituto, de concretar la publicación de “Los problemas del diccionario del castellano en América” del ya mencionado filólogo alemán radicado en Chile, Rodolfo Lenz (AGFFyL, B-6-2, 10), con quien Lehmann-Nitsche mantenía un vínculo académico de larga data.⁹⁶

Durante el año en que se desempeñó como director del Instituto, Lehmann-Nitsche realizó, sin embargo, algunos descubrimientos bibliográficos e investigaciones originales que formaban parte de las vastas temáticas que abordó a lo largo de su trayectoria académico investigativa o que

⁹⁶ En Lenz (1933), el filólogo alemán exaltaba el valor de los estudios gauchescos de Lehmann-Nitsche para la descripción del castellano en América. Asimismo, tomaba como referencia las acciones llevadas adelante por el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires para la construcción de un diccionario de habla popular.

lo iniciaron en alguna de ellas. Tal es el caso del hallazgo de la obra de Hans Staden (viajero alemán del siglo XVI que integró la expedición Sanabria al Río de la Plata) mientras analizaba la bibliografía sobre el guaraní. Este material le permitió poner en circulación una gran cantidad de datos desconocidos hasta entonces por los historiadores coloniales en un trabajo que publicó en el Instituto de Investigaciones Históricas. A partir de entonces, la historia colonial del Río de la Plata, y más particularmente la acción de los viajeros alemanes a estas latitudes serán temas predilectos durante los últimos años de su vida (cfr. Ballester 2014). Otro de sus trabajos emanados del Instituto de Filología es el análisis de la etimología de “gaucho”, lo que puede leerse como una continuidad de sus estudios sobre folklore en general y sobre la realidad social del gaucho, en particular, publicados entre 1914 y 1917.⁹⁷ Finalmente, en cuanto a la exploración de la Encuesta de folklore, declara haber analizado el mito del ave “mután o Kacuy” que integrará su serie de *Mitologías sudamericanas*, una de las áreas temáticas en la que más profundizó, llegando a publicar más de veinte trabajos. Todos estos temas, como decíamos, se relacionan con líneas de investigación previas y posteriores de su propia trayectoria, pero ninguna de ellas logró arraigarse en el Instituto. Por su parte, si bien fue designado con la expresa tarea de inaugurar la sección de lenguas indígenas, el avance que realizó en cuanto a este objetivo fue realmente exiguo.

Luego de la gestión de Lehmann-Nitsche, Amado Alonso es designado director del Instituto, en 1927, y se desempeñará como tal hasta 1946. También en 1927 asume un nuevo decano de la Facultad, Coriolano Alberini, quien además de la creación de nuevos institutos y la reorganización de los existentes establece, en lo relativo al de Filología, que se concrete el funcionamiento de la sección de lingüística indígena. Alonso, luego de asumir el cargo, expresa que tiene intenciones de hacerse cargo de esta tarea, y que buscará ayuda, para ello, en el antropólogo francés Paul Rivet (*Archivos* 1928: 368). Este plan, sin embargo, nunca se concreta. Un poco más adelante, en 1931, el filólogo de origen paraguayo Marcos Morínigo (1904-1987) publica *Hispanismos en el guaraní* (1931), el único trabajo concreto y efectivamente puesto en circulación más cercano a nuestra temática que se desarrolló como parte de las investigaciones del Instituto durante el periodo estudiado.⁹⁸ De hecho, es a través de este libro que Alonso busca

⁹⁷ Trabajos que serán objeto de una fuerte impugnación por parte de filólogos no académicos, en particular por Rossi (1927).

⁹⁸ En la “Advertencia” a cargo de Morínigo le agradece, entre otros, a Emilio Ravignani y a Outes, en calidad de directores de los Institutos de investigaciones históricas y el Instituto de investigaciones geográficas respectivamente, “quienes en forma varia, contribuyeron a la mejor realización de este trabajo” (Morínigo 1931: 7).

responder a las demandas que más arriba reseñamos y que se vinculaban con la necesidad de que el Instituto de Filología estudiase las lenguas indígenas. En este sentido, en el prólogo, el director del Instituto plantea:

El consejo de nuestra Facultad de Filosofía y Letras nos recomendó, va para dos años, la creación de una sección indigenista en el Instituto de Filología. Nosotros pensamos que sería sin duda mucho más fructífero que ponernos a estudiar el quíchua, o el guaraní, enseñar lingüística a personas que ya conocieran dichas lenguas. El presente libro atestigua el acierto del procedimiento. Don Marcos A. Morínigo es un estudiante de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, nacido en la Asunción del Paraguay, de donde vino a Buenos Aires hace algunos años para cursar sus estudios universitarios. Habla, pues, el guaraní con tanta soltura como el español. Alumno y colaborador del Instituto de Filología, el señor Morínigo ha tenido la docilidad —permítasenos emplear la palabra en su sentido etimológico— la energía y el talento necesario para producir en tan escaso tiempo la presente obra (Alonso 1931: 9).

Sin embargo, y tal como se lee en la cita, este trabajo no consiste en un tratado exclusivo sobre la lengua guaraní o sobre la influencia del guaraní en el español, sino que la perspectiva que se le imprime es mucho más próxima a la menendezpidaliana que a la de Rojas, al analizar la infiltración del castellano en esta lengua: “El lector podrá comprobar hasta qué punto ha conseguido el autor su propósito de reflejar en el espejo de las infiltraciones idiomáticas los cuántos, los cuáles, los cómo y los cuándo de la infiltración de la cultura española en la guaraní” (Alonso 1931: 9).

A partir de este recorrido guiado por la inquietud acerca del tratamiento de las lenguas indígenas en un centro de investigación de la Facultad de Filosofía y Letras explícitamente creado, según el plan de Rojas, para atender a las particularidades lingüísticas locales, es posible reconocer que aquellas lenguas fueron considerablemente desatendidas por los sucesivos directores españoles. Lehmann-Nitsche constituye una excepción en cuanto a su procedencia disciplinar; sin embargo, y tal como hemos intentado demostrar, a pesar de su extensa trayectoria en lingüística indígena y los aportes que ya había realizado por entonces en el estudio de estas lenguas, no logró organizar y establecer una sección que atendiera a esta temática específica. Antes bien, si realizó algunos avances fueron fundamentalmente de orden bibliográfico y otros que perseguían su proyecto investigativo personal.

IV. 3. Lingüística indígena y la enseñanza de la lingüística

El proyecto educativo de Rojas, como vimos al comienzo de este capítulo, desde sus inicios proponía incluir estudios sobre quichua y guaraní debido a su influencia en el castellano hablado en la Argentina. Su incorporación en los programas de Filosofía y Letras fue pensada como complemento de Arqueología americana, según hace explícito Rojas en un fragmento citado más arriba. Sin embargo, en el ámbito de la enseñanza no se creó una asignatura que se dedicara particularmente a esta temática.

De acuerdo con una ordenanza temprana de la Facultad que establecía que los docentes a cargo de las materias debían organizar complementariamente las secciones de investigación, los sucesivos directores del Instituto de Filología fueron también los responsables del dictado de la asignatura Lingüística romance (Toscano y García 2009). Por las mismas razones planteadas en el apartado anterior, dicha coincidencia permite explicar, en parte, la ausencia de instancias formativas relacionadas con las lenguas indígenas en la Facultad durante el periodo. Sin embargo, el análisis de los programas de la Sección de Letras de la Facultad nos ha permitido encontrar inclusiones del tema que, aunque aisladas y esporádicas, permiten entender desde qué perspectiva los especialistas en filología que se desempeñaban en la Facultad consideraron las lenguas indígenas a lo largo del periodo. Si bien los programas de la asignatura Lingüística romance tienen una orientación globalmente menendezpidaliana, también introducen temáticas correspondientes a otras perspectivas teóricas, como veremos a continuación. En términos generales, puede decirse que mientras que en los programas de Lafone el estudio de las lenguas indígenas se relacionaba estrechamente con la organización étnica y lingüística de estos pueblos en el país (correspondiente con la Sección de Historia a la que había pasado a pertenecer la materia desde 1912), en los programas de las materias relacionadas con las ciencias del lenguaje, entre las que se destaca Lingüística romance, el interés por estas lenguas radica en su influencia en el castellano de la Argentina y viceversa. Sin embargo, este tratamiento, como decíamos, también presenta matices considerables, que analizaremos en lo que sigue.

La cátedra de Lingüística romance⁹⁹ fue creada en 1924 y su primer responsable fue Millares Carlo, quien se desempeñaba entonces como director del Instituto de Filología. Al año siguiente, Montoliú lo sucedió en las dos funciones: la dirección del Instituto y la enseñanza de la

⁹⁹ Toscano y García (2011) analiza pormenorizadamente el diseño curricular de la materia desde su creación hasta 1946, cuando Amado Alonso, el último representante del Centro de Estudios Históricos, finaliza en su cargo. Battista (2012) amplía este análisis.

asignatura en cuestión. En 1926, cuando el cargo de director queda vacante y asume Lehmann-Nitsche interinamente, para el dictado de la materia el Consejo designa al profesor de Latín de la Facultad, Juan Chiabra, ya que aquel no contaba con una formación específica en lingüística. Con la llegada de Alonso a fines de 1927 se estabiliza la situación del Instituto y de Lingüística romance por casi veinte años. El primer programa por él diseñado se registra en 1928; sin embargo, las referencias a las lenguas indígenas recién se dan diez años después, mientras que en los programas anteriores al de 1938 se destacan temáticas relacionadas con la historia del castellano con una marcada orientación hacia la fonética.¹⁰⁰

Dicha incorporación coincide con la tercera etapa de Alonso, siguiendo el análisis de Toscano y García (2011). Según este autor, la carrera de Alonso puede organizarse en tres etapas: una previa a su llegada a Buenos Aires, que sigue el modelo teórico de Menéndez Pidal; un segundo momento, que se inicia en 1927 y que supone un redireccionamiento hacia las escuelas idealista y estilística; y un tercer momento, que se inicia a fines de la década del treinta, durante el cual profundiza su alejamiento del modelo menéndezpidaliano y afianza el modelo de la estilística. En los programas de la asignatura Lingüística romance que diseña Alonso se refleja este recorrido, tal como confirma Battista (2012). Sin embargo, ese giro que le da el filólogo español no implica tampoco la aceptación de la hipótesis según la cual podía darse en América con el castellano un proceso similar al de la romanización del latín, una idea que emerge en el siglo XIX y que, a comienzos del XX, encontraba en Lucien Abeille uno de sus principales referentes.¹⁰¹ A la vez, si, como ha demostrado Toscano y García (2014), la creación de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana y el programa de Lingüística romance de 1938 (que, por primera vez, se centra

¹⁰⁰ El primer programa de Lingüística romance data de 1924 y estuvo a cargo de Millares Carlo. Contenía diecisiete unidades, centradas en el estudio histórico de las lenguas romances. El segundo, del año siguiente, esta vez a cargo de Montoliú, mantiene las mismas temáticas y casi la misma extensión, ya que cuenta con dieciséis unidades. El programa de 1926, a cargo de Chiabra, presenta mayores variaciones: por un lado es considerablemente más breve (cuenta únicamente con siete unidades) que se encuentran notablemente menos detalladas que las anteriores (las primeras tres consisten en la presentación de la disciplina y particularidades fonéticas, mientras que las restantes abordan una clase de palabra por vez); sin embargo, es posible suponer, por la bibliografía citada (entre otros estudios, el de Menéndez Pidal), que siguieron la misma orientación histórica. A partir de 1927, Alonso comienza a dictar la materia y conserva el mismo abordaje de historia de la lengua española, lo que se revela, nuevamente, en la bibliografía consignada, en la que también se destacan los aportes de Menéndez Pidal. Del programa de 1930, se destaca la incorporación del *Curso de lingüística general*.

¹⁰¹ Lucien Abeille (1860-1949) fue autor de un polémico libro, *El idioma nacional de los argentinos*, publicado por primera vez en París, en 1900 y, un año después, en Argentina. Allí el autor sostiene una idea que dialoga con planteos anteriores, como la del colombiano Rufino José Cuervo, acerca de la inevitable dispersión del español y la consecuente creación de nuevos idiomas nacionales en América, influidos por las particularidades lingüísticas locales, entre ellas, las lenguas indígenas. El libro despertó, como decíamos, una importante polémica que encontró en Menéndez Pidal a uno de sus mayores detractores. Para conocer más sobre este asunto véase Ennis (2008).

en los dialectos americanos del español) suponen un fuerte cambio de perspectiva respecto de la establecida por Menéndez Pidal, a partir del cual el español de América deja de ser percibido como un fenómeno derivado del peninsular y es abordado a partir de nuevos diseños metodológicos y teóricos, esto no implica, sin embargo, que esa nueva perspectiva atienda especialmente a las lenguas indígenas habladas en el territorio americano. Esta temática se restringe, en los contenidos de aquella asignatura, a la introducción de teorías como las de Rodolfo Lenz y Pedro Henríquez Ureña, quienes habían expresado hipótesis contrarias a las de Menéndez Pidal, basados en una consideración especial del contacto entre las lenguas indígenas y el español de América.

En este sentido, en el programa de 1938, Alonso incorpora como uno de los temas a tratar durante la cursada el contacto entre el español y las lenguas indígenas, fundamentalmente en lo relativo a su influencia en la variedad del castellano hablado en América en tanto “rasgo caracterizador”. Inversamente, también propone el estudio del influjo del español en las lenguas indígenas (que es, como señalamos más arriba, el tema del texto de Morínigo 1931). Como se ve en el fragmento citado a continuación, estas influencias no solo se revisan en el léxico y la fonética, sino también en los niveles morfológicos y sintácticos. Específicamente, las temáticas a abordar se organizan de la siguiente manera:

III. Problemas de la romanización trasladados a la castellanización de América; 2. El punto de vista etnológico. La teoría del sustrato étnico en la lingüística general y en la romance. Españoles e indios. Cálculos estadísticos sobre la población aborigen de América desde el descubrimiento hasta la actualidad. El bilingüismo y el mestizaje.
a) Influjos étnicos en el castellano de los países de población indígena densa. El aprendizaje del nuevo sistema fonético por los indios; nueva luz sobre el aprendizaje fonético del latín por los prerromanos. Efectos del moderno y del antiguo bilingüismo en el sistema fonético del castellano americano. Influjos indígenas en la morfología y en la sintaxis. ¿Son indelebles las huellas de las antiguas lenguas en el sistema gramatical de la nueva? Acción lingüística de las ciudades en las regiones de población india densa. Indianismos léxicos en el castellano. Contraste con los escasos prerromanismos en los romances; paralelo con los arabismos en el español (Alonso 1938: 84).

La unidad IV se relaciona directamente con uno de los intereses centrales de Alonso acerca del castellano en América y la teoría de la sustratística, asunto que puede rastrearse en trabajos tempranos y que sostiene hasta entonces (véase Toscano y García 2011). De hecho, un año después del programa que estamos analizando, publica “Examen de la teoría indigenista de Lenz” (Alonso

1939); una lectura del programa en diálogo con este trabajo nos permitirá profundizar la perspectiva de Alonso sobre el asunto.

En dicha unidad, el profesor proponía estudiar, en términos generales, “[l]a teoría del indigenismo como rasgo caracterizador del español americano” (Alonso 1938: 82-83), una hipótesis que contaba ya con desarrollos previos (véase Henríquez Ureña 1921; Lope Blanch 1985), como se verá a continuación. En particular, en estrecho diálogo con la propuesta de Lenz, Alonso proponía explícitamente abordar lo siguiente:

El influjo indigenista en las regiones de escaso mestizaje. La tesis de Lenz para el castellano de Chile. Las mujeres en el aprendizaje infantil de la lengua. Análisis de los rasgos fonéticos aducidos como indigenistas: La -s final de sílaba; la ll; la f bilabial; la r y la rr asibiladas; el grupo tr. Geografía de estos elementos. Su proceso fonético.

La influencia negra en el castellano de América. Paralelos norteamericano y brasileño. Lenguas de mezcla y dialectos “criollos”: el hispano-náhuatl del güegüence y el papiamento.

Penetración del castellano en los idiomas indios. La historia de la lengua como reflejo de la historia de la cultura (Alonso 1938: 82-83).

La incorporación de estas temáticas en esta unidad se enriquece considerablemente al leerlas a la luz del artículo mencionado, en el que Alonso realiza una crítica a la teoría de Lenz acerca de la influencia del “araucano” en el castellano de Chile. Según la lectura del filólogo español, esta teoría se fundamenta en dos argumentos centrales: el primero de ellos “biológico”, basado en la composición “racial” del país, fuertemente influenciada por el componente indígena, lo que habría operado como uno de los factores que permitirían explicar las particularidades del castellano en ese país (Alonso 1939). Alonso, a partir de un trabajo de Ángel Rosenblat (1935),¹⁰² “El desarrollo de la población indígena de América”, rebate esta primera hipótesis acerca de las características demográficas de Chile desde los tiempos de la Conquista hasta inicios del siglo XX y sostiene, en cambio, que la población chilena es mayormente española. El segundo de los argumentos que recupera Alonso es cultural. Lenz sostenía que la enseñanza de la lengua estaba dada a través de las mujeres, “madres, nodrizas y criadas, casi siempre indias” (Alonso 1939: 319). Alonso expresa, por su parte, que “[e]n medios lingüísticos asentados y homogéneos, los niños hablan a lo paterno

¹⁰² Ángel Rosenblat (1902-1984), filólogo judío de origen polaco radicado en Argentina, se formó con Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde desarrolló sus primeras investigaciones entre los años 1927 y 1930, año en que obtuvo una beca otorgada por esa universidad para terminar su formación en Berlín. Para más información sobre Rosenblat véase Tejera (1967), Moure (2004) y para conocer sobre sus actividades en el Instituto más particularmente, véase Toscano y García (2009, 2011, 2013).

y las niñas a lo materno” (Alonso 1939: 319); además de aducir que los primeros años de la infancia no son decisivos en la variedad de lengua adquirida. En este sentido, plantea:

Todo hablante conlleva un ideal de su propia lengua, no importa si mucho o poco refinado, un ideal o idea de lo que es “natural” en su lengua y de lo que “debe ser” en su lengua; y ese ideal lo toma pronto el niño y sobre todo el adulto, infaliblemente, cuando tiene dónde elegir, no de quienes hablan el idioma chapuceramente y como extranjeros, sino de quienes lo hablan como su lengua natural; o, dicho en el terreno de los valores, lo toma de aquel modo de hablar comunal (a veces individual, y él contribuye a hacerlo comunal) que siente pasar por bueno en el ambiente en que vive (Alonso 1939: 319-320. Subrayado en el original).

El otro de los argumentos culturales que plantea Lenz es el de la “falta de instrucción en la colonia” (Alonso 1939: 320), lo que Alonso rebate nuevamente, ya que “la instrucción pública en Hispanoamérica no era inferior a la que regía en la Península, y que, en el sentido que Lenz da a esta palabra, tampoco existía en los demás países de Europa una instrucción pública que influyera ‘en las grandes masas populares’” (Alonso 1939: 320-321). Al contrario, Alonso plantea:

Justamente, al revés de lo que pretende Lenz, uno de los rasgos que caracterizan a la castellanización de América frente de la latinización de la Rumania es que la lengua transplantada se enseñó aquí en importante proporción por arte, esto es, por medio de la instrucción escolar, especialmente a cargo de los religiosos (Alonso 1939: 321-322).

En función de estas críticas, Alonso se propone examinar las particularidades del castellano en Chile para dar cuenta de su propia postura. Siguiendo la propuesta de Lenz, su análisis se basa en la comparación de una serie de rasgos fonéticos y uno de los principales argumentos que expone es que esas particularidades en la pronunciación también se encuentran en otras regiones españolas como en Andalucía, razón que le permite descartar la supuesta influencia “araucana”. En este sentido, sostiene:

La extensión peninsular y americana de la aspiración de la *s*, así como la total coincidencia de cada una de las condiciones chilenas de la aspiración con las de otras zonas españolas y americanas está declarando ya que este fenómeno debe ser mirado como propiamente hispánico, no debido a la tardía ingerencia de tendencias extrañas. Es más, como hispánica, esta evolución fonética está perfectamente encuadrada en tendencias latino-románicas (Alonso 1939: 325).

En cuanto a la teoría de la sustratística de la que partiría el trabajo de Lenz, Alonso concluye el artículo de la siguiente manera:

El tema del sustrato en el español de América tiene que ser uno de los más importantes objetos de estudio. De ningún modo me he propuesto hacer para el chileno una averiguación de limpieza de sangre, ni defender al español de América de la sospecha de mestizaje. [...] Los futuros estudios sustratistas, si se quiere llegar con ellos a resultados estables, tendrán que atenerse a las siguientes exigencias: 1º, una investigación histórica encaminada a averiguar si la población indígena, cuya lengua se suponga ha dado vestigios al español, ha influido concretamente en la constitución demográfica y en la estructura social de la población hispanohablante; si, como población india o mestiza, ha continuado al cambiar de lengua hábitos de la lengua anterior sin asimilarse bien los nuevos, o bien si, habiendo una dirección blanca de la vida comunal, el elemento envolvente ha llegado hasta contaminar a los dirigentes con sus propios resabios indigenistas; en suma, si en la evolución cultural de la comunidad, la parte pasiva e inerte (el tradicionalismo precolombiano) ha sido más fuerte que la activa y dirigente, tan fuerte como para desviar en su marcha a la lengua española de su dirección hispánica, por lo menos en algunos puntos del sistema; 2º, una investigación del sistema fonético de la lengua indígena respectiva, tanto en su aspecto sincrónico (sistemas fonológico y fonético de funcionamiento) como en el diacrónico. Pues, sorprendentemente, se suele olvidar, al hacer comparaciones, que también las lenguas indígenas han evolucionado en estos siglos [...]. 3º, es obvio que se requiere un conocimiento seguro de las tendencias dialectales y vulgares propiamente hispánicas, y una información circunstanciada de la geografía lingüística de cada hecho dialectal; como principio (y en realidad así se ha creído proceder siempre en los estudios sustratistas de todas las lenguas), sólo se recurre a explicar un hecho en la historia de una lengua por la intervención de otra heterogénea cuando no se lo puede aclarar dentro del sistema propio. Ese principio tiene que seguir valiendo en nuestro caso (Alonso 1939: 349).

La cita muestra, por un lado, un cuestionamiento a las hipótesis que parten de la teoría del sustrato, la que debe ser, sin embargo y para Alonso, una de las principales preocupaciones de la lingüística americana. Así y todo, al criticar el trabajo de Lenz, Alonso busca poner en evidencia conclusiones supuestamente poco científicas y no contrastadas con datos concretos. A pesar del desacuerdo y la extensa crítica, de cualquier modo y como viéramos en los programas a su cargo, Alonso incorpora la hipótesis de Lenz, lo que resulta innovador en la asignatura de Lingüística romance, que anteriormente había desestimado de plano la temática de las lenguas indígenas.

También en el programa de 1938, en diálogo con la unidad IV, en la IX Alonso propone analizar la difusión de indigenismos léxicos en América y, en la X, el estudio de las “cinco grandes zonas dialectales según la lengua indígena suplantada” (Alonso 1938: 85). Específicamente en

cuanto a este último tema, si bien no especifica la bibliografía de referencia, es lógico suponer que remite a la propuesta de Pedro Henríquez Ureña¹⁰³ planteada por primera vez en 1921 en “Observaciones sobre el español en América” acerca de la organización en cinco grandes zonas dialectales según la influencia de las cinco lenguas indígenas más importantes,¹⁰⁴ hipótesis con la que buscaba rebatir el supuesto andalucismo del español americano y que discute el trabajo de Wagner, cuya traducción había sido publicada por el Instituto durante la gestión de Castro mencionada más arriba.¹⁰⁵

Las incorporaciones de la teoría de Lenz y la de Henríquez Ureña permiten ver que Alonso integra en su programa propuestas basadas en la teoría de la sustratística. Sin embargo, como quedó en evidencia en el artículo relativo a la crítica a Lenz, es posible identificar que Alonso no adhería completamente a las teorías que buscaban explicar las particularidades del castellano americano a partir de las influencias de las lenguas indígenas, lo que coincidía con la postura de su primer maestro, Menéndez Pidal. Así, Alonso propone, consecuentemente, un estudio histórico y exhaustivo que diera cuenta de los procesos migratorios y demás acontecimientos que pudieran haber afectado en la variedad americana del castellano, como así también un estudio serio sobre las lenguas indígenas para poder identificar los elementos de infiltración en el español, estudio que, precisamente y tal como se viene viendo, todavía se encontraba vacante.

Más allá de estas incorporaciones, la temática indígena tuvo una aparición esporádica en los programas de Lingüística romance. Así, recién en 1941 Alonso la retoma, también desde la perspectiva del contacto con el español (Alonso 1941). En 1943 retorna al tema, aunque mucho más exigüamente (Alonso 1943). En los programas subsiguientes todavía a su cargo hay algunas

¹⁰³ Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), oriundo de la República Dominicana, en 1925. Ese año publica en los *Cuadernos* del Instituto, “El supuesto andalucismo de América”, que entra en debate con el artículo de Wagner del año anterior, también publicado en una serie del Instituto. En 1929 se suma al personal de Filología, donde desempeña funciones hasta 1936. Como parte de sus actividades de investigación, en 1932 nuevamente debate el tema del andalucismo en “Sobre el problema del andalucismo dialectal de América”, publicado en otra serie del Instituto. Para más información, véase Toscano y García (2009, 2013).

¹⁰⁴ El náhuatl como sustrato del castellano del sur de los Estados Unidos, México y América Central; el lucayo en la variedad de la región de las Antillas y parte de Venezuela y Colombia; el quechua en la de la región andina de Venezuela, parte de Colombia, Ecuador, Perú y parte de Bolivia y el norte de Chile; el araucano en el resto de Chile, y finalmente, el guaraní en Argentina, Paraguay, Uruguay y una parte de Bolivia.

¹⁰⁵ Si bien la hipótesis fue cuestionada en muchas ocasiones, lo cierto es que sentó las bases para la descripción del castellano americano y será el antecedente de importantes estudios posteriores entre los cuales, para la región del Cono Sur, rescatamos los de José Pedro Rona y Berta Vidal de Battini (véase Lope Blanch 1985). En cuanto a la polémica acerca del andalucismo en América, véase Guitarte (1959).

escasas referencias al tema, pero no vuelve a haber unidades tan completas como en el caso de 1938 y 1941.

Como es sabido, en 1946 Alonso renuncia a su cargo de director del Instituto de Filología y es dejado cesante por la intervención universitaria en su cargo de profesor de Lingüística romance (Toscano y García 2013). El 16 de diciembre de 1947, el Consejo Directivo de la Facultad resuelve cambiar la denominación de algunas asignaturas de la carrera de Letras: Lingüística romance por Historia de la lengua y Lingüística clásica por Lingüística, con el argumento de que “aunque en la cátedra de lingüística romance se encara dicho estudio, su denominación dificulta la especialización necesaria en este aspecto, proyectando, por otra parte, interferencias en el resto de la cátedra de lingüística clásica”, además de aducir que este cambio responde a la conveniencia de estudiar “históricamente” la lengua “castellana” y a la necesidad de “dedicar atención preferente a la enseñanza de nuestro idioma” (*Archivos* 1947: 715). Un año después, François asume como titular de Lingüística y, a partir de este momento, cesan las referencias a las lenguas indígenas.

Esta situación cambia en 1953, cuando el mismo docente a cargo propone el estudio de los “principales grupos de lenguas indígenas” como sustrato del español hablado en la Argentina:

X. La situación lingüística de la Argentina: caracteres generales de la lengua nacional; aportes indoeuropeos; modalidades regionales populares. Los sustratos: principales grupos de lenguas indígenas; problemas de diversificación y clasificación; las lenguas subsistentes. Casos de bilingüismo (François 1953: 94).

Esta incorporación entra en diálogo con una serie de debates que se dan al interior del Consejo Directivo de la Facultad en los que algunos miembros, como el consejero Serrano Redonnet,¹⁰⁶ plantean la conveniencia de fomentar “la investigación científica de las lenguas indígenas y su influencia en el castellano actual” (Fondo Imbelloni, AME). En este mismo sentido, a fines de 1953, la asignatura Lingüística es favorecida con un cargo de dedicación exclusiva y, entre las razones que se esgrimen para su promoción, se aduce, entre otras razones, la importancia que estaba adquiriendo esta disciplina como disciplina científica, como así también su valor social y cultural, lo que avala “la necesidad de formar investigadores científicamente capacitados para el estudio sistemático de las modalidades propias de la expresión lingüística de nuestra nacionalidad

¹⁰⁶ Un año después comienza a desempeñarse como director del naciente Departamento de Letras Modernas, además de asumir como decano de la Facultad.

y de los elementos que se relacionan con ella, especialmente el aporte de las lenguas indígenas que en varios casos están en vías de rápida extinción” (Fondo Imbelloni, AME).

Hacia el final de nuestro recorrido, en 1954, Arturo Berenguer Carisomo, que se encontraba a cargo de Filología hispánica (que reemplazaba a Historia de la lengua), hace una mínima mención en su programa a la temática en cuestión. Así, en la unidad VIII plantea el estudio de “La difusión del español en América: Colonización y suplantación de las lenguas indígenas” (Berenguer Carisomo 1954: 21). Finalmente, la unidad IX propone el estudio del “influjo indígena en general” (Berenguer Carisomo 1954: 21) en el español americano; mientras que no revisa este influjo para el caso del español en Argentina, más centrado en la variedad rioplatense y las influencias dadas por las inmigraciones europeas. En el programa de Lingüística de este mismo año, a cargo de François, hay un tratamiento similar de esta temática, ya que el docente propone el estudio del problema de los “sustratos indígenas” como parte de la “situación lingüística de la Argentina” (François 1954: 50).

~

Luego de analizar dos espacios institucionales dedicados a las ciencias antropológicas (i. e., el Museo Etnográfico y la asignatura de Arqueología americana) y con el objetivo de analizar los mecanismos de inclusión o exclusión de las lenguas indígenas en el universo de las ciencias del lenguaje (Schlieben-Lange 1993), en este capítulo nos encargamos de revisar, en perspectiva descriptivo-interpretativa (Swiggers 2009), los eventuales intentos por incorporar la temática en espacios académicos específicamente destinados a los estudios lingüísticos. Revisamos, en primer lugar, el contexto de creación del Instituto de Filología y más particularmente el proyecto nacionalista de Rojas que motivó su diseño. Este primer análisis nos permitió comprobar que uno de sus objetivos era darle un marco institucional al estudio del español en la Argentina, pero también a la situación de las lenguas indígenas. Sin embargo, al negociar con Menéndez Pidal la gestión del Instituto, esta temática fue desatendida, excepto por el caso de la breve gestión de Lehmann-Nitsche en 1926. De cualquier modo, si bien este antropólogo tuvo por encargo darle curso a la línea de investigación sobre este tema, no logró consolidarla ni realizar avances institucionales contundentes.

El otro espacio analizado en este capítulo fue aquel dedicado a la enseñanza de las ciencias del lenguaje, es decir, la asignatura Lingüística romance. Las incorporaciones de la temática que estamos analizando también fueron esporádicas y fue Alonso quien, a mediados de la década del treinta, lo hizo con mayor regularidad. Sin embargo, la perspectiva que le imprimió fue desde la situación de contacto con el español, mientras que su interés no radicó en el tratamiento de distintos aspectos particulares sobre las lenguas indígenas en sí mismas, tal como vimos para el caso de los programas de Lafone Quevedo frente a Arqueología americana.

Finalmente, en función del análisis del proceso de institucionalización de los estudios sobre lenguas indígenas en particular y de las ciencias antropológicas en general, es importante destacar que no hubo, durante el periodo, una considerable cantidad de eventos académicos específicos, más allá del Congreso de Americanistas y el Primer Congreso Científico Internacional Americano, ambos celebrados en 1910, y la Semana de la Patagonia, celebrada en 1949. Asimismo, la circulación de trabajos encontró pocos espacios de publicación particulares. Así, durante una parte considerable del periodo, los resultados de las exploraciones arqueológicas, por ejemplo, fueron publicados en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, donde al mismo tiempo se ponían a circular documentos institucionales. Fue Outes uno de los especialistas más dedicados a resolver esta situación al crear distintas publicaciones periódicas durante su gestión frente al Museo; sin embargo, será la revista *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, creada por Imbelloni, la que tendrá mayor alcance temporal, ya que se mantiene vigente hasta el día de hoy.

Segunda parte

De la *arqueología* a la *etnografía* de las lenguas indígenas.

Los aportes de Félix Outes y José Imbelloni

Durante gran parte del periodo abordado (1904-1955), los estudios sobre lenguas indígenas emprendidos desde los ámbitos académicos en el Río de la Plata se caracterizaron por un tipo de tratamiento de las lenguas deudor del americanismo decimonónico, un campo de interés, “movimiento” o “nueva ciencia”, interesado en responder “antiguas preguntas sobre el origen y la antigüedad de América y sus habitantes” (Pegoraro 2009: 17). Metodológicamente, a pesar de la cercanía con el objeto de estudio, los americanistas locales se encargaron mayormente del análisis de fuentes documentales, lo que reproducía los lineamientos del americanismo europeo.¹⁰⁷ Esto se explica porque, además de unirlos el interés por la “prehistoria” del Nuevo Mundo, compartían el “deseo coleccionista de papeles viejos”, tal como plantea Horacio Crespo (2008: 309) parafraseando a Georges Duby. Esta orientación devino en la prevalencia, durante la primera mitad del siglo XX, de un trabajo de gabinete en detrimento del de campo, como anticipamos (§I. 1), que dio lugar a una práctica que hemos dado en llamar *arqueología documental de las lenguas indígenas*.

Estos análisis, en términos generales, partían de la examinación de distintos archivos en busca de registros de lenguas, continuaban con una posterior exégesis de las fuentes a partir de documentos complementarios a fin de reponer las circunstancias en que habían tenido lugar dichos registros, sus motivaciones y las instrumentalidades aplicadas; y finalizaban con la puesta en circulación de la fuente procesada acompañada de un estudio crítico. Uno de los principales aportes de estos trabajos radicó en la conformación de distintos corpus de documentaciones de lenguas hasta entonces escasamente conocidas.

¹⁰⁷ Nadia Prévost Urkidi (2009), quien se encarga de historizar la emergencia del americanismo en Francia, donde tuvieron lugar los primeros trabajos sobre el tema, entronca esta tradición con los estudios orientalistas de inicios del siglo XIX. Según analiza la autora, estos tuvieron como disciplinas de base la arqueología y la filología, y se caracterizaron por el abordaje de documentación sobre la historia de Oriente albergada en distintos archivos europeos. Este fue el modelo rector para el estudio de las culturas ajenas y lejanas que después se encontrará reproducido, con algunas variaciones, en el americanismo europeo y americano.

Los registros fuente, que se inician en el periodo de la Conquista y que se extienden hasta mediados del siglo XIX, fueron llevados a cabo por distintas agencias, entre las que se destacan las órdenes misionales, viajeros principalmente europeos y naturalistas locales. Entre los datos recolectados preponderan los del nivel léxico, que fue la base a partir de la cual se analizaron estas lenguas hasta la primera mitad del siglo XX (Malvestitti 2015b); con todo, la desatención por el nivel gramatical será objeto de largas discusiones en este último periodo, como se verá en los capítulos que siguen.

En la mayoría de los casos, estos registros llamaron la atención de coleccionistas y bibliófilos, hecho que generó un fluido intercambio de papeles y manuscritos, que muchas veces pasaron integrar sus bibliotecas privadas (el caso paradigmático a nivel nacional es la biblioteca de Bartolomé Mitre [véase De Mauro 2018]). Entre fines del siglo XIX e inicios del XX, las universidades (y sobre todo la de Buenos Aires) también pasaron a funcionar como un punto de encuentro de materiales, investigadores e investigaciones. En este sentido, gran parte de los registros que se llevaron adelante por las distintas agencias, a inicios del siglo XX terminaron en manos de académicos e intelectuales que gravitaban alrededor de las actividades y producciones universitarias.

El objetivo de los análisis de estos estudiosos era reconstruir una cartografía de culturas y lenguas indígenas americanas. Así es que este tipo de investigaciones tomaron como base el método de la lingüística histórica y comparada tendiente a la reconstrucción de la historia de las lenguas del mundo, a partir de los registros escritos que compilaban. Uno de los más importantes referentes de esta práctica de investigación fue Lafone Quevedo, como analizamos en §III. 2; luego Outes, como se verá en el capítulo quinto; y, aunque en sentido algo diferente, también Imbelloni, lo que podrá verse en el capítulo sexto.

El retorno a un énfasis en el trabajo de campo con informantes tiene lugar recién a inicios de la década del cuarenta, como efecto del desarrollo de los estudios folklóricos, como se verá en el capítulo séptimo de esta tesis. Los estudios antropológicos que se gestan en este contexto contaron con la activa participación de Imbelloni y revirtieron, aunque relativamente, la ubicación temporal discursiva en la prehistoria del país que se les había asignado a los grupos indígenas, razón que explica la ausencia de etnografías y la gran cantidad de trabajos elaborados a partir de fuentes coloniales. Así, según intentaremos demostrar, junto con la institucionalización del folklore iniciada a mediados de la década del treinta (Chein 2006) se retomaron discusiones sobre

el lugar que se les asignaría a los pueblos indígenas en la construcción del patrimonio nacional, problemática que pasó a formar parte de la agenda pública. Estas discusiones se profundizaron con la emergencia del peronismo, como veremos más adelante, y son las condiciones que preparan las bases para el trabajo de campo etnográfico impulsado y llevado a cabo por Imbelloni. Esta campaña tuvo como resultado, entre otros registros de distinto tipo, un vocabulario tehuelche, que será objeto de análisis de la parte nuclear del último capítulo de esta tesis (véase §VII. 3) y que se corresponde con lo que hemos denominado *etnografía de las lenguas indígenas*.

De acuerdo con esto y con el objetivo de atender a la historia interna de la disciplina, es decir, a los textos argumentativos propiamente dichos, en términos de Schlieben-Lange (1993), mediante los cuales se debaten y definen objetos, metodologías y posicionamientos teóricos (véase §I. 3), la organización de esta segunda parte se vincula con estas dos prácticas a partir de las trayectorias académicas y las producciones específicas sobre lenguas indígenas de Félix Faustino Outes y de José Imbelloni, que serán articuladas con el resto de sus trabajos. Nos detenemos en estas dos figuras de la antropología porque, como hemos establecido más arriba (§I. 1), sus aportes permiten caracterizar privilegiadamente estas dos prácticas de la lingüística indígena de la primera mitad del siglo XX que hasta ahora no han sido sistematizadas (véase §I. 2). A diferencia de lo referido en la primera parte de esta tesis, basado en un corpus mayormente institucional e inédito, en esta segunda parte se abordan trabajos publicados, corpus que se complementa con una cantidad más acotada, pero sumamente valiosa a los propósitos de esta investigación, de material inédito de Outes e Imbelloni conservado en distintos fondos, entre los que destacamos los Fondos de Gestión del Archivo del Museo Etnográfico.

V

Arqueología documental.

El aporte de Félix F. Outes al estudio de las lenguas indígenas

Outes fue un continuador indiscutido de la *arqueología documental de las lenguas indígenas* que tuvo a Lafone Quevedo como uno de sus principales referentes. Si bien, como explicamos en (§II. 3), Outes no dedicó especial atención al ámbito de la lingüística indígena durante sus gestiones al frente del Museo Etnográfico y del Instituto de Investigaciones Geográficas, como parte de sus investigaciones personales realizó una serie de aportes significativos al tema que examinaremos a continuación.

En primer lugar, analizaremos una serie de publicaciones de aparición temprana en su trayectoria a partir de las cuales se inserta en discusiones del ámbito de la arqueología, fundamentalmente. En particular, examinaremos tres trabajos en los que discute y contribuye a los estudios sobre el pueblo querandí de la región rioplatense. A continuación, revisaremos un trabajo que ubicó a Outes en un lugar central dentro del ámbito de los estudios arqueológicos: *La edad de piedra en Patagonia. Estudios de arqueología comparada* (1905). Si bien en estos casos el asunto de la lengua no es nuclear, las temáticas allí tratadas nos permiten comprender cuáles son los primeros intereses de este antropólogo que motivaron la emergencia de sus estudios sobre estas lenguas. Asimismo, en estas publicaciones, Outes se inicia en una serie de debates que nos conducen a reconocer nuevas instancias en las que la cuestión de las lenguas indígenas fue objeto de disputa de la comunidad argumentativa integrada por los especialistas en ciencias antropológicas.

La segunda parte de este capítulo analiza otra serie de publicaciones que son resultado de hallazgos documentales, a mediados de la década del diez, en el British Museum de Londres, mediante los cuales Outes rectificó clasificaciones de lenguas rioplatenses y patagónicas. Expuso estas problematizaciones en tres trabajos que constituyen un temprano aporte al estudio de las lenguas indígenas realizado por un actor del ámbito académico, razón que permite ubicar a Outes, como hemos anticipado, entre los pioneros en la materia.

En la tercera sección exponemos su producción durante la década del veinte, cuando se concentra la mayor cantidad de estudios sobre estas lenguas ya sea de su autoría o en los que tuvo un papel de relevancia; entre ellos, las publicaciones de un vocabulario yagan (lengua fueguina) y uno “pehuenche” (una variedad del mapudungun) que le fueron cedidas por Georges Claraz.

Como observamos más arriba, este capítulo analiza, en su mayoría, materiales publicados, ya que el único archivo de Outes que pudimos hallar fue el fondo de su gestión albergado en el Museo Etnográfico. Este material se complementa con una serie de cartas destinadas a Lehmann-Nitsche que se encuentran actualmente albergadas en el Instituto Iberoamericano de Berlín.

V. 1. Las primeras investigaciones de Outes

Félix Faustino Outes nació en Buenos Aires el 29 de julio de 1878. Inició sus estudios escolares en la Academia Británica de esa ciudad y los finalizó en el Colegio Nacional de Buenos Aires. En 1893 pasó a formar parte de la Sociedad Científica Argentina, membresía que lo insertó en el mundo académico. En 1894, a los dieciséis años, publica su primer trabajo, sobre arqueología, en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*. Dos años después inicia sus estudios superiores en la Facultad de Ciencias Médicas y, posteriormente, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, carrera que sostiene hasta 1899.

Dentro de su trayectoria investigativa, la primera etapa de su actividad se encuentra centralmente abocada a estudios de arqueología y antropología de la región rioplatense y patagónica. Se trata de una instancia de exploración de diversos temas que lo conducen a incursionar en prácticas de diversas, con acercamientos tanto al trabajo de campo como al de gabinete.

Su primera gran intervención en los debates antropológicos estuvo referida a los querandíes, un pueblo que habitó la zona del Río de La Plata dado por extinto a fines del siglo XVII. De hecho, la primera publicación sobre el tema (Outes 1897) fue una plataforma de despegue de su carrera académica. Así, un año después fue convocado a participar en la organización del Primer Congreso Científico Latinoamericano en calidad de miembro de la Comisión de recepción de los delegados extranjeros y de secretario *ad hoc* de la Sección de Antropología y Sociología del Congreso, además de desempeñarse, posteriormente, como encargado de la publicación de los resultados del evento referidos a las ciencias antropológicas. Asimismo, en 1899 es designado secretario de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*,

cargo que conserva hasta 1901. A partir de entonces incrementa considerablemente la cantidad de trabajos de su autoría, muchos de ellos consistentes en “notas críticas” a estudios de los más destacados especialistas en ciencias antropológicas del ámbito local, tales como Estanislao Zeballos,¹⁰⁸ Francisco Pascasio Moreno, Lafone Quevedo y Lehmann-Nitsche (con quien mantuvo un estrecho vínculo, como se verá), como así también a otros realizados por representantes internacionales, por ejemplo, el ya mencionado Daniel Brinton. En 1901 pasa a ser director de los *Anales*, rol que desempeña hasta 1903; mientras que en 1902 obtiene el cargo de oficial mayor de la Biblioteca Nacional. De esta primera parte de su trayectoria se destaca su desempeño como encargado de publicaciones y demás actividades bibliotecológicas.

La publicación con que se inicia en el mundo académico a los dieciocho años fue *Los querandíes. Breve contribución al estudio de la etnografía argentina*, que publica en una edición privada con una tirada de 300 ejemplares y dedica a Lafone Quevedo (al igual que Ambrosetti en su trabajo sobre los chunupíes, véase §II. 1. 1). En esta obra Outes revisa el problema de la procedencia de este grupo de la región rioplatense, escasamente conocido, a partir del análisis de nuevas fuentes documentales. Así, se involucra en uno de los debates de mayor relevancia en el campo antropológico contemporáneo, el de la antigüedad del hombre en el Plata, que había iniciado Florentino Ameghino¹⁰⁹ (véase Podgorny 2001).

En particular, Outes busca defender la propuesta de Lafone Quevedo acerca del origen guaycurú de los querandíes, en detrimento de las otras dos hipótesis que circulaban al momento: la primera, que afirmaba la filiación original de los querandíes con los pampas araucanos (propuesta por el misionero jesuita Pedro Lozano y luego continuada por el historiador Pedro de Angelis, por Francisco P. Moreno y por el director del Museo Argentino de Ciencias Naturales,

¹⁰⁸ Estanislao Zeballos (1854-1923) fue un importante miembro de la élite ilustrada de la Argentina decimonónica. Realizó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional Buenos Aires, al igual que Outes, y luego estudió en la Facultad de Derecho y en la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. Integró la comisión fundadora de la Sociedad Científica Argentina y fundó el Instituto Geográfico Argentino. Asimismo, se desempeñó como presidente de la Sociedad Rural Argentina y obtuvo cargos políticos de relevancia: fue Ministro de Relaciones Exteriores, diputado nacional y decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (véase Lacoste 2003).

¹⁰⁹ Florentino Ameghino (1854-1911) fue un naturalista argentino impulsor de la teoría del autoctonismo del hombre americano (véase Podgorny 2001), a partir de la cual los estudios antropológicos nacionales despertaron la atención de los principales centros académicos del mundo. Se desempeñó como vicedirector del Museo de La Plata, por entonces dirigido por Moreno, y fue, a su vez, director del Museo Argentino de Ciencias Naturales (denominado por entonces Museo Nacional de Buenos Aires). Sobre el rol de Ameghino en la historia de la antropología, véase Farro y Podgorny (1998).

Carlos Burmeister); y la segunda, que sostenía el origen guaraní de este grupo (planteada por primera vez por Manuel Trelles y continuada, entre otros, por el propio Ameghino y por Zeballos).

El punto de partida de Outes son los aportes de Lafone Quevedo en “Los indios chanases y su lengua” (1897); allí, este último, a partir del análisis y deducción de distintos relatos coloniales que describían al grupo querandí, había planteado lo siguiente:

Queda pues establecido que los Indios Querandíes eran uno de los tantos troncos de la Raza Pampeana de d’Orbigny, de la familia Chaco-Guaycurú; y si bien no podemos emparentarlos con ésta ni con aquella nación, no siendo por vía de hipótesis, esto me será lícito asegurar, que no pueden ser de origen, ni Araucano, ni Guaraní (Lafone Quevedo 1897: 121).

Algunos de los argumentos centrales esgrimidos por Lafone Quevedo eran, precisamente, lingüísticos, complementados con otros de orden histórico. Así, por un lado, el autor hacía referencia en su trabajo a la descripción de la lengua realizada por el padre Bárcena, aplicando el siguiente razonamiento deductivo: “Está claro que si el Padre Bárcena preparó el Arte y Lexicon de la lengua ‘Querándica’ fue porque era idioma aparte, y desde luego extraño al Guaraní” (Lafone Quevedo 1897: 120). Por el otro, también dentro del orden de los argumentos lingüísticos, el autor realiza un análisis etimológico del etnónimo “querandí”, mediante el cual refrenda su hipótesis al despejar la duda en cuanto al problema del nombre otorgado al pueblo, un “apodo” (Lafone Quevedo 1897: 120) de evidente origen guaraní. El autor sostiene que la procedencia del etnónimo no necesariamente constituye una prueba que verifique el vínculo entre estos dos grupos: “un apodo dado á una nación de Indios, sea de la lengua que fuere, no es ningún argumento en favor de la clasificación tal ó cual, faltando la corroboración por algún otro lado” (Lafone Quevedo 1897: 116).

Con su trabajo, Outes busca organizar el “caos” (Outes 1897: 9) reinante acerca del tema, que no solo explica por la escasez de fuentes sino también por las lecturas de sus contemporáneos; procedimiento que lo habilita a presentarse a sí mismo como el encargado de restituir el orden frente al asunto. Explícitamente en diálogo con Lafone, Outes reconstruye el debate de la siguiente manera:

Cuando comenzábamos el presente estudio, creíamos de buena fé que la teoría del Sr. Trelles era la que descorría el denso velo que cubría los orígenes de los pueblos Querandíes, y fué el distinguido filólogo y americanista Samuel Lafone Quevedo, quien nos insinuó la idea de un

probable origen Guaycurú para aquellos indios. Aceptada en principio no sin ciertos recelos, hemos tratado de buscar en el curso de nuestras investigaciones las bases necesarias para fundarla, y nos hemos convencido que la nación Querandí es una de las tantas del frondoso árbol Guaycurú (Outes 1897: 11).

Con el objetivo de reafirmar su hipótesis, Outes da cuenta de las características de este pueblo sobre la base de datos extraídos de los relatos coloniales y la descripción de objetos arqueológicos. Evalúa la escasa información que se posee acerca de este grupo y compara esta carencia con los registros mucho más abultados que habían dejado las misiones en el Norte argentino. Esta exigua documentación pone en evidencia, por otra parte, que en ese momento existía y estaba disponible un archivo de la franja norte del país mucho más conocido y frecuentado que el del centro y el Sur, tal como hemos relevado anteriormente en el segundo capítulo:

¡Ojalá hubiera pasado con las tribus que hoy describimos lo que con sus vecinas del Norte de la República! Fueron también destruidas, pero hubo por suerte misioneros que estudiaran sus hábitos y sus lenguas, legando á la posteridad documentos dignos de toda fé y sobre los cuales pueden hacerse deducciones precisas. Por eso nos preguntamos ¿Los Querandíes qué nos han dejado? Ni aún su nombre nos indica nada sobre su idioma; es falso, es postizo y los toscos instrumentos de pedernal y alfarerías, nos dan poquísima idea sobre sus hábitos y costumbres (Outes 1897: VIII-IX).

En la cita, además, se evidencian las imprecisiones de los etnónimos, ya que “querandí” pareciera ser un nombre “falso” y “postizo”, tal como había revelado Lafone Quevedo. La cita, además, da cuenta de lo valioso que sería, para este autor, contar con algún dato sobre el “idioma” para profundizar el análisis en cuestión.

La obra contiene tres partes: una en la que se describe la geografía de la región; una segunda, “sociológica”; y una tercera, “arqueológica”. La parte titulada “Sociología” consta de seis capítulos. El primero refiere a la “Raza, Caracteres físicos e Idioma”, ya que era a partir del estudio de estos dos últimos aspectos que se deducía la procedencia racial de los grupos, lo que coincidía con el método aplicado por Lafone Quevedo (véase §III. 2).

En el desarrollo de su teoría acerca de la procedencia del “árbol Guaycurú” y más particularmente del parecido con los “Guaycurúes Abipones de Santa Fé”¹¹⁰ en el aspecto fenotípico como así también cultural, recurre al argumento lingüístico. En este sentido, postula:

La Filología, la inseparable compañera y colaboradora de la Arqueología, no nos puede prestar su ayuda en este punto, pero sin embargo se sabe que la lengua de los Querandíes fué bien distinta de la Guaraní y que ni dialecto de esta era, puesto que si eso hubiese pasado, los misioneros no habrían estudiado aquella, dada la costumbre que tenían de catequizar á las tribus que poseían dialectos Guaraníes, valiéndose de este último idioma (Outes 1897: 23-24).

En la cita se destaca, además del estrecho vínculo con el que se pensaban los estudios arqueológicos y lingüísticos, la referencia a un campo disciplinar, en este caso “filología”, como complemento del trabajo arqueológico para la organización de los grupos étnicos argentinos. Por otra parte, si bien en el periodo los límites entre la lingüística y la filología aún no estaban definitivamente establecidos,¹¹¹ resulta importante destacar aquí que, en términos generales, los estudios sobre lenguas indígenas solían agruparse con el nombre de “lingüística”, mientras que los de “filología” se reservaban para lenguas con tradición escrita. Desde este punto de vista, lo que revela esta cita es, precisamente, que esta denominación era una tendencia aún no definitivamente consolidada en el ámbito de las ciencias antropológicas y del lenguaje, y también que las denominaciones y definiciones de los campos disciplinares fueron durante el período objeto de discusión y reformulación.

Posteriormente, Outes introduce un análisis etimológico del nombre “querandí”, mediante el cual abona a la problematización de los etnónimos. En cuanto a este caso en particular, sostiene que se trataría de un nombre de origen guaraní, con el que se designó a “varias tribus de comun origen” (Outes 1897: 49). En lo referido a la etimología del término que ofrece, esta reproduce,

¹¹⁰ Cabe destacar que Lafone Quevedo en “Los indios chanases y su lengua” (1897) presentaba un planteo luego sostenido casi textualmente por Outes: “Los Querandíes, que andaban como Juríes ó Gitanos, eran nómades, y desde luego Indios como los del Chaco, tipo Guaycurú, probablemente afines a los Abipones sus convecinos cerca de Santa-Fe” (Lafone Quevedo 1897: 120-121).

¹¹¹ La dubitación en cuanto a la designación disciplinar se evidencia en algunos de los trabajos de Lafone Quevedo analizados en §III. 2. Por otra parte, este autor, al igual que Outes, consideraba que la lingüística era un complemento fundamental para los estudios acerca de la composición étnica del país.

sin hacerlo explícito, el análisis de Lafone Quevedo en “Los indios chanases y su lengua”.¹¹² Es así que Outes plantea:

Creemos nosotros que no es necesario rebuscar ni esforzar la palabra para hallar su etimología, Quira es grasa y su terminación partícula copulativa igual á con (ndi) ó el que tiene o que posee una cosa. Ahora bien, resulta de esto que este nombre significa los indios que tenían grasa ó que se frotaban con ella. Pues bien Schmidel dice claramente que cuando entraron en la aldea Querandí, hallaron gran cantidad de harina y grasa de pescado (*fischmeel und fischschmalz*) cosa que bien puede relacionarse con lo que hemos dicho anteriormente, teniendo en cuenta como es natural, que los Guaraníes daban los nombres tratando de definir alguna particularidad ó modo de ser de la persona, objeto ó lugar á que era dado (Outes 1897: 27-28).

El trabajo finaliza con nueve apéndices en los que expone las fuentes utilizadas para realizar el análisis, que apoyan su argumentación acerca de la procedencia del grupo en cuestión. Así, por ejemplo, compara distintos relatos del periodo colonial, elaborados por misioneros y viajeros, relacionados con los pueblos querandíes, charrúas y guaycurúes, lo que le permite destacar las similitudes en la descripción de los tres grupos y ratificar la hipótesis acerca de su filiación. Por otro lado, reafirma, una vez más, que la confusión reinante en cuanto al vínculo entre querandíes y guaraníes responde a la inestabilidad de los etnónimos:

La nomenclatura indígena ha sido causa de este caos, pero si los escritores modernos, se hubiesen fijado mas se habrían evitado el error en que han caido y que ha sido y es tan perjudicial para la etnografía de esta parte de América.

Los Guaraníes, esos bautizadores de naciones enemigas y cosas ajenas, también apellidaron á los Charrúas con una palabra que demostraban el temor que les tenían, y el daño que estos les causaban. *Harú*, quiere decir dañoso y *che*, para mí, Cheraruá, lo que me daña.

Esto es suficiente á nuestro juicio para demostrar que no había el menor parentesco entre Guaraníes y Charrúas. Schmidel se encarga de mostrarnos la similitud entre Querandíes y Charrúas (Outes 1897: 143-144).

Un año después de este trabajo, en 1898, también de manera privada, publica *Etnografía argentina. Segunda contribución al estudio de los indios Querandíes*, que a su vez integra, en una versión reducida, el tomo XIX del *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, donde Lafone

¹¹² “Si el nombre Querandí ó Carandíes es de origen Guaraní, séame lícito etimologarlo así; –*Quirã–endi* que está gordo ó que es rico en grasa ó aceite –de *Quirã* –sebo manteca etc. y *ndi* ó *andi*, subfijo copulativo” (Lafone Quevedo 1897: 120).

Quevedo había publicado “Los indios chanases y su lengua”. La nueva contribución de Outes sale a la luz en respuesta a una nota que había publicado precisamente este último en el diario *La Nación* el 21 de marzo de 1898:

Luego de aparecer nuestro estudio recibimos varias cartas en las que se nos impugnaba nuestra conclusión y el señor Samuel A. Lafone y Quevedo al publicar en el diario *La Nación* un artículo crítico sobre nuestra obra, ponía en cierta manera en duda nuestro modo de clasificar á los Querandíes (Outes 1898: 3).

La nota de Lafone Quevedo, en verdad, era más celebratoria que crítica; y, de hecho, alentaba al joven estudiante a continuar con estos análisis:

El autor es joven y se ha estrenado con una interesante tesis, cuyo éxito nos hace esperar muchos triunfos de igual especie en el porvenir, y no pierdo la esperanza que, como el *Belgrano* de Mitre, que empezó siendo capítulo de una obra, y acabó por ser otra en tres tomos, así también este librito de los *Querandíes*, á la luz de nueva documentación llegue a ser, en una nueva edición, la obra clásica sobre la materia, como es hoy un contingente simpático sobre la misma.

Valor y... adelante (Lafone Quevedo 1898b: 3).

El único aspecto que critica puntualmente es el supuesto sedentarismo de los querandíes postulado por Outes en su trabajo, idea contraria a la que él había planteado desde un inicio en “Los indios chanases y su lengua”.

A modo de respuesta, Outes, sobre la base del relato del cronista alemán del siglo XVI Ulrich Schmidl (quien “pudo observar de ‘visu’ á aquellos indios, el único que penetró en una de sus aldehuelas ó tolderías” [Outes 1898: 13]) y del análisis de la cultura material de este grupo, declara nuevamente el supuesto “semi sedentarismo”:

Lo que nos hace creer de una manera evidente que los Querandíes eran tribus semi sedentarias es su cualidad de pueblo pescador y lo que justifica mucho más nuestra creencia es la clase de utensilios que usaban aquellos indios; el crecido número de alfarerías que se hallan en los ‘paraderos’ y especialmente los pesados morteros que usaban para sus quehaceres domésticos. Que los objetos á que hacemos referencia les hayan pertenecido, no hay duda alguna. Que usaban puntas de flecha, lo dice Schmidel, lo mismo que poseían morteros tan necesarios para la reducción á la consistencia de harina que daban al pescado de los arroyos y lagunas (Outes 1898: 13).

Asimismo, luego de la nota de Lafone, quien cita en más de una ocasión a Alcide D'Orbigny (1802-1857), Outes basa su nueva contribución en la documentación de este autor, al que suma las narraciones de Thomas Falkner (1702-1784). Posiblemente debido a estas incorporaciones y a la metodología fundamentalmente filológica de su antecesor, es decir, Lafone Quevedo, Outes, además, incorpora como un dato decisivo para la ratificación de su hipótesis el “lingüístico”. Así, sobre la base del criterio planteado por Lafone en cuanto al término para designar “agua” como prueba del parentesco lingüístico, plantea lo siguiente:

Haciendo intervenir á la Lingüística¹¹³ podemos demostrar por analogía lo que venimos sosteniendo. Los Charrúas por sus caracteres antropológicos, usos y costumbres se parecen de una manera sorprendente á los indios Querandíes. Aquellos, según la expresión de Hervás, hablaban un idioma distinto de los demás y sabiendo que llamaban *aguip* á el agua y *samioc* al perro, palabras que se asemejaban á las que figuran en las lenguas del Sud por designar idéntica cosa y animal, nada más lógico sería suponer que los Querandíes tan semejantes á los Charrúas por sus caracteres antropológicos y etnográficos, tuviesen el origen que nos hace presumir la similitud de lenguas de los Charrúas con naciones Pampeanas.

Los Puelches (no Araucanos) que figuran en las descripciones del P. Falckner y D'Orbigny son los mismos, pues la palabra que indica agua es idéntica: *Yagup*.

Creemos inoficioso el repetir en el presente estudio los argumentos que nos hacen desechar de plano todas las suposiciones de que los Querandíes pertenezcan á la raza brasilio-guaraníca ó de que sean Araucanos. Después de lo que ha publicado el Sr. Lafone y Quevedo y nosotros, sólo pueden continuar creyendo en estas teorías anticuadas aquellas personas que tienen ideas preconcebidas al respecto, y que víctimas de ellas, desechan toda argumentación que se les presenta por seria que sea y bien fundada que esté (Outes 1898: 6).

A partir del planteo de D'Orbigny (retomado por Lafone en su nota de *La Nación*), quien había establecido que los charrúas pertenecían a la “raza pampeana” y más específicamente, dentro de esta, al “grupo pampeano”, Outes presenta una nueva clasificación que, si bien no se contradice con la anterior, vuelve a generar cierta confusión.¹¹⁴ Así, en esta nueva contribución, el autor

¹¹³ Nótese que en este caso habla de “lingüística” en lugar de “filología”, tal como había denominado a la disciplina en un fragmento citado más arriba. En un trabajo posterior, volverá a utilizar la segunda designación. Aparentemente, se trata de variación libre, lo que revela, nuevamente, el estado en formación del campo.

¹¹⁴ En su nota del diario *La Nación*, Lafone Quevedo anticipa esta posible confusión y aclara la cuestión etnonímica de la siguiente manera: “Cuando el Sr. Outes y yo hablamos de un origen guaycurú a que debe atribuirse la cuna de los querandíes, es bueno tener presente que se dice guaycurú en el sentido más lato de la palabra, no en aquel más limitado del nombre, que lo restringe á los indios que Azara llamaba guaycurúes.

Este uso del nombre se hacía forzoso porque al haber empleado el otro, que es más científico, y desde luego más propio, es decir el de *pampeano*, era exponerse á confusión con el apodo *pampa*, que entre nosotros, aquí, vale ya a decir *araucano*, precisamente lo último que se pretendía.

En la raza pampeana de D'Orbigny se *incluyen* las familias guaycurúes y patagónicas, etc., y se *excluyen* las araucanas” (Lafone Quevedo 1898: 2).

sostiene que los querandíes, dado su parentesco con los charrúas (tal como se ve en la cita precedente), debían pertenecer al grupo pampeano de D’Orbigny, planteo que justifica en que los “Estudios posteriores especialmente los de Filología del señor Samuel A. Lafone y Quevedo dan casi la seguridad de poderlas clasificar en esa vasta agrupación” (Outes 1898: 5).

El artículo continúa con la respuesta a otra crítica, proveniente esta vez del americanista uruguayo Benigno T. Martínez (1846-1925), a quien Outes le había enviado su primera monografía acerca de los querandíes. A modo de respuesta —según relata Outes en esta nueva contribución— aquel autor le planteaba su desacuerdo con la supuesta procedencia guaycurú de los querandíes. En defensa de su propia hipótesis y en respuesta a Martínez, Outes introduce la otra de las fuentes mencionadas, la del padre Falkner. Si bien Falkner había sostenido una idea diferente a la de nuestro autor en cuanto al asunto, su narración que le permite a Outes respaldar su idea acerca de que los querandíes, además de no ser guaraníes, tampoco podían considerarse de procedencia araucana (es decir, ni “chechets” ni “taluhets”):

Repetimos por lo tanto, que ni los Chechets ni los Taluhets fueron los Querandíes de la historia. Actualmente los restos de los Tehuelhets están formados por los indios Gnnaken (que son Pulches) que según nos dice el Sr. Lafone y Quevedo llaman *Yagip* á el agua y *Pichua* al huanaco de una manera idéntica á como decían los antiguos Tehuelhets descriptos por Falckner (Outes 1898: 11).

A modo de síntesis, Outes cierra esta segunda contribución con una revisión de sus primeras hipótesis, que se mantienen prácticamente inalteradas, aunque, como vimos, introduce la clasificación racial de D’Orbigny, al decir que los querandíes pertenecen a la raza pampeana, “aproximándose étnica á las tribus Guaycurúes habitantes del Gran Chaco” y que, en cuanto a “lo poco que pudieran tener los Querandíes de Guaraníes ó Puelches era debido á la hibridación, habiendo sucedido esto después del momento histórico de la conquista española” (Outes 1898: 15). La incorporación de las propuestas de D’Orbigny y Falkner, por su parte, aporta a la conformación de un universo de referencias que paulatinamente irán formando parte de los patrones argumentativos sobre lingüística indígena (véase también Malvestitti y Orden 2014).

La última intervención sobre este tema tiene lugar un año después, y se titula *Estudios etnográficos* (1899). Este trabajo se publica en respuesta a un artículo de Zeballos en el que este autor reafirmaba la supuesta procedencia guaraníca de los querandíes y reproducía una serie de críticas que había realizado Brinton al trabajo de Outes. Esto evidencia la repercusión que habían

alcanzado sus primeros análisis, al despertar el interés de figuras de peso a nivel internacional. Por otra parte, tal como se verá, en este último estudio de Outes hay una mayor cantidad de referencias a cuestiones lingüísticas, que nos permiten reconocer un tipo de análisis fundamental en la reconstrucción de cartografías étnicas que tenía gran extensión en el periodo: los trabajos con onomásticos de etnónimos, antropónimos y topónimos, que fueron las categorías léxicas más extensamente registradas.

Outes les responde a ambos investigadores con un estudio que él mismo evalúa como verdaderamente científico, basado en un nuevo hallazgo documental que le permite echar luz a la confusión que aún persistía acerca del tema, obtenido “gracias á la amabilidad del señor General Bartolomé Mitre” (Outes 1899: 5-6). De este modo, se apoya en las que califica como comprobaciones científicas, en detrimento de estudios legitimados únicamente por provenir de figuras de renombre, pero con escaso conocimiento, según Outes, sobre algunas de las temáticas puntuales en las que se aventuran. Esta postura, que llama la atención porque él al momento tampoco era un especialista en el tema, se complementa con la siguiente cita, en la que da cuenta de cierta conformación del campo que demanda mayor rigidez en las investigaciones:

El doctor Zeballos, sociólogo, viajero, periodista, literato, historiador y aún diplomático á ratos, ha querido distraer las preocupaciones que le causan las pesadas tareas de su estudio, con una pequeña digresión etnoantropológica. El fracaso no puede ser más ruidoso y con él comprenderá, que las especulaciones en el campo de la antropología y de la etnografía deben ser dejadas á los especialistas en esas difíciles materias.

[...] Los conocimientos humanos han llegado á un grado de adelanto, que nada se puede investigar sin una especialización metódica y reposada; ambicionamos siempre el más allá; queremos escudriñar lo que aún no conocemos y que nuestros conocimientos superficiales no nos ayudarán á comprender, y como resultante lógica de ese desvarío, caemos en el más lamentable de los errores (Outes 1899: 10-11).

El tema, además, había sido discutido también durante las sesiones del Primer Congreso Científico Latinoamericano de 1898, según relatan tanto Zeballos como Outes. Ese mismo año Zeballos había publicado, por su parte, una fuente documental a partir de la cual ratificaba el origen guaraní de este grupo, acompañada por un breve comentario previo en el que acusaba a los “amigos de la antropología” de confundir “razas” con “tribus”. Según relata Outes, en el mencionado Congreso, Zeballos, además, habría atribuido este error específicamente a la clasificación de D’Orbigny, al plantear que la autoridad del viajero “no era digna de tenerse en

cuenta, pues seguramente había procedido en sus investigaciones con un criterio semejante al que emplean hoy en sus estudios ciertos viajeros que nos visitan” (Outes 1899: 15). Así, la crítica central de Zeballos es la errónea multiplicación de razas en la que incurrieran muchos trabajos americanistas:

Inducidos por diferencias accidentales de costumbres, de lenguas y de productos de aquellas civilizaciones, se inclinan á multiplicar las razas de una manera ilimitada. De esa suerte aparecen ya casi tantas razas como tribus. He sostenido en el *Congreso Científico Latino Americano* una opinión contraria. El expediente de Irala es una de mis pruebas. Aquellas diferencias en las lenguas, de costumbres y de industrias, eran ocasionales parecidas á las que hoy mismo presentan las naciones de Hispano-América. No marcan diferencias orgánicas de raza, sinó variaciones en la manera de manifestarse unas mismas causas, por razones de clima, de territorio y hasta de localismos. Las *tribus* no son las *razas* (Zeballos 1898: 261).

Outes, por su parte, argumenta que sigue la clasificación del antropólogo alemán Paul Ehrenreich, quién había propuesto la división de la humanidad en siete razas (“la caucásica ó mediterránea, la africana, negrítica, la mongólica, la americana, la malaya polinésica, la australiana y la papua” [Outes 1899: 16]). Además, en cuanto al tema de la clasificación racial, postula la compatibilidad de la propuesta contemporánea de Ehrenreich con la decimonónica de D’Orbigny:

Ahora bien, dentro de la entidad AÚN ABSTRACTA de la raza americana, creemos perfectamente admisible la clasificación de las naciones indígenas de nuestra América hecha por D’Orbigny, pero sustituyendo la palabra raza por él empleada por la de sub-raza y entendemos como tal, “á razas en un sentido más íntimo, tipos de la misma clase, cuya consanguinidad es demostrable, pero siempre teniendo presente que se encuentran subordinadas á las grandes razas principales”.

Dentro de esas sub razas encontramos grupos étnicos aun más sencillos; son los pueblos ó tribus; caracterizados por su origen común al de las sub-razas, por su idioma, usos y costumbres, Y, como última división, las sub-tribus, que se distinguen de las que les anteceden por simples diferencias de detalle, pero con las que deben tener una reconocida afinidad lingüística (Outes 1899: 16-17).

Un grupo de argumentos a partir de los cuales Outes refuta a Zeballos consiste en una extensa crítica a los análisis etimológicos de antropónimos y topónimos que este había presentado en una de sus obras más conocidas, *Viaje al país de los araucanos* (1881). En cuanto a los topónimos tales como “Chascomús”, “Chivilcoy”, “Tuyú” y “Areco”, Outes admite su origen araucano: “Estos nombres nos los explicamos perfectamente: tribus de araucanos vivieron en la provincia de

Buenos Aires y sustituyeron, como era natural, los nombres dejados por los Puelches” (Outes 1899: 89). Sin embargo, no los considera prueba válida para establecer un supuesto vínculo entre araucanos y querandíes, y plantea lo siguiente:

[...] Zeballos no pretenderá decirnos que los nombres de lugares que hemos mencionado más arriba hayan sido conocidos de los primeros conquistadores; ningún cronista ni documento los citan y aún más, en la documentación de los primeros tiempos de Buenos Aires no se halla ni un nombre tan solo que pueda considerarse como araucano. Por lo expuesto, dejamos de lado y no consideramos como elemento de prueba, la presencia de la nomenclatura de lugares de la provincia de Buenos Aires de nombres de reconocida procedencia araucana (Outes 1899: 39-40).

En cambio, plantea que los antropónimos merecen mayor atención. Así, Outes recupera los análisis de Zeballos y los contrasta con el documento fuente del que parte este autor. El procedimiento le permite revelar que hay una serie de nombres que Zeballos no incluye en su análisis “pues observó que muchos de esos nombres eran guaraníes ó de un dialecto completamente desconocido” (Outes 1899: 44); es decir, que este autor había considerado solo los de origen araucano mientras que desestimaba los otros por no coincidir con su hipótesis, a partir de lo cual evidencia la escasa rigurosidad aplicada por este autor. Finalmente, Outes analiza pormenorizadamente varios de los nombres que había recuperado Zeballos, sobre todo los terminados en *-pen* (“Quemumpen”, “Pacaospen”, “Allapen”, “Campampen”, “Tancaolquepen”, entre otros) para dar cuenta del error en el que entiende que incurre este último al realizar sus propios estudios etimológicos, lo que lo conduce a aseverar, así, que “los nombres que figuran en el Repartimiento de 1582 llevado la terminación *pen*, no son ni araucanos ni guaraníes siendo seguramente de un pueblo cuyo idioma se desconoce y que podría ser muy bien el de los indios Querandíes” (Outes 1899: 50).

En cuanto a la crítica de Brinton, esta tiene lugar en dos ocasiones. Dos de ellas consisten en breves notas publicada en la revista *Science* (Brinton 1898a; 1898b) en las que, si bien valora positivamente el trabajo de Outes, disiente con este en lo relativo al parentesco entre los querandíes y los charrúas; y sostiene, en cambio, que este último grupo se correspondería con la familia guaraní, mientras que el primero de ellos tendría un origen araucano. La tercera crítica aparece en “The linguistic cartography of the Gran Chaco” (1898c). Allí el americanista norteamericano se extiende un poco más y ratifica su hipótesis acerca de la procedencia araucana de los querandíes a

partir de la prueba lingüística. En este sentido, plantea, como parte de una crítica directa a Outes y en coincidencia con el planteo de Zeballos, lo siguiente:

The only linguistic evidence extant lies in the proper names which have been preserved. A notable peculiarity is the frequent termination of the names of chieftains in the syllable *pén*; thus *Caespén*, *Pacoaspén*, *Allapén*, *Quemumpén*, etc. This termination does not occur in the Guaycuro, but is not uncommon in the Aucanian (Araucanian) dialects, which also were spoken by the Pampean tribes (Brinton 1898b: 24).

Outes, en su respuesta, refrenda una a una sus ideas planteadas anteriormente acerca de la filiación entre los dos grupos mencionados e insta a Brinton a volver sobre su propio análisis acerca de la partícula *-pen*: “Con respecto de los nombres terminados en la partícula *pen*, invitamos al doctor Brinton á revisar lo que decimos al doctor Zeballos en la crítica mencionada más arriba, pues en ella tratamos el punto con detenimiento que nos mereció desde un principio” (Outes 1899: 58).

En síntesis, el estudio de Outes sobre los querandíes le permite introducirse muy tempranamente en debates de peso dentro de los estudios americanistas. Respaldado por la hipótesis de Lafone Quevedo, quien sin embargo luego le criticará algunos aspectos puntuales, Outes se enfrenta, por ejemplo, a una figura relevante en la escena nacional como lo era entonces la de Estanislao Zeballos. A su vez, sus planteos adquieren cierta repercusión internacional, lo que se evidencia no solo en la respuesta de Brinton, sino también en una serie de breves notas bibliográficas a cargo de Lehmann-Nitsche (1899a, 1899b) publicadas en la revista alemana *Centralblatt für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*. La originalidad de su propuesta parte de la documentación desconocida que pone a circular precisamente con estos trabajos, fuentes que presenta y reproduce de manera detallada. En cuanto a los estudios sobre las lenguas, estos aportan un tipo de dato de gran relevancia que contribuye a la reconstrucción de las filiaciones étnicas y raciales y, consecuentemente, al planteo de las hipótesis de procedencia de los grupos indígenas, lo que también será característico de algunos trabajos de Imbelloni que veremos en el próximo capítulo (§VI. 1).

Pocos años después del debate sobre los querandíes, Outes publica *La edad de piedra en la Patagonia. Estudio de arqueología comparada* (1905) en los *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*. El trabajo consiste, como su título lo indica, en un estudio de arqueología patagónica que integraba un plan mayor de estudio de antropología y “paleoetnología” para resolver los problemas que “encierran los *kultur lager* de Patagonia” (Outes 1905: 204), concepto con el que

refiere a ‘sedimentos culturales’ y que aparentemente fue utilizado solo por este etnólogo en los estudios sobre el tema del país. Este proyecto de investigación mayor dependía de una frustrada expedición por este territorio, cuyo diseño da inicio al trabajo en cuestión: “A mi entender, el estudio que entrego ahora á la publicidad adolece de un defecto fundamental; la falta de las necesarias é imprescindibles investigaciones en el terreno. ¡Oh, si hubiese realizado mi viaje á Patagonia!” (Outes 1905: 204). Inmediatamente después de esta última frase, presenta el plan completo, tanto el itinerario como los objetivos de recolección de datos en cada paraje, del viaje no concretado. Concluye el plan con la siguiente reflexión:

Semejante programa, indudablemente vasto, lo había estudiado en sus más mínimos detalles y poseía datos precisos que me aseguraban un éxito completo. Previamente, y en larga labor de varios meses, reuní multitud de referencias bibliográficas é iconográficas sobre los Patagones premagallánicos, protohistóricos, modernos y contemporáneos. Todos esos trabajos preparatorios pueden considerarse perdidos por completo, pues conceptuaría poco serio, escribir un libro de carácter amplio y detenido, sobre un país que no conozco y sobre sociedades indígenas que jamás he tratado (Outes 1905: 205).

Posiblemente este viaje sea el mismo al que refiere en una correspondencia que mantiene con Joaquín V. González, entonces ministro del interior durante la presidencia de Julio Argentino Roca, que hallamos en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico. Entre los objetivos de este viaje, Outes le proponía al funcionario realizar una expedición por la Patagonia con el objetivo de “vivir algún tiempo con los indígenas que quedan” (Outes a Joaquín V. González, 31/08/1903, Fondo Outes, AME). El viaje habría sido realizado en compañía del antropólogo sueco Eric Boman. Finalmente, el plan se frustra, lo que fue, para Outes, “el mejor castillo de naipes que haya construido en mi vida” (Outes a Carlos Imhoff, 03/02/1904, Fondo Outes, AME): por un lado, Boman desiste de viajar porque le había surgido otra actividad en Europa; por el otro, y posiblemente esta haya sido la razón definitiva, el viaje se cancela porque no logra obtener el aval de los demás ministros (AME, Fondo Outes).

La voluntad de estudiar en profundidad a los grupos indígenas de la Patagonia es recurrente y explícita en *La edad de piedra*, tal como puede observarse en la cita a continuación:

Para resolver los problemas antropológicos y paleoetnológicos que encierran los *kultur lager* de Patagonia, es necesario hacer un estudio semejante pues, si bien es cierto que los elementos étnicos primordiales que han actuado en los territorios del sur, se reducen á dos, con

posterioridad á la última invasión que debió verificarse al finalizar el período paleolítico, comenzaron á actuar, directa ó indirectamente, otros elementos indígenas que influenciaron, no sólo las manifestaciones industriales de los primitivos Patagones, sino también los usos y costumbres y, lo que es mucho más importante, el aporte de sangre extranjera trajo consigo, como es natural, la mestización de los tipos étnicos primitivos. Para saber quiénes, cuando y en qué forma esos elementos expúreos comenzaron á infiltrarse en los clanes australes, es necesario, imprescindible, el estudio meticulado y comparado de los restos antropológicos y paleontológicos que se encuentran en Patagonia (Outes 1905: 205).

En cuanto a los orígenes de los pueblos de la zona, vuelve a introducirse en el debate acerca del autoctonismo americano. Outes no acuerda con estas posturas, de modo que propone, en este trabajo, realizar un análisis pormenorizado de las manifestaciones, usos y prácticas culturales anteriores y contemporáneas de los distintos grupos con el objetivo de identificar sus posibles procedencias, migraciones y filiaciones. Para ello propone aplicar un método de análisis comparado y, a su vez, complementario entre distintas disciplinas (que también será aplicado por Imbelloni, tal como se verá en el próximo capítulo):

Esas investigaciones, para que tengan valor, es necesario se hagan correlativamente con otras de carácter antropológico y etnológico y una vez obtenidos indicios favorables en las tres, formular las conclusiones generales que, ya en ese caso, deben aceptarse como decisivas é incontrovertibles (Outes 1905: 208).

En lo relativo al análisis lingüístico, plantea que se propone trabajar con la gramática y el vocabulario del misionero anglicano Theophilus Schmid, basados en registros realizados a mediados del siglo XIX en Santa Cruz, que en trabajos posteriores será constantemente referidos por Outes:¹¹⁵

También se notará que formulo deducciones y analizo la gramática y vocabulario del misionero Schmid, que es posterior á la época en que considero terminada la edad de la piedra en Patagonia. Me he decidido á hacerlo, pues he notado que el idioma de los Patagones protohistóricos, modernos y contemporáneos, no ha variado fundamentalmente y, desde luego, las diferencias no deben ser muchas (Outes 1905: 209).

¹¹⁵ Para un análisis actual de este registro, véase Fernández Garay (2015).

En la cuarta sección del segundo capítulo,¹¹⁶ profundiza en el tema a partir del abordaje de una serie de fuentes documentales frecuentemente consultadas en el periodo, lo que forma parte de la arqueología documental que planteamos. Tal es el caso de los registros realizados por el explorador italiano Antonio Pigafetta (c. 1480-1534) en el siglo XVI y por el explorador Francisco de Viedma (1737-1809) en el siglo XVIII, registros que Outes somete a comparación a pesar de la distancia temporal que media entre uno y otro:

Entre la época en que Pigafetta recogió el vocabulario que incluye en su obra y el año en que Viedma coleccionaba la serie de palabras añadidas á su informe de viaje, median más de dos y medio siglos. Semejante espacio de tiempo permitiría suponer que el idioma de los indígenas australes, comparado con el que hablaban á mediados del siglo XIX, sufrió variantes profundas. No obstante la evolución experimentada, ésta no fué fundamental, pues gran número de palabras subsistieron y se conservaron con una pureza perfecta. Las diferencias substanciales que se notan, quizá tengan por causa la ignorancia de los colectores de vocabularios cuya falta de práctica produciría errores en la transcripción de las palabras de pronunciación difícil (Outes 1905: 245-246).

Complementa la comparación con otras fuentes, a saber: dos manuscritos presentes en el Museo Británico que cita Brinton, y registros que datan de mediados del siglo XIX, a cargo de D'Orbigny, Guillermo Cox, Julius Platzmann (correspondiente, en realidad, a un vocabulario elicitado por Schmid que Platzmann se encarga de poner en circulación), Musters, Moreno y Enrique Ibar Sierra. La operación que realiza consiste en la compulsa de cinco términos (“ojos”, “nariz”, “diente”, “mano”, “sol”) presentes en los once vocabularios con el objetivo de identificar semejanzas y diferencias que, según explica el autor, posiblemente respondan a variación en la transcripción más que a variedades dialectales o diacrónicas. Las mayores coincidencias las halla en los tres primeros, mientras que “mano” presenta mayor variación y “sol” “se distingue por alteraciones más profundas” (Outes 1905: 246). En cuanto a la procedencia de las fuentes, resulta interesante la siguiente nota al pie, que da cuenta del valor que tenía por entonces la biblioteca de

¹¹⁶ Este se encuentra integrado por nueve secciones: La primera refiere a la “paleoantropología y somatología”, la segunda a las designaciones etnonímicas con que se denominaron los distintos grupos de la región, la tercera remite a los caracteres psicológicos, la cuarta al “idioma y numeración”, la quinta a las prácticas religiosas, la sexta a los “usos y costumbres”, la séptima se titula “La familia y el parentesco. Prácticas funerarias”, la octava “El clan”; y, finalmente, la novena parte consiste en las conclusiones “antropo-etnológicas” descritas anteriormente.

Mitre, como así también el vínculo que unía a Outes con Lehmann-Nitsche, quien además de colaborar con traducciones, lo proveyó de manuscritos de valor:

Los breves datos que ofrezco sobre la gramática del idioma Patagón, los debo á la amabilidad del señor teniente general Bartolomé Mitre, quien me ha comunicado el m.s. original, aun inédito, del misionero Teófilo Schmid. En cuanto á las observaciones lexicográficas las he hecho sobre el vocabulario de aquel misionero, reimpresso por Platzman, y que me ha sido facilitado por el Dr. R. Lehmann-Nitsche (Outes 1905: 249).

Luego de esta comparación, que recuerda las provistas por Lafone Quevedo analizadas en §III. 2, ofrece características generales de la lengua. En esta descripción, ratifica la tipología morfológica de las lenguas de gran extensión durante el siglo XIX y clasifica el tehuelche como incorporante o polisintética (Outes 1905: 247). Finalmente, introduce ciertas notas sobre el “Téhuesh ó Téhueshen”, que sería una lengua diferente del “patagón” descrito anteriormente:

Según dicen los indígenas, fué el primitivo idioma empleado por sus antepasados que, sus tradiciones aun no publicadas, consideran como originarios de los alrededores de los lagos Colhué-Huapi y Musters. Comparado el Patagón contemporáneo con el Téhuesh ó Téhueshen, se notan bastante diferencias, aunque también tienen palabras comunes (Outes 1905: 249).

De hecho, compara quince términos en ambas lenguas y halla únicamente tres coincidencias. Es notorio que no hace explícito de dónde extrae los vocablos en lengua “Téhueshen”, a pesar de que es posible constatar que estos pertenecen a los registros de Carlos Ameghino, tal como afirma Lehmann-Nitsche (1913: 230, nota 5; Malvestitti c. p.).

En estas publicaciones se observa cómo, en este momento fundacional de su carrera, ya comienzan a desplegarse las ideas que continuará trabajando. Además, es posible reconocer que su inserción en el ámbito de los estudios antropológicos se da, estratégicamente, a partir de su introducción en polémicas científicas relevantes en el periodo (recurso que coincide con el de Imbelloni que analizaremos en §VI. 1). Asimismo, también se destaca el seguimiento explícito de los posicionamientos y métodos de Lafone Quevedo. Finalmente, al sumarse al interés que tanto este filólogo como Lehmann-Nitsche dedicarían al área pampeano-patagónica,¹¹⁷ Outes se inscribe

¹¹⁷ De hecho, en una correspondencia que mantiene con Lehmann-Nitsche en 1904, es posible confirmar el creciente interés de Outes por este territorio. En este sentido, le solicita al antropólogo alemán, por un lado, “un artículo que publicó en una revista alemana sobre ‘bibliografía lingüística de la Patagonia’” (Carta de Outes a Lehmann-Nitsche, 18/3/1904, IAI). En otra carta le solicita, a su vez, que le preste por un par de días “la obrita de Th. Schmid sobre el

en la tradición de estudios que valoran el argumento lingüístico para la organización étnica del territorio.

En paralelo a estos trabajos, la carrera académica de Outes iba en ascenso: en 1903 había sido nombrado adjunto de la Sección de Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires. Si bien se trataba de un cargo honorario, este Museo era, entonces, una de las instituciones de mayor prestigio en el ámbito de las ciencias antropológicas junto con el Museo de La Plata. Ese mismo año también había fundado, de la mano de Luis María Torres, la revista *Historia. Materiales para el conocimiento físico y moral del continente americano*, de la que se publicó un solo número, pero que tuvo una recepción significativa y que contó con la colaboración de figuras centrales en el ámbito de las ciencias antropológicas, tales como Lehmann-Nitsche y Lafone Quevedo.¹¹⁸ En 1904 Outes pasó a integrar la comisión dedicada a la puesta en funcionamiento del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, como vimos anteriormente al inicio del capítulo dos. En 1906 fue designado simultáneamente profesor adjunto de Etnografía en la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata y secretario general, bibliotecario y director de publicaciones del Museo de esa universidad, cargos que conserva hasta 1911. Estas designaciones confirman, una vez más, que las universidades de La Plata y Buenos Aires compartían en gran medida a sus profesores (lo que ya se mencionó en §II). Así, en 1908 Outes fue designado profesor suplente de antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y, un año después, fue nombrado con el mismo cargo en la mencionada Facultad de Ciencias Naturales de La Plata. Obtendrá otros nuevos cargos en 1911, cuando la Facultad de Ciencias Naturales de La

idioma de los Tehuelches”. Según dice el propio Outes, el único que la tendría es Mitre en una copia manuscrita y este no la encuentra. Outes quiere tomar unos datos “tan solo para darme cuenta de la mentalidad de los indios del Sud” (Carta de Outes a Lehmann-Nitsche, 3/4/1904, IAI).

¹¹⁸ Fernando Márquez Miranda, uno de sus biógrafos, describe a esta publicación como parte de un proyecto de juventud de Outes, lo que, sin embargo, no anuló las importantes repercusiones que tuvo el proyecto: “Y a punto de precocidad, basta recordar a Torres y a Outes aunándose, en 1903, en la tarea de editar *Historia*, en la que Outes publica, entre otros, su estudio sobre el puerto de los Patos, en respuestas a unas observaciones del general Mitre, para entonces ya de regreso de todo lo que se podía ser en el escenario nacional y aún sudamericano... Naturalmente la Revista durará lo que un lirio, tiempo suficiente para alcanzar cierta resonante notoriedad en el Buenos Aires diminuto de entonces, hecho que se traduce en su entrada al Museo de Buenos Aires, como adjunto honorario de la Sección de Arqueología” (Márquez Miranda 1967: 70). Por otra parte, y en cuanto al valor de esta revista, resulta relevante mencionar que Outes y Torres le escriben a Miguel de Unamuno para solicitarle su colaboración en el primer número (Torres y Outes a Miguel Unamuno, 4/10/1902, Casa Museo Unamuno). El filósofo español, sin embargo, no llegó a participar. Esta carta evidencia, además y nuevamente, el diálogo temprano que Outes mantuvo con figuras internacionales de renombre.

Plata lo designa profesor adjunto de Arqueología y en 1913 al ser nombrado profesor titular en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

En 1908, Outes realizó la única etnografía registrada en su trayectoria, consistente en mediciones antropométricas de grupos indígenas del sur de Chile. La información obtenida durante esta expedición la publica la Universidad de La Plata y tiene por título “Resultados antropológicos de mi primer viaje a Chile” (1909). Esta etnografía demuestra que, finalmente, si bien con un destino levemente modificado, Outes logró realizar su expedición por el territorio patagónico, mencionada en *La edad de piedra* y en las cartas que hemos hallado en el Archivo del Museo Etnográfico; aunque no obtuvo financiamiento, sino que, según él mismo consigna en la mencionada publicación, realizó el viaje a sus expensas.

Por otro lado, en 1910 publica un manual adaptado para los colegios nacionales y las escuelas normales, *Los aborígenes de la República Argentina*, que contó con la colaboración de Carlos Bruch, quien se encargó de las ilustraciones. El formato de obra de divulgación, como así también los destinatarios, estudiantes y público en general, vuelven a esta publicación relativamente novedosa dentro del ámbito de las ciencias antropológicas de la época. Presenta una organización particular por regiones (i.e., “montañas del noroeste”, “selvas chaqueñas”) y, dentro de cada una de ellas, por los pueblos habitantes de los distintos territorios. Llama la atención, por otro lado, que la primera parte de la obra consiste en una presentación de los “tiempos prehistóricos”. Es posible reconocer, mediante estas dos operaciones, una representación bastante arraigada en el periodo mediante la cual se ubicaba a los grupos indígenas en el pasado prehistórico y natural del país.¹¹⁹ En cuanto a las descripciones de cada lengua, la obra presenta breves notas, con especial atención a la cuestión genética. Así, plantea, por ejemplo, para la lengua del pueblo toba (qom) su parentesco con el mocoví, mbayá y abipón, todos ellos “codialectos de la lengua guaycurú”, a partir del paradigma pronominal, basado en “las raíces *I* de primera, *A* ó *Au* de segunda y *L*, *D* ó *T* y *C*, etc., de tercera persona” (Outes y Bruch 1910: 76), criterio que recuerda al aplicado por Lafone Quevedo.

¹¹⁹ Irina Podgorny plantea que, con esta publicación, Outes y Bruch “hacían suyos los objetivos de *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas (1909), acuñando la clase ‘aborígenes argentinos’ para un corpus iniciado en la prehistoria y prolongado hasta los tiempos contemporáneos” (Podgorny 2004b: 161-162). La misma autora plantea, además, que “esta obra, la primera escrita para la divulgación general, era también la primera en preferir la distribución espacial para una síntesis de etnología argentina” (2004b: 162).

En síntesis, durante esta etapa inicial, tal como se puede observar por los distintos trabajos y cargos obtenidos, la trayectoria académica de Outes se desarrolló principalmente en el ámbito de la arqueología y, sobre todo, en los centros académicos de La Plata. Esta situación se modificó a mediados de la década de 1910, cuando comenzó a buscar en los estudios de geografía un ámbito original y de vacancia en las ciencias antropológicas argentinas, decisión que terminó por ubicarlo definitivamente en la Universidad de Buenos Aires. Como planteamos en el segundo capítulo de esta tesis (véase §II. 3), en diálogo con la lectura de Claudia Barros (2001), la incursión de Outes en el ámbito de la geografía (y más particularmente, en el de la antropogeografía de origen germánico) constituye un movimiento estratégico mediante el cual busca alcanzar una ubicación de mayor relevancia en el campo, que habilitó el ascenso de su carrera, debido a que, en el ámbito de la arqueología, posiblemente no habría logrado alcanzar una posición central. De hecho y tal como se vio anteriormente en el segundo capítulo, en el Museo Etnográfico, más allá de que la participación de Outes desde las primeras sesiones que le dieron origen fuera la más notablemente activa, el sucesor de Ambrosetti fue Debenedetti.

V. 2. Viaje a Londres

En el año 1912, Outes es enviado a Europa por el Consejo Nacional de Educación con el objetivo de “estudiar los procedimientos observados e instrumentos empleados en las investigaciones de somatología y antropometría escolares” (Outes 1922: 12); ese mismo año viaja a Atenas en representación de la Facultad de Filosofía y Letras y del gobierno nacional para el XVI Congreso Internacional de Orientalistas (*RUBA* 1911: 411). Lo más probable es que fuera entonces cuando visita el Museo Británico, donde encuentra documentación de relevancia que le permite comenzar a intervenir en debates más específicos de lingüística indígena. Los trabajos que parten de esos hallazgos documentales constituyen la segunda serie de su autoría que analizamos en esta tesis: “Sobre las lenguas indígenas rioplatenses” (1913a), “Vocabularios inéditos del patagón antiguo” (1913b) y “Un texto y un vocabulario en dialecto Pehuenche de fines del siglo XVIII con introducción y notas” (1914). A partir de estas tres publicaciones, Outes se inserta en dos discusiones del mismo tipo que las que había sostenido en cuanto al grupo de los querandíes, es decir, por un lado, en las de las interpretaciones exegéticas de las fuentes; por el otro, en las de las hipótesis de correlación étnica y racial de los grupos indígenas del país. Esto conduce a una estructuración de los artículos también similar: en general, comienzan con una descripción de las

circunstancias del hallazgo, acompañada por una presentación del debate en el que busca insertarse a partir de la puesta en diálogo de la fuente, como así también su valoración. Luego de esta introducción, se encarga de realizar el análisis de las fuentes propiamente dicho que, como se verá, consiste en un método de organización sistemático que constituirá una de las originalidades de su trabajo.

En el primer trabajo de la serie, “Sobre las lenguas indígenas rioplatenses” (1913a), Outes plantea que, casualmente, mientras realizaba una lectura de la obra de Hermann Ludewig, *The Literature of American Aboriginal Languages* (1858),¹²⁰ encuentra una referencia a un vocabulario en lengua güenoa (supuestamente hablada por pueblos indígenas de la zona oriental de la Argentina y en el Uruguay) mencionado en el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* (1800-1805) y en el *Saggio pratico delle lingue* (1787) del abate jesuita Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), pero, según Outes, ignorado hasta entonces por los especialistas. Tiempo después, según él mismo refiere, logró hallar en la biblioteca del Museo Británico los documentos de Hervás que, en lugar de contener “palabras” o “vocabularios” (por lo que acusa a los “informes de Ludewig” de inexactos), contenían un catecismo en lengua güenoa.

Luego de la introducción en la que presenta el material y las circunstancias del hallazgo, realiza una serie de operaciones que caracterizan la arqueología documental de las lenguas indígenas. En tal sentido, las fuentes que conformaban el corpus de esta arqueología eran prácticamente el único acceso a la información necesaria para el diseño de mapas históricos de distribución étnica y lingüística:

La importancia que reviste la exhumación realizada es, en verdad, grande. De los escritos de Hervás puede inferirse, con sobrado fundamento, que la lengua de los Güenoas fué una de las más difundidas al este del curso del Uruguay, y aquellos “manuscritos” redactados en dicho idioma indígena “para utilidad de los misioneros” que quedaron en 1767 en la reducción de San Francisco de Borja y á que aludía el padre Sánchez Labrador, autorizan á suponer que fue empleando la lengua referida cómo los misioneros intentaron difundir sus doctrinas en el seno del gran complejo indígena que ocupó, en forma instable, los territorios situados al este del río Uruguay y al sur 30° de latitud (Outes 1913a: 233).

¹²⁰ Hermann Ludewig nació en Desden, Alemania, en 1809. En 1844 emigró a los Estados Unidos de Norteamérica, donde residió por el resto de su vida. Fue un aficionado al estudio de la historia literaria y de la historia americana, fundamentalmente en lo relativo al origen de los pueblos nativos (Trübner 1858). La obra de su autoría que condujo al hallazgo de Outes, *The Literature of American Aboriginal Languages*, consiste en un catálogo organizado por lenguas en el que consigna las obras que, hasta ese momento, contenían referencias a las lenguas indígenas de toda América. En el caso de la lengua güenoa, Ludewig solo remite a los trabajos de Hervás luego mencionados por Outes.

Luego de presentar la extensión geográfica de la lengua, reproduce una serie de fragmentos del catecismo, lo que constituye una de las prácticas centrales de esta arqueología: la puesta en circulación de materiales hasta el momento prácticamente inaccesibles. Una serie de vocablos contenidos en dicho catecismo lo habilitan a exponer hipótesis filiatorias, otro de los objetivos centrales de este tipo de trabajos. En este sentido, según Outes, si bien este catecismo no resulta suficiente para realizar una reconstrucción cabal de la lengua, contiene datos lexicográficos y de la morfología de algunos tiempos verbales que le permiten a ratificar “la unidad lingüística del gran complejo Güenoa-Chaná” (Outes 1913a: 236) previamente esbozada por Hervás:

Recordaré, por ser argumentos corroborantes, como el autor del Catálogo asegura que los indígenas “llamados Yaros son tribus de la nación Güenoa”; y luego, añade: “Se cree que también lo sean las naciones de los minuanes, bohanes y charruas”. Mientras, por otra parte, al referirse á los idiomas de las cuatro agrupaciones nombradas, si bien puntualiza que los “minuanes y charruas tienen lengua algo diferente”, en una acotación marginal reúne todos aquellos bajo el epígrafe común de “Dialectos de lengua Güenoa” (Outes 1913a: 233).

La hipótesis se fundamenta en el análisis comparado de las lenguas. En este caso, se someten a compulsión el catecismo de Hervás en lengua güenoa y el vocabulario de la lengua chaná registrado por Dámaso Larrañaga (1771-1848), que, como vimos, Lafone Quevedo (1897) había puesto en circulación en una versión resumida y del que, posteriormente, Torres (el compañero de Outes en la dirección de la revista *Historia*, con quien, además, mantenía una estrecha amistad [véase Márquez Miranda 1937]) se había encargado de publicar la versión completa (Torres 1911). La afirmación se basa en el contraste de escasas entradas léxicas y de coincidencias halladas en la construcción del futuro en ambas lenguas.

Estos análisis dan cuenta del valor que Outes concede a estos documentos. En este caso, la información proporcionada por Hervás es clave para el establecimiento de filiaciones étnicas:

[...] como una pauta excelente para establecer la filiación probable de ese grupo de lenguas indígenas rioplatenses que hasta ahora aparecían aisladas, ya por no haberse conservado elemento alguno lexicográfico ó por faltar el término imprescindible de comparación, que, ahora, por la buena observancia de un simple procedimiento heurístico, ha podido obtenerse sin mayores dificultades (Outes 1913a: 233-234).

El segundo trabajo, “Vocabularios inéditos del patagón antiguo” (Outes 1913b), también parte del hallazgo en el departamento de manuscritos del Museo Británico de dos códices referidos a la lengua de los “patagones”, que era como se designaba entonces al grupo aonikenk o tehuelche. Outes presenta, en primer lugar, los cinco manuscritos que contiene el primer código (17.631), a partir de una descripción detallada de cada uno, en los que consigna tamaño, cantidad de fojas y demás características materiales específicas. El primer manuscrito consiste en un vocabulario “español-patagón” que comprende, según él mismo refiere, los siguientes grupos de palabras, sin ordenamiento alfabético: partes del cuerpo, adornos, “abios” [sic] de caballo, verbos, numerales, nombres genéricos y nombres propios. El segundo de los documentos es un diccionario “español-patagón” integrado por casi todos los términos que presenta el primero de los manuscritos. El tercero está también integrado por un vocabulario “español-patagón”. El cuarto es un vocabulario de esas mismas lenguas, complementado con datos “ergológicos” (término frecuentemente usado en el periodo para referir a las prácticas culturales), como así también con menciones a la pronunciación de los vocablos. El quinto manuscrito es el único que tiene consignados los datos de elaboración: fecha, 1789, y lugar, Puerto Deseado, además de un vocabulario que involucra a las mismas lenguas que los anteriores y referencias a hábitos culturales del grupo en cuestión. No se trataba de materiales desconocidos, ya que el primero y el último parecieran haber sido los consultados por Brinton que Outes cita en la parte correspondiente a la lengua en *La edad de piedra en Patagonia* que revisamos anteriormente; mientras que el conde de la Viñaza menciona en su catálogo los manuscritos primero, segundo, tercero y quinto de este código. Luego de realizar un análisis comparado de estos primeros cinco manuscritos, Outes extrae los siguientes datos generales: por un lado, que el primero, segundo, cuarto y quinto fueron escritos por una misma persona; por el otro, que, en el caso del tercero, correspondiente a otro colector, posiblemente interviniera también una o dos personas más.

La descripción del segundo de los códices (17.603) consta del mismo tipo de elementos: tamaño y características materiales de los documentos, cantidad de personas intervinientes en su elaboración a partir de análisis caligráficos, como así también un detalle particularizado de los folios correspondientes a los vocabularios. En este caso se trata también de un diccionario de la misma lengua, “patagona”, de la que Outes recupera características de la pronunciación a partir de la comparación de sonidos de lenguas conocidas. Este registro, según analiza el autor, posiblemente fue elaborado por la misma persona del tercer documento del código anterior. Outes

hipotetiza, además, quién podría haber sido el poseedor de tales documentos y establece que posiblemente se trate de un marino y político español del siglo XVIII, Felipe Bauzá (1764-1834). También trata de reconstruir el derrotero de los manuscritos, es decir, cómo llegaron a la biblioteca del Museo Británico. El análisis de la materialidad de los documentos es seguido por un cuadro de doble entrada: la columna presenta los vocablos en español, y la fila organiza las variantes en patagón que presenta cada manuscrito analizado. En un cuadro separado expone los numerales.

El último de los trabajos que integran esta serie, “Un texto y un vocabulario en dialecto pehuenche de fines del siglo XVIII con introducción y notas” (Outes 1914), se encuentra en estrecho diálogo con el anterior. La documentación hallada, según refiere el propio Outes en la introducción, consiste en un breve diálogo seguido por un también breve vocabulario en “dialecto pehuenche” del mapudungun, anotados en 1848 y “reunidos por miembros de la expedición mandada por don Alejandro Malaspina” (Outes 1914: 69). Con la publicación de este documento, Outes espera poder ofrecer a los especialistas un registro de un dialecto “araucano”, el “pehuenche”; en sus palabras:

Sea como fuere, es posible que los especialistas encuentren en esta nueva contribución lingüística del proficuo viaje del malogrado Malaspina, tal cual elemento aprovechable para fijar mejor los matices, y seguir las transformaciones experimentadas por una de las formas dialectales del araucano (Outes 1914: 71).

Luego de indicar imprecisiones relacionadas con la autoría de los manuscritos, como así también su derrotero y demás datos acerca de su ubicación en el Museo Británico, introduce el diálogo, que consiste en una breve entrevista que incluye fórmulas de saludo y unas pocas preguntas en mapudungun traducidas al castellano. El vocabulario, por su parte, contiene el registro de sesenta y seis vocablos correspondientes sobre todo a numerales y sustantivos, aunque también hay algunos adverbios y adjetivos.

El análisis realizado por Outes a partir de estos hallazgos documentales le permitió continuar con su investigación sobre la Patagonia —territorio al que prestó especial atención desde los inicios de su carrera académica— y posicionarse como uno de los principales responsables de los estudios del área. Puntualmente, su contribución implicó la reconstrucción de las circunstancias de producción de los documentos y su circulación. También aportó a su puesta en valor tanto al plantear, a partir de ellos, nuevas interpretaciones, como al apuntalar las hipótesis de filiación

lingüística y étnica. Así, logra insertarse en debates de relevancia en la época y, como ya dijéramos, convertirse a partir de entonces en uno de los autores de referencia obligada en los estudios sobre Patagonia. Como se verá en lo que sigue, su interés por este territorio se sostiene por largo tiempo y continúa realizando aportes de valor creciente en lo relativo a las lenguas de la región, aunque metodológicamente no presenta grandes variaciones ni tampoco incorpora innovaciones teóricas. De hecho, bastante más adelante, en 1928, publica “Las variantes del vocabulario patagón antiguo reunido por Antonio Pigafetta en 1520”, un trabajo en el que, también a partir del hallazgo de una serie de códices, realiza un análisis considerablemente similar a los presentes en las publicaciones que integran la serie analizada en este apartado.

El mismo año en que se publica “Un texto y un vocabulario en dialecto pehuenche”, Outes es designado profesor interino de Geografía humana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; y, un año después, obtiene la titularidad de esa materia. A partir de entonces, sus actividades y compromiso institucional con la Universidad de Buenos Aires irán en aumento. Así, en 1917 obtiene el nombramiento de director del Instituto de Investigaciones Geográficas de la mencionada facultad, como vimos anteriormente (§II. 3); mientras que, un año después, se lo designa profesor suplente de Antropología, materia en la que Lehmann-Nitsche se desempeñaba como titular (§IV. 2). A partir de 1919 comienza a participar frecuentemente como jurado de concursos docentes para la selección de distintos cargos vinculados con la enseñanza en las asignaturas sobre ciencias antropológicas. En 1921 integra el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires como miembro titular, mientras que en 1923 se incorpora al Consejo Directivo de Filosofía y Letras de la misma Universidad.

V. 3. El vínculo con Claraz

Durante la década del veinte se condensa la mayor cantidad de trabajos sobre lingüística indígena producidos por Outes. Entre 1926 y 1928 publica una serie de contribuciones sobre lenguas fuegopatagónicas a partir de un grupo de materiales relativos a esta temática que le había facilitado el viajero de origen suizo Georges Claraz. Los artículos que resultan de este intercambio son: “Los trabajos lingüísticos atribuidos a Teófilo F. Schmid y la labor de Federico Hunziker” (1926), “Sobre el idioma de los yamana de Wulaia” (1927a), “Datos sobre la ergología y el idioma de los yamana de Wulaia” (1927b), “Vocabulario y fraseario genakenn (Puelche) reunidos por Juan Federico Hunziker en 1864” (1928a), “Versiones al aönükün’k (Patagón meridional) de la Oración

dominical y del Versículo 8° del Salmo II adaptadas por Teófilo F. Schmid en 1863” (1928b) y “Un texto aônükün’k (Patagón meridional) para incitar a la caza obtenido por Juan Federico Hunziker en 1861” (1928c). En términos generales, estos trabajos constituyen un aporte de gran valor histórico. Se trata de la organización, comentario, edición y publicación de documentos compilados por Claraz, correspondientes a las etnografías de varios misioneros anglicanos, quienes le habían cedido algunos de sus registros.

Claraz se había asentado en la Argentina a mediados del siglo XIX con el objetivo de dedicarse al negocio agropecuario. Rápidamente consiguió de parte del gobierno unos terrenos cercanos a Bahía Blanca, donde permaneció hasta 1870, cuando el malón encabezado por el lonko mapuche Calfucurá atacó la zona en reclamo por la violencia ejercida por el jefe militar de Bahía Blanca contra los pueblos indígenas. Este acontecimiento llevó a Claraz a perder gran parte de su ganado. Se mudó, entonces, a Buenos Aires, donde se radicó por doce años. Finalmente, en 1882 retornó de manera definitiva a su Suiza natal, donde murió en el año 1930. Entre 1865 y 1866, realizó un viaje a la Patagonia septentrional, específicamente al espacio comprendido entre el río Negro y el Chubut. Según algunos de sus biógrafos, este viaje fue un emprendimiento científico propio (Hux 1977) y el objetivo que perseguía era el de “explorar y estudiar territorio desconocido, tomar notas y realizar observaciones de aspectos del paisaje, las plantas y los animales y, lo más importante, registrar la vida de los indígenas que allí encontrara” (Azar y Cerazo 2015: 350). Sin embargo, Rodolfo Casamiquela (quien publicó por primera vez en 1988 el diario de viaje de Claraz)¹²¹ plantea un propósito eminentemente práctico: “Claraz pensaba ofrecer a los galeses, recién instalados cerca de la desembocadura del río, sus servicios como agrimensor de la naciente colonia” (Casamiquela 2008: 18).¹²²

Independientemente de las motivaciones que lo llevaron a emprender este viaje, lo cierto es que, además de importantes estudios de zoología, botánica y geología de la región, entre el material recogido durante la expedición se destacan anotaciones etnográficas y dos vocabularios de lenguas indígenas: uno “pampa-castellano” —es decir gүнүн a iajüch-español— y otro “araucano-castellano”. Meinrado Hux comenta que “Claraz previsor contrató a indios de diversos grupos lingüísticos. En el camino los interrogó y ellos le iban nombrando colinas, sierras, ríos,

¹²¹ Claraz, paralelamente al envío de los materiales publicados por Outes, había acercado su diario de viaje al Museo Etnográfico. Hubo diferentes interesados en editarlo, entre ellos Vignati, quien sin embargo no pudo lograrlo por las desavenencias planteadas en II. 3. Una explicación del derrotero de este diario se encuentra en Casamiquela (2008).

¹²² En el año 1865 se asienta una colonia galesa en el valle inferior del río Chubut (véase Morales Schmuker 2013).

plantas y utensilios; le confiaron cuentos, leyendas e historias” (Hux 1977: 41). Casamiquela, por su parte, resalta el valor del aporte de Claraz para el estudio del grupo *günüin a künü*: “Desde el enfoque étnico, constituyen para comenzar, el conjunto de observaciones más valiosas que poseemos sobre los tehuelches septentrionales (y aún en general); un verdadero tratado, de enorme valor” (Casamiquela 2008: 48).

Su labor de investigación etnográfica puede integrarse en una serie que se complementa con las exploraciones de los viajeros Guillermo Cox, entre 1862 y 1863; y George Musters, en 1869. Por otro lado, durante su viaje, Claraz entró en contacto con algunos miembros de la South American Missionary Society. Entre ellos, destacan los ya mencionados reverendos Teófilo Schmid y Federico Hunziker, además de R. Rau, quienes se encargaron de realizar una serie de aportes a la lingüística misionera patagónica que, varias décadas después, serán editados, comentados y publicados por Outes. Asimismo, durante la misma estancia Claraz registró, como se mencionó anteriormente, dos vocabularios que, si bien no serán el objeto de esta exposición, deben ser destacados, ya que permiten mostrar que no solo ofició de “intermediario” entre los misioneros y especialistas de tiempo después, sino que también aportó él mismo algunos datos etnográficos y lingüísticos de relevancia.

A inicios de la década del veinte Claraz le cede estos materiales a Outes, quien se encarga de analizarlos y luego prepararlos para su publicación. En estos artículos, las discusiones que Outes instala pueden inscribirse dentro de una naciente historia interna de la disciplina; de hecho, en uno de ellos, él mismo plantea que a partir del hallazgo logrará aportar a la resolución de “los puntos más oscuros y el conjunto de circunstancias más embrollado de la historia de las investigaciones lingüísticas en nuestro país” (Outes 1926: 218). Esta historia, en el caso de la lingüística producida en América, necesariamente dialoga con la historia de las misiones. En efecto, la lingüística misionera y la historiografía lingüística coinciden en que los orígenes de la lingüística americana se encuentran estrechamente vinculados con la acción de las distintas órdenes religiosas que misionaron por el continente, ya que la gramatización de las lenguas indígenas fue una tarea necesaria para impartir los valores cristianos y occidentales (Auroux 1992). En el caso particular de los aportes de Outes, la reconstrucción de las circunstancias de elaboración de estos documentos y el establecimiento de quiénes fueron sus autores y cuáles fue el derrotero de los manuscritos resultan fundamentales para comprender las condiciones en que se realizaron los registros de lenguas llevados adelante por miembros de la misión anglicana; y, de hecho, por el grado de detalle

de la información que proporcionan, hasta el día de hoy, los artículos de Outes sobre la South American Missionary Society son constantemente referidos.

En el primero de los estudios, “Los trabajos lingüísticos atribuidos a Teófilo F. Schmid y la labor de Federico Hunziker” (1926), publicado en el *Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, Outes parte de un pequeño diccionario personal, en este caso de Hunziker, que le cede Claraz. Su contribución persigue el objetivo de dilucidar autorías originales y también el de relevar las condiciones en que los documentos fueron elaborados. Así, al tomar contacto con el material en cuestión, el autor descubre que su contenido es exactamente el mismo que el del *Vocabulary and rudiments of Grammar of the Tsoneca language* de Schmid, publicado en Bristol en 1860. Inmediatamente, pone en duda la autoría de la publicación de Bristol y sugiere la posibilidad de que se trate de un trabajo conjunto de Schmid y Hunziker. Para despejar el problema, además de reconstruir la historia de Schmid y de la misión durante su estadía en la Patagonia, se encarga del relevamiento y compulsa de las distintas copias existentes del manuscrito, lo que constituye otra de las operaciones fundamentales de la arqueología documental. Entre las versiones que somete a comparación, además de la albergada en la sección de manuscritos del Museo Mitre (que fue publicada en el *Catálogo* [1909-1910] traducida al español), también incluye la publicación a cargo de Lehmann-Nitsche, de quince años atrás, “Two linguistic treatises in the Patagonian or tehuelche language by Theophilus Schmid” (1910), donde el alemán había puesto a circular la publicación de Schmid referida anteriormente, *Vocabulary and rudiments of Grammar of the Tsoneca language*, que por el momento era escasamente conocida. Este descubrimiento le permitía insertarse en una de las problemáticas lingüísticas de mayor relevancia del periodo en lo relativo a las lenguas patagónicas, ya que el registro atribuido a Schmid fue constantemente visitado en el periodo por los datos que aportaba acerca de la gramática y el léxico de la lengua “tsoneca” (aonik’o ajén o tehuelche).

Un año después publica, esta vez en la *Revista del Museo de La Plata*, “Sobre el idioma de los yamana de Wulaia” (1927a), un texto donde realiza dos operaciones: por un lado, la presentación de una bibliografía comentada en la que aparecen datos sobre el yagan (lengua hablada en el sur de Tierra del Fuego); y, por el otro, la reproducción de un vocabulario que le cediera Claraz sobre esta lengua que había compilado el reverendo R. Rau, y que el mismo misionero había copiado a mano para entregárselo al viajero suizo.

El listado bibliográfico consiste en un exhaustivo catálogo de 91 títulos que comprende, en la mayoría de los casos, publicaciones de diarios de viaje o registros de las misiones que habían tenido lugar en la región donde aparecen lexemas en yagan. En el catálogo, Outes presenta nombre del autor, título del material y una breve descripción acerca de cómo se incorporan los vocablos (si “diluidos en el texto” o si se trata de vocabularios propiamente dichos, por ejemplo) y cuántos términos contiene cada caso. Según plantea el propio Outes, los títulos corresponden a lecturas realizadas por él mismo, con el aporte de algunos títulos por parte de Lehmann-Nitsche y de otros intelectuales.

La construcción de bibliografías comentadas es una de las particularidades de este artículo y un género bastante extendido en el periodo (como también vimos en §IV. 2), dado que ofrecían un panorama de los trabajos realizados hasta el momento. Con todo, es la publicación del vocabulario el principal aporte de este trabajo, ya que implica la recuperación y puesta en circulación de un registro valioso acerca de una lengua analizada durante el periodo. De hecho, según expresa el propio Outes, Wilhelm Koppers (director de la revista austríaca *Anthropos*) y el padre Martín Gusinde (de la Congregación católica del Verbo Divino) se encontraban a punto de terminar un estudio sobre el yagan, sobre la base del registro de Bridges. Alentado por Lehmann-Nitsche, Outes presenta su propio trabajo como un complemento del de aquellos.

El vocabulario en cuestión cuenta con más de trescientas entradas ordenadas alfabéticamente. Outes se encarga de organizarlo y traducirlo del alemán al español, con la ayuda de Lehmann-Nitsche. Luego del vocabulario alfabético, el autor presenta un “Vocabulario sistemático yamana-castellano”, donde se organizan los términos en campos semánticos y en categorías gramaticales. Este vocabulario se desdobra en otro castellano-yamana. La organización del vocabulario sistemático es la siguiente: “1. Partes del cuerpo humano, funciones fisiológicas”; “2. Habitación, material y utensilios domésticos”; “3. Vestidos y adornos”; “4. Religión y medicina”; “5. Tiempo”; “6. Elementos, naturaleza”; “7. Plantas”; “8. Mamíferos”; “9. Aves”; “10. Peces”; “11. Animales inferiores”; “12. Colores”; “13. Tribu, familia, etc.”; “14. Armas”; “15. Adjetivos”; “16. Numerales”; “17. Pronombres”; “18. Verbos”; “19. Adverbios”. El trabajo finaliza con un fraseario de treinta ítems presentados en ambas lenguas, con su correspondiente traducción (i. e., yagan-castellano, castellano-yagan).

El autor se encarga de organizar el registro según un modelo por lo pronto original. De hecho, al momento existía una serie de instrumentos de registro de lenguas indígenas diseñados en

distintos ámbitos académicos, europeos fundamentalmente, que fueron significativamente utilizados en las documentaciones realizadas en este país, aunque no por Outes. Malvestitti (2015b), quien analiza estos instrumentos aplicados en el registro de lenguas fuegopatagónicas, identifica que, entre fines del siglo XIX e inicios del XX, los de mayor extensión fueron la *Tablelle zur Aufnahme südamerikanischer Sprachen* [Tabla para apuntar lenguas sudamericanas], preparada por el Real Museo Etnológico de Berlín, y el *Handbuch zur Aufnahme fremder Sprachen* [Manual para apuntar idiomas extranjeros], diseñado por Georg von der Gabelentz, publicado en 1892. En ambos casos se trata de cuestionarios que presentan cierta organización “sistemática” para el registro de voces léxicas. Se destaca de ellos, además, que, por un lado, se propone un ordenamiento por campo semántico y también por categorías gramaticales, tal como vimos en el vocabulario organizado por Outes que estamos analizando. Como ya dijimos, este autor, sin embargo, no sigue exactamente ninguno de los dos modelos, a los que igualmente menciona explícitamente para indicar que no los va a seguir en su totalidad. Así, si bien el vocabulario sistemático presenta considerables similitudes con estos dos instrumentos, Outes realizó algunas modificaciones, sobre todo en cuanto a la reorganización de las categorías, tal como plantea en el siguiente fragmento:

Por otra parte, he agrupado el material que publico alfabéticamente y sistemáticamente, y en la forma más adecuada para facilitar su consulta: Yamana-Castellano y Castellano-Yamana. Y al hacer la segunda de aquellas agrupaciones, he preferido prescindir de las pautas conocidas, para optar por otra, mejorada, en la cual, su estructura, se halla más de acuerdo con el orden lógico en que deben seriar los hechos de la vida material, psíquica, familiar y social (Outes 1926b: 5).

Este trabajo se complementa con otro publicado en el mismo tomo de la misma revista, “Datos sobre la ergología y el idioma de los yamana de Wulaia” (1927b), que también parte de los registros realizados por Rau, en este caso consistentes en datos antropológicos y de las características físicas de los yaganes, aunque también contiene otras anotaciones sobre el idioma. Se trata de un registro diferente del anterior (Outes 1927a), pero complementario. La contribución presenta una organización que da cuenta de cómo Outes integra en este caso los estudios lingüísticos en los análisis étnicos más generales. Así, luego de presentar la documentación con la que trabajará y algunos datos de la historia de la South American Missionary Society y de la vida

de Rau, divide los materiales registrados por este misionero en dos: por un lado, la “ergología”, por el otro, el “idioma”.

En cuanto a este último aspecto, complementa el vocabulario yagan expuesto en Outes (1927a), con una presentación de algunas características generales de la lengua: por ejemplo, breves menciones relativas a la construcción de la frase, la extensión de las palabras y algunas particularidades del funcionamiento de los casos y los verbos, entre otras cuestiones. Finalmente, introduce un nuevo vocabulario que, si bien presenta el mismo ordenamiento que el que tiene el del artículo anterior (es decir, primero el vocabulario ordenado alfabéticamente yagan-español y español-yagan y luego el vocabulario sistemático), los términos allí consignados difieren. Asimismo, este, que consta de menos de doscientos términos, es bastante más breve que el presentado en Outes (1927a).

Un año después, en 1928, pero en diálogo con su trabajo de 1926 acerca de Hunziker, Outes publica, también en la *Revista del Museo de La Plata*, “Vocabulario y fraseario genakenn (Puelche). Reunidos por Juan Federico Hunziker en 1864” (1928a). Nuevamente, como parte de la reconstrucción de la historia de la misión anglicana y de algunos de sus miembros más destacados en lo relativo a la documentación de lenguas, en este trabajo, Outes, antes de presentar los materiales lingüísticos, realiza una extensa biografía de Hunziker. Posteriormente, narra las condiciones en las que llegó a sus manos este registro, a través de un envío de Claraz, quien lo había copiado “del manuscrito original que obraba en poder de Hunziker, durante una de sus visitas a la pequeña misión de San Javier” (Outes 1928a: 273), y ofrece las características materiales del registro (tipo de papel, tamaño, extensión, agregados posteriores, entre otras). Repone, a su vez, las condiciones en que tuvo lugar la elicitación y plantea la hipótesis de Hunziker acerca de la lengua de la que se trataría:

Hunziker incurrió en el error de atribuirlos al Ta’üşhn que, como lo saben los especialistas, es una de las más antiguas formas dialectales del grupo lingüístico Tshon, de nuestras gobernaciones australes. En efecto, la comparación de dichos numerales con los Ta’üşhn comprendidos en el vocabulario formado por el señor don Carlos Ameghino, evidencia que no existe vinculación alguna entre ellos; mientras la compulsión que he hecho, a mayor abundamiento, de las voces existentes en ambos cuerpos lexicográficos —el de Hunziker, que ahora publico, y el de Ameghino— comprueba que sólo un limitadísimo número ofrece analogías más o menos marcadas (Outes 1928a: 273-274).

De acuerdo con este análisis, plantea en cuanto a la lengua en cuestión que se trata del “gennaken” o *günün a iajüch*, por entonces denominado “puelche”. Según el propio Outes, “conviene excluir, una vez por todas, la designación geoétnica Puelche, cuya conservación no puede ser sino perturbadora si se piensa que ella comprende, en promiscuidad desconcertante, agrupaciones étnica y lingüísticamente distintas” (Outes 1928a: 274), afirmación que remite al problema etnonímico que también había analizado en sus primeros trabajos para el caso de los querandíes. Finaliza la presentación del vocabulario con una breve mención acerca de la notación fonética y plantea que Hunziker siguió la “ortografía inglesa y observando —detalle que reviste suma importancia— la norma fonética formulada por Teófilo F. Schmid en el vocabulario y elementos de gramática que publicara en Bristol en 1860: por ejemplo, *Genacin*, pronúnciese *Genakin*” (Outes 1928a: 275).

En cuanto al registro propiamente dicho, Outes lo organiza siguiendo el mismo modelo del vocabulario *yagan* de 1927. Así, en primer lugar, presenta el vocabulario *genakenn*-castellano y otro castellano-*gennakenn* de poco menos de trescientas entradas ordenado alfabéticamente. Luego organiza los mismos vocablos en dos vocabularios “sistemáticos”, también *gennaken*-castellano y luego castellano-*gennaken*, que contiene casi exactamente las mismas partes que el vocabulario *yagan*, excepto en el caso de “plantas” que en este caso reemplaza por “vegetales”.

Finalmente, los últimos dos trabajos de esta serie son “Versiones al *aönükün’k*” (1928b) y “Un texto *aönükün’k*” (1928c). El primero de ellos consiste en la publicación de una oración dominical y el Salmo II, versículo 8° en *aonek’o ajen* (tehuelche) “escrito en excelente caligrafía inglesa y su respectiva traducción alemana” (Outes 1928b: 330). Antecede a estas transcripciones un extenso avance acerca de la historia de la misión que venía reconstruyendo en los trabajos anteriores. A la vez, al presentar los textos introduce una considerable cantidad de llamadas al pie, donde realiza algunas indicaciones de relevancia: “las normas fonéticas de acuerdo a las cuales se ha hecho la notación de las voces” (Outes 1928b: 332), que deben seguir las del inglés (“por ejemplo, la *c*, tiene, siempre, ante *a, e, i, o, u*, el sonido de *k*: *cemec = kemec* [Outes 1928: 332]), como así también explicaciones acerca del paradigma pronominal. Además, presenta algunas notas en las que marca confusiones o errores presentes en la versión publicada por Lehmann-Nitsche en “Two linguistic treatises on the Patagonian or Tehuelche language” (1910), que mencionamos más arriba. Tal es el caso, por ejemplo, de la aclaración sobre el término “*Meurnicen*”, ‘tu voluntad’, en la que Outes repara en lo siguiente:

Esta voz aparece con *w* inicial (*weurnicen*) en la edición de la Gramática hecha por Lehmann-Nitsche en 1910 [...]. Debe de ser una notación errónea del copista, pues, tanto en el manuscrito de Hunziker, como en el texto de la versión aparecido en el periódico de la Sociedad, la forma es *meurnicen* (Outes 1928b: 332, nota 5).

Cuando llegó a sus manos el primero de los manuscritos, Outes pensó que se trataba de un material inédito, según relata él mismo, hasta que por casualidad lo encontró publicado por Schmid en uno de los volúmenes de *A voice of Pity of South America* de la South American Missionary Society. Esta situación no desalentó a Outes de encargarse de su edición, ya que, según plantea, los primeros periódicos oficiales de esa sociedad eran difíciles de conseguir. Más allá de que la publicación original, como dijimos, hubiera estado a cargo de Schmid, el manuscrito con el que cuenta Outes en esta ocasión es “claro y definitivo, de puño y letra de Juan Federico Hunziker” (Outes 1928b: 330). El autor se encarga de comparar las dos versiones de la oración, la publicada por Schmid en el periódico de la Sociedad y la de Hunziker, e identifica algunas variantes en el texto que consigna en cada caso. Asimismo, expresa haber identificado algunas diferencias en cuanto a la traducción en alemán y en inglés, ambas preparadas por Schmid, y analiza, en lo relativo a este asunto, el procedimiento de creación de algunos neologismos para expresar ciertas “ideas abstractas” como “perdonar, glorificar, santificar, tentación, etc.” (Outes 1928b: 331). En cuanto a este procedimiento, Outes plantea:

¿Es realmente valedera la dificultad apuntada? En rigor de verdad —y como lo demuestra un sinnúmero de observaciones— las lenguas de los pueblos incultos ofrecen, siempre, las voces necesarias para designar los diversos estados de alma que son esenciales de la vida moral y religiosa, sin acudir para ello al procedimiento de las traducciones literales, repletas de contrasentidos y despropósitos. Basta en esos casos, aparentemente dificultosos, encontrar la comparación que supla la falta, y que, por asociación de sentimientos, surgiera la idea que se desea transmitir. Mas, se ha dicho, con sobrado fundamento: *apprendre une langue est-ce autre chose que d'arriver à posséder les vocables dont elle se compose ; c'est pénétrer une mentalité et s'y adapter*. Y, justamente, Teófilo Schmid no había logrado alcanzar aún esa situación privilegiada, que le hubiera permitido solucionar dudas y salvar inconvenientes (Outes 1928b: 331).

En este fragmento, como puede verse, Outes reflexiona acerca del proceso de traducción y la importancia del conocimiento profundo de la lengua para lograr la traducción de la idea en lugar de hacerlo término a término. Se trata de una reflexión extraordinaria en el periodo y da cuenta de

cierta intuición lingüística por parte del autor. Por otra parte, en la cita también se establece la designación “pueblos incultos”; aunque, en contra de una idea extendida en la época, en este caso el autor reconoce la existencia de conceptos abstractos, o “estados del alma”, en las lenguas indígenas.

El último de los trabajos, “Un texto aônükün’k” (1928c), también formó parte de los materiales cedidos por Claraz. Consiste en una “alocución” en aonik’o ajen que, indica Outes, pronunciaba el “jefe indígena” para incitar a la caza, lo que constituye un género original entre las documentaciones de la época. Según el análisis de Outes, este texto contiene dos partes:

En primer término, un preámbulo general, de marcado sabor arcaico, cuyo texto —adaptado a una fórmula invariable, transmitida, quizá, de tiempo inmemorial— corresponde, en su esencia, al que ahora doy a conocer; luego indicaba, sobriamente, cual sería el próximo ‘paradero’ el campo de cacería y el dispositivo más adecuado para llevarla a buen término. Es indudable, asimismo, que ambas partes formaban un todo indivisible: así me lo ha hecho saber el señor Claraz; y ello se infiere de las observaciones de Schmid, que he transcripto (Outes 1928c: 366).

El texto fue, al igual que el anterior, registrado por Hunziker y “escrito en caligrafía inglesa y la traducción alemana, interpolada, en gótica cursiva” (Outes 1928c: 367). Asimismo, Outes expresa que Claraz intervino al incorporar, gracias a la colaboración del propio reverendo, “el significado preciso de ciertos términos; lo que permite traducirlo literalmente” (Outes 1928c: 367). Luego, introduce, entonces, el texto original con su correspondiente traducción término a término en castellano, y presenta, al igual que en el trabajo anteriormente analizado, algunas advertencias relativas a la transcripción fonética utilizada (que se corresponde con la norma ortográfica del inglés), como así también otras observaciones acerca de vocablos específicos que extrae de la gramática y vocabularios de Schmid. Finalmente, presenta una “traducción libre” del texto en cuestión.

Previamente a la transcripción, Outes repone algunos datos históricos sobre el pueblo tehuelche, particularmente relativos a los mecanismos aplicados en la instancia de caza. Introduce, entonces, la categoría de *Kulturkreis*, es decir, los círculos culturales de la Escuela Histórico

Cultural, como se verá en el próximo capítulo (§VI. 2), lo que revela un acercamiento temprano a las ideas de esta escuela en los modelos teóricos de las ciencias antropológicas locales.¹²³

~

Los aportes de Outes constituyen un caso que, en diálogo con los de Lafone Quevedo, permiten inscribir, entre fines del siglo XIX e inicios del XX, una parte considerable de la investigación en lingüística indígena dentro del universo discursivo de la arqueología y la historia, mientras que fue excluido del referido a la lengua, en el sentido de Schlieben-Lange (1993). Esta afirmación se basa en los objetivos que guiaron estas investigaciones, como así también en la metodología aplicada. Así, en cuanto a los propósitos perseguidos por Outes, es posible reconocer un intento por aportar a la reconstrucción de la cartografía étnico-lingüística iniciada por Lafone Quevedo, mientras que, metodológicamente, partió de la búsqueda y análisis de fuentes históricas y documentaciones de lenguas. Se encargó, asimismo, de su preparación y publicación, lo que fue posible gracias a la existencia de una firme red de intercambio de manuscritos e ideas entre los distintos interesados en el asunto (véase Farro y De Mauro 2017). Así, además de recibir de parte de Claraz algunas de las fuentes mencionadas en el capítulo, en más de un caso Outes también contó con la colaboración de Lehmann-Nitsche en la traducción del material original en alemán y en varios artículos agradece a Mitre por abrirle las puertas de su extensa biblioteca.

A partir de los trabajos analizados, podemos observar, por otra parte, que Outes no se encargó de describir lenguas ni de hacer trabajos de campo para la recolección de vocabularios o textos, ni parecía contar con una formación específica en lingüística; antes bien, se evidencia cierto desconocimiento del metalenguaje. Tampoco incorpora referencias a los estudios lingüísticos internacionales contemporáneos (como los desarrollados por Franz Boas y Alfred Kroeber en Estados Unidos, Paul Rivet en Francia y Wilhelm Schmidt en Suiza, que veremos en el capítulo siguiente) y en cambio continúa con la línea decimonónica de Paul Ehrenreich y Daniel Brinton, referentes de sus predecesores. Es decir, para Outes los aportes de la lingüística fueron ancilares para sus hipótesis antropológicas y arqueológicas.

¹²³ En esta misma línea, la ya mencionada introducción de Outes del campo de la antropogeografía en el ámbito local también constituye una marca de la temprana incorporación de la Escuela Histórico Cultural en los estudios antropológicos del país.

Con todo, las tareas de recuperación de materiales previamente registrados y la organización de bibliografías que Outes llevó adelante significaron una contribución de relevancia no solo para los estudios lingüísticos y la reconstrucción de cartografías étnicas sino también para una epihistoriografía de la lingüística misionera (Swiggers 2009), por un lado, y para la historia de la Patagonia, por el otro. Particularmente en lo relativo a sus aportes en el ámbito de la lingüística indígena, Outes fue reconocido como un continuador de la obra iniciada por Lafone Quevedo y Mitre y como uno de los principales responsables de los estudios sobre las lenguas de la región rioplatense y de fuegopatagonia (véase, por ejemplo, Imbelloni 1936b; Portnoy 1936; Dick Ibarra Grasso 1958).

Hablamos de un Outes arqueólogo, condición que nos permite pensar en los manuscritos como datos que él recupera para integrarlos en un corpus en construcción. Esta tarea, junto con la recepción tanto celebratoria como crítica de su obra en estudios posteriores, es la que nos permite considerarlo una figura singular de la lingüística argentina del período. Esta singularidad también le viene dada por ser un interlocutor más crítico que propositivo, lo que, sumado a los enfrentamientos constantes que tuvo en los cargos burocráticos que ocupó (lo que se evidencia en la documentación; véase II), posiblemente haya conducido a que fuese una figura poco estimada entre los americanistas, como así también a que encontrara sucesivos obstáculos en el desarrollo de su carrera.¹²⁴

Sin embargo, todo ello no impidió que Outes ascendiera en su carrera académica. Así, luego de la publicación de estos trabajos, consolida su posición en la Universidad de Buenos Aires, donde llega a ocupar el cargo que había dejado vacante Lehmann-Nitsche en 1930. Ese mismo año, como vimos anteriormente (§II. 3), es designado también director del Museo Etnográfico, cargo que desempeña hasta su retiro definitivo de la vida académica en 1938. En 1936 comienza con serios problemas de salud que no le impiden, sin embargo, integrar la comisión fundadora y presidir la Sociedad Argentina de Antropología (en la que también participará Imbelloni, como se verá más

¹²⁴ De hecho, muy tempranamente deja entrever su carácter crítico y directo, al exponer en su primer trabajo sobre los querandíes, por ejemplo, una acusación al director del Museo de La Plata, Moreno, por la poca voluntad para facilitarle materiales necesarios para el estudio del tema: “Se observará que no hayamos consultado las colecciones del ‘Museo de La Plata’ Tenemos por lo tanto que justificar nuestro proceder. Hace tiempo nos dirigimos al Director de dicho Museo, con el objeto de que nos otorgara permiso requerido y nos fijara una hora para su estudio; pero aquel nos contestó que las colecciones aún no estaban organizadas y no se hallaba en el país el empleado encargado de la sección respectiva. Hemos insistido en nuestro pedido, al que se nos ha contestado de idéntica forma. Visto que siempre obteníamos la misma respuesta, hemos resuelto no mencionar las colecciones de este establecimiento, confiando más en el valor científico que pueda tener las nuestras que aunque muchísimo menos numerosas han sido recogidas con más método” (Outes 1897: X-XI).

adelante). En 1937 se agrava su enfermedad, situación que conduce a su retiro definitivo en 1938, aunque es reconocido con el cargo de profesor honorario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Con 61 años, Outes fallece el 29 de septiembre de 1939 en la ciudad de Buenos Aires.

VI

José Imbelloni y el estudio de las lenguas indígenas: primeros debates y propuestas (1926-1943)

En los próximos dos capítulos analizamos la participación de José Imbelloni en el desarrollo de los estudios antropológicos argentinos y su incidencia en la construcción del conocimiento sobre las lenguas indígenas en el país. Como anticipamos (§II. 5), Imbelloni tuvo un rol decisivo en la organización de la antropología local, basado en parte en la imposición que llevó a cabo del modelo de la Escuela Histórico Cultural. La centralidad que logró alcanzar a lo largo de su carrera fue tal que no solo condicionó la antropología porteña, sino que también lo habilitó a participar en la organización de esta disciplina en otros espacios universitarios, tal como vimos anteriormente (§II. 5) para el caso de Tucumán. Asimismo, su influencia llegó hasta la Patagonia, como se explicará más adelante (§VII. 3), e hizo de este territorio el objeto dilecto de los estudios de la Escuela Histórico Cultural local.

Específicamente en cuanto al estudio de las lenguas indígenas, Imbelloni incorporó tempranamente discusiones y categorías de análisis hasta entonces ausentes en el aparato epistemológico de la lingüística indígena, que operaba bastante alejado del despliegue teórico que tenía contemporáneamente lugar en Estados Unidos y Europa. Estas incorporaciones y sus repercusiones serán el principal objeto de este capítulo, ya que nos permitirán reponer una serie de cuestiones y argumentaciones (Schlieben-Lange 1993), a partir de las cuales caracterizaremos el tratamiento de las lenguas indígenas entre 1920 y 1943. Con todo, tal como se verá, a nivel metodológico, Imbelloni se dedicó, mayormente, al análisis documental, al igual que Outes. Así, el único registro lingüístico que realizó fue parte de los resultados de una expedición organizada durante su gestión frente al Instituto de Antropología y Museo Etnográfico, que se examinará en el capítulo siete.

A continuación, entonces, analizaremos sus primeras intervenciones en el campo científico argentino y sus estrategias de posicionamiento a partir de la publicación de una obra que tuvo una

sensible repercusión, *La Esfinge Indiana. Antiguos y nuevos aspectos de los orígenes del hombre americano* (1926a). Allí introduce una teoría de filiación lingüística del quechua con lenguas de Oceanía, y genera un debate en el que expone teorías hasta entonces ausentes en los estudios sobre lenguas indígenas en la Argentina. La segunda parte del capítulo abarca el periodo de ascenso de Imbelloni en el campo antropológico local, a mediados de la década del treinta. Nos detendremos, específicamente, en la publicación de *Epítome de culturología* (1936a), una obra en la que expone los principios teóricos y metodológicos de la Escuela Histórico Cultural de Viena, a la que a partir de entonces adscribirá en todos sus puntos, convirtiéndose en su mayor referente a nivel nacional. Finalmente, por su estrecha relación con nuestro tema, analizaremos su participación con dos capítulos en la *Historia de la Nación Argentina* (1936b; 1936c). Uno de ellos, al que prestaremos especial atención, refiere a los estudios de las lenguas indígenas en la Argentina a partir de una historización del campo que revisaremos en función de la clasificación de historias de la lingüística que presenta Koerner (2014).

La selección de estos textos se explica, en los primeros dos casos, por ser obras en las que, publicadas con diez años de diferencia, Imbelloni realiza intervenciones decisivas en el campo de los estudios antropológicos argentino al plantear propuestas teóricas y metodológicas novedosas, además de operar como verdaderos epítomes de cada una de esas instancias de su trayectoria. Su colaboración en la *Historia de la Nación Argentina*, por su parte, es relevante, entre otras cuestiones, porque revela el valor que tenía Imbelloni para los estudios de lingüística indígena y porque da cuenta de la importante posición que había ganado por entonces. De cualquier modo, oportunamente también abordaremos otros artículos de su autoría que dialogan con estas intervenciones, que fueron decididamente las más destacadas en esta primera parte de su carrera académica.

VI. 1. Primeras formulaciones: *La Esfinge Indiana* (1926)

En 1921 llegaba Imbelloni a la Argentina, donde se radicaría por el resto de su vida.¹²⁵ Inmediatamente tras su arribo fue nombrado profesor suplente de Antropología en la Facultad de

¹²⁵ José Imbelloni nace en 1885 en un pequeño pueblo del sur de Italia llamado Lauría. Entre 1908 y 1915 realizó una estancia en la Argentina como corresponsal de prensa de un diario italiano y publicó varios artículos de defensa y difusión de la guerra que estaba aconteciendo en Europa en importantes periódicos locales como *La Prensa* y *La Nación* (véase Garbulsky 1987). Ya iniciada la Primera Guerra Mundial, retorna a Italia para enrolarse en el ejército (Carrizo 2000). Allí se formó en Ciencias Médicas en la Universidad de Perugia, lo que le valió su título de grado. Tiempo después, en 1920, se doctoró en Ciencias Naturales con mención en Antropología en la Universidad de Padua,

Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y, a inicios de mayo de 1922, esta misma unidad académica lo designó encargado de investigaciones antropológicas del Museo Etnográfico durante la gestión de Debenedetti. Al poco tiempo fue contratado por la Universidad Nacional del Litoral como profesor titular de Historia de Oriente y Grecia y de Historia de Roma y Edad Media, situación que lo condujo a la renuncia, tres años después, a su cargo en el Museo (véase §II. 2). En esta misma universidad se desempeñó, además, como director técnico de la biblioteca de la Facultad de Ciencias de la Educación. No obstante, permaneció pocos años en Paraná, hasta 1931; y, durante ese periodo, no cesaron sus gestiones para retornar a Buenos Aires, donde simultáneamente dictó, en calidad de profesor suplente, dos cursos en la Universidad de esta ciudad: “Métodos de etnología”, en 1928, y “Antropología de los clásicos (la Biblia)”, en 1929.¹²⁶ Era tal su descontento con aquella ciudad que en una correspondencia que mantiene con Lehmann-Nitsche, expresa: “Ud. conoce mis votos [de año nuevo]: salir de esta Tebaida” (Imbelloni a Lehmann-Nitsche, 3/1/1927, IAI).

Durante su estancia en Paraná, escribe *La Esfinge indiana. Antiguos y nuevos aspectos del origen del hombre americano* (1926a), una extensa obra en la que presenta una serie de estudios articulados por el americanismo, a partir de los cuales discute planteos de amplio consenso en el ámbito científico local e internacional e introduce nuevas propuestas acerca del problema que describe en su subtítulo: los orígenes del hombre americano. Entre ellas, en lo relativo a las lenguas indígenas, plantea una hipótesis de filiación genética entre el quechua y lenguas melanesio-polinesias que será el principal objeto del análisis de este apartado.

Con la publicación de *La Esfinge*, además, un “recién llegado” (en términos de Bourdieu 2000 [1976]) se convierte en uno de los principales interlocutores de la escena americanista del momento, sobre todo en tanto trata temáticas sensibles de esta materia. De hecho, según nuestra hipótesis, el carácter polémico de la obra formó parte de sus estrategias para adquirir visibilidad frente a la academia porteña y poder así regresar a Buenos Aires. Tanto es así que, a partir de entonces, su carrera inicia una etapa de ascenso: también en 1926 obtiene el cargo de “adscripto

bajo la dirección del Jefe del Instituto de Antropología de esa universidad, Enrico Tedeschi, con una tesis sobre craneometría, *Introduzioni a nuovi studi di cranitrigonometria* (que en 1921 sería publicada en su versión en castellano en los *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*). Para conocer más sobre la primera etapa de Imbelloni en la Argentina, véase Carrizo (2014).

¹²⁶ En lo que respecta a la información biobibliográfica, seguimos en lo esencial a Imbelloni (1930). Acudimos también a otras fuentes, en particular biógrafos de Imbelloni e investigadores dedicados a la historia de la antropología argentina (véase §I. 3. 3), que se citan oportunamente.

honorario” de Antropología en el Museo Nacional de Historia Natural “Bernardino Rivadavia” y de “adscripto *ad honorem*” del Museo Etnográfico (Imbelloni 1930). Un año después es nombrado miembro correspondiente de la Junta de Historia y Numismática Americana (actual Academia Nacional de Historia). En 1931, es promovido a jefe de la Sección de Antropología en el Museo Nacional de Historia Natural (rol que desempeñará hasta 1946). Desde entonces, ya con un trabajo estable, retorna a Buenos Aires.

La Esfinge Indiana es una obra abocada al estudio de la “prehistoria” de América que parte de la presentación y abierta refutación de distintas teorías sobre la procedencia de las poblaciones americanas que habían sido elaboradas por intelectuales de peso en el ámbito científico, muchos de los cuales eran contemporáneos, locales y estaban en pleno ejercicio. La obra cuenta con un gran despliegue bibliográfico, teórico y de debates metodológicos que aportan a la construcción de un enunciador avezado, un profesional que maneja, aparentemente con profundidad, las principales discusiones sobre este asunto que se estaban dando en los centros académicos más importantes de Europa y Estados Unidos.

Según expresa el autor en el prólogo, se trata de una obra de divulgación científica. Sin embargo, para seguir los planteos que allí se presentan es necesario un bagaje con el que un lego en la materia difícilmente contaría. Esta delimitación del público lector pareciera ser, en realidad, una estrategia discursiva a través de la que presenta a sus colegas como demasiado apegados a sus propias teorías, para de ese modo exaltar su propio trabajo. En este sentido, el autor expresa que los especialistas no serían sus destinatarios preferenciales ya que este grupo “ya tiene realizada por su propia cuenta la selección que aquí nos proponemos realizar junto con el lector” (Imbelloni 1926a: 10). En esta misma línea, luego de listar una serie de casos particulares, plantea: “En verdad, ninguno de los despropósitos clásicos está realmente confinado en el reino de las cosas muertas. Dotado de una vida latente, cada uno de ellos espera que una especie de turno misterioso le conceda penetrar en la circulación activa de los prejuicios humanos” (Imbelloni 1926a: 10). Finalmente, en el “Epílogo” de la obra, menciona a una “escuela argentina de estudios modernos americanos” y se presenta a sí mismo como su “estimulador e iniciador” (Imbelloni 1926a: 322).

Era esperable que esta modalidad discursiva despertara revuelo en este campo de estudios. De hecho, la obra tuvo una recepción bastante polémica y fue objeto de variadas reseñas y críticas

no solo a nivel nacional (Benigar 1928; Costa Álvarez 1928a; 1928b; 1928c),¹²⁷ sino también internacional (Mendes Côrrea 1928; Smith 1927; Wheeler 1927), que colocaron a Imbelloni en una posición relativamente central en la escena antropológica local. En este sentido, en *La Segunda Esfinge* (una versión publicada treinta años después de la primera, revisada y considerablemente modificada) expresa, de hecho, que la primera versión le permitió “difundir el desconocido nombre del autor entre todos los lectores de la América latina” además de suscitar “curiosidades e intereses que no se extinguieron con el rápido agotamiento de los ejemplares” (Imbelloni 1956: 13).

El punto de partida de *La Esfinge* es la definición del americanismo, planteada por el autor como una disciplina holística, que involucra un método integral de análisis de datos de distinta naturaleza para la dilucidación de los orígenes del hombre americano. En sus propias palabras:

El Americanismo, o Americanística como escriben algunos, entre ellos Lenz, es una ciencia *sui generis*. No es el americanismo astronomía, y sin embargo ha producido demostraciones o teorías astronómicas, que, al admitirlas o rechazarlas, reclaman ser discutidas *ab imo*. No es el Americanismo geología, y sin embargo reposa en la geología; ni es zoología, paleontología o botánica, pero contiene, a la vez, todo esto. De igual manera, no se puede abordar su historia, sin tener ideas claras sobre la eficacia del método etimológico, la historia de las religiones, las ciencias orientales, la egiptología, las lenguas clásicas y la filología. Por otra parte, su contenido esencial pertenece al antropólogo, al arqueólogo, al lingüista y al etnógrafo (Imbelloni 1926a: 9).

En lo referido a las preguntas que lo guían, la medular se relaciona con la procedencia y filiación de la raza americana. En este sentido se plantea si “forman o no forman los indígenas, desde el círculo ártico hasta el antártico, una sola raza por el aspecto somático, una sola familia cultural, y un solo *stock* lingüístico” (Imbelloni 1926a: 265), en debate con la propuesta de Brinton que revisamos más arriba (§III. 2) y los alcances de Outes (véase §V. 1) acerca de la unidad racial de los grupos indígenas americanos. Más adelante profundiza:

Ahora bien, este era precisamente el punto más difícil de resolver: si las diferencias raciales observadas en América desde Alaska hasta Tierra del Fuego, pueden o no pueden ser explicadas como variaciones de un tipo primario, preexistente, y más o menos igualmente

¹²⁷ Juan Benigar (1883-1950) fue un estudioso croata radicado en Kelleñ Ko, entonces Territorio nacional del Neuquén, quien dedicó un libro completo, *El problema del hombre americano*, a criticar *La Esfinge*. Para más información sobre la discusión con Benigar, véase Domínguez y De Miguel (2018); este debate no se retoma aquí debido a que Imbelloni no la tomó en cuenta ni tuvo repercusión posterior. La crítica de Costa Álvarez, por el contrario, será desarrollada más adelante (véase §VI. 2. 2).

distribuido, el que tuvo que adaptarse a diferentes regiones antropogeográficas (Imbelloni 1926a: 267).

La respuesta a esta pregunta la encuentra, entre otras referencias, en un geógrafo y antropólogo físico de origen italiano, Renato Biasutti (1878-1965), cuya propuesta le permite afirmar que “la población de América no es homogénea; segundo, que los primeros hombres calcularon el suelo del continente ya desde el cuaternario” (Imbelloni 1926a: 269).

Otra de las disquisiciones centrales que presenta son dos teorías antropológicas de gran extensión en el periodo: la de la divergencia y la de la convergencia. Mientras la primera sostiene que las creaciones humanas parten de un punto específico y luego, como consecuencia de la difusión, se expanden al resto del mundo;¹²⁸ la segunda afirma que las coincidencias se explican por ciertas ideas elementales compartidas por todos los grupos humanos.¹²⁹ Esta disquisición será uno de los indicadores de su temprano enrolamiento en la Escuela Histórico Cultural, de matriz difusionista. Así, si bien tanto nuestro autor como otros representantes de esta escuela admiten la existencia de ciertas ideas elementales y la “unidad psicológica del género humano” (Imbelloni 1926a: 292), gran parte de los hábitos y desarrollos culturales habrían tenido algunos focos de origen que luego se habrían reproducido por el resto del planeta a partir de la imitación (Imbelloni 1926a: 295).

En cuanto a los debates acerca del lugar de procedencia de la población americana en los que se inserta Imbelloni, los más destacados son los siguientes. En primer lugar, el autor discute con la propuesta de un coterráneo suyo, también formado en Europa y radicado en Argentina desde 1893: Clemente Ricci (1873-1946),¹³⁰ quien había sostenido el origen sumerio de los grupos americanos (Imbelloni 1926a: 109), a partir de un análisis fundamentalmente filológico que Imbelloni refuta término a término a lo largo de varios capítulos. A este objeto de crítica se le

¹²⁸ Esta teoría fue expuesta por Friedrich Ratzel (1844-1904), responsable del modelo de antropogeografía y uno de los antecedentes directos del modelo de la Escuela Histórico Cultural, quien sostenía que el desarrollo de la humanidad depende de las migraciones, ya que estas favorecen el intercambio de creaciones originales.

¹²⁹ El principal exponente de la teoría de la convergencia fue Adolf Bastian (1826-1905), quien había planteado la teoría acerca de ciertos “principios elementales” (*Elementargedanken*) compartidos por toda la humanidad, lo que explica creaciones análogas en regiones muy distantes.

¹³⁰ Por entonces, Ricci era una figura de prestigio dentro de la escena académica porteña: se desempeñaba como profesor titular de Historia de la civilización y era vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Asimismo, sus aportes habrían resultado innovadores para la época. Un alumno suyo lo recuerda, en este sentido, de la siguiente manera: “El trajo el concepto moderno de la investigación histórica y fue el primero en enseñar entre nosotros el verdadero método que permite la penetración científica en el pasado, diferenciando netamente entre el material objetivado, base inmovible de la ciencia histórica, y la redacción historiográfica, obra subjetiva” (Prieto 1941: 104).

suman otros como la cronología hiperbólica sobre las ruinas de Tiahuanaco como lugar de origen del hombre americano planteada por el militar, explorador y antropólogo de origen vienés radicado en Bolivia, Arturo Posnansky (1873-1946); o la propuesta de la Escuela de Manchester acerca de la civilización heliolítica, ubicada en el valle del río Nilo, como cuna de la civilización universal. Otras de las teorías e hipótesis sometidas al riguroso análisis de Imbelloni fueron planteos locales que ya habían sido superados en el campo científico, como los de Ameghino acerca de los orígenes de la humanidad en la Patagonia o la de Vicente Fidel López acerca de la filiación del quechua con la lengua de los antiguos pelasgos.

En lo que sigue, presentaremos su propia postura sobre el asunto, con especial atención a sus hipótesis lingüísticas. Esto nos permitirá identificar cómo aborda Imbelloni, en su primera propuesta americanista, el problema de las lenguas indígenas, a partir del cual se involucra en un intercambio argumentativo que para entonces tenía como principales participantes al lingüista italiano Alfredo Trombetti (1866-1929) y al antropólogo francés Paul Rivet (1876-1958). Luego, analizaremos las repercusiones de la propuesta del propio Imbelloni, quien adhirió al planteo de Rivet, como así también las modificaciones que sufre ese modelo en trabajos posteriores, a partir de una incorporación novedosa en el ámbito científico local, la noción de *cadena isoglosemática*, extraída del *Cours de linguistique générale* (1916) de Ferdinand de Saussure. Asimismo, revisaremos un debate que sostiene con Arturo Costa Álvarez a raíz de *La Esfinge*, que nos permitirá examinar algunas discusiones teóricas del período que son clave para comprender el ámbito epistemológico en el que se inserta en ese momento el estudio de las lenguas indígenas.

VI. 1. 1. La prueba lingüística

Como dijimos más arriba, la crítica a la hipótesis del origen americano de los sumerios sostenida por Ricci es un punto de partida para dar cuenta de la propuesta teórica y metodológica de Imbelloni y abarca casi integralmente las dos primeras partes de *La Esfinge*. El planteo de Ricci, basado en un estudio etimológico de ciertos términos (“caballo”, “asno”, “vid” y “león”), seguía, para Imbelloni, un método erróneo y anticuado, denominado “paleolingüística”.¹³¹ Esta disciplina,

¹³¹ Como se mencionó en una nota anterior (véase §III. 2), la “paleontología lingüística” fue un método diseñado por el filólogo francés Adolphe Pictet y formó parte del título de una de sus obras más reconocidas *Les origines indo-européennes, ou les Aryas primitifs. Essai de paléontologie linguistique* (Morpurgo-Davies 1998; Van Hal 2005). Tchougounnikov ubica históricamente y define a la paleontología lingüística de la siguiente manera: “En effet, depuis le milieu du XIX siècle, la paléontologie linguistique et la mythologie comparée étaient conçues comme deux branches de la linguistique comparée (Aa. Kuhn, A. Pictet, M. Müller y C. Abel). La paléontologie linguistique a pour but de

de gran extensión en el siglo XIX, se basaba en el dato lingüístico para la resolución de las preguntas centrales acerca de orígenes poblacionales y contactos, lo que nuestro autor historiza de la siguiente manera: “En ese período heroico no tan solamente las dudas arqueológicas, sino también todos los problemas topográficos, se resolvían mediante la lingüística” (Imbelloni 1926a: 87). Para Imbelloni este modelo, incluso al momento en que Ricci realizaba sus análisis, ya había sido sepultado:

Sobre su sepulcro fué escrito, a guisa de lápida, que *la paleolingüística no tiene fundamento alguno, que no merecen fe las representaciones de la vida del Urvolk deducidas por su intermedio, y que es prudente, en dichas reconstrucciones, ‘limitarse a los resultados de la arqueología prehistórica’* (Imbelloni 1926a: 89; destacado en el original).

El análisis que realiza del planteo de Ricci es relevante para comprender el valor que tiene para nuestro autor la lingüística en tanto prueba necesaria mas no suficiente en el diseño de hipótesis acerca de la procedencia de la población americana. Además, le sirve para insertarse en un debate del ámbito local, al poner en cuestión método e hipótesis de un personaje reconocido en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires. Con todo, en *La Esfinge* presenta otro debate, iniciado en Europa, que será el de mayores repercusiones en el ámbito de la lingüística y que llegará, incluso, a trascender ese continente. Nos referimos a las discusiones acerca de la posible filiación de las lenguas oceánicas y melanesio-polinesias con lenguas americanas que se discutía desde inicios del siglo XX y que alcanzarán su mayor expresión a mediados de la década del veinte, a partir de las propuestas de Rivet y de Trombetti.

Así, dos años antes de la publicación de *La Esfinge*, Rivet publicaba “Les Mélanésos-Polynésiens et les Australiens en Amérique” (1924),¹³² un artículo en el que planteaba el

reconstruire les faits de l’époque pré-historique (telles que les particularités de la pensée, les conditions matérielles de la vie et la distribution géographique des Indo-Européens primitifs) essentiellement à partir du vocabulaire d’une langue hypothétique reconstituée. Cette discipline se fonde sur l’analyse comparée des données collectées dans les domaines de la linguistique comparée, de l’archéologie, de la mythologie comparée, du folklore, de l’histoire et de la sociologie” (Tchougounnikov 2005: 296).

¹³² Un año después, el mismo artículo aparecerá en la revista *Anthropos* (Rivet 1925), dirigida por el padre Schmidt, principal representante de la Escuela Histórico Cultural. Este trabajo de Rivet dialoga explícitamente con los aportes que había realizado por entonces esta escuela, y más particularmente Schmidt y Graebner, en lo relativo a la conexión entre pueblos de Australia y los pueblos fueguinos.

Años después, Schmidt reconocerá el aporte de Rivet de la siguiente manera: “Lo mismo ha hecho en Sudamérica P. Rivet, quien recientemente ha reconocido los resultados importantes de la investigación histórica cultural tocante la relación de las culturas americanas de las capas más antiguas con las de Oceanía y Australia, y trata de completarlos mediante una investigación lingüística” (Schmidt 1932: 241).

emparentamiento de las lenguas melanesio-polinesias con la lengua hoka de la costa del Pacífico y el de lenguas australianas y el grupo chon de la Patagonia, a partir de una gran cantidad de cognados: en el caso de las primeras, encontró 140 coincidencias de 160 términos escrutados; en el caso de las segundas, 70 (Rivet 1924). Esta compulsión condujo a Rivet a sostener la siguiente afirmación:

La présence de tribus parlant le Mélanésio-Polynésien et l’Australien en Amérique est un fait qui ne surprendra ni les archéologues, ni les ethnographes, ni les anthropologues. Les uns et les autres ont, en effet produit maints arguments en faveur de ces migrations, et la linguistique ne fait qu’apporter à l’appui de leur thèse une preuve décisive (Rivet 1924: 5).

Más allá de la gran cantidad de cognados hallados, la particularidad de su modelo —que será retomado por Imbelloni, como se verá— radica en la complementariedad de estas coincidencias con otras de tipo antropológicas. En este sentido, Rivet planteaba:

Cette remarquable concordance des données de l’anthropologie, de l’ethnographie et de la linguistique, dont j’ai déjà signalé d’autres exemples en Amérique, montre que partout le brassage des peuples n’a pas été trop intense, la solidarité des caractères physiques, ethnographiques et linguistiques peut être mise en lumière et, en tout cas, mérite d’être recherchée (Rivet 1924: 340).

Un año después, Trombetti publicaba “Lingue Oceaniche en America?” (1925), un trabajo en el que, si bien no refutaba la filiación de las lenguas oceánicas y australianas con las americanas (de hecho, él mismo ya había afirmado este vínculo en Trombetti [1907]), cuestionaba la propuesta de Rivet en lo relativo a la procedencia original del contacto, en defensa de su propia hipótesis monogenética del lenguaje.¹³³ Así, mientras que para el francés la conexión de estos grupos habría

La cita corresponde a un capítulo de una de las obras más importantes de Schmidt, *Historia comparada de las religiones*, donde realiza una revisión del alcance de la Escuela Histórico Cultural en distintas partes del mundo. En el caso de la Argentina, únicamente cita a los trabajos del antropólogo francés, Alfred Métraux, quien se desempeñaba entonces como director del Museo de Tucumán, mientras que Imbelloni se encuentra ausente de la nómina.

¹³³ Ya desde 1905, el “glotólogo” italiano sostenía, en cuanto a la unidad de origen del lenguaje humano, lo siguiente: “Il progressi della glottologia hanno costantemente condotto a successive riduzioni e alla formazione di gruppi linguistici sempre piú vasti e di ordine sempre piú elevato; ossia ci hanno condotto appunto verso la monogenesi del linguaggio, contro la quale non é possibile muovere alcuna obbiezione. Né si può dire *a priori* che la differenziazione delle lingue sia tanto progredita da impedire il riconoscimento dell’unità primitiva” (Trombetti 1905: 19-20).

occurrido direttamente a través del Pacífico, para el lingüista italiano el origen de estos pueblos se ubicaría en el sur de Asia, lo que sería, para él, la cuna de la humanidad:¹³⁴

Una parte delle comparazioni del Rivet non regge o ha scarso valore, altre sono eccellenti, ma non valgono a dimostrare la tesi sostenuta dal valente americanista. Connessioni linguistiche molto precise fra le lingue dell’Australia e affini e le lingue della Patagonia e della Terra del Fuoco io avevo segnalato fino dal 1907 in “Come si fa la critica di un libro” (186-196) e avevo tentato di spiegarle con migrazioni attraverso il Pacifico; senonché studi ulteriori mi convinsero che non esistono nell’America gruppi isolati e avulsi dagli altri e che le corrispondenze linguistiche oceanico-americane dovevano spiegarsi con la comune origine dall’Asia meridionale (Trombetti 1925: 28).

En *La Esfinge*, Imbelloni, por su parte, coincide con la hipótesis monogenética de su connacional, además de considerarlo un referente en el ámbito de los estudios “glotológicos” (denominación a la que, de hecho, le dará notoria continuidad a lo largo de su carrera, como se verá más adelante).¹³⁵ Sin embargo, criticará su trabajo por “subordinar todo otro método al de la palabra” (Imbelloni 1926a: 139).¹³⁶ Más concretamente, para Imbelloni es insuficiente aducir como única prueba la lingüística para afirmar la monogénesis de la humanidad; expresa, entonces, lo siguiente:

¹³⁴ En cuanto a este tema, Trombetti planteaba: “Che cosa significasse il cerchio centrale non era detto, ma facilmente si poteva indovinare: il supposto centro di dispersioni dei popoli primitivi e dei loro linguaggi. [...] Credo di potere ormai precisare maggiormente, nominando la regione alla quale io pensavo e penso: essa è l’India” (Trombetti 1922: 204).

¹³⁵ Trombetti definía en 1922 a esta disciplina de la siguiente manera: “La Glottologia, o scienza del linguaggio, è dunque ben distinta dalla Filologia, con la quale viene troppo spesso confusa in sé o per il nome. Così gl’inglesi chiamano generalmente l’una e l’altra *Philology*. Per il glottologo tutte le lingue possono e devono essere oggetto di studio, non solo quelle che hanno importanza pratica e letteraria (italiano, arabo, cinese ecc.), o soltanto letteraria, come sono alcune lingue estinte (assiro, egizio ecc.), ma anche quelle che generalmente non si considerano importanti né per l’una né per l’altra ragione, quali sono in generale le lingue parlate da piccoli nuclei di popoli ‘primitivi’. Anzi, per il glottologo tali idiomi sono spesso più interessanti di altri, perché meglio rappresentano la naturale evoluzione del linguaggio e meglio conservano gli elementi più arcaici, laddove gl’idiomi dei popoli più inciviliti (egizio, cinese ecc.) si allontanano spesso e non poco dalle condizioni primitivi” (Trombetti 1922: 1-2).

¹³⁶ De hecho, en un trabajo temprano, el lingüista italiano afirmaba la importancia del lenguaje para resolver preguntas de gran inquietud en la historia de la humanidad: “Solo con l’unità d’origine del linguaggio é possibile la glottologia generale comparativa (“allgemeine vergleichende Sprachwissenschaft”), disciplina la quale può gettare viva luce sulle questioni che più agitano lo spirito umano” (Trombetti 1905: 53). Sin embargo, en 1922 admitía la importancia de trabajar en diálogo con otras disciplinas: “il fine ultimo della Glottologia è in pari tempo un mezzo per lo studio dell’Umanità nel suo sviluppo parallelo a quello del linguaggio orale articolato. Ma i dati della Glottologia essendo insufficienti per risolvere i problemi più importanti, sorge il bisogno di integrarli e confrontarli coi risultati di altre discipline che studiano l’Uomo sotto altri aspetti, fra le quali possiamo nominare in primo luogo la Paleontologia, l’Antropologia e l’Etnologia” (Trombetti 1922: 292-293).

[...] el material de estudio del lingüista, y hablamos aquí del más venerable [o sea, Trombetti], procede a lo sumo, de algunos miles de años, entre 4 o 6; mientras que el problema [del origen de la humanidad] se coloca en una antigüedad de 100 ó 200 milenarios, cuando menos. Aún concediendo que pudiesen sus relictos alcanzar a una edad tan remota, la variabilidad intensa y caducidad de este material no permiten que se le compare con los huesos del esqueleto y el sílex de las industrias prehistóricas, que son imágenes relativamente escasas, pero infaliblemente fieles del pasado (Imbelloni 1926a: 139).

Por otra parte, además de criticarlo metodológicamente, no acuerda con la propia hipótesis migratoria de Trombetti, quien sostenía que la procedencia de los pueblos americanos habría ocurrido a través del estrecho de Behring, lo que implicaría una filiación en sentido norte-sur, es decir, desde Alaska hasta Tierra del Fuego a lo largo de la costa del Pacífico. Para Imbelloni, por su parte, el sentido migratorio habría tenido lugar de oeste a este, lo que coincidía con la propuesta de Rivet.

De hecho, será de este último especialista de quien adopte no solo la hipótesis filiatoria sino también su propuesta metodológica, como ya anticipáramos (Domínguez 2019b). En este sentido, sostiene que las comprobaciones lingüísticas deben subordinarse a las “de historia natural y objetos exhumados por el arqueólogo”, es decir, “debe seguir, no preceder, el camino de esas ciencias” (Imbelloni 1926a: 139). En este mismo sentido, dirá: “No es exclusiva del lingüista la aspiración a determinar vastas familias de pueblos, sobre la base de semejanzas” (Imbelloni 1926a: 164), razón por la cual plantea la importancia de trabajar con un “método correlativo” (Imbelloni 1926a: 279) e integral y expresa, de acuerdo con esto, lo siguiente:

Las dos normas, pues, deben guiarnos en el camino de la verdad: 1° tener como ficticia toda analogía que un antropólogo, etnógrafo o lingüista haya fundado sobre un hecho singular; 2° rechazar, por seductora que fuese, toda prueba antropológica, arqueológica o lingüística que no tenga correspondencia en cada una de las demás disciplinas (Imbelloni 1926a: 282).

Por ello, para Imbelloni, si bien las comprobaciones lingüísticas son relevantes para el estudio de procedencias y migraciones de grupos humanos, estas deben complementar y suceder a las comprobaciones basadas en datos materiales. Es decir, las investigaciones arqueológicas, antropológicas y etnográficas son las que deberían plantear las hipótesis, mientras que los datos lingüísticos serían un simple mecanismo de ratificación o rectificación.

Por otra parte, entiende que la lingüística indígena se encontraba en un estado de “esterilidad absoluta”: “en el campo lingüístico, a pesar de los muchos volúmenes que se han

escrito, no hay un solo dato científico que compruebe satisfactoriamente correlaciones extracontinentales” (Imbelloni 1926a: 282). El trabajo de Rivet habrá sido, según este diagnóstico, revelador: “El descubrimiento de Rivet es —sin duda alguna— la conquista más importante que se ha cumplido hasta hoy en el terreno de los orígenes americanos” (Imbelloni, 1926a: 284).

En función de estos debates, la hipótesis filiatoria que sostiene Imbelloni remite a la relación entre los pueblos indígenas americanos y los oceánicos, más particularmente los de la región malayo-melanesia-polinesia, a partir de la coincidencia en la creación de distintos instrumentos y ciertas prácticas culturales. En tal sentido, concibe que “El grande Océano, comportándose, según la bella expresión de los antropogeógrafos, como si fuese un verdadero continente, lejos de aislar, ha cumplido una función unificadora extraordinariamente eficaz” (Imbelloni 1926a: 302).¹³⁷ Más adelante afirma: “El contingente humano que organizó el estado fué oceánico, y oceánica es la lengua que habló y que fue impuesta al pueblo; oceánicos, sus elementos culturales, sus dioses y sus armas” (Imbelloni 1926a: 327).

Si, a lo largo de su trabajo, Imbelloni debate teorías generales acerca de la procedencia de los pueblos americanos en las que incluye esporádicamente cuestiones lingüísticas, será recién en la última parte de *La Esfinge*, en una “Addenda” titulada “Dos notas preliminares sobre el idioma quechua”, donde se dedicará especialmente al análisis y establecimiento de hipótesis filiatorias entre lenguas polinesias y americanas. Esta Addenda se encuentra integrada por dos artículos: el primero de ellos, “Elementos lingüísticos de Oceanía en el Quechua” (1926), a cargo de un joven colaborador, Enrique Palavecino (1900-1966),¹³⁸ al que le sigue un artículo del propio Imbelloni,

¹³⁷ En este mismo sentido, un año después Rivet afirmaba: “Si muchos de los etnólogos y geógrafos modernos han retrocedido hasta ahora ante esta idea, creo que se debe a que nos hemos habituado a considerar el Pacífico, por lo menos al este de la isla de Pascua, como océano desierto, y, de un modo más general, a pensar que los viajes por mar no han podido realizarse hasta una época relativamente moderna. A mi parecer, es este un grande error. Mis recientes estudios sobre el mundo oceánico me han llevado a la convicción de que el hombre ha sido navegante desde un principio y, en verdad, la razón es muy simple. La embarcación más primitiva, la balsa más simple, le procuraban un poderoso medio de transporte, cuyo equivalente en tierra no debía encontrar sino mucho más tarde, puesto que hoy día sabemos, gracias a los hermosos trabajos del comandante Lefebvre des Noëttes, que la utilización racional de la fuerza motriz animal es un invento casi moderno” (Rivet 1928b: 174).

¹³⁸ Enrique Palavecino nació en Buenos Aires en 1900. Realizó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires y se inició en los estudios antropológicos de manera autodidacta. En 1927 es nombrado Auxiliar técnico del Museo Argentino de Ciencias Naturales, donde tres años después comenzó a desempeñarse como Encargado de Etnografía. A partir de entonces inició una intensa actividad de campo que continuará a lo largo de su vida y que le valdrá el reconocimiento de sus colegas. Sus investigaciones fueron afines al modelo de la Escuela Histórico Cultural, adaptado a la realidad local, ya que buscó organizar las áreas culturales de la Argentina. Se desempeñó como director del Museo Etnográfico entre 1958 hasta su fallecimiento en 1966 (Spoliansky, Roca y Sacarafoni 2011).

“El idioma de los Incas del Perú en el grupo lingüístico melanesio-polinesio”, en el que expone la metodología aplicada por su discípulo.

El artículo de Palavecino consiste en un vocabulario comparado entre el quechua y lenguas de la Polinesia, mayormente correspondientes al maorí. Se trata de una comparación fonética y semántica de más de sesenta lexemas, aunque afirma haber encontrado más de un centenar de coincidencias que no fueron volcadas en su totalidad en *La Esfinge*, por no ser lo suficientemente evidentes. A partir de esta comparación Palavecino concluye que “más del 30% de las palabras quechuas están formadas por elementos fonológicamente polinesios, aunque en virtud de las bien conocidas leyes de la semántica se ha transformado de algún modo su significación” (Imbelloni 1926a: 335). La comparación parte de términos extraídos de distintos diccionarios entre los que se destacan el de Middendorf (1890) para el caso del quechua, mientras que para las lenguas de la Polinesia recurre al de Williams (1917), entre otros.

La contribución final de Imbelloni, por su parte, consiste en una explicación teórica, metodológica y expositiva del vocabulario presentado por su dirigido. En primer lugar, plantea que, al ser una obra destinada al público general, los vocablos comparados han sido transcritos tal como aparecen en los diccionarios correspondientes y no con “signos especiales y diacríticos que serían indispensables en las ulteriores exposiciones de carácter más especializado” (Imbelloni 1926a: 351). Luego, advierte que el criterio de selección de vocablos expuestos ha sido la “claridad”, con lo que refiere a las “correlaciones que son inmediatas y apreciables a primera vista, por analogías evidentes o por identidad en la grafía y pronunciación” (Imbelloni 1926a: 351), lo que revela un grave problema técnico que posteriormente será objeto de críticas, ya que basa sus comparaciones en coincidencias gráficas y no fonéticas (véase §VI. 1. 2). Tengamos en cuenta, además, que los diccionarios sometidos a comparación utilizaban como lengua de traducción distintas lenguas occidentales (inglés, alemán, español), de modo que la grafía era demasiado variable como para confiar en que las correspondencias gráficas reflejaran correspondencias fonéticas.

Las diferencias encontradas entre los vocablos son explicadas por el antropólogo a partir de un análisis de la historia de las lenguas correspondientes:

Respecto de la forma *kahu*, que encontramos en Maorí al lado de *Ahu*, no es difícil deducir que en este caso la *k* inicial representa un elemento que ha caído en desuso, o mejor dicho, que

estaba cayendo en desuso al formarse la lengua Maorí, siendo que esta comporta las dos formas, mientras Samoa, Tahiti y Hawai lo han perdido ‘en todos los casos’ (Imbelloni 1926a: 352).

Transcribe, a continuación, el “paradigma” del término, que revela, según él, la historia de las lenguas implicadas, incurriendo así en una superposición de extensión histórica y geográfica. Esta última no necesariamente da cuenta del devenir histórico del término; sin embargo, Imbelloni lo da como un hecho, sin mayores explicaciones.

K-AHU, el tejido

N. Zelandia	Tahiti	Hawai	Rapa nui	Quechua	Araucano
<i>kahur, ahu</i>	<i>ahu, aahu</i>	<i>aahu</i>	<i>kahu</i>	<i>ajsu</i>	<i>a'su</i>

Figura 1: Extensión y variación del término de *k-ahu* ‘el tejido’ (Imbelloni 1926a: 352).

En otro caso, correspondiente al término *awki* (‘príncipe casado, real’ ‘padre’ en distintos dialectos del quechua), a partir de un análisis fonético-semántico relaciona el vocablo con el verbo *allik* ‘mandar’ de la zona de Mortlok y reconstruye la cadena incorporando la designación para términos similares en la extensión propuesta. Repárese, por otra parte, en la confusión entre lenguas y regiones (en el caso de los términos americanos estos son asociados con las lenguas correspondientes, mientras que, en el caso de las lenguas polinesias, los asocia con el nombre de la región):

ARIKI, κρατέω [‘estar al mando’, ‘gobernar’]

Mortlok	N. Zelandia	Mangai (Arch. Cook)	Marquesas	Rapa-nui	Quechua	Aymara
<i>allik</i> , mandar	<i>ariki</i> , jefe primogénito	<i>ariki</i> , rey, alto jefe	<i>hak-aiki</i> , señor	<i>ariki</i> , príncipe	<i>atawki</i> , príncipe casado (Cuzco) <i>auki</i> , padre (dialecto del Sur)	<i>auqui</i> , padre

Figura 2: Extensión y variación del término *ariki* ‘estar al mando’, ‘gobernar’ (Imbelloni 1926a: 353).

Más allá de estas imprecisiones teóricas y metodológicas, Imbelloni introduce innovaciones de relevancia. En cuanto al método, plantea que “[y]a es tiempo de fundar la lingüística comparada de esas dos lenguas [quechua y maorí] sobre una base científica. Desechamos por principio la indagación etimológica” (Imbelloni 1926a: 354), intentando apartarse del planteo de Ricci anteriormente expuesto y criticado por el autor. En este sentido, propone, por su parte, atender a los elementos de las lenguas en los niveles de análisis léxico, fonético y morfémico, “en lo poco que consiente la escasa flexión de estas lenguas” (Imbelloni 1926a: 354), ya que el quechua es una lengua aglutinante y el maorí cercano a ser aislante. Este análisis se complementa con el del *Wörter und Sachen*, un método emergido a inicios del siglo XX que se oponía a la “investigación etimológica puramente lingüística” (Munteanu Colán 2005: 92).¹³⁹ De acuerdo con esta propuesta, Imbelloni propone analizar las palabras en tanto *Kulturwörter*, es decir, ‘palabras culturales’: “que demuestran, además de la puramente idiomática, la procedencia de instituciones, armas, costumbres, instrumentos y técnicas características” (Imbelloni 1926a: 357). Este método implica considerar, entonces, no solo la historia de los términos como datos de la lengua, sino también la historia de los objetos que designan, en tanto estos permiten recabar ciertos datos centrales de las culturas sometidas a estudio (Calvo Calvo 1991; Perna 2007).

Finalmente, propone incorporar en el análisis el “hilo conductor capaz de romper el aislamiento etno y geográfico en que vendría a encontrarse el sistema de concordancias establecido por el glosario comparado Quechua-Maorí, si se dejaran los dos jalones extremos sin evidenciar vinculaciones y lazos” (Imbelloni 1926a: 357); e introduce, consecuentemente, una especie de mapa con las posibles conexiones, organizado en función de ciertas regularidades fonéticas, distinguiendo entre “idiomas de la L” (que incluye a las lenguas de la Melanesia, Tonga, Samoa y Tokelan), “idiomas de la R” (que incluye Nueva Zelandia, el archipiélago Cook, Tahití, Rapa y Rapa-Nui) y “tendencia a eliminar las líquidas L y R” (islas Marquesas). En el esquema que presenta, el quechua y el aymara estarían directamente emparentados con las lenguas de Rapa-Nui, aunque el quechua también presentaría similitudes más débiles con las lenguas de las islas Marquesas. Un análisis similar expone en cuanto a las lenguas que tienden a la pérdida de /k/

¹³⁹ El método *Wörter und Sachen* fue gestado por el austríaco Rudolf Meringer (1859-1931) y el alemán Hugo Schuchardt (1842-1927).

inicial (como se ve en el caso expuesto anteriormente del término *k-ahu*). La división resultante sería la siguiente: las lenguas que eliminaron por completo la /k/ se ubicarían en la franja norte del territorio y comprendería Samoa, Tahití y Hawái; en otras regiones se tendería a la sustitución de /k/ por /t/, como es el caso de las islas Marquesas; mientras que en Tonga, Cook y Rapa-Nui, de la franja sur, se tendería a su conservación; el quechua seguiría esta última tendencia, según entiende el autor.

En síntesis, este primer planteo parte de la comparación de una gran cantidad de términos, que son analizados principalmente en los planos semántico y fonético (o gráfico). En cuanto al nivel semántico, se complementa con la consideración de cada término en tanto *Kulturwörter*, de modo que las correlaciones no solo se establecen en función de coincidencias de significado de diccionario, sino que también se tiene en cuenta la dimensión del término en uso, más particularmente, el sentido que adquiere en cada cultura específica, lo que resulta un método consistente con la investigación antropológica. Por su parte, en cuanto a la cuestión fonética, cuando hay alteraciones significativas, el análisis recurre a la historia de las lenguas implicadas, aunque el principal problema es que se buscan correspondencias en transcripciones gráficas de diccionario. Sin embargo, más allá de lo controversial de la propuesta, lo cierto es que el despliegue teórico que enmarca este análisis de contraste de lenguas (tal es el caso de las propuestas de Trombetti y de Rivet) resulta innovador en el ámbito de estudio de las lenguas indígenas local ya que, hasta entonces, en los trabajos sobre este tema no se solía hacer explícitas las perspectivas lingüísticas teóricas y metodológicas a partir de las cuales se realizaban los análisis, por lo cual estos parecían bastante intuitivos y poco fundamentados.¹⁴⁰ Sin embargo, sostenemos que más que desconocimiento de los desarrollos teóricos, estas ausencias pueden explicarse por una cuestión de las características del género de los textos científicos. En este sentido, Imbelloni trae consigo tendencias europeas que, hasta entonces, no estaban completamente instaladas en el país en lo relativo a la explicitación del punto de partida teórico y metodológico de los análisis, lo que revela, a su vez, una delimitación más estabilizada de las distintas áreas disciplinares en Europa.

VI. 1. 2. Después de la primera *Esfinge*: las cadenas isoglosemáticas

¹⁴⁰ Una excepción lo constituyen algunos intentos de Lafone Quevedo por desarrollar ciertas generalizaciones teóricas que podrían aplicarse a toda instancia de comparación léxica para la dilucidación de emparentamientos lingüísticos, como vimos (§III. 2) para el caso de “agua” o los modos de sufijación.

El interés de Imbelloni por la identificación de cognados para el análisis de hipótesis poblacionales se extenderá, como se verá a continuación, hasta bien avanzada su carrera académica. En particular, el análisis del término *toki* ‘hacha’ fue el que recibió mayor atención luego de su primera formulación acerca de las correlaciones lingüísticas a partir de la compulsa de una gran cantidad de vocablos y, si bien en sus planteos tempranos Imbelloni refiere a *toki* con cierta deferencia en relación con el resto de los términos, solo en trabajos posteriores le dedicará una atención decididamente preferencial.

TOKI, el hacha

N. Zelandia	Samoa	Tonga	Tahiti	Marquesas	Rapa-nui	Perú	Chile	Patagonia
<i>toki</i>	<i>to'i</i>	<i>toki-a-tonga</i>	<i>toi</i>	<i>to'i</i> <i>toki</i> <i>toki-mana</i> , hacha sagrada o de mando	<i>toki</i>	<i>toqui</i>	<i>toqui</i> <i>toquitu</i> <i>m</i> , hachar	<i>toqui</i>

Figura 3: Extensión y variación del término *toki* ‘hacha’ (Imbelloni 1926a: 352).

Esto posiblemente tenga que ver con dos cuestiones interrelacionadas: por un lado, el valor de *toki* para los estudios antropológicos a nivel local (Lafone Quevedo y Ambrosetti, por ejemplo, habían reparado en la extensión de *toki* desde el Perú hasta la región patagónica), como así también internacional (por ejemplo, el descubrimiento de la extensión de *toki* en la región del Perú por la exploradora Scoresby Routledge). Por el otro, porque coincidentemente con una serie de críticas a sus correlaciones que realiza Rivet (1928a) y expondremos más abajo, Imbelloni modifica su método y, en lugar de comparar una gran cantidad de vocablos (según el modelo de ese autor), comienza a analizar grupos pequeños (como en un trabajo bastante posterior donde examina el caso de *kumara* ‘batata’, *amu* ‘murmurar’ y *apai* ‘llevar, cargar’ [Imbelloni 1940]), o términos aislados, entre los que se destaca precisamente *toki*.

El trabajo particularizado con los vocablos lo lleva a modificar su aparato conceptual; así, introduce el concepto de “cadenas isoglosemáticas”, que le permite dar cuenta de coincidencias y

variación en las lenguas en relación con la extensión geográfica. Las cadenas que se conformarían a partir de los cognados permitirían, icónicamente, reconstruir las rutas de migración de los pueblos. El concepto, aunque sin hacerlo explícito en un primer momento, lo toma Imbelloni del *Cours de linguistique générale* —como ya dijéramos—, que lo define de la siguiente forma:¹⁴¹

C'est à l'intercourse qu'est due l'extension et la cohésion d'une langue. Il agit de deux manières: tantôt négativement: il prévient le morcellement dialectal en étouffant une innovation au moment où elle surgit sur un point; tantôt positivement: il favorise l'unité en acceptant et propageant cette innovation. C'est cette seconde forme de l'intercourse qui justifie le mot *onde* pour désigner les limites géographiques d'un fait dialectal (voir 283); la ligne isoglossématique est comme le bord extrême d'une inondation qui se répand, et qui peut aussi refluer (Saussure 1916: 289).

La metáfora asociada con la idea de los rasgos dialectales como ondas acuáticas por su permanente movimiento viene a explicar el fenómeno de la variación de las lenguas y de la dispersión de las variantes en el tiempo y en el espacio. Imbelloni, por su parte, se apropia de este concepto y lo reformula en función de sus propios objetivos: su metáfora remite a una cadena que se dibuja al unir distintos puntos geográficos en función del hallazgo, en cada uno de esos lugares, de vocablos similares (o idénticos) que serán los eslabones de sus cadenas, lo que, a su vez, recuerda las “cadenas” de Lafone Quevedo que vimos anteriormente (§III. 2).

La primera referencia que encontramos a la utilización de “linee isoglossematiche” es en una conferencia que dicta en Roma, “L’idioma Kichua nel sistema linguistico dell’Oceano Pacifico”, en 1926, en el marco del XXII Congreso Internacional de Americanistas (Imbelloni 1928b). En términos generales, este trabajo no presenta, sin embargo, grandes diferencias respecto de lo planteado en *La Esfinge*, sino que, al igual que en esta obra, compara gran parte de los cognados que revisamos anteriormente. En 1928 retoma el asunto en “La première chaîne isoglossématique océano-américaine”, que tuvo lugar en Viena en el marco de un homenaje al padre Wilhelm Schmidt (fundador de la Escuela Histórico Cultural, véase §VI. 2), será recién

¹⁴¹ Saussure retoma el modelo de la *Wellentheorie*, anticipado por Schuchardt entre 1866 y 1868 y finalmente propuesto por Johannes Schmidt en 1872. Un concepto acuñado con el objetivo de superar la teoría de los *Stammbaum* o árboles filogenéticos acuñado por August Schlegel a mediados del siglo XIX (Campbell 1997; François 2014). En el curso, Saussure utiliza el concepto de “líneas isoglosas” o “cadenas isoglosemáticas” para explicar el fenómeno de la variación de las lenguas a partir de su extensión.

entonces cuando introduzca su primera cadena isoglosemática, reconstruida a partir del estudio de la extensión de un término en particular, el mentado *toki*.

Durante el homenaje a Schmidt, Rivet fue otro de los expositores. En la ocasión, el francés criticó explícitamente la naturaleza correlacional de *toki* planteada en *La Esfinge* por Imbelloni, ya que para él no indicaba una filiación genética entre poblaciones americanas y polinesias, sino que antes bien evidenciaba tempranos vínculos comerciales entre los dos grupos (Rivet 1928a). A su vez, en su conferencia establecía que la distribución de los términos provenientes de las islas era desigual en las distintas lenguas americanas que habían sido comparadas, debilitando aún más el planteo de Imbelloni —fundamentalmente por tratarse de apariciones, no tan frecuentes, en lenguas pertenecientes a pueblos muy distintos—:

Tales son los datos lingüísticos sobre los que quería llamar la atención. Observamos que no pueden interpretarse como una prueba de parentesco del Kichua y del Polinesio, como lo han propuesto Palavecino e Imbelloni a propósito de *kumar* y *toki*. En efecto, si *kumar*, *kumal*, pertenece realmente al Kichua, el uso de este vocablo está limitado con toda claridad al dominio septentrional de esta lengua, en tanto que la palabra *toki*, es exclusivamente araucana. Las dos palabras se encuentran por lo tanto en dos regiones muy distantes y en lenguas diferentes (Rivet 1928b: 173).

Es probable que, frente a este tipo de críticas, Imbelloni se haya visto en la necesidad de revisar su propuesta inicial. En este sentido, luego de las observaciones de Rivet, las hipótesis lingüísticas mediante las que justificaba su tesis acerca del origen polinésico de la cultura americana comenzaron a ser más cautelosas. Así, como expondremos a continuación, pasó a referirse más bien a “conexiones” y “contacto” explicados mediante distintos procesos migratorios. Asimismo, la apropiación del concepto saussureano puede haber sido, para Imbelloni, una posibilidad de distanciarse de su primer referente y rectificar su esquema de trabajo, aunque con variaciones bastante superficiales.

En el ámbito local, puede verse un acercamiento temprano a esta categoría en una conferencia que dicta a la Junta de Historia y Numismática Americana, en 1926, como presentación de su hipótesis filiatoria, en la que habla de “isosemántica” e “isofonemática” (Imbelloni 1926b), conceptos posiblemente derivados de las “líneas isoglosas” que también expone Saussure. Sin embargo, será recién en el año 1931, en su artículo “Toki. La primera cadena isoglosemática” —traducción levemente modificada de la conferencia de 1928—, cuando

introduzca una versión en castellano de su propuesta. Asimismo, será en este trabajo cuando vuelve explícito el vínculo de su concepto con el de Saussure, ya que, hasta entonces, la referencia no era directa y en ningún momento Imbelloni había mencionado al profesor ginebrino:¹⁴²

La denominación “línea isoglosemática” y el concepto de continuidad geográfica de los fenómenos lingüísticos que en ella se contiene, fué una creación genial de Ferdinand de Saussure (*Linguistique Générale*, pág. 277). Una denominación análoga es la que me ví en el caso de emplear por primera vez en el año 1928, en mi Memoria sobre la unidad del nombre del *hacha* en las lenguas de las islas del Océano Pacífico y en América. El concepto de “cadena isoglosemática” delinea, en efecto, con suficiente claridad, la finalidad de mi estudio comparativo, y define la importancia geográfica —diría casi naturalista— de la abundante cosecha de datos recogida. Está entendido que, al decir *glosema*, me refería a la doble entidad de los caracteres fonético y semántico reunidos en un vocablo concreto (Imbelloni 1931: 129).

La culminación de esta reformulación la encontramos mucho tiempo después, en *La Segunda Esfinge Indiana* (1956), cuando relativiza los vínculos genéticos entre las lenguas objeto de estudio:

Con respecto al ensayo publicado en la *Primera Esfinge*, no tengo dificultad en apartarme —serenamente— de la formulación de afinidad lingüística en el puro sentido genético que en él sustentaba con sobrado entusiasmo. Mas con igual serenidad afirmo ahora que en ese mismo ensayo estaba ya suficientemente configurado el método que luego me daría el medio de perfeccionar esta indagación, especialmente en las páginas donde aparecieron las series de los vocablos *toki*, *ariki*, *moko-karara* y *kumara* (Imbelloni 1956: 386).

Además, en la misma cita, Imbelloni se muestra conforme con el método aplicado en sus primeros trabajos, aunque sabemos que ya desde el año 1928 había comenzado a complementar las correlaciones con el análisis de las cadenas. En *La Segunda Esfinge Indiana*, expone estos dos métodos de análisis de las relaciones interlingüísticas:

En esta búsqueda se han ensayado dos sistemas: primero, el de comparar los hechos lingüísticos de una zona americana en su conjunto con los equivalentes de otra región extracontinental, y segundo, el de limitarse a un solo elemento por vez, escrutando más a fondo

¹⁴² Un año después, en una conferencia pronunciada en el XXV Congreso de Americanistas, celebrado en 1932, en La Plata, reafirma la procedencia del concepto: “Con el término ‘cadena isoglosemática’ he designado —adaptando un concepto análogo de Ferdinand de Saussure— la sucesión ordenada y continua de un glosema (en su doble aspecto de *fonema* y *semantema*) a través de un determinado espacio del globo” (Imbelloni 1934: 253).

su recorrido geográfico, como también sus coherencias ergológicas y morales (Imbelloni 1956: 383).

Más adelante, luego de reconocer su juvenil entusiasmo con la propuesta de Rivet, hará explícito que encuentra más efectivo el segundo método, el de las cadenas isoglosemáticas:

Durante estos últimos seis lustros pude convencerme de que se consiguen demostraciones más eficaces al estudiar individualmente un solo vocablo, extendiendo nuestra preocupación hacia la totalidad del área geográfica dominada por el mismo y sin descuidar el multiforme juego de implicaciones sociales y ceremoniales que se le asocian, ni las derivaciones semánticas que lo acompañan en su viaje a través del espacio y de las costumbres (Imbelloni 1956: 385).

En realidad, la aplicación de las cadenas isoglosemáticas no cambió significativamente su modelo de análisis y acaso la diferencia más destacable entre esta nueva propuesta y la anterior sea el abordaje de un solo vocablo o de un grupo reducido de ellos por vez. Sin embargo, aunque no se trate de una modificación estructural en su planteo, la cantidad de datos sometidos a comparación no es menor, ya que el trabajo particularizado con un número acotado de términos lo habilita a relativizar la conexión genética entre las lenguas luego de las críticas recibidas, sin impedirle refrendar la conexión entre los elementos léxicos abordados en su primera etapa de investigación. Por otra parte, el uso del nuevo concepto le permite distanciarse de su primer referente, Rivet, quien trabajaba con correlaciones, y a su vez, incorporar en sus trabajos una terminología científica más actualizada. Así, en 1956 dirá:

Con mis nuevas cadenas isoglosemáticas tendidas a través del Océano Pacífico hasta el suelo americano, entendía delinear de un modo fácilmente asequible las relaciones de continuidad y contigüidad que vinculan ciertas voces de amplio y hondo arraigo en lenguas indígenas de América, con sus equivalentes semánticas y fonéticas de las islas del Pacífico (Imbelloni 1956: 386).

Como podemos apreciar en esta cita, ya no se trata de establecer vínculos genéticos originarios sino conexiones entre las lenguas mediante las cuales se explica el proceso de expansión de ciertos fenómenos culturales de una población original a otras poblaciones “imitadoras”, lo que forma parte de uno de los principios básicos de la Escuela Histórico Cultural, como veremos próximamente (§VI. 2).

VI. 1. 3. Americanismo y lingüística en el debate público

En octubre de 1928, el filólogo, traductor y periodista Arturo Costa Álvarez (1870-1929) publica una nota en el diario *La Prensa*, “La lingüística al uso del arqueólogo” (1928a), con la que inaugura una polémica acerca del abordaje de las lenguas indígenas en Argentina. Allí, el autor cuestiona el método aplicado para su estudio por los americanistas y toma como base de su crítica precisamente a *La Esfinge Indiana*. El primero en responder a esta nota fue el musicólogo y folclorólogo Carlos Vega (1898-1966), quien intervino en defensa del trabajo de los americanistas criticados por Costa Álvarez, en la revista *Nuestras escuelas* (Vega 1928). Luego, se desencadenó un debate en la revista cultural *Nosotros* donde intervinieron, además de Costa Álvarez (1928b, 1929), Palavecino (1928a, 1928b, 1929) e Imbelloni (1928c).

Arturo Costa Álvarez (1870-1929) fue una de las figuras más relevantes en los estudios lingüísticos argentinos no universitarios de las dos primeras décadas del siglo XX.¹⁴³ En su nota crítica, se centra en *La Esfinge* para cuestionar el método aplicado para el establecimiento de las correlaciones lingüísticas por los americanistas y, entre ellos, refiere precisamente a Rivet. Para Costa Álvarez el problema de los “arqueólogos” era que estos basaban sus hipótesis filogenéticas en coincidencias léxicas, que no eran pruebas fidedignas de la comunidad de origen. El punto de partida de su argumentación es el trabajo de Antoine Meillet (1866-1936), a quien considera “la última palabra de la ciencia”.¹⁴⁴ Un tiempo antes, Meillet (1913, 1924) había propuesto una

¹⁴³ Traductor de “todas las lenguas oficiales de América y Europa” —tal como reza su placa publicitaria que se conserva en su archivo en la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata—, redactor de *La Prensa* y *La Nación* y autor de *Nuestra lengua* (1922) y *El castellano en la Argentina* (1928), es a la vez un destacado polemista que participa en los principales periódicos del momento con discusiones sobre el español, los alcances de la lingüística como disciplina en formación y sobre su institucionalización y profesionalización. El debate que inicia con la publicación de “La lingüística al uso del arqueólogo” en *La Prensa* forma parte de una serie de polémicas que sostuvo con distintos especialistas en lingüística y materias afines que vienen siendo objeto de abordaje por la crítica en los últimos tiempos (Alfón 2011; Degiovanni y Toscano y García 2010; Ennis 2012; Toscano y García 2005, 2013a), debido a la diversidad de oponentes a los que se enfrenta y temas lingüísticos que pone en discusión en un espacio de gran difusión como lo era la prensa gráfica en las primeras décadas del siglo XX.

¹⁴⁴ Resulta destacable que, al mismo tiempo que Meillet es la base de su argumento, Rivet sea uno de los blancos de su crítica, sobre todo considerando que este había sido el encargado de la sección “Langues Américaines” de *Les langues du monde*, organizada, precisamente, por Meillet y Marcel Cohen y publicada en 1924. En la introducción de la sección a su cargo, de cualquier forma, Rivet plantea una objeción similar a la de Imbelloni en cuanto a la dificultad de trabajar con estas lenguas por la escasa documentación de la que se dispone; también menciona el hecho de que, en su sección, habrá casos de vínculos lingüísticos basados en el vocabulario debido a la ausencia de correlaciones gramaticales (tal es el caso de las otras correlaciones mencionadas anteriormente, también basadas en correspondencias léxicas), situación que lamenta y de la que responsabiliza al estado de desarrollo de los estudios de lenguas indígenas en América: “Cette grave lacune de la linguistique américaine tient surtout à la valeur très inégale des matériaux que l’on possède sur chaque dialecte; elle provient aussi de ce fait que les langues américaines n’ont

jerarquización de los elementos de las lenguas sometidas a comparación para el establecimiento de vínculos genéticos más precisos. Así, el principal plano a compararse, según Meillet, debía ser el gramatical, ya que las coincidencias fonéticas y, más aún, las léxicas podían explicarse por procesos de contacto.

Otra de las críticas de Costa Álvarez se refiere a los elementos presentes en el vocabulario de Palavecino. Al respecto, plantea que “las analogías gráficas que ese trabajo expone pueden ser como no ser analogías fónicas”, y que “las aproximaciones semánticas de los vocablos relacionados son, por lo general, demasiado latas para que puedan ser tenidas por correspondencias” (Costa Álvarez 1928a: 15). Además, cuestiona el uso que hace Imbelloni de la terminología lingüística, ya que confunde “fonema” por “dicción”, “glosario” por “vocabulario”, etc. Ambas críticas le permiten construir el argumento de que estos intelectuales desconocen, ya no las últimas tendencias europeas en lingüística, sino las nociones básicas de la disciplina. Las palabras de cierre de la nota en cuestión son elocuentes para establecer una mirada más general del asunto: “Está visto que la lingüística es en la obra de los americanistas un simple puntal de arrimo, que se alarga, se acorta, se tuerce y se endereza, para adaptarse al uso del arqueólogo” (Costa Álvarez 1928a: 15).

El debate continúa con varias intervenciones. Luego de la nota de Costa Álvarez, Vega publica un descargo en defensa de los americanistas que no será retomado por ninguno de los demás participantes (Vega 1928).¹⁴⁵ En lo sucesivo, la polémica tomará lugar en *Nosotros*, una revista cultural en la que, desde sus primeros números, tuvieron lugar importantes debates acerca de la lengua como elemento clave para la definición de la identidad nacional (véase Di Tullio 2003; Sesnich 2014). Palavecino interviene con un artículo titulado “Los orígenes americanos y la lingüística” (1928a), que integra el temario principal del número 233. Inmediatamente responde Costa Álvarez, con un descargo publicado en la sección “Notas y comentarios”, donde esgrime los mismos argumentos que ya había expuesto en su primera intervención (Costa Álvarez 1928b). Dos

été l’objet de travaux sérieux que depuis peu d’années, et que, trop souvent, les personnes qui s’y consacrent n’ont ni la culture générale ni la discipline scientifique des linguistes qui se sont spécialisés dans l’étude des langues du vieux continent” (Rivet 1924: 603).

¹⁴⁵ Vega actúa principalmente en defensa de Imbelloni y Palavecino y plantea, en función de una de las críticas de Costa Álvarez relativa a la cantidad de temáticas abordadas por los “arqueólogos”, lo siguiente: “Dice luego [Costa Álvarez], que no sabe cómo llamar a personas cuya mentalidad abarca tantas disciplinas. Resuelve, por fin, llamarles ‘arqueólogos’, para simplificar, pero convencido de que ese término es insuficiente. Yo también lo creo así. Sobre todo cuando el uso ha consagrado para el caso un vocablo que el señor Costa Álvarez emplea muy a menudo: ‘americanista’” (Vega 1928: 50).

números después, Imbelloni responde con un artículo titulado “Etnología y lingüística” (1928a) y Palavecino vuelve a participar en la sección de “Notas y comentarios” (Palavecino 1928b). A comienzos de 1929, Costa Álvarez arremete una vez más (Costa Álvarez 1929). El debate finaliza con una última nota de Palavecino (1929). A continuación, se abordarán los aspectos más relevantes de las intervenciones.

Se observa en la secuencia que la voz de Palavecino es una de las más presentes en el debate. Para defender su hipótesis genética, este se respalda en los planteos de reconocidos antropólogos y etnógrafos de la época: Georg Friederici (1866-1947), Robert Fritz Graebner (1877-1934) y el ya mencionado padre Schmidt (1868-1954). Asimismo, toma como base de su argumento propuestas contemporáneas como la de Joseph Vendryes (1875-1960), discípulo de Meillet; y de Alfred Kroeber (1876-1960), quien se había doctorado bajo la dirección de Franz Boas (1858-1942). La estrategia de resguardarse en estos autores le permite cuestionar el supuesto conocimiento actualizado de Costa Álvarez, ya que estos investigadores, incluso más recientemente que Meillet, habían planteado la posibilidad de establecer correlaciones sobre la base de otros elementos de las lenguas además de la gramática:

Con todo, las objeciones que han sido hechas al método gramatical, limitan su importancia mucho más de lo que Meillet supone. Según Vendryes nada garantiza la continuidad de la morfología; el método morfológico resulta inocuo en los casos de hibridación estructural y poco útil cuando se estudian las relaciones de lenguas muy alejadas en el tiempo, en las cuales los posibles vínculos morfológicos, pueden tornarse débiles y cuestionables hasta el punto de resultar inciertos; tampoco resulta eficaz el método en las lenguas sin gramática, en las cuales toda la morfología reside en los procedimientos inmatereales de combinación de palabras aisladas (Vendryes 362-364). Pero el que ha puesto particularmente de relieve las ambigüedades que implica el método gramatical, es Kroeber, quien ilustra con numerosos ejemplos tomados de las lenguas californianas toda su argumentación (Palavecino 1928a: 67).

Sin embargo, si bien es cierto que Vendryes menciona situaciones en las que es admisible la comparación léxica, fundamentalmente en los casos de “lenguas sin gramática” o poco documentadas, lo que Palavecino no menciona es que este autor declara que esta operación es un “proceso peligroso” (Vendryes 1950 [1923]: 364), ya que puede tratarse de un caso de contacto. Kroeber, por su parte, conocedor de primera mano de los problemas que se presentaban frente a este tipo de investigaciones, admitía, en el caso de estudios etnológicos o históricos, la posibilidad de establecer vínculos filogenéticos a partir de la coincidencia de elementos léxicos, tal como

refiere Palavecino. Sin embargo, lo considera aceptable cuando el investigador no cuenta con mayor cantidad de información, ya que también las coincidencias pueden deberse a situaciones de contacto (Kroeber 1913).

Además de la cita de autoridad, el otro argumento utilizado por Palavecino es el de la cantidad de coincidencias halladas como prueba para establecer las correlaciones:

[...] en presencia de analogías de vocablos entre dos lenguas, la explicación del hecho por coincidencia fortuita, es sólo lícita cuando su número es muy limitado; pero si la cantidad de vocablos análogos sobrepasa cierto límite, la interpretación del vínculo genético se impone; por lo menos en cuanto a las correspondencias halladas (Palavecino 1928a: 69).

Por su parte, en su respuesta a Costa Álvarez Imbelloni¹⁴⁶ defiende su planteo sobre la base de los aportes de los principales exponentes de la tradición antropológica norteamericana anclada en el Bureau of American Ethnology del Smithsonian Institute, quienes habían postulado tipologías basadas en elementos léxicos. Es así que menciona las clasificaciones sobre las lenguas de la América septentrional de John Wesley Powell (1834-1902), quien fuera el primer director del Bureau; los trabajos de Boas y de sus discípulos Edward Sapir (1884-1939), Paul Radin (1883-1959), Roland Dixon (1875-1934) y, nuevamente, Kroeber:

El hecho es que más tarde, es decir, en estos últimos años, una pléyade de lingüistas norteamericanos han recurrido al mismo método, a saber, a la comparación léxica, para establecer nuevos parentescos, a veces entre lenguajes ampliamente distanciados por el espacio. Estas investigaciones llevan los sellos de Eduardo Sapir, y fueron conducidas a término por Radin, Dixon y Kroeber, llegándose en varios casos a comprobar la unidad de miembros muy dispersos, como ocurre con la reconocida unidad del grupo Na-dene (Imbelloni 1928c: 375-376).

Amparado por estos trabajos, Imbelloni plantea que la comparación léxica se justifica o por la insuficiente cantidad de datos de los planos gramatical y fonético con que cuentan los investigadores de lenguas indígenas o porque, en algunos casos, las coincidencias léxicas son más evidentes que las otras.

¹⁴⁶ Además de la respuesta pública, desde Paraná, Imbelloni le envía una carta a Costa Álvarez en la que defiende y al mismo tiempo relativiza sus planteos iniciales (carta Imbelloni a Costa Álvarez, 4/10/1928, SACA), además de valorar positivamente el interés de Costa Álvarez, a quien refiere como “un especialista en ciencias glotológicas, modernamente cultivado”.

La referencia a Boas, además, es central en el argumento de Imbelloni por su caracterización de la realidad lingüística americana como poseedora de una “*curious condition*” (Boas 1920; citado en Imbelloni 1928a), en el sentido de que, por lo general, las correlaciones entre los distintos niveles lingüísticos en las lenguas indígenas no siempre coincidirían; es decir, la distribución de correlaciones fonéticas, por ejemplo, no necesariamente se correspondería con similitudes halladas en los planos léxico y gramatical. Este planteo lleva a Imbelloni a afirmar que las relaciones genéticas entre estas lenguas “no pueden resolverse con la adaptación mecánica de las reglas deducidas por la experiencia de las familias clásicamente célebres del viejo mundo” (Imbelloni 1928a: 376-377).

Por último, resulta llamativa la escasez de referencias a Rivet presentes en las respuestas de Imbelloni y Palavecino. Esto posiblemente se explique por las críticas que aquel les hiciera, expuestas más arriba. De hecho, en la mira de investigadores europeos y tras el planteo de Costa Álvarez, es posible que Imbelloni y Palavecino se hayan visto en la necesidad de repensar y reformular sus planteos originales. Así, además de incorporar el concepto saussureano y abandonar las correlaciones de Rivet, como vimos anteriormente, dos años después de la publicación de *La Esfinge*, tanto Imbelloni como Palavecino relativizan, como ya dijéramos, la comunidad de origen entre incas y polinesios y barajan la posibilidad de que, en efecto, estas consistan en una huella del contacto. Así, en la segunda respuesta de Palavecino a Costa Álvarez, aquel dirá: “En lo que se refiere a mis correlaciones, es el caso de declarar que para mí, no indican una afinidad lingüística esencial entre el kichua y el maorí, sinó simples préstamos” (Palavecino 1928b: 425). Imbelloni, por su parte, en una carta privada que le envía a Costa Álvarez plantea una idea similar mediante la cual relativiza el supuesto parentesco: “Yo no busco, en sustancia, demostrar que el Kichua procede del sistema lingüístico Polinesio, sinó que en la formación de su vocabulario ha influido notablemente el patrimonio lingüístico de las islas del Océano” (Imbelloni 1928b).

En términos historiográficos, en el material se puede leer una discusión situada en Argentina sobre los métodos para el establecimiento de relaciones filogenéticas que se relaciona con discusiones que se estaban produciendo a nivel mundial. No casualmente, entre 1913 y 1928, en distintas revistas especializadas de Europa, toma lugar un debate entre el propio Meillet y Schuchardt sobre el método más adecuado para establecer parentescos lingüísticos (véase Baggioni 1988). Por otra parte, por esos años, desde Estados Unidos, Boas les planteaba a sus discípulos la potencialidad de la lingüística para explicar ciertos aspectos de las culturas por su

funcionamiento inconsciente, marcando, así, el valor instrumental de esta disciplina para responder a las preguntas de la antropología (Duranti 2003).

Estos problemas también tienen lugar en el ámbito local y son los pilares de la discusión. Así, Costa Álvarez, desde el lugar de la lingüística, juzga el planteo de Imbelloni y Palavecino sobre la base de la tradición lingüística francesa, fundamentalmente a partir de la propuesta de Meillet. Los americanistas, por su parte, le responden desde la antropología y entroncan sus trabajos, por un lado, en las tradiciones antropológicas difusionistas alemana (encabezada por Schmidt y Graebner), norteamericana (representada por Kroeber, principalmente) y francesa (con Rivet como su referente más destacado); como así también en la teoría alemana *Wörter und Sachen* (cuyos principales representantes fueron Schuchardt y Meringer). Tal como hemos visto para el caso de Kroeber e Imbelloni, en el periodo se acepta la idea de que los problemas antropológicos admiten otras prácticas metodológicas en cuanto al tratamiento de las lenguas, siempre que estas sirvan para responder a las preguntas formuladas en ese ámbito. Es justamente en este sentido que se debe leer la propuesta de Imbelloni de distinguir la emergencia de una nueva disciplina, la “etnología lingüística”, que es, en definitiva, la “antropología lingüística” que se venía gestando en Estados Unidos, o la “etnolingüística” europea (Cardona 1994; Duranti 2000), cuyos principales exponentes son los mismos autores que cita Imbelloni.

Además de poner en evidencia problemas de orden “interno” de la disciplina, el debate en cuestión, en términos más generales, da cuenta del proceso de conformación de distintos campos de las ciencias sociales y humanas y su institucionalización que tuvo lugar a principios del siglo XX en Argentina, como se vio en la primera parte de esta tesis,¹⁴⁷ y que debe leerse en el mismo sentido que el tono polémico que le imprime Imbelloni a *La Esfinge*. Así, en el debate surge nuevamente la cuestión de la definición del “americanismo”, al ser otro de los puntos abordados por Costa Álvarez, y resulta sintomático, como decíamos, del estado en formación de los distintos campos; el autor plantea en este sentido, lo siguiente:

¹⁴⁷ En este sentido, la nota de Costa Álvarez publicada en *La Prensa* dialoga con otras polémicas por él mismo impulsadas mediante las que disputa una posición de peso dentro del naciente campo de la lingüística nacional. De hecho, es posible que, al crearse el ya mencionado Instituto de Filología, esperase ser nombrado su director por considerarse a sí mismo como el único especialista en lingüística del país (véase Costa Álvarez 1922). Sin embargo, marginado posiblemente por autodidacta y en el marco de recomposición de las relaciones con España que tuvo lugar en la década del veinte, los responsables pasan a ser los sucesores de Ramón Menéndez Pidal, como mencionamos anteriormente en el capítulo cuarto. A partir de allí, Costa Álvarez se convertirá en uno de los principales críticos del Instituto (Toscano y García 2013a)

Inmenso es, pues, el acervo de hechos y de indicios de hechos que acumula en su mente para relacionarlos y explicarlos el investigador de este género, a quien llamaré aquí “arqueólogo” para simplificar su denominación; aunque este término, tan comprensivo en lo antiguo, es insuficiente hoy día para significar la masa entera de “omni re scibili” que caracteriza a estos émulos modernos de Pico de la Mirándola (Costa Álvarez 1928a: 15).

Imbelloni, por su parte, al inicio de su artículo, introducirá una distinción disciplinar entre la acción de los “filólogos, lingüistas romanistas”, y los encargados del estudio de las lenguas indígenas:

Ella [la de Costa Álvarez] es simplemente la posición que corresponde a una cultura esencialmente escolástica, la del lingüista puro. Conocemos esta clase de egoísmos científicos, el del geógrafo puro, el filósofo puro, etc. A un lingüista de tal naturaleza nada le interesa lo que sucede a su lado. Es algo de la sublime atonía de Arquímedes. ¿Que hay un problema del autoctonismo o inmigracionismo americano? Son asuntos extraños al problema de clasificar las lenguas, o, por lo menos, no inmediatamente dependientes. Esta tendencia egoística llegó a producir la fórmula extravagante de Ferdinand de Saussure, para lo cual los hechos de la lengua deben *exclusivamente* servir al conocimiento de la lingüística, con la que se condena toda tentativa de sacar de tales documentos humanos la inapreciable cosecha que ofrecen a la historia, a la sociología, a la etnología y a la filosofía natural (Imbelloni 1928a: 378-379).

Como se lee en la cita, el interés de los etnólogos por la lingüística radica en que este tipo de conocimiento les permite resolver otro orden de problemas de corte histórico, sociológico, etnológico y filosófico. De hecho, en el mismo artículo, Imbelloni dirá que, para los etnólogos, “hay un interés muy superior [que para los lingüistas], el de discernir el autoctonismo o la alofilía de los indios y de su cultura, cuya parte integrante son justamente las lenguas” (Imbelloni 1928a: 377).¹⁴⁸

Además de los propósitos distintos que persiguen etnólogos y lingüistas, hay otra diferencia que puede recuperarse en los documentos en cuanto a los objetos de análisis. Los americanistas se encargan de las lenguas de “pueblos incultos”; por oposición, los lingüistas o filólogos, por lo general, se dedican a las lenguas “de cultura”; es decir, la distinción se establece sobre la base no

¹⁴⁸ Poco más de una década antes, Kroeber había planteado algo similar respecto de la diferencia de enfoque y aspectos entre un filólogo y un “historiador de los pueblos y las civilizaciones”: “The philologist can understand the nature of a language quite thoroughly, and apperceive all its structure pretty correctly, without knowing anything as to its genetic relationship or lack of relationship with other idioms. The psychology of speech has very little to do with the history of languages. The aims, problems, and therefore methods, are distinct. On the other hand, the history of languages is of the greatest importance to the historian of peoples and civilizations” (Kroeber 1913: 392-393).

de características propias de las lenguas sino de los pueblos que las hablan (y, asociado con ello, según una práctica cultural distintiva: la escritura, como se verá a continuación). Así, Imbelloni dirá:

Entiendo hablar del empleo de esta ciencia en la magna obra cuyo fin es el conocimiento del indio americano. Es muy natural que en esta tarea resulte escasa la contribución del filólogo, pues trata principalmente de lenguas de pueblos incultos; de ahí la necesidad de apartarse de la senda de los lingüistas que actúan en nuestro ambiente, que son esencialmente romanistas. Uno solo de ellos, Rodolfo Lenz, mente preclara y trabajador infatigable, ha logrado separar con método riguroso la doble dirección de sus desvelos, y, conservando por una parte una posición elevadísima en los estudios romances, ha ilustrado algunas lenguas sudamericanas en trabajos realmente modernos (Imbelloni 1928a: 373).¹⁴⁹

En este sentido, la tradición generalmente oral de las culturas indígenas y la escasez de registro documental terminan siendo un impedimento técnico para la lingüística (Cardona 1994). Costa Álvarez, en este mismo sentido, dirá:

Tremenda empresa es la de reconstruir históricamente la vida de la humanidad en los tiempos anteriores a la escritura, es decir, al registro de los hechos contemporáneos; a falta de esta base el investigador de la prehistoria tiene que buscar sus materiales de estudio en todos los terrenos en que existan reliquias de esos tiempos remotos, para tratar de descubrir, a través de ellas, la evolución psíquica de la humanidad en sus primeras manifestaciones (Costa Álvarez 1928: 15).

En síntesis, frente a este tipo de diferencias de objeto (lenguas con y sin tradición escrita) y epistemológicas a la hora de analizar lenguas por parte de antropólogos y filólogos o lingüistas, Imbelloni, en su respuesta a Costa Álvarez, propone una disciplina, la “etnología lingüística”, que, si bien tiene reminiscencias de la antropología lingüística norteamericana en emergencia, en definitiva no es sino una etnología de las lenguas, donde “lingüística” operaría como un simple adjetivo de la nueva etiqueta:

¹⁴⁹ La referencia a Lenz es otro aspecto de relevancia de este fragmento. Considerado como “el introductor de la lingüística moderna en América Latina” (Ennis 2012: 183), la figura de Lenz es clave en la tradición de la lingüística indígena americana, ya que, como planteamos anteriormente, es uno de los pocos especialistas formado en esta disciplina, que se ocupa de estas lenguas —fundamentalmente del mapudungun—, un objeto desestimado por filólogos y lingüistas que es absorbido, en consecuencia, por los especialistas en el estudio del otro cultural, los encargados de dilucidar los “enigmas americanos”, siguiendo la metáfora de Imbelloni. Así, exceptuando el caso de Lenz, la lingüística aparece como una disciplina ocupada por el problema de las lenguas de tradición escrita, las “lenguas de cultura”, que son, precisamente, las lenguas de los estados modernos.

Hay, pues, una etnología lingüística, y si no es ya recomendable clasificar los pueblos y sus grupos con el criterio de las grandes lenguas como intentó Müller, nos queda en cambio el deber de tener en cuenta uno de los más preclaros fenómenos culturales, como es la lengua, al trazar la historia y el camino de las culturas, y de ello ha nacido la obra lingüística de Schmidt, que es también maestro de una generación de etnólogos. A veces también el etnólogo sigue un método del todo propio, empleando los vocablos como simple elemento cultural, o en conexión con el objeto que el mismo indica, y cambiando de examen de forma del vocablo y del objeto, lo que se llama el conjunto de Wörter und Sachen (Imbelloni 1928a: 379).

En esta propuesta en la que los límites disciplinares iban cobrando mayor nitidez, el estudio de las lenguas indígenas era un conocimiento que permanecía en los bordes. Lo que demuestra este debate, entre otras cuestiones, es que en el ámbito local, si bien eran, en su gran mayoría, intelectuales abocados a las ciencias antropológicas los encargados de su documentación y análisis, la naturaleza del objeto llevaba a lingüistas y filólogos a presentarse como los legítimos capacitados para cuestionar el método aplicado por antropólogos para su tratamiento. Estas son las condiciones en que Costa Álvarez pone en cuestión la multiplicidad de disciplinas que se interrelacionan en el trabajo de Imbelloni, quien no era un especialista en lingüística.

Del mismo modo, el “egoísmo científico” que menciona Imbelloni en la cita más arriba debe ser leído en esta clave. En un mundo donde el conocimiento científico iba en vías de compartimentarse en áreas con un funcionamiento relativamente autónomo, la propuesta de Imbelloni sería considerada, cuanto menos, polémica. Así, el proceso por el que atraviesa la ciencia de delimitar objetos, confeccionar métodos específicos y establecer lógicas propias de legitimación es amenazante para el americanismo, un área de estudios deudora del siglo XIX, concentrada en unos pocos individuos que se valen de las herramientas y descubrimientos de distintos ámbitos del conocimiento: desde egiptología hasta botánica, pasando por antropología, arqueología y lingüística. Sin embargo, llevará sus pretensiones de crear un campo científico propio del americanismo hasta sus últimas consecuencias al proponerle a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en la década del cuarenta, la creación de una carrera que se denominaría “Ciencias de América” (Imbelloni 1943), asunto en el que profundizaremos en el próximo capítulo.

VI. 2. Lenguas indígenas desde la perspectiva de la Escuela Histórico Cultural

Hasta mediados de la década del treinta, tal como reconstruye Perazzi, “la actividad de los antropólogos argentinos, aunque prolífica, tuvo un carácter inorgánico” (2003: 39), situación que se modifica debido a Imbelloni y a la introducción que este lleva a cabo de la Escuela Histórico Cultural en el país. De hecho, antes de la expansión de este modelo, la antropología argentina asistía a lo que las historizaciones del campo han denominado un “vacío teórico”, provocado luego del fracaso de la teoría de Ameghino frente a las críticas demoledoras de Aleš Hrdlicka en el Congreso de Americanistas celebrado en Buenos Aires en 1910. En este sentido, Perazzi plantea que, luego del descrédito en el que cayó la teoría de Ameghino, “la antropología ingresó en un período de orfandad intelectual que facilitó la implantación —o importación— de corrientes neoidealistas” (Perazzi 2003: 47); entre ellas, y principalmente, la de la Escuela Histórico Cultural.

A continuación, realizaremos una lectura de *Epítome* con el objetivo de analizar de qué modo Imbelloni se apropia, reinterpreta y presenta la propuesta de esta escuela como modelo para los estudios antropológicos locales.

Como dijimos en el apartado anterior, desde su llegada a la Argentina Imbelloni ya había comenzado a impulsar las ideas difusionistas —sobre todo en *La Esfinge*—, pero será recién a partir de la publicación, en 1936, de *Epítome de culturología*,¹⁵⁰ cuando se enrole definitivamente en el modelo teórico de la Escuela Histórico Cultural. En este sentido, Sergio Carrizo, en un artículo en el que revisa, entre otros asuntos, las distintas biografías de Imbelloni y otros trabajos dedicados al análisis de sus ideas y trayectoria académica, afirma, en lo relativo al proceso de instalación de los principios histórico-culturalistas, que “nada indica que antes de 1930 [Imbelloni] haya tenido contacto directo y afinidad con aquellas ideas” (Carrizo 2014: 54).

Será a partir de la publicación de esta obra que se iniciará, además, un proceso de rápida expansión de este modelo en los estudios antropológicos del país, a la que seguirá una implantación que imperará por largas décadas. De hecho, fue tal la pregnancia de esta escuela que ha sido considerada por gran parte de la historia de la antropología argentina un “factor retardatario”

¹⁵⁰ El *Epítome* se compone de nueve capítulos y un anexo con seis monografías en las que se aplica el método expuesto en los capítulos anteriores. La organización de la obra es la siguiente: en primer lugar, el autor presenta el concepto de cultura, que es medular para la Escuela Histórico Cultural, y su fundamentación epistemológica. Continúa con la presentación del método de análisis etnológico y los criterios y categorías aplicados en el análisis de las culturas. Posteriormente, introduce las categorías de *ciclos* y *círculos* culturales (*Kulturkreis*) y los criterios que participan de la definición de cada uno de ellos. A ello le sigue un análisis de la relación entre la culturología y otras disciplinas entre las que se destacan la geografía, la historia y la sociología. Finalmente, en la última parte, introduce las monografías de su autoría con las que busca dar cuenta de la aplicación de este modelo en el estudio de las problemáticas americanas.

(Boschín y Llamazares 1986: 101) para la llegada e instalación de otros modelos teóricos (Guber 2006, 2007; Ratier 2010). Los historiadores de esta disciplina coinciden en que la hegemonía de la Escuela se extendió con todas sus fuerzas hasta inicios de los sesenta, cuando comenzó a producirse una “apertura teórica” (Madrazo 1985; citado en Ratier 2010) que, si bien no logró desplazarla del todo, habilitó la inserción del estructuralismo en el país. Con todo, será recién en la década del ochenta cuando la Escuela Histórico Cultural pierda completamente su vigencia, al ser desplazada por el modelo de la antropología social (véase Guber 2006, 2007; Perazzi 2003; Ratier 2010).

Por otra parte, a partir de la publicación del *Epítome* Imbelloni lanza una ambiciosa colección de obras sobre variados temas del americanismo, la “Colección Humanior. Biblioteca del Americanista Moderno”, donde, además de desempeñarse como su director, interviene en calidad de autor o coautor en la mayoría de las publicaciones, lo que lo coloca, estratégicamente, en el centro de la escena antropológica nacional. Esta colección consistió en un proyecto editorial con el que su impulsor se proponía “relatar al lector la suma de los conocimientos adquiridos sobre las cuestiones americanas por todas las ciencias llamadas ‘del Hombre’, cuya marcha ha sido extraordinariamente fecunda en los últimos lustros” (Imbelloni 1936a: 6).¹⁵¹ El objeto de análisis de este proyecto incluía el estudio de “los hombres y la vida que el blanco ha encontrado en las tierras de América”, lo que viene a responder a la

[...] curiosidad despertada por el indio en lo que concierne a su naturaleza corporal, parentesco de sangre, clasificación y subdivisión, al desenvolvimiento de la vida antes de todo contacto con el europeo en lo industrial, mental y social, y a *la naturaleza de sus idiomas* y creaciones artísticas (Imbelloni 1936a: 6. El destacado es nuestro).

En la cita precedente se hace explícita la variedad de aspectos que se pretendían tratar con la colección y que respondían al amplio proyecto científico que buscaba instalar Imbelloni, consistente en generar investigaciones articuladas que atendieran tanto a la rama biológica de la antropología, ocupada de la “descendencia del hombre (Antropogonía) y de la clasificación de las razas y variedades humanas (Antropotaxis)” (Imbelloni 1936a: 43), como a la etnología, definida por él como “doctrina de las culturas” (Imbelloni 1936a: 42), encargada del “estudio de los productos de la actividad humana, o sea, las culturas”. La ciencia etnológica comprendería un

¹⁵¹ Para un análisis de este proyecto, véase Mailhe (2018).

trabajo con distinto tipo de materiales, entre los que incluye los obtenidos a partir de la lingüística, además de los derivados de registros etnográficos, arqueológicos, musicológicos, entre otros. Así, en función de su propuesta, presenta el siguiente esquema de organización disciplinar:

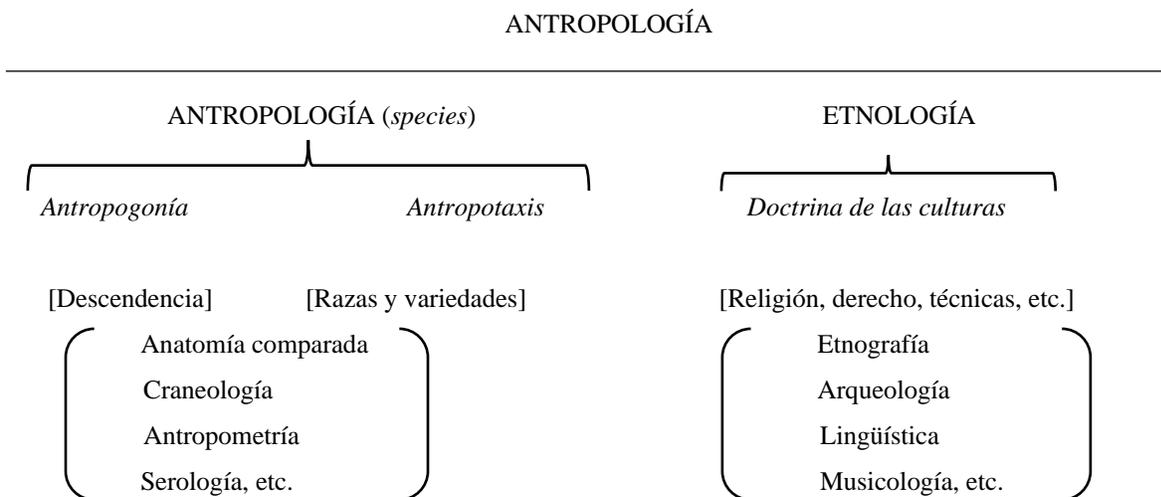


Figura 4. División de la “Antropología” que presenta en el *Epítome* (1936a: 42)

Si la propuesta de adoptar el modelo de la Escuela Histórico Cultural para los estudios antropológicos en el país resulta, como hemos destacado, innovadora, también es cierto que los inicios de esa escuela se remontan a comienzos del siglo XX, a partir de las propuestas de los ya mencionados Wilhelm Schmidt y Robert Fritz Graebner.¹⁵² Esta perspectiva se inscribe en la corriente teórica del difusionismo y parte de tres principios básicos, tal como ha sintetizado Azcona (1984): el primero de ellos sostiene que la humanidad posee escasa capacidad de inventiva, de modo que habría ciertos focos civilizatorios que se habrían expandido a lo largo del tiempo y del espacio, replicándose así las creaciones culturales originales. Este principio se contrapone explícitamente con la propuesta ya vista de Adolf Bastian (uno de los principales representantes de la corriente teórica de la convergencia) acerca de los *Elementargedanken* o teoría de las ideas elementales, que, recordemos, serían comunes a todos los grupos humanos, tales como el descubrimiento del fuego. El segundo de estos principios responde al desarrollo de las culturas a

¹⁵² En 1933, la Universidad de La Plata publicaba una traducción del *Manual de etnología* de Graebner, de 1911. Según Schmidt, este trabajo era demasiado críptico e incomprensible; por esta razón se dedica él mismo a realizar otro manual, que sale a la luz un año después que el *Epítome*, titulado *Handbuch der Methode der kulturhistorischen Ethnologie. Mit Beiträgen von Wilhelm Koppers*.

partir de influencias que se van superponiendo y acumulando, lo que supone, para el etnólogo, una operación de deslinde en el proceso de identificación de procedencias originales de las particularidades de la cultura bajo estudio con el objetivo de agruparlas en cierto círculo cultural particular. Finalmente, el tercer principio responde a la migración completa de las culturas como un todo complejo, lo que permite comprender la importancia de la reconstrucción de las líneas isoglosas en la tarea de reposición de las posibles rutas de migración de las culturas a partir de las coincidencias léxicas. En este sentido, como se verá y resulta relevante para nuestra investigación, los estudios lingüísticos pueden ofrecer información clave para la asignación de una cultura en un determinado ciclo cultural, por la cantidad de datos históricos, geográficos y culturales que contiene la lengua de un pueblo.

Por otro lado, la Escuela Histórico Cultural fue crítica de las teorías evolucionistas en el sentido de que se proponía el estudio integral de las culturas en sus distintos aspectos constitutivos (economía, organización familiar, religión, etc.), mientras que el evolucionismo analizaba aisladamente cada uno de esos aspectos a lo largo del tiempo.¹⁵³ En la apropiación que realiza Imbelloni, se destaca esta oposición:

Puede verse sin esfuerzo que, mientras el primer método [el evolucionista] llevaba a la formación de juicios jerárquicos para explicar la sucesión de formas, por considerarse, unilateralmente, cada hecho etnológico como un *phylum* aislado, el segundo método, en cambio, afronta resueltamente la realidad de las asociaciones orgánicas, sin titubear ante las contradicciones aparentes y la preocupación del “progreso” [...] (Imbelloni 1936a: 32).

Puede señalarse, sin embargo, que, a pesar de estas declaraciones explícitas, pervive en esta escuela el principio evolucionista de que habría una complejidad creciente en las distintas culturas, más allá de que el evolucionismo trabaje con la progresión y la Escuela Histórico Cultural lo haga

¹⁵³ Wilhelm Schmidt plantea, en una de sus obras más conocidas, respecto del evolucionismo, que esta corriente trajo consigo “extravíos y nebulosidades” y que obstruyó el “verdadero método histórico” (Schmidt 1932: 235). “Contra la teoría evolucionística se presentó primero Fr. Ratzel, que concedió a todos los pueblos carácter histórico y aludió a la necesidad de una investigación de sus destinos históricos, como se realizaron especialmente en las emigraciones de los pueblos [...] León Frobenius, discípulo de Ratzel, amplió esta teoría, hasta hacer de ella una teoría de los círculos culturales” (Schmidt 1932: 237). En este mismo sentido, un poco más adelante dirá: “Los daños del evolucionismo pudieron sí atenuarse mediante el concepto de *convergencia* introducido por Thilenius y elaborado por Ehrenreich, pero no evitarse por completo, y mucho menos mediante la división wundtiana en pueblos históricos y pueblos sin historia o naturales” (Schmidt 1932: 247). En un trabajo posterior aclara la confusión de esta manera: “As a matter of fact, together with the whole culture historical school I frankly and openly accept evolution, but now as well as before I stand in opposition to evolutionism. Neither do I want to be bedfellow of a ‘qualified evolutionism’ or some kind of ‘neoevolutionism’” (Schmidt 1939: XXVI).

confinándolas en distintos ciclos culturales, como se verá más abajo. Las siguientes palabras de Imbelloni demuestran de hecho esta mirada en parte evolucionista de las culturas:

En una sociedad primitiva hipotética todas las invenciones son acumulables porque ninguna encuentra una satisfacción preexistente de las necesidades humanas. Más elevada es la cultura, más abundarán los procesos de elección (lógicos o extra-lógicos), a la inversa, faltarán por completo en las protoculturas: de ahí el carácter a-crítico de los primitivos (Imbelloni 1936a: 164).

Es decir, desde esta perspectiva, habría culturas superiores, más criteriosas, lo que conduciría a una mejora cada vez que estas incorporan nuevos conocimientos, mientras que habría otras incapaces de capitalizar el conocimiento adquirido. En este sentido, continúa Imbelloni:

No siempre, observa Graebner, la mezcla de culturas distintas y heterogéneas en un nuevo conjunto más o menos unitario, ha producido algo relativamente nuevo y hasta cierto punto superior. Por el contrario, la regla general, cuando confluyen culturas inferiores es un procedimiento ecléctico. [...] De nuestro ejemplo de la cultura chaquense puede asimismo deducirse que la intrusión de los elementos amazónicos y andinos no ha creado una cultura orgánica más alta (Imbelloni 1936a: 165).

En este sentido es que decimos que el rechazo al evolucionismo fue principalmente retórico, ya que también la Escuela Histórico Cultural partía de la idea de que habría culturas más desarrolladas y culturas menos desarrolladas.¹⁵⁴

A partir del análisis difusionista, esta escuela buscaba, como anticipamos más arriba, la organización de las culturas en un esquema de ciclos y círculos culturales que Imbelloni define de la siguiente manera:

Si una cultura es un tipo de civilización que está constituido por un cierto número de invenciones coherentes y cuyo dominio se extiende —o se extendió— sobre un territorio determinado, todos ven que su esencia está asociada con el doble concepto del contenido patrimonial que le es peculiar y del área territorial abarcada. Al segundo concepto responde, en nuestra terminología, el nombre de círculo cultural y al primero de ciclo cultural. Ambos están contenidos, en potencia, en el término *Kulturkreis* usado por Graebner y sus continuadores (Imbelloni 1936a: 83).

¹⁵⁴ Así lo plantean por ejemplo Boschín y Llamazares: “El antievolucionismo de la escuela histórico cultural fue declarativo, no operativo; la realidad de los hechos sociales se impuso y los círculos culturales fueron formulados en términos sucesivos y evolutivos: caza-recolección, horticultura y pastoreo, agricultura, culturas complejas” (Boschín y Llamazares 1986: 115).

En este sentido, señala Imbelloni, la Escuela Histórico Cultural partía de una concepción abstracta y aislada de “cultura” con el objetivo de agrupar los distintos tipos según sus patrimonios “materiales” y “espirituales” (organización familiar, vivienda, vestimenta, música, danza y también la lengua) en función de ciertos criterios. Entre ellos, se destacan el de forma o cualidad, que supone una descripción exacta y completa del objeto analizado; el de cantidad, que implica atender al número de similitudes entre las culturas analizadas, más allá de las coincidencias de un único elemento o aspecto; el de variación orgánica, consistente en las relaciones que refieren al análisis de las variaciones entre una y otra cultura de los elementos en común (Imbelloni 1936a: 77); y, finalmente, el criterio de contigüidad.

Según plantea el propio Imbelloni, este criterio de contigüidad busca responder a una crítica que realiza Edward Sapir al modelo de la Escuela Histórico Cultural, y supone el análisis de la distribución de las coincidencias en el espacio y la reconstrucción de posibles rutas de migración.¹⁵⁵ En este sentido, Sapir exigía, en el caso de coincidencias en “sectores de un área discontinua”, el establecimiento de una “prueba de conexión histórica” (Imbelloni 1936a: 75), crítica frente a la cual la Escuela Histórico Cultural crea, como decíamos, el criterio de contigüidad; y el tema de los parentescos lingüísticos de lenguas geográficamente distantes es la encarnación de este criterio. Imbelloni sintetiza el debate y, además de citar a Sapir, menciona a Pinard de la Boullaye,¹⁵⁶ para quien la rigurosidad exigida por Sapir iría, precisamente, en detrimento del establecimiento de correlaciones. Asimismo, cita textualmente a Meillet, quien planteaba al respecto, lo siguiente:

“Sin duda —dice Meillet— el caso más frecuente es que las lenguas emparentadas ocupen áreas contiguas o al menos próximas. Pero, una vez apartado este hecho grosero, hay que

¹⁵⁵ En cuanto a este criterio, Schmidt plantea: “Además, en tal caso es menester demostrar la *posibilidad* de una conexión continua en época anterior, es decir, que debe buscarse la ayuda del *criterio de continuidad*, porque la extensión primitiva, naturalmente, no se hizo a saltos, pues toda acción a distancia queda en el caso excluida. Esta posibilidad se robustece más cuando en los intervalos de separación se encuentran enclavados pueblos con iguales o semejantes elementos de cultura; ellos no son, en tal caso, sino restos y huellas de las antiguas conexiones. Aumenta más todavía la fuerza demostrativa mediante el *criterio del grado de parentesco*, cuando aquellas semejanzas se hacen tanto más numerosas y más fuertes cuanto uno más se acerca a los dos campos principales ahora separados; esto sería precisamente una demostración de que estas semejanzas no han nacido entretanto independientemente, sino que deben su origen y subsistencia tan solo a la conexión histórica con los dos territorios principales” (Schmidt 1932: 248).

¹⁵⁶ Henry Pinard de la Boullaye (1874-1958) fue teólogo jesuita, autor de *Estudio comparado de las religiones* (1925), una obra de referencia para la Escuela Histórico Cultural que será repetidamente mencionada por Schmidt en su propio trabajo *Historia comparada de las religiones* (1932).

reconocer que la contigüidad aporta a la demostración del parentesco más bien un inconveniente que un auxilio: las lenguas vecinas son aquellas que han sufrido las mismas influencias, que han dado préstamos una a otra y que han tomado los mismos préstamos de otra lengua. La contigüidad de las lenguas obliga, en efecto, a hacer una separación a veces muy delicada entre los empréstitos y el viejo fondo de la lengua, el cual sólo hace prueba en materia de parentesco. En revancha, la gran distancia geográfica no ha impedido al lingüista mostrar que la lengua de Madagascar representa la misma lengua antigua que las de Borneo, Java y Filipinas. No es lícito exigir, para hacer prueba, que todas las formas gramaticales se expliquen; es suficiente establecer que proporciones notables de la morfología antigua subsisten en la lengua que se considera. La demostración de parentesco es perfecta cuando se logra explicar por medio de la transformación de los mismos elementos antiguos el conjunto del sistema gramatical de dos lenguas distintas” (Imbelloni 1936a: 75-76).

A partir de las referencias a la Boullaye y a Meillet, Imbelloni justifica el establecimiento de correlaciones culturales y más particularmente lingüísticas entre lenguas geográficamente distantes, asunto que había trabajado en profundidad en *La Esfinge*, como analizamos anteriormente. En este sentido, los análisis lingüísticos permiten trabajar el criterio de contigüidad y, a los fines de poder establecer el parentesco, deben integrarse con los antropológicos. Así, en una monografía que forma parte del *Epítome* sobre el *toki*, plantea:

Me conviene antes dar término a un sinnúmero de trabajos parciales, en el campo de la etnografía al igual que del léxico comparado. Me conviene ahondar el lado funcional de estas correspondencias, para saber hasta qué punto la vida de nombres, objetos y creencias correlacionados con el *toki*, fuese coordinada con la vida jerárquica de la sociedad indígena y con su técnica, y si este vínculo fue superficial, o, en cambio, profundo y organizado. Necesito, además, explorar los campos limítrofes, para explotar la posibilidad de otras líneas culturales paralelas (Imbelloni 1936a: 286).

De acuerdo con estos criterios de agrupación, el modelo histórico cultural arrojaba la siguiente distribución de las culturas: “cultura primordial”, correspondiente al círculo cultural de la “forma cultural primordial”; “protoculturas”, subdivididas a su vez en “ciclo pigmoide”, “ciclo tasmanoide” y “ciclo del bumerang”; “culturas primarias”, que corresponden a los “ciclo de cazadores superiores”, “ciclo de pastores”, “ciclo ártico adulto” y “ciclo de agricultores de la azada”; “culturas compuestas”, integrada por los “ciclo del arco”, “ciclo señorial Drávida”, “ciclo señorial Indonecio-Polinesio” y “ciclo señorial Sudanes”; y el “ciclo de los grandes estados”, integrado por “culturas complejas” subdivididas en función del territorio: “sector mediterráneo”, “sector sinoide”, “sector indioide” y “sector méxico-andino” (Imbelloni 1936a). De este modo,

Imbelloni, a través del modelo de la Escuela Histórico-Cultural, supera el esquema de razas y subrazas anteriormente vigente, tal como vimos en los debates de Outes (§V. 1).

Si bien no es un aspecto al que Imbelloni preste una destacada atención en el *Epítome*, debe observarse que, desde sus orígenes, la Escuela había desarrollado estudios específicamente lingüísticos. Schmidt, de hecho, fue principalmente reconocido, dentro de las ciencias antropológicas, por sus aportes en lingüística oceánica. En este sentido, el antropólogo alemán Martin Gusinde, en una biografía que realiza en homenaje al fallecimiento del cura alemán, sintetiza su labor en esta área de la siguiente manera: “Linguistics was his first and greatest love. To it he devoted a considerable part of his long life, showing particular preference for the languages of Australia and the South Seas” (Gusinde 1954: 868). En esta misma semblanza, Gusinde informa que Schmidt tenía encargado a los miembros de su orden religiosa y demás misioneros que se encontraban en Nueva Guinea y en islas del Pacífico el registro de lenguas que habían permanecido desconocidas hasta entonces. El padre se encargaba de procesar este material, a partir del cual logró establecer la conexión entre las lenguas Mon-Khmer del sur de Asia y las islas del Pacífico y realizar una de las primeras formulaciones referidas al contacto entre las civilizaciones americanas y melanesio-polinésicas (asunto que posteriormente sería frecuentemente referido en los textos ya mencionados de Trombetti y Rivet, entre muchos otros). Por otra parte, la revista *Anthropos*, que él mismo fundó, en 1906, y que dirigió desde entonces, publicó numerosos trabajos en lingüística indígena de todo el mundo.

Un año después que el *Epítome*, Schmidt publica *The Culture Historical Method of Ethnology*, un manual que guarda estrechas semejanzas con el trabajo de Imbelloni por su tono didáctico y por los temas abordados. Allí el autor dedica un apartado a la relación entre etnología y lingüística y plantea, en primer lugar, que el lenguaje “is only one culture element among others” (Schmidt 1939: 282), lo que se corresponde con la concepción sustentada por Imbelloni. También en diálogo con nuestro autor, Schmidt advierte la inestabilidad de la lengua como dato probatorio único al plantear el hecho de que “people can change their language without giving up the essence of their culture and, vice versa, that can preserve their language alongside vast changes in culture” (Schmidt 1939: 283). En este sentido, realiza una breve memoria crítica de la tendencia extendida hacia fines del siglo XIX e inicios del XX de basar los contactos étnicos y raciales a partir de los datos lingüísticos, tal como hemos visto, para el caso de Argentina por ejemplo, con la propuesta de Lafone Quevedo. En palabras del propio Schmidt:

This strong emphasis of linguistics for the establishment of cultural relationship is indeed an echo, and not the worst, from that time when American ethnology, both in North and in South America, took linguistics as the main foundation for the exposition of ethnological groups and culture relationships (Schmidt 1939: 288).

Si la lengua es un elemento más de la cultura, se vuelve susceptible de ser estudiada a la luz los criterios anteriormente mencionados (sobre todo los de cantidad y de calidad). En función de esto, Schmidt retoma el problema emergente que revisamos anteriormente acerca de la validez de los cognados para el establecimiento de vínculos culturales y establece lo siguiente:

The formal elements of a language are found in its grammar and phonetics, the signifiatory in its vocabulary. But methodologically, both the formal as well as the signifiatory elements can provide criteria of form or quantity by a process of accumulation (Schmidt 1939: 282).

Con todo, considera que “the development of a language frequently proceeds along different lines from the other departments of culture” (Schmidt 1939: 286), razón por la cual introduce, como también vimos para el caso de Imbelloni, el método *Wörter und Sachen*. Sin embargo, el autor plantea que para el análisis de la difusión geográfica de las familias lingüísticas no solo interesa reconstruir la historia cultural de los términos, sino también el estudio formal de las lenguas (gramática, morfología), “because therein do we find the history of the language and hence of the intellectual culture as well” (Schmidt 1939: 287).

Los análisis lingüísticos derivan en una serie de “círculos lingüísticos” (“language circles”), que el autor enumera y describe. Así, en cuanto a la relación entre los círculos culturales y los lingüísticos, plantea cierto paralelismo necesario para un correcto establecimiento de “círculos culturales”: “we only then have ‘culture circles’ in the fullest sense of the words when we combine these language circles with the culture circles, since all departments of culture are represented here for the first time” (Schmidt 1939: 293). Finalmente, concluye el apartado con una última reflexión en la que es posible registrar una ideología lingüística (que según la clasificación de Swiggers [2019] se trataría de una “ideología lingüístico-cultural europea”)¹⁵⁷ de amplia circulación desde fines del siglo XIX hasta entonces, consistente en relacionar ciertas

¹⁵⁷ Según el planteo de Swiggers (2019), esta ideología tiene una frecuente aparición en la lingüística misionera y consiste en la exaltación de lenguas y culturas europeas en detrimento de las de otras civilizaciones.

características de algunas lenguas no indoeuropeas con ciertas características mentales, culturales e incluso de organización económica “primitivas”, en el sentido de menos desarrolladas, de las comunidades hablantes. Un fragmento de esta representación puede leerse en la siguiente cita: “I recall the absence of the ö, ü vowels, the lack of difference between sonant and surd, shut and fricative sounds in the Primitive cultures, facts that correspond to their primitive condition” (Schmidt 1937: 293).

Si bien, como decíamos, estos desarrollos teóricos de la Escuela Histórico Cultural específicamente referidos al estudio de las lenguas indígenas no aparecen puntualmente consignados en el *Epítome*, sin embargo sí lo hacen en los análisis puntuales de Imbelloni, incorporados a esta obra como monografías anexas que ilustran el modelo teórico propuesto. Tal es el caso de la nueva versión del artículo que había presentado en 1928 en el homenaje a Schmidt en Viena, “La première chaîne isoglossématique océano-américaine: le nom des haches litiques” que analizamos en el apartado anterior, titulado en este caso: “Toki. La primera cadena isoglosemática establecida entre las islas del Océano Pacífico y el continente americano”. Las realmente escasas modificaciones entre uno y otro trabajo nos permiten advertir que, en lo relativo a los análisis lingüísticos, el afianzamiento del modelo de la Escuela Histórico Cultural no supuso grandes innovaciones teóricas en los análisis de Imbelloni, como ya dijéramos, aunque sí abonó a la circunscripción de los estudios sobre lenguas indígenas a este ámbito.

En términos generales, podemos afirmar que los estudios lingüísticos (de Imbelloni, pero también de otros integrantes de la Escuela, por ejemplo Schmidt) integrados en las investigaciones de la Escuela Histórico Cultural partieron de un marco analítico ecléctico y flexible, al integrar propuestas y teorías de distintos modelos, como vimos anteriormente para el caso de la incorporación de las cadenas isoglosemáticas en los análisis de Imbelloni y el método *Wörter und Sachen*, uno de los pilares fundamentales de todos los trabajos lingüísticos de la Escuela en general. El principal aporte de esta escuela consiste en articular los estudios lingüísticos con los etnológicos, en la instancia de elaboración de hipótesis de filiación racial y étnica y, en definitiva, en facilitar la organización de las culturas. Asimismo y en función de sus fundamentos epistemológicos e ideológicos, la Escuela Histórico Cultural analiza lenguas y culturas a partir de una evidente carga valorativa que tiene como criterio rector el grado de “civilización”. De modo que, las lenguas y culturas nativas americanas, “naturales”, “sin historia”, habrían “recibido” cambios según las distintas olas colonizadoras provenientes de Europa, conformándose, así, un

discurso eminentemente etnocéntrico, en el que las características físicas del medio (sobre todo la separación por el océano) habrían funcionado como facilitadores de tales contactos. Las lenguas, por su parte, según revela el trabajo de Schmidt, fueron evaluadas en función de sus características fonéticas, sintácticas y semánticas, lo que habilitaba la consideración del grado de “desarrollo” de los pueblos. Imbelloni incorporó estos análisis y le permitieron, como ya se vio, aportar a las investigaciones de esta escuela con los “círculos culturales” del Cono Sur a partir del parentesco de las lenguas indígenas de la costa del Pacífico con las de las islas de la Polinesia y Melanesia.

VI. 3. La participación de Imbelloni en la *Historia de la Nación Argentina*

El año 1936 es clave en la trayectoria de Imbelloni, porque, además de la mencionada publicación de *Epítome de culturología* y el inicio de su proyecto editorial “Colección Humanior”, también colabora con la monumental *Historia de la Nación Argentina*, organizada por la Junta de Historia y Numismática Americana y dirigida por Ricardo Levene, el director de la Junta, con dos artículos, uno referido a las lenguas indígenas del territorio argentino y otro sobre las etnias fueguinas. También en 1936, Imbelloni participa de la comisión fundadora de la Sociedad Argentina de Antropología, donde se desempeñó como Director de Publicaciones. Estos cuatro acontecimientos terminan por ubicarlo en el centro de la escena antropológica nacional y contribuyen a que consiga, en 1937, el nombramiento como profesor titular de Antropología y etnografía general en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el cargo más alto obtenido por Imbelloni hasta entonces.

Por otra parte, en lo relativo a la organización del campo científico, además de asistir a la expansión de la Escuela Histórico Cultural en las ciencias antropológicas, durante los años treinta también se presenciaron modificaciones en el ámbito más general de la historia, donde comenzó a consolidarse una línea de profesionales asociados con la Nueva Escuela Histórica, que contó entre sus representantes con Ricardo Levene, Emilio Ravignani y Rómulo Carbia.¹⁵⁸ Por estos años, estos especialistas lograron ocupar posiciones centrales en las principales universidades del país,

¹⁵⁸ La historiografía explica estas modificaciones en el campo de la historia a partir de las transformaciones suscitadas en el país debidas a la crisis económica mundial de 1929. Esta coyuntura trajo consigo el pasaje de una Argentina agroexportadora a un modelo volcado hacia el interior: se modernizaron las principales ciudades, aumentaron las migraciones internas hacia los centros urbanos y cesó provisoriamente la inmigración externa (Cattaruzza 2001; 2016). Uno de los efectos de esta nueva configuración fue la problematización acerca de la “identidad nacional” (Escudero 2010) y, más allá de los matices, se coincidió en que el núcleo de la nacionalidad argentina se hallaba en las manifestaciones culturales “antiguas, telúricas, que se suponían propias del interior rural” (Cattaruzza 2007: 152).

además de formar parte de la ya clásica Junta de Historia y Numismática Americana. Este grupo, a su vez, se encontraba estrechamente asociado con el poder político, razón que explica el encargo de escribir la “historia oficial”. En estas condiciones es que tiene lugar la publicación, en 1936, del primer tomo de los catorce volúmenes de la *Historia de la Nación Argentina* (HNA en adelante).

Se trata de una obra monumental con la que sus gestores buscaron abordar la historia nacional desde los tiempos “prehistóricos” hasta “su constitución definitiva, en 1862”, según proclama su subtítulo. El plan consistía en la construcción de un relato que se iniciaba en las etapas “pre y protohistóricas” con el objetivo de reconstruir “el proceso genético de la sociedad argentina desde sus orígenes” (Levene 1936: XXVI). La periodización finalizaba en 1862, año con que el que sus impulsores marcaban la consolidación del Estado argentino. A su vez, el proyecto partía de la idea de que los estudios históricos se encontraban en un estado de “florecimiento”; por lo que su organizador proponía “comenzar el inventario y valorización de lo mucho que se ha hecho, realizando una obra de síntesis histórica” (Levene 1936: XXV).

El primero de los volúmenes, atinente al periodo pre y protohistórico, fue escrito por reconocidos especialistas en ciencias antropológicas vinculados al Museo Etnográfico, tales como el propio Imbelloni, Vignati, Palavecino y de Aparicio, a los que se suman nombres de integración más reciente en el campo tales como Eduardo Casanova, Fernando Márquez Miranda y Antonio Serrano.¹⁵⁹ Este primer volumen cuenta con dos secciones: la primera, titulada “El hombre prehistórico”; la segunda, “Los aborígenes prehispánicos e históricos”. Esta última sección presenta una introducción seguida de los capítulos correspondientes a los grupos indígenas de las distintas regiones del territorio nacional: Noroeste, Chaco, Río de La Plata, La Pampa y Patagonia.

Dicha introducción, a cargo de Imbelloni, se titula “Lenguas indígenas del territorio argentino” y cuenta con dos partes claramente identificables: una sobre la historia del conocimiento de las lenguas indígenas hasta ese momento, lo que abonaba el plan de escritura de la obra (es decir, exponer del estado de desarrollo de la ciencia en la Argentina); y una segunda, en la que el autor presenta las lenguas indígenas del país.

¹⁵⁹ En la planificación de esta obra, se preveía la participación de Outes, sin embargo, tal como ha identificado Podgorny (2004b), este se plantea en desacuerdo con el plan para el primer tomo diseñado por Imbelloni y Vignati, razón que conduce a su renuncia de la Junta de Historia y Numismática y a un nuevo enfrentamiento con sus colegas (§II. 2. 3).

La primera parte, en la que expone el camino que va abriéndose la lingüística indígena —en este caso incorporada a la historia nacional—, Imbelloni ubica sus inicios en el siglo XVI a partir de los trabajos de los misioneros, aporte que distingue del realizado por las “disciplinas lingüísticas”, las que “hasta el siglo XIX se han mantenido en un estado poco más que embrionario” (Imbelloni 1936b: 177). De acuerdo con esto, en lo relativo a la “lingüística americana”, el autor expresa lo siguiente:

Hay que acercarse a la última década del 800 para encontrar un movimiento real y amplio de renovación en la ciencia lingüística americana. Casi contemporáneamente en América del Norte y en la del Sud surgen corrientes poderosas, con cuyo estímulo un grupo de americanistas ilustres reavivan el interés de los investigadores en torno al problema de las lenguas, y construyen, mediante la revisión crítica del inmenso acervo acumulado en los siglos precedentes, aquellas enciclopedias glotológicas que llevan los nombres de Brinton, Lafone Quevedo y Mitre (Imbelloni 1936b: 178).

Esta historización puede ser considerada, según la clasificación de Koerner (2014), como una historia propagandística de sus propios desarrollos sobre el tema, ya que, mientras que para el caso de “los discípulos de Brinton” entre los que menciona a Powell, Boas y Kroeber, plantea que estos consiguieron “realizaciones siempre más metódicas y modernas” (Imbelloni 1936b: 178), en el ámbito nacional presenta como sus únicos sucesores a Lehmann-Nitsche y a Outes, sin emitir una evaluación concreta sobre sus aportes, lo que contrasta con la valoración que realiza de las investigaciones norteamericanas. Esto le permite sugerir que la de las lenguas indígenas es un área de vacancia y presentarse a sí mismo como el principal continuador. Sin embargo, es importante mencionar que por entonces había otros intelectuales que venían dedicándose a al estudio de esta temática. Tal es el caso del etnógrafo francés Alfred Métraux, quien entre 1928 y 1934 se había desempeñado como director del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán, cuyo principal aporte en esta área fue la investigación de la familia tupí-guaraní y los pueblos indígenas de la región del Gran Chaco; o el lingüista italiano Benigno Ferrario, quien revolucionó los estudios lingüísticos uruguayos desde el año 1923, año en que se radicó en este país, y que era un referente central de Imbelloni; el arqueólogo entrerriano Antonio Serrano, quien incursionó en la lingüística indígena con trabajos que se destacan en la historia de esta disciplina fundamentalmente abocados a la región del Río de La Plata y el Norte de la Argentina; o el propio discípulo de Imbelloni, Enrique Palavecino.

Luego de esta primera presentación de tipo historiográfico, introduce una clasificación de las lenguas indígenas a partir de la organización racial:

En cuanto a los idiomas, las áreas lingüísticas se han mostrado en América suficientemente adherentes a la división racial y cultural, de tal manera que, prácticamente, la división lingüística en grupos y familias es usada aún en nuestros días como subsidiaria de aquéllas (Imbelloni 1936b: 183).

De este modo justifica el hecho de que la introducción de toda la sección se refiera, precisamente, a las lenguas indígenas, debido al valor que por entonces tenía el criterio lingüístico para la sistematización y diferenciación de los grupos indígenas del país. Es decir, la lengua se concibe como uno de los diacríticos identitarios más evidentes.

A la clasificación de los grupos “raciales”, le sigue una tabla que contiene un listado de las lenguas indígenas del territorio nacional. El trabajo continúa con una breve descripción formal de cada una de las lenguas. En la tabla mencionada, el autor distingue con una cruz las lenguas consideradas extintas, lo que implica, por oposición, el reconocimiento de otro grupo de lenguas indígenas con vigencia comunicativa en el momento en que se escribe la obra. Tal contraste pone en evidencia el supuesto del periodo que pretendía inscribir a los pueblos indígenas en los tiempos pre y protohistóricos (Podgorny 2001; 2002), operación discursiva que facilitaba su borrado del plano contemporáneo. En este caso, si bien Imbelloni admite que la gran mayoría de las lenguas se encontraban en uso en ese momento (lo que implicaba, a su vez, reconocer la existencia de diversos grupos indígenas en el país en la contemporaneidad), su planteo incurre en una extendida tendencia característica de toda la primera mitad del siglo XX que consistió en distinguir y organizar la historia argentina en dos grandes segmentos aparentemente sucesivos a pesar de su simultaneidad empírica: el primero, correspondiente a los pueblos indígenas; el segundo, al mundo criollo. Esta tendencia derivó en una distribución temática entre la antropología, la arqueología, la historia y la sociología en función de la distancia temporal y espacial entre el objeto y la posición del investigador,¹⁶⁰ lo que favoreció y permitió justificar, por lo menos en el ámbito local, los mecanismos de invisibilización de los grupos indígenas y el silenciamiento de sus lenguas. Esta

¹⁶⁰ Esquemáticamente, esta distribución sería la siguiente, según la relación del investigador con el objeto: historia (+distancia temporal, -distancia espacial), sociología (-distancia temporal, -distancia espacial), antropología (-distancia temporal, +distancia espacial), arqueología (+distancia temporal, +distancia espacial) (Boivin, Rosato y Arribas 2016). Otro análisis del tema se encuentra en Piazzini Suárez (2006).

distribución se justificó a partir de dos ideas rectoras: por un lado, la desaparición inminente de los pueblos indígenas, supuesto que marcó las ciencias antropológicas y disciplinas afines durante gran parte del siglo XX; por el otro, la construcción de un pasado heroico de los pueblos indígenas y un presente de profunda degradación.

Respecto de la asociación raza y lengua, falacia que se remonta a fines del siglo XIX y que pervive hasta bien entrado el siglo XX,¹⁶¹ Imbelloni plantea:

Quando en los autores de la generación pasada leemos la palabra «raza», siempre nos será útil tener presente que este concepto era para ellos esencialmente lingüístico, y todos los demás factores, como el antropofísico y el cultural (arqueológico o etnográfico, según se trate de pueblos extinguidos o vivientes) estaban, con numerosas y obscuras interferencias, supeditados al factor “lengua” (Imbelloni 1936b: 180)

Si bien el autor establece que “la lengua no constituye por sí sola el criterio diagnóstico de un etno ni de una raza, por el hecho que el idioma puede ser adoptado por pueblos distintos” (Imbelloni 1936b: 183-184), su argumentación no logra desmantelar del todo este supuesto. En este sentido, añade que, de cualquier modo, “es cierto también que una lengua o grupo de lenguas forma parte, originariamente, del patrimonio espiritual de un pueblo o grupos de pueblos” (Imbelloni 1936b: 184).

De acuerdo con esto, introduce el modelo clasificatorio de Lafone Quevedo para las razas argentinas que se basa en parentescos lingüísticos:¹⁶²

- 1er grupo: Razas guaranizantes, en el litoral del Paraná;
- 2do grupo: Razas kichuizantes, en las serranías al norte de San Luis y Mendoza;
- 3er grupo: intermedio entre el 1° y el 2°, en las cuencas del Pilcomayo, Bermejo, Salado y Dulce; se divide en dos subgrupos: a) naciones Guaicurú, y b) naciones que no lo son;
- 4° grupo: Naciones que hablaban el Pampa o el Araucano en la llanura del centro;
- 5° Idiomas no clasificados: el Cacán, el Lule del P. Techo y el Sanavirona;
- 6° Idiomas aislados: Charrúa, Fueguino y Patagón (Imbelloni 1936b: 180-181)

¹⁶¹ Ya en el año 1893, Lafone Quevedo, en un artículo citado anteriormente (Lafone Quevedo 1893b), decía que, si bien “idioma” y “raza” no eran categorías que guardaran una relación directa, el análisis articulado de ambos elementos podía contribuir a la delimitación de los grupos étnicos.

¹⁶² Con la introducción de los grupos del Sur, Lafone Quevedo busca completar el esquema de clasificación de la raza americana a partir del lenguaje propuesto por Brinton, quien no habría llegado a especificar la organización de esta región (Lafone Quevedo 1893b), como vimos anteriormente (§III. 2).

Tras establecer una crítica a este planteo, no sin antes reconocer los “aciertos de Lafone”, presenta su propia clasificación, donde, como veremos a continuación, el principio rector de lengua es reemplazado por el de localización geográfica (de “kichuizantes” a “ándidos”, de “guaranizantes” a “láguidos”, etc.), lo que arroja, sin embargo, un modelo bastante similar, en el que también las clasificaciones lingüísticas se corresponden con las tipologías raciales y culturales:

Se reconocen hoy en el continente Sur las cinco grandes agrupaciones culturales que siguen: 1°, Andinos; 2°, Amazónicos; 3°, Lagoanos; 4°, Pampeanos, y 5°, Fueguinos; que corresponden a las cinco divisiones raciales que se indican por la desinencia «ido»: *Ándidos, Láguidos, Pámpidos y Fuéguidos*.

En cuanto al capítulo sobre los pueblos fueguinos, “Las culturas indígenas de la Tierra del Fuego”, también a cargo de Imbelloni, realiza una presentación de las características del territorio y, luego, de los grupos indígenas de la zona, designados como “razas indígenas”. En ellas incluye, por un lado, a onas y haush, a los que el autor emparenta con “los aborígenes de la Patagonia” por similitudes lingüísticas, de “costumbre” y físicas; y, por otro, yámana y alakaluf, a los que asocia con los chonos de Chile.¹⁶³ Luego presenta con mayor detalle las particularidades fisiotípicas, lingüísticas y culturales de cada grupo. La breve descripción de las fuentes analizadas destaca la labor de Martín Gusinde (cuyas conocidas fotografías son reproducidas a lo largo del capítulo) y Wilhelm Koppers, ambos representantes de la Escuela Histórico Cultural de Viena. Asimismo, refiere a los trabajos lingüísticos y antropológicos de Lehmann-Nitsche y de Outes. En cuanto a las características lingüísticas de los pueblos fueguinos, no hay menciones detalladas, ya que esta información había sido presentada en el otro capítulo a su cargo.

Si bien volveremos sobre este asunto en el próximo capítulo, observamos que el trabajo iniciado por estos etnólogos posiblemente funcionara como un antecedente y, al mismo tiempo, un aliciente para la empresa de Imbelloni de encontrar un objeto propio y distintivo para el modelo que en ese momento estaba intentando instalar en el país. En este mismo sentido, es posible que la labor de dichos etnólogos haya motivado, además, por una cuestión de afinidad teórica, que Imbelloni fuera el encargado del capítulo sobre los grupos étnicos fueguinos. De hecho, en el plano de la docencia, desde que se hizo cargo de Arqueología y etnología general, en 1931, dedicó especial atención al estudio de los círculos culturales de la Patagonia y Tierra del Fuego y de

¹⁶³ Esta distinción la toma del antropólogo italiano anteriormente mencionado, Renato Biasutti.

ninguna otra región de la Argentina (excepto por el programa de 1936, referido a la región mesopotámica), criterio que mantuvo hasta 1937.

Asimismo, se hace presente una concepción orgánica de la cultura. Así, mientras más atrás en la historia nos remontemos, encontraremos formas más primitivas o “embrionarias”, en sus palabras, lo que constituye una idea común al evolucionismo y a la Escuela Histórico Cultural, más allá de que esta fuera gestada, desde sus inicios, en abierta oposición a aquella corriente, tal como vimos anteriormente. De acuerdo con esto, algunos fragmentos revelan un fuerte etnocentrismo por parte del autor y una idea monolítica de las distintas culturas al referir a “contaminación”, como si hubiera una estirpe pura y original: “por un parte, parece ser el más antiguo entre los fueguinos pedestres [el grupo ona], y por la otra muéstrase *contaminado* por las costumbres de los vecinos canoeros” (1936c: 380). La cita que se lee a continuación también revela juicios etnocéntricos de las formas de vida del grupo en cuestión:

Esta alimentación corresponde a la de un pueblo de cazadores, que emplea en segundo término la pesca; como en todos los pueblos de cazadores le quedan vestigios de una *forma cultural todavía más embrionaria*, caracterizada por la recolección de raíces, frutos, hongos y ramitas verdes. *Alimentación, en una palabra, de carácter parasitario, que agota los productos naturales y cuya continuidad nada tiene de seguro*; a esto se debe que los ona, como todos los demás fueguinos, y como todos —en general— *los pueblos de cultura protomorfa, llenan el estómago en toda su capacidad durante los períodos favorables para la caza y la recolección, mientras en los períodos de carestía lo engañan comiendo las ramitas verdes de las plantas* (1936c: 38; el destacado es nuestro).

Así se evidencia, nuevamente, el principio evolutivo que sostiene que habría culturas más elementales que otras. La descripción de los yamana parte de caracterizaciones similares, en las que se destaca su supuesta elementariedad.

En síntesis, en los capítulos de la *Historia de la Nación Argentina* a cargo de Imbelloni se identifica, por un lado, la importancia del estudio de las lenguas para la organización de los grupos indígenas, lo que supone la asociación del concepto de raza con el de lengua. La historización que expone en el primero de los capítulos abordados, además, resulta interesante por la estrategia de construir discursivamente una zona de vacancia en el ámbito de estudios de lingüística indígena, que le permite presentarse a sí mismo como el legítimo continuador de Lafone Quevedo, Mitre, Lehmann-Nitsche y Outes. Finalmente, ambos capítulos permiten reconocer la aplicación de los presupuestos teóricos de la Escuela Histórico Cultural en los análisis, sobre todo lo referido a la

organización de las culturas en función de criterios, en definitiva, evolucionistas, al plantearse a partir de una serie de estadios que van desde las formas más elementales a las más complejas.

~

En este capítulo hemos abordado la etapa inicial de la trayectoria de Imbelloni, con particular atención a sus aportes a los estudios de las lenguas indígenas. En primer lugar, analizamos su inserción en los debates americanistas locales a partir de la publicación de *La Esfinge Indiana* (1926), una obra en la que, a partir de la puesta en cuestión acerca de la procedencia de los pueblos americanos, introduce una hipótesis de filiación lingüística entre lenguas de las islas de la Polinesia y algunas lenguas americanas (más particularmente de la región andina). Esta propuesta suscitó extendidos debates, no solo en el ámbito nacional sino también internacional, que lo condujeron a rectificar su primer planteo y a profundizar su articulado teórico, lo que supuso la incorporación de una serie de ideas establecidas en el *Curso de lingüística general* (1916), novedosas para los estudios lingüísticos locales del periodo. Posteriormente, examinamos una publicación en la que introduce el modelo de la Escuela Histórico Cultural, *Epítome de culturología* (1936), con el principal objetivo de identificar cómo se integran los estudios sobre las lenguas indígenas a esta escuela antropológica; pudimos comprobar, así, que estos análisis tenían, al igual que en el caso de los trabajos de Outes, un lugar ancilar para la organización de los círculos culturales. Finalmente, revisamos su participación en la *Historia de la nación argentina* (1936), donde colabora con un capítulo introductorio específicamente abocado a las lenguas indígenas del territorio argentino, lo que pone en evidencia el valor que había adquirido su figura en lo relativo a esta temática; posicionamiento que él mismo refuerza en el estado de la cuestión que realiza a modo de introducción, donde se plantea como el único sucesor de Lafone Quevedo, Lehmann-Nitsche y Outes. Su otra colaboración en esta obra, relativa a las lenguas fueguinas, nos permitió poner en relieve el otro campo de interés en el que empieza a ser reconocido: los estudios patagónicos, un ámbito que, como veremos a continuación, recibirá atención creciente en la segunda etapa de su trayectoria.

El análisis de estas intervenciones nos ha permitido dar cuenta ciertas continuidades y rupturas respecto de los patrones de argumentación lingüística (Schlieben-Lange 1993) dentro de

los estudios académicos sobre lenguas indígenas en esta parte del periodo. En cuanto a las continuidades, es posible afirmar que, incluso después de Lafone Quevedo y Outes, esta temática fue afrontada por antropólogos con el objetivo de realizar cartografías étnicas; mientras que, excepto por el caso de Costa Álvarez, no identificamos intervenciones de especialistas en ciencias del lenguaje en las discusiones sobre el tema. Más allá de estas continuidades con los trabajos de Lafone Quevedo y Outes, hay algunas diferencias para resaltar. Así, si bien Imbelloni realizó trabajos de gabinete, ya que sus análisis partieron de documentaciones realizadas por otros agentes, no participó de la práctica de publicación de fuentes documentales ni de la red de circulación de manuscritos inéditos. Por otra parte, incorporó una serie de categorías de la lingüística novedosas en el país, a la vez que problematizó postulados teóricos propios de esta disciplina (como es el caso de las ideas del lingüista italiano Trombetti, además de las ya mencionadas de Saussure), que en los dos otros casos no se identifican. Estas incorporaciones teóricas son relevantes porque, al promoverse la figura de Imbelloni dentro del campo, sus trabajos comenzaron a ser un estándar mediante el cual se impusieron temáticas y métodos de abordaje, lo que alcanza su máxima expresión con la expansión del modelo culturológico a nivel local.

VII

Etnografía de las lenguas indígenas (1943-1955)

Tal como se ha visto en los capítulos precedentes, durante gran parte del periodo revisado las investigaciones sobre lenguas indígenas tomaron como base registros realizados en siglos anteriores mayormente por misioneros y viajeros, en una práctica investigativa que hemos denominado *arqueología documental de las lenguas indígenas*. Si bien Imbelloni no participó activamente de ella, utilizó sus resultados para realizar sus propios análisis de gabinete.

Según nuestra hipótesis, las nuevas demandas políticas y sociales de los años cuarenta preparan las bases para el despliegue de discusiones renovadas acerca de la integración de los grupos indígenas en el entramado social argentino, lo que conduce a la gestión de etnografías de salvataje y al registro de lenguas que se pensaban agonizantes, prácticas que serán analizadas en este capítulo. Entre los resultados de esta nueva situación se incluyen algunas de las actividades proyectadas por Imbelloni para el Instituto de Antropología, y en particular la documentación de vocabularios en terreno que suponen una diferencia metodológica significativa con sus propias investigaciones previas sobre el tema (véase VI). La incorporación del trabajo con informantes nos conduce al reconocimiento de una nueva modalidad investigativa, la *etnografía de lenguas indígenas*, cuya problematización es el eje principal de este capítulo.

Así, en primer lugar, analizamos la incorporación en las investigaciones de Imbelloni de una nueva área de interés, por entonces en pleno auge: el folklore, tal como se registra en una nueva publicación, *Concepto y praxis del folklore como ciencia* (1943), donde expone un modelo para su estudio desde la perspectiva de la Escuela Histórico Cultural. A continuación, examinamos particularmente cómo Imbelloni articula, en este nuevo proyecto, las distintas disciplinas que integran las “ciencias antropológicas”, con especial atención al lugar que concede a las lenguas indígenas en la concepción que expresa del folklore nacional.

También como parte de las discusiones acerca de las características de la población nacional y la consecuente incorporación de temáticas relativas a los pueblos indígenas en la agenda pública, durante la gestión al frente del Museo Etnográfico y del Instituto de Antropología que se inicia cuatro años después de la publicación de *Concepto y praxis*, Imbelloni fue consultado como

asesor de la Cámara de Senadores para la elaboración de un proyecto de creación de una serie de institutos de lenguas aborígenes en distintas localidades del país con el objetivo de fomentar su enseñanza, estudio y rescate. Los informes que presenta también son analizados en este capítulo, ya que allí el autor da cuenta de sus propias concepciones acerca de las lenguas indígenas, su vitalidad y el modo en que deberían ser abordadas.

En la tercera parte del capítulo examinamos la expedición a la Patagonia, en 1949, que Imbelloni lidera en el marco de su gestión en el Instituto de Antropología, con el objetivo de estudiar a “los últimos patagones” (tehuelches o aonikenk), lo que abona al retorno al trabajo etnográfico en la Universidad de Buenos Aires. Durante esta campaña, con la colaboración de Marcelo Bórmida, compila un vocabulario aonek’o ajén, que permanecía inexplorado hasta que, recientemente, logramos ubicarlo en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico. El trabajo con este material nos permite reponer una de las últimas intervenciones en las que fueron antropólogos y no lingüistas quienes hicieron elicitaciones en el campo, así como también analizar las técnicas aplicadas en su recopilación con el objetivo de especificar algunos rasgos que caracterizaron a estas investigaciones en terreno durante el periodo.

Finalmente, en la última parte de este capítulo analizamos una nueva intervención de Imbelloni en la esfera pública como prologuista de la reedición de la *Toponimia patagónica de etimología araucana* (1950) del presidente de la Nación Juan Domingo Perón, obra que escribiera el político en 1936, durante los años que se radicó en Neuquén como parte de sus actividades en la milicia en el territorio patagónico. Según intentaremos demostrar, esta publicación constituye la máxima visibilización de las lenguas indígenas en la agenda pública. Sin embargo, su tratamiento se produce través de la toponimia, usualmente asociada con “fósiles” lingüísticos, y no con el tratamiento de lenguas en uso. A su vez, esta publicación participa de la revalorización del territorio patagónico, lo que genera un punto de estrecho encuentro entre el gobierno de Perón y el proyecto científico de Imbelloni.

VII. 1. Las lenguas indígenas en los estudios de folklore: la propuesta de Imbelloni

La Argentina de inicios de la década del cuarenta venía de una fuerte crisis política y económica marcada por el fraude electoral y por un significativo empobrecimiento de los pequeños productores agrarios, que había derivado en una importante migración desde las zonas rurales hacia los centros urbanos. Asimismo, en un contexto mundial signado por la Segunda Guerra

Mundial y por el temor al avance del comunismo, tuvo lugar un nuevo golpe militar con el que sus impulsores supuestamente buscaron desarrollar y modernizar la economía nacional a través de la industrialización del país, lo que supuso una reconfiguración social de las grandes ciudades. También en este contexto la figura de Juan Domingo Perón comenzaba a cobrar gran visibilidad entre las clases populares, gracias a las favorables medidas que venía implementando en calidad de director del Departamento Nacional del Trabajo (luego denominado Secretaría de Trabajo y Previsión), lo que marcará su camino hacia la presidencia de la nación (Cattaruzza 2016).

En esta coyuntura, imperaba la idea de que la Argentina se encontraba atravesando por un momento poblacional crítico debido a la baja natalidad, la ausencia de inmigración y la “degeneración” racial producto del mestizaje (véase Lazzari 2002; Villalón 2012). Este diagnóstico resultó en una considerable proliferación de estudios folklóricos y en una instancia de institucionalización disciplinar (Blache 1991-1992: 80), con estudios que prestaban especial atención a “residuos” de una cultura criolla que había sido hegemónica en el pasado. Se sostenía la idea de que este “sedimento” habría quedado depositado en las manifestaciones culturales de los campesinos de las zonas rurales y de los grupos más carenciados de las urbes, tal como explica Blache (1991-1992: 80-81). En cambio, y tal como sostiene Lazzari (2004: 207), para los antropólogos “los indígenas vivos eran una cuestión ‘inactual’”.¹⁶⁴

Con todo, si bien en la década del cuarenta se fundan las instituciones más importantes dedicadas a la investigación folklórica, que alcanza su máxima expresión en el Instituto Nacional de la Tradición fundado en 1943,¹⁶⁵ hubo durante las dos décadas anteriores algunos antecedentes que debemos mencionar. Además de la ya referida Encuesta Nacional de Folklore impulsada por el Consejo Nacional de Educación en 1921, diez años después Carlos Vega, defensor de Imbelloni y de los americanistas durante la disputa con Costa Álvarez (véase §VI. 1. 3), funda el Gabinete

¹⁶⁴ Así, por ejemplo, en 1940, el Museo Social Argentino organiza el Congreso de la Población, al que asisten tanto políticos como especialistas en distintas áreas con el objetivo de generar un espacio de debate para ofrecer soluciones frente a la situación poblacional del país. Tal como establece Lazzari (2002), en el Congreso participaron tres especialistas miembros de la Sociedad Argentina de Antropología, quienes no emitieron opinión, según se registra en la sesión plenaria. El autor asocia esta actitud con las principales temáticas abordadas por la antropología por entonces —como explicamos más arriba—, que escapaban a problemas contemporáneos.

¹⁶⁵ El Instituto Nacional de la Tradición (actual Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, INAPL), fue creado por el Poder Ejecutivo de la Nación en 1943 y tuvo como su primer director al folclorólogo catamarqueño Juan Alfonso Carrizo, una de las principales figuras de los estudios de folklore de la primera mitad del siglo XX. Para más información sobre la historia del folklore argentino en general y sobre la trayectoria de Carrizo en particular, véase Chamosa (2012). Por otra parte, también en 1943, se crea el Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore y tuvo como su primer director al antropólogo Alfredo Serrano.

de Musicología Indígena en el Museo Argentino de Ciencias Naturales, una de las instituciones precursoras en el país dedicadas al estudio de las manifestaciones musicales del folklore, que metodológicamente combinó etnografías indígenas, mestizas y criollas (Vega 2016 [1946]: 7). Por su parte, en 1936, Berta Vidal de Battini comenzó a realizar encuestas sobre variedades de habla regionales del país y a compilar material folklórico en distintas provincias, tarea que se extendió por treinta años (véase Blache y Dupey 2007). Mientras que, en 1937, se crea el Instituto de Historia, Lingüística y Folklore en la naciente Facultad de Filosofía de la Universidad de Tucumán, dirigido por Manuel Lizondo Borda (Blache y Dupey 2007).

A partir de la crisis social y política y a la instancia de revalorización e institucionalización de los estudios de folklore a nivel nacional, paulatinamente comenzó a producirse un mayor consenso en cuanto a la incorporación de algunas de las manifestaciones culturales de los pueblos indígenas en la tradición nacional. En este contexto tienen lugar una serie de acontecimientos de distinto orden que preparan las bases para nuevos tratamientos de los asuntos indígenas. Así, Imbelloni publica, en 1943, la primera edición de *Concepto y praxis del folklore como ciencia*,¹⁶⁶ que, al igual que el *Epítome de culturología*, también forma parte de su proyecto editorial, la Colección Humanior. *Concepto* consiste en la compilación de una serie de conferencias que había dictado un año antes en el Departamento de Folklore del Instituto de Cooperación Universitaria,¹⁶⁷ dirigido por Juan Alfonso Carrizo (1895-1957). Con esta obra, Imbelloni buscaba articular sus estudios culturoológicos con los estudios folklóricos que se encontraban en pleno auge.

Más precisamente, Imbelloni introduce un proyecto científico-académico denominado “Ciencia del Hombre” o Antropología, una suerte de macrodisciplina compuesta por una rama biológica y una rama cultural, cuyo objetivo ulterior radicaría en la “reconstrucción de los patrimonios” (Imbelloni 1943: 18) de manera integrada, propuesta que se presentaba en continuidad con sus primeros trabajos analizados en el capítulo anterior. Este proyecto se distinguía de los modelos tendientes al análisis aislado de los “elementos de civilización” (lo que coincide con la crítica que realiza al evolucionismo trabajada en §VI. 2). En este sentido, desde su perspectiva, “patrimonio” comprendía

¹⁶⁶ En 1959 se publica *Folklore argentino*, que también forma parte de la Colección Humanior. Allí participan distintos representantes de los estudios de folklore del momento, entre ellos, Imbelloni. El segmento a cargo de este autor consiste en algunos capítulos de *Concepto y praxis* de 1943.

¹⁶⁷ Para más información sobre esta institución, véase Bentivegna (2016).

[...] *la totalidad de los bienes culturales que caracterizan las funciones vitales de un estado de civilización*, ya sea los pertenecientes a la *vida material* (economía, habitación, vestido-adorno, mutilaciones, armas, utensilios, técnicas, medios de transporte, etc.), ya a la *vida social* (familia, costumbres nupciales, división sexual del trabajo, derecho de sucesión, estado, guerra y paz, ceremonial, usos funerarios) ya a la *vida mental* (creencias religiosas, ritos y culto, imagen del mundo, arte plástica, música, canto, medicina, ciencia y elocuencia) (Imbelloni 1943: 20; resaltado en el original).

Puede observarse que entre los elementos patrimoniales Imbelloni no menciona las lenguas; no obstante, entendemos que con “elocuencia” se refiere a este aspecto, que sería abordado desde una perspectiva de recuperación de las tradiciones folklóricas regionales. En este sentido, plantea que esta ciencia debe encargarse de registrar todos los elementos que definan el folklore nacional; entre ellos, las lenguas indígenas, consideradas “*sustrata*” de las variedades de habla locales, como veremos a continuación, lo que coincide en un punto con la perspectiva de la filología local que hemos analizado anteriormente (véase §IV. 3).

Por su parte, la organización disciplinar, que reproduce con algunas variantes la planteada en el *Epítome de culturología* (véase §VI. 2), es la siguiente: por un lado, como vimos anteriormente, la “Antropología Biológica”, integrada por la “Antropogonía” y “Antropotaxis”. Por el otro, la “Antropología Cultural”, que abarca las ciencias “ontológicas”, encargadas del procesamiento y organización de ese material, a saber, la “Culturología” y la “Etnología”; y las ciencias “fenomenológicas”, que serían las encargadas de la recolección de los datos en terreno, entre las cuales incluye la “Prehistoria”, la “Arqueología”, la “Etnografía” y el “Folklore”, distinguidas entre sí por sus respectivos objetos y métodos de indagación: las dos primeras se ocupan del estudio de las “civilizaciones desaparecidas”; la tercera, de la “civilización natural de pueblos [llamados] ‘primitivos’ y ‘salvajes’”; y, finalmente, el folklore —ausente en el *Epítome* (véase §VI. 2)— se orientaría a las “poblaciones que pertenecen a naciones civilizadas” (Imbelloni 1943: 25).

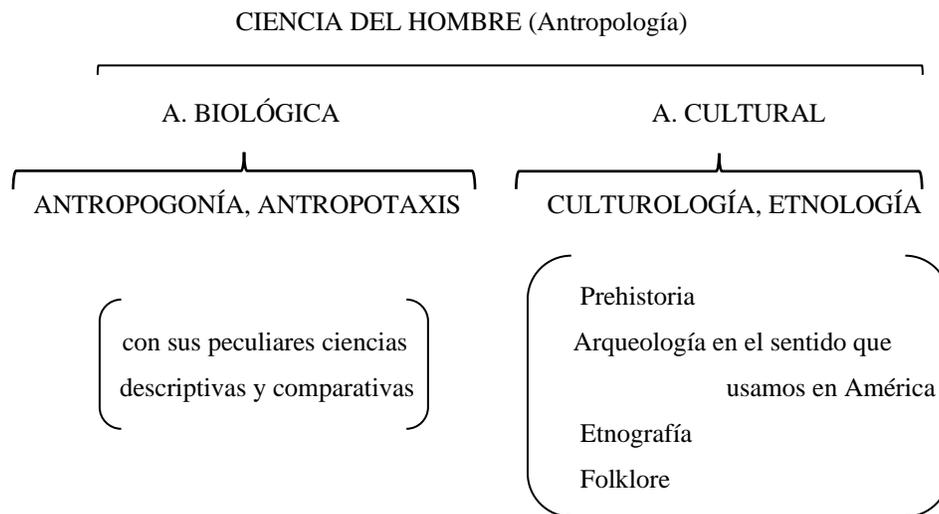


Figura 5. División de la “Ciencia del Hombre” en *Concepto y praxis* (1943: 37)

En este esquema, los pueblos indígenas no formarían parte de los estudios folklóricos, ya que se los consideraba parte de los “pueblos primitivos”. Sin embargo, más adelante, al momento de definir las características específicas del folklore de las naciones americanas, adapta el marco teórico a las realidades locales y plantea, en este sentido, lo siguiente:

Resumiendo: no será suficiente conocer los patrimonios antiguos y actuales de las naciones europeas (y sus grupos regionales) que dieron cuerpo a la Conquista y a las “grandes inmigraciones” de la segunda mitad del siglo XIX, sino *hay que añadir otras dos componentes primarias, racialmente más alejadas: la negra y la india* (Imbelloni 1943: 79; el resaltado es nuestro).

Así, la posibilidad de aceptar también elementos culturales de la población indígena en la conformación del patrimonio cultural argentino se debe, según el autor, a tres “modos de compenetración” (Imbelloni 1943: 80): el primero que presenta es la lengua, “que nos pone frente a pueblos de variada mestización, con predominio creciente de blancos, los cuales se expresan en la vida cotidiana, y más en los cantares, con vocablos del Qhesua y algunos pocos del Cacán y del Guaraní” (Imbelloni 1943: 80). El segundo consiste en una reformulación de la temporalidad en el relato histórico con la que Imbelloni logra superar la distinción anteriormente expuesta entre etnología y folklore, en sus palabras:

[...] una nueva cronología, que veda colocar como base distintiva entre la Etnografía y el Folklore (esto es, entre los pueblos naturales y los civilizados) la fecha de la Conquista, porque con la fundación de los primeros núcleos de población coloniales no se interrumpió el flujo vital indio, y sólo se le atrajo dentro de los recintos (fortines, misiones, reducciones, aldeas) (Imbelloni 1943: 80).

El tercero, finalmente, que refiere a fronteras territoriales, las cuales “no pueden coincidir con los confines de las naciones americanas actuales, por la simple razón que las influencias del Perú se extienden a Chile, Argentina, Bolivia y Ecuador, y la de los pueblos naturales de la Amazonia cubren casi todo el Brasil y el Paraguay, e importantes sectores de Bolivia, Argentina y Uruguay” (Imbelloni 1943: 80).

En la última parte del libro, propone un plan curricular para una nueva carrera, “Ciencias de América”, que tiene como marco el mencionado proyecto científico de la “Ciencia del Hombre” y que, en este caso, involucra el estudio del patrimonio específicamente americano. A su vez, esta propuesta continuaría según el autor con el trabajo de las “generaciones argentinas de 1870 a 1910” entre las cuales las ciencias del hombre “mantuvieron una posición prestigiosa” (Imbelloni 1943: 136). En el plan de estudios, incluye, para el tercer año, una asignatura que denomina “Lingüística y lenguas de América en general”; mientras que en el cuarto y quinto establece las de “Lenguas de cultura americanas (1)” y “Lenguas de cultura americanas (2)”. Con ellas se propone, concretamente, que los estudiantes aprendan “Qhéšua”, “Aymara” y “Guaraní”, alternativamente, “de manera que el inscripto, al término de la carrera, había cursado al menos dos de ellas, sin contar la asignatura de Lingüística y lenguas de América en general” (Imbelloni 1943: 134).

Según nuestra lectura, en este planteo comienzan a identificarse algunas nuevas concepciones acerca de las lenguas indígenas que son sintomáticas del inicio de una modificación en sus abordajes y que se articulan con nuevas problematizaciones políticas y sociales que también impactan en las ciencias antropológicas. Así, Imbelloni, desde el ámbito del folklore, considera que algunas marcas de esas culturas perviven como “sustrato” en el léxico y en el arte verbal regional (lo que coincide con los estudios lingüísticos de la época que vimos en el capítulo cuarto) y las integra al patrimonio de las naciones americanas. Las distintas maneras de ubicar temporalmente el elemento indígena en dos momentos diferentes de su producción relativamente

cercanos, 1936 y 1943,¹⁶⁸ se puede entender como una consecuencia propia de las distintas disciplinas en las que se inscriben estos trabajos. Así, la historia, reservada para el estudio del pasado nacional, no admitía la inclusión de los pueblos indígenas en sus anales, temática abordada por la arqueología o, en todo caso, por la antropología. Por su parte, el folklore, si bien también supone el estudio de las manifestaciones culturales de la nación, se focaliza en la cultura popular, razón que permite explicar la incorporación del elemento indígena.

VII. 2. Las lenguas indígenas en la agenda pública

Cuatro años después de la publicación de *Concepto y praxis del folklore como ciencia*, ya como director del Instituto de Antropología y del Museo Etnográfico, Imbelloni es reiteradamente consultado por asuntos que atañen a la organización e institucionalización de la antropología en centros académicos. En estas ocasiones, la temática de las lenguas indígenas adquiere central importancia. Nos referimos, particularmente, a su asesoramiento en la creación de la carrera de Ciencias Antropológicas en la Universidad Nacional de Tucumán y en el proyecto de creación de seis institutos de lenguas aborígenes que se debate en el Senado de la Nación en 1949, como así también a las respuestas que ofrece sobre este tema para el Primer Censo Científico y Técnico Nacional realizado entre 1951 y 1952.

En 1947 se crea la carrera de Ciencias Antropológicas en la Universidad Nacional de Tucumán, la primera del país, gracias a las gestiones de Osvaldo Paulotti, director del Instituto de Antropología de esa universidad entre 1947 y 1949.¹⁶⁹ El proyecto de Paulotti partía del modelo planteado por Imbelloni en *Concepto y praxis del folklore como ciencia* (1943), que buscaba integrar, como hemos visto, en un programa de cinco años de duración, estudios de paleontología, geografía, prehistoria y arqueología, antropología y etnografía, lenguas americanas, folklore y religión. En función de la propuesta de Imbelloni, Paulotti incorpora la asignatura “Lenguas americanas”, el único espacio curricular universitario del período del que hasta ahora tenemos noticias estrictamente pensado para la enseñanza de asuntos relacionados con las lenguas indígenas, a cargo de Dick Ibarra Grasso, un antropólogo de origen entrerriano.

¹⁶⁸ Tal como se vio en el capítulo sexto, el primer tomo de la *Historia de la Nación Argentina*, correspondiente a los tiempos pre y protohistóricos, fue el reservado para los grupos indígenas del país. Mediante esta opción, que constituía un mecanismo muy extendido dentro de los estudios históricos y antropológicos del período, se borraba a estos grupos de los tiempos contemporáneos.

¹⁶⁹ Para más información acerca de la formación de la carrera y su rápida suspensión, véase Carrizo (2015).

En el marco del diseño de la nueva carrera, Paulotti solicita la opinión de Imbelloni acerca del plan de estudios y este, en su respuesta, pone en cuestión principalmente el curso sobre lenguas indígenas, sobre todo por la falta de desarrollo del tema en el país: “la asignatura ‘Lenguas Americanas’ me parece que va a darles serias dificultades por la sencilla razón que no existen tratadistas, ni tratados, dedicados a una reseña general de las lenguas de América” (Imbelloni a Paulotti, 27/4/1947, Fondo José Imbelloni, AME). Esta es la tesitura que, como veremos, mantiene Imbelloni en todos los casos en que, por la vía que sea, se pretende avanzar en la institucionalización de esta temática, lo que posiblemente haya implicado el detenimiento de este tipo de propuestas y una retracción de los estudios antropológicos sobre lenguas indígenas.

Una postura similar se observa cuando en 1949 fue consultado en calidad de especialista para que diera su opinión sobre un proyecto de ley debatido por el Senado de la Nación, impulsado por el sector peronista, sobre la creación de institutos de “lenguas autóctonas”. En consonancia con el Primer Plan Quinquenal, que planteaba que “Las denominadas lenguas autóctonas serán debidamente estudiadas no sólo como reliquias de un pasado idiomático cuya influencia aún perdura sino también como elementos vivos de convivencia en las zonas originarias” (*Plan de Gobierno* 1947-1951, 1946: 2848), el artículo primero de este proyecto —en el que se reconoce la afinidad del proyecto con las ideas sostenidas por Imbelloni—, expresaba:

Artículo 1 – Créanse, dependientes de las seis universidades nacionales y con un régimen de autonomía interna compatible con las prescripciones de la ley 13.301 y el decreto del Poder Ejecutivo de la Nación 9.956 del 7/IV/48, los “institutos de lenguas autóctonas” destinados a estudiar, catalogar, analizar, comparar y conservar los elementos idiomáticos de las mismas, así como impartir la enseñanza teórica y práctica de aquellas que aún se conservan en uso o se cultivan, habitual o esporádicamente, en distintas zonas y regiones del país (CSN 1949: 1355).

De acuerdo con esta propuesta, el bloque de senadores proyectaba la creación de seis institutos repartidos en distintos puntos del país, dependientes de seis universidades nacionales, que se localizarían en ciudades diferentes de donde funcionaba cada universidad. El instituto dependiente de la de Buenos Aires sería el único emplazado en la misma locación, y se encargaría del estudio del “querandí” y del “charrúa”, entre otras lenguas. El instituto de la Universidad Nacional de La Plata se ubicaría en Bahía Blanca y se dedicaría al estudio del “ranquel”, “tehuelche”, “pampa”, “ona” y “patagón”. Aquí puede identificarse cierto desconocimiento de la

diversidad lingüística de la región, ya que “patagón” es otra designación de “tehuelche” (es decir, aonek’o ajen). El instituto dependiente de la Universidad del Litoral estaría emplazado en la ciudad de Posadas y las lenguas a investigar serían “guaraní”, “bororo” y otras “afines”. Nuevamente, queda en evidencia el desconocimiento de los legisladores acerca de la diversidad lingüística de la región, ya que el bororo no era una lengua de la zona, sino que se ubica en el Mato Grosso. El instituto dependiente de la Universidad Nacional de Córdoba se localizaría en la ciudad de Río Cuarto y las lenguas a estudiar serían el “diaguita” (nombre para el cacán), comechingón y, nuevamente, otras lenguas “afines”. Como el plan era, entre otros, la transmisión de las lenguas, este instituto se habría visto en serias complicaciones ya que tanto el comechingón como el cacán eran lenguas que desde el siglo XVII habían caído en desuso (véase Bixio 2001). La Universidad de Tucumán, por su parte, tendría a su cargo las lenguas aymara, “Humahuaca”, quechua, “calchaquí”, “quilmes” (en estos dos últimos casos posiblemente también se refirieran al cacán), desde un instituto que estaría emplazado en la ciudad de Santiago del Estero. Finalmente, la Universidad Nacional de Cuyo tendría su instituto en la ciudad de San Luis y estaría encargado de las lenguas huarpe, “araucana” (mapuzungun), “puelche” (otra denominación para el gñün a iajüch) y otras “afines”.

Como decíamos, Imbelloni fue consultado una vez que la propuesta fue aprobada por la Cámara de Senadores. Entre la documentación en la que fundamenta su veredicto, contamos con una carta fechada en noviembre de 1949, sin un destinatario explícito, en la que plantea varias cuestiones de relevancia (Imbelloni al Senado de la Nación, 24/11/1949, Fondo Imbelloni, AME). Por un lado, señala que en los últimos años hubo intentos por crear cursos análogos, “casi siempre iniciados por maestros y profesores del interior, conocedores del Guaraní o del Mapuche y entusiastas propugnadores de la oficialización de la enseñanza de las lenguas indígenas”, afirmación que permite comprobar que el del peronismo no se trata de un proyecto aislado, sino que formaba parte de las respuestas en políticas públicas a las demandas del periodo.

Otro de los aspectos que se destaca en su nota es la acusación de desconocimiento que los legisladores tienen respecto de las cuestiones lingüísticas en general y de las lenguas indígenas en particular: “se trata siempre de personas que evidencian una sorprendente desaprensión en todo lo que concierne a las delicadas investigaciones que son propias del lingüista; ignorando por completo el fundamento de la lingüística general, piensan en buena fe que pueden reemplazarlo con la práctica de uno que otro idioma indígena”; denuncia también, en cuanto a los lingüistas, su

escaso dominio del idioma, “del cual a justo hablar sólo conocen una pequeña serie de vocablos”, mientras que se encontrarían más avezados en lo concerniente a “la estructura, morfología y particularmente a la fonética” (Imbelloni al Senado de la Nación, 24/11/1949, Fondo Imbelloni, AME).

En relación con esto, distingue tres perspectivas de abordaje de las lenguas en cuestión: “1° con medios y fines prácticos, propios del políglota, 2° para gustar la cultura y literatura de un pueblo, lo que pertenece al filólogo, y 3° para discernir los parentescos lingüísticos y las migraciones de pueblos, lo que es particular del glotólogo” (Imbelloni al Senado de la Nación, 24/11/1949, Fondo Imbelloni, AME). El proyecto, según analiza Imbelloni, demuestra que no es posible identificar cuál es la finalidad de los institutos que se proyecta crear; es decir, si tendrán objetivos políglotos, filológicos o glotológicos. En este segmento, nuevamente aparece la perspectiva “glotológica” que, como vimos en el capítulo anterior, refiere a la definición desarrollada por Trombetti acerca de los estudios lingüísticos relativos a las “lenguas primitivas”, como espacio reservado a los antropólogos.

Es así que, en cuanto a la enseñanza de estas lenguas, que respondería a la orientación políglota, Imbelloni plantea que no tiene mucho sentido ya que

[...] la pura enseñanza idiomática de lenguas aborígenes tiene una importancia absolutamente efímera en la vida de nuestras culturas contemporáneas, y cuando se la considere en absoluto apartada de los enfoques propios del filólogo y del glotólogo no merece la pena que importa su instauración en las escuelas de un estado moderno (Imbelloni al Senado de la Nación, 24/11/1949, Fondo Imbelloni, AME).

En este sentido, precisamente en contra de uno de los objetivos principales del proyecto, es decir, la enseñanza de las lenguas, Imbelloni pondera, en cambio, las perspectivas más analíticas, es decir, la glotológica y la filológica; y propone, entonces, estudiar estas lenguas en tanto “lenguas de cultura” y no como “idiomas modernos”. Continúa trayendo a colación la experiencia peruana en este sentido, de la que llama la atención el argumento acerca de los problemas supuestamente generados por la enseñanza de estas lenguas:¹⁷⁰

¹⁷⁰ Se refiere a la cátedra de quechua de la Universidad de San Marcos creada en 1938 gracias a las gestiones del filólogo italiano Ippolito Galante; para más información véase Durston (2014).

[...] la pura enseñanza del idioma suscitaba únicamente el florecimiento de ambiciones político-idiomáticas en grupos de mestizos de determinados distritos y de ningún modo contribuía a limitar el enorme distanciamiento psicológico que en aquel país separa al blanco de la ciudad capital del nativo de la Costa y la Sierra (Imbelloni al Senado de la Nación, 24/11/1949, Fondo Imbelloni, AME).

En síntesis, si por un lado Imbelloni reconoce este proyecto como del más “puro y sincero patriotismo”, además de acompañar con “cálida comprensión las finalidades generales del Gobierno del Gral. Perón con respecto a la revivificación de las tradiciones nacionales”, plantea que “es del todo desproporcionado al sacrificio pecunario que importa la organización que tal enseñanza requiere”. Así, luego de esta extensa crítica, como contrapropuesta adjunta al informe el proyecto de estudios superiores que venía gestando desde mediados de la década del treinta (el mismo que Paulotti había tomado como base en Tucumán): la carrera de “Ciencias de América” que, en cuanto a las lenguas indígenas, proponía la enseñanza de las lenguas generales de la región, o sea, quechua, aymara y guaraní (Imbelloni 1943: 134), en tanto lenguas de cultura y no en sentido políglota, como explicamos.

Asimismo, adjunta un Memorandum (Fondo Imbelloni, AME) en el que plantea los siguientes antecedentes que deberían guiar la creación de un proyecto de esta envergadura:

1. Cuáles son en realidad los idiomas autóctonos que todavía tienen vigencia
2. Cuáles han dejado restos en la documentación de cronistas y demás textos capaces de brindar información lingüística al estudioso moderno
3. Cuáles son las modalidades en que otros países estudian el tema
4. Cuál es el estado presente de la investigación (Imbelloni, Memorandum, Fondo Imbelloni, AME).

En el Memorandum profundiza, mayormente, en las lenguas con vigencia comunicativa y plantea la importancia de capacitar a los especialistas en la “percepción auditiva seguido por la clasificación cuidadosa de los sonidos en sus categorías”. Luego de este entrenamiento, propone que se les enseñe el alfabeto fonético internacional, para evitar ambigüedades en el registro y la representación de los sonidos de las lenguas con símbolos diferentes, lo que podría conducir a una “indeseable Babel”. Finalmente, introduce a modo de ejemplo y antecedente el registro por él

mismo realizado en colaboración de Bórmida sobre la lengua tehuelche que revisaremos en el próximo apartado.¹⁷¹

En este mismo sentido, es posible identificar un vínculo con la posición asumida en otra ocasión, en este caso en un reporte de su gestión (que no indica lugar ni fecha de escritura), en el que plantea la importancia del registro de las lenguas indígenas desde una posición de salvataje lingüístico y remite a su propia experiencia en terreno:

Dos razones principalmente hacen necesario que nos intereseamos de tal estudio con la debida urgencia: primero la inminente desaparición de los últimos restos vivientes en la región Sud y la progresiva pérdida del carácter nativo en los grupos del Norte y segundo, la llegada casi ininterrumpida de investigadores extranjeros (particularmente de EE.UU y Francia)¹⁷² los cuales son enviados por sus respectivas instituciones con el fin de realizar las indagaciones arriba expuestas (“Promemoria”, s/d, Fondo Imbelloni, AME).

Para llevar adelante este estudio, en lugar de crear oficinas o institutos nuevos para este fin, propone seguir el modelo de Chile:

En ninguna nación iberoamericana se han conseguido mayores frutos que en Chile a pesar de que no intervino la enseñanza oficial, todo fue realizado por pocos hombres sin la creación directa de órganos especiales de Gobierno. Este se limitó a ofrecer algunos medios de traslado, información e imprenta a hombres como Rodolfo Lenz y los sacerdotes Augusta, Merzbach, Englert, etc., que no empezaron por aprender a actuar, sino que tenían desde un principio una cultura lingüística poco común y notable disciplina de investigación.

Pienso que en el seno del Instituto de Antropología (Museo Etnográfico) podría formarse una sección dedicada a este fin, y sería necesario únicamente un no exagerado refuerzo de medios pecunarios a contabilizarse en plana aparte por la Contaduría de la Facultad. La puntualización de los gastos podrá ser objeto de un estudio preventivo en el caso que las ideas expuestas tengan favorable aceptación (“Promemoria”, s/d, Fondo Imbelloni, AME).

Este modelo le permitía a Imbelloni concentrar en el Instituto estos estudios y conservar, además, la potestad sobre ellos.

Luego del veredicto que da el especialista (que, recordemos, fue posterior a la aprobación del proyecto en la Cámara de Senadores), este pasó a Diputados, donde se le dio curso en la

¹⁷¹ Sin embargo, como se verá, ellos mismos tampoco utilizan únicamente el Alfabeto Fonético Internacional, lo que conduce a un registro fonético difícil de comprender.

¹⁷² Posiblemente se refiera a autores como el antropólogo Alfred Métraux y el misionero anglicano Richard Hunt (Viegas Barros c. p.).

Comisión de Instrucción Pública (CSN 1950: 2976) y a partir de entonces ni en los diarios de la Cámara de Senadores ni de Diputados hemos logrado volver a registrar menciones sobre asunto. Es posible que, junto con el proyecto de ley, se haya adjuntado el informe del antropólogo donde lo desestimaba y la comisión a cargo de su evaluación haya acordado con esta perspectiva.

En relación nuevamente con el asunto de las lenguas indígenas, en las respuestas que da al Primer Censo Científico y Técnico Nacional realizado entre 1951 y 1952,¹⁷³ Imbelloni declara que el Instituto de Antropología cuenta con un “gabinete de glotología”, única referencia encontrada hasta ahora, que supuestamente estaba “provisto de un aparato combinado para discos; una colección de discos de Canadá y EE.UU. y un grabador magnético ‘Webster’”.¹⁷⁴ Asimismo, en la pregunta del Censo relativa a los propósitos de las instituciones consultadas, la respuesta de Imbelloni incluye para el caso del Instituto de Antropología, entre otros, el estudio de las lenguas indígenas. A continuación, transcribimos todos los objetivos que declara:

1. La docencia universitaria en las asignaturas que corresponden a las Ciencias del Hombre
2. Investigaciones de los antiguos grupos que poblaron la Argentina más en general, raciología de la América del Sud, como parte de la humanidad
3. La publicación de los resultados científicos conseguidos
4. Investigación del territorio argentino en orden a sus peculiaridades etnográficas, raciales, arqueológicas y prehistóricas
5. Estudio de las lenguas nativas y sus relaciones con el panorama lingüístico mundial
6. Por último las finalidades museológicas, esto es recolección, ordenación y exposición de los materiales aptos para la exhibición pública, en el Museo Etnográfico anexo (Nota de Imbelloni al Ministerio de Asuntos Técnicos de la Presidencia de la Nación, 1951, Fondo Imbelloni, AME).

Como se puede observar, gran parte de estos propósitos venían siendo abordados por Imbelloni a lo largo de su carrera académica: por un lado los estudios “raciales”, a partir de la articulación de

¹⁷³ Para más información sobre este censo, véase Pacheco y Pablo (2013).

¹⁷⁴ La intención de equipar al Instituto con aparatología moderna para el registro lingüístico se sostiene a lo largo de su gestión y es un efecto de su propia experiencia durante la campaña que analizaremos a continuación (§VII. 3). Así, en 1951, solicita que se le otorgue al Instituto, en carácter permanente, un aparato grabador, con el siguiente argumento: “En conocimiento de que el Sr. Ministro [de Educación, Oscar Ivanissevich] es un cálido amante de los problemas del Sud y que por experiencia personal ha tomado conocimiento de los últimos residuos de razas venerables por su antigüedad y próxima extinción definitiva, y dado que en la actualidad las disposiciones en vigor no permiten efectuar la adquisición de un aparato similar, me permito solicitar del Sr. Vice Decano se gestione una nueva cesión del mismo con carácter definitivo. Ello permitiría continuar el estudio de las grabaciones ya obtenidas y haría factible la proyectada investigación fueguina, así como otras que brindarán la posibilidad de concretar los propósitos de este Instituto en el sentido de obtener los mayores aportes para la cultura de nuestra patria” (AGFFyL, A.G.-289, 7).

distintos datos fenotípicos, lingüísticos, etnológicos, entre otros, que le permitían ubicar el círculo cultural correspondiente a cada “raza”; la investigación del territorio argentino, que en su caso se limita, puntualmente, a la Patagonia, como área de vacancia. En cuanto al quinto eje, Imbelloni también abordó, tal como vimos anteriormente, la cuestión del vínculo de algunas de las lenguas americanas con lenguas de la Polinesia.

En cuanto a los planes de trabajo, asunto sobre el que también indaga este censo, el director del Instituto plantea que es su voluntad continuar con el estudio del grupo tehuelche, “cuyos últimos representantes habrán desaparecido por completo dentro de diez años o poco más; completar el reconocimiento somático; [y] registrar con aparatos electromagnéticos su conversación, vocabulario y lengua (como ya se ha hecho con limitados medios)” (Nota de Imbelloni al Ministerio de Asuntos Técnicos de la Presidencia de la Nación, 1951, Fondo Imbelloni, AME). Puede observarse aquí, nuevamente, la importancia otorgada al territorio patagónico en tanto objeto de investigación preferencial: “En segundo lugar extender el mismo estudio a los indígenas de la Tierra del Fuego, con mayor premura de tiempo, porque allí la extinción del nativo es ya un hecho, mas los descendientes del ilustre filólogo Bridges, nos ayudarían en la tarea con su experiencia y aprovechando el personal de sus estancias” (Nota de Imbelloni al Ministerio de Asuntos Técnicos de la Presidencia de la Nación, 1951, Fondo Imbelloni, AME). Mientras que, respecto del estudio en el Noroeste argentino, propone un plan mucho más escueto, delegado a la Universidad del Tucumán: “En las regiones del Norte Argentino nuestro proyecto sería continuar el estudio de los indígenas del Chaco, completando el magnífico trabajo que sobre el pueblo Toba ha publicado el Doctor Osvaldo Paulotti, ya discípulo del director que firma”, es decir, del propio Imbelloni. Finalmente, cuando responde a la pregunta sobre la ayuda financiera que requiere el instituto, solicita una dotación anual para realizar expediciones que, además de sostener las investigaciones antropológicas garantizarán “la captación de las lenguas del extremo Sud, agonizantes” (Imbelloni al Ministerio de Asuntos Técnicos de la Presidencia de la Nación, 1951, Fondo Imbelloni, AME).

En síntesis, durante la gestión de Imbelloni el asunto de las lenguas indígenas cobró particular atención y formó parte de su proyecto para el Instituto, lo que contrasta con las gestiones anteriores, durante las que es un asunto ausente o, solo en algunos casos, de aparición accesorio. En este sentido, llama la atención la postura de Imbelloni frente a proyectos que buscaron darle a este tema un marco institucional, tal como vimos para el caso del proyecto de la Cámara de

Senadores, como así también en el caso de la asignatura Lenguas Americanas en la Universidad de Tucumán. En términos estrictamente disciplinares y siguiendo los argumentos del propio Imbelloni, esta resistencia se explica porque su programa de investigación abogaba por un análisis de tipo “glotológico” de las lenguas, mientras que rechazaba los proyectos con fines “políglotas”, es decir, la enseñanza de las lenguas propiamente dicha, por el escaso valor que estas tenían, desde su perspectiva, para la “cultura” contemporánea.

VII. 3. La expedición a la Patagonia de 1949 y el vocabulario tehuelche

Otro de los acontecimientos que analizamos en este capítulo es la expedición a la Patagonia realizada en 1949 como parte de las actividades del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (véase §II. 5). A continuación, reconstruimos el derrotero de las gestiones realizadas para llevarla adelante, que fueron iniciadas por el jefe de la División de Museos Regionales y director del Museo de la Patagonia,¹⁷⁵ Enrique Amadeo Artayeta, como así también los preparativos de la expedición y los resultados. Nos detendremos, específicamente, en el vocabulario del aonek’o ajén que se registró durante dicho viaje, lo que constituye, como anticipamos más arriba, la principal acción que nos permite reconocer un retorno a la etnografía de las lenguas indígenas, una práctica considerablemente desatendida durante el periodo anterior.

A fines de 1945, Artayeta comienza con la gestión de una expedición por distintos parajes del sur argentino con el objetivo de recabar datos somáticos, lingüísticos y culturales de los pueblos indígenas de la región. Desde una perspectiva de “salvataje”, en una nota que le envía al Administrador general de Parques Nacionales y Turismo, el teniente coronel Napoleón Irusta, Artayeta expone la siguiente situación:

Lo poco que se ha hecho hasta el presente ha sido insuficiente en recoger las últimas notas y relevamientos técnicos de nuestros indios del sur, antes que sus últimos ejemplares desaparezcan para siempre, en la misma noche de nuestro horizonte antropológico, como han desaparecido sin dejar mayores antecedentes, las principales agrupaciones, razas, lenguas y costumbres de este sector de América y desgraciadamente podemos asegurar, que la ciencia de mañana, nos reprochará nuestra falta y desidia en investigar el pasado (24 de octubre de 1945, carpeta Artayeta, AMP).

¹⁷⁵ Para más información sobre el Museo de la Patagonia y las gestiones de Artayeta para su creación, véase Pupio y Piantoni (2017).

En esta misma nota, propone que como responsable de la expedición a Imbelloni, por ser “la persona más competente y autorizada de América del Sur” (octubre de 1945, AMP, carpeta Artayeta). En pocos días, recibe una respuesta negativa del Consejo de la Administración de Parques, que alega escasez de fondos y carencia de los medios necesarios para su concreción, razón por la cual la expedición se suspende hasta cuatro años después. Sin embargo, mientras tanto, Artayeta continúa con las gestiones. En marzo de 1946, vuelve a dirigirse al Consejo con el objetivo de que se repita el tratamiento del tema, con el argumento de la inminente llegada de un enviado por el gobierno de Francia para estudiar al grupo tehuelche:

En el transcurso del tiempo que ha pasado desde mi informe anterior sin trámite hasta la fecha, he tenido referencias que ha llegado al país procedente de Francia, en el curso del mes de Febrero próximo pasado, una persona enviada por una institución científica de ese país, con el propósito de estudiar la craneometría y etnogénesis de la raza Tehuelche de nuestro territorio.

Considerando que existiendo ya un pedido que formulara el suscripto a fojas 1, 2 y 3 en el mes de Octubre del año próximo pasado, no es posible que carezca de preferencia con resolución favorable, cueste lo necesario para efectuar la expedición antes que un país extranjero lo inicie y consiga, por falta de interés en nuestra parte, tratándose de un asunto exclusivamente argentino y que se ofrece la oportunidad de aumentar una contribución más, ignorada aún, en el mundo científico, sin dar así lugar a que un extranjero nos la quite (22/3/1946, carpeta Artayeta, AMP).

Frente a esta situación, el Consejo vuelve a considerar el asunto y Artayeta avanza, desde Buenos Aires, con las gestiones, con la colaboración de Imbelloni. Sin embargo, nuevamente se desaprueba la expedición con el argumento de que este tipo de actividades “no se encuentra comprendida dentro de las finalidades que persigue esta Administración General” (expte 20607/46, carpeta Artayeta, AMP). Dos años después, en 1948, Artayeta insiste nuevamente con su plan. Finalmente, el proyecto se concreta en el verano de 1949 gracias a la cogestión, tanto organizativa como presupuestaria, de la Administración General de Parques Nacionales y Turismo y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El jefe de expedición fue, como ya dijimos, Imbelloni, en calidad de director del Museo Etnográfico y del Instituto de Antropología de esa Facultad. El objetivo que se proponía Imbelloni, en estrecho diálogo con el de Artayeta, fue explícitamente el de

[...] averiguar si existen aún sobrevivientes de las antiguas poblaciones de la Patagonia, y en caso afirmativo, cuál es su número, con respecto a las agrupaciones raciales y a las lingüísticas; luego, con atinencia a los problemas de la morfología, registrar todos los datos que fuera posible reunir en el sector de la antropometría y en los de la serología, fisionomía, costumbres e idiomas (Imbelloni 1949b: 5-6).

La comitiva, además, estuvo integrada por Marcelo Bórmida, ayudante de Imbelloni en la cátedra de Antropología y Etnografía General, cuyas tareas durante la expedición fueron las mediciones antropométricas y la recolección de instrumentos líticos, además de ser el responsable de la “grabación de la voz humana, por medio del aparato Webster Electronic Memory” (AGFFyL, D-2-4, 24) que mencionamos en §VII. 2; Wilhelm A. Ruysch, director de la revista *Ethnos*, responsable de la recolección de muestras de sangre y de material etnográfico durante la expedición; Antonio Di Benedetto, personal del Museo y Licenciado en Geografía, encargado de analizar las variaciones climáticas y de la interpretación del material topográfico —mapas y planchetas—; y Alberto Anziano, especialista en taxidermia, quien trabajaba con Artayeta en el Museo de la Patagonia (Pupio y Piantoni 2017), cuyo cometido fue el de recoger ejemplares de la fauna y prepararlos para fines museológicos. En la última parte del trayecto se suma Federico Escalada, médico de Gendarmería Nacional, asignado para prestar sus servicios en Comodoro Rivadavia, quien se encontraba finalizando la redacción de *El complejo tehuelche. Estudios de etnografía patagónica*, la primera publicación del Instituto Superior de Estudios Patagónicos en 1949.¹⁷⁶ Escalada colabora con los registros lingüísticos y hace de intermediario entre Bórmida y Agustina Quilchamal, la principal “informante”¹⁷⁷ del autor de *El complejo tehuelche*; lo que revela, por otra parte, que Imbelloni se inserta en una temática que ya venía siendo trabajada por este colaborador.

La expedición contó, además, con la colaboración de un grupo de estancieros locales, quienes dieron información a sus gestores acerca de asentamientos así como de las familias e individuos tehuelches “de pura sangre” de la zona.¹⁷⁸ Entre los materiales correspondientes a la

¹⁷⁶ El Instituto Superior de Estudios Patagónicos había sido inaugurado menos de un año antes, el 4 de junio de 1948. Escalada se desempeñaba como secretario general de la institución, mientras que Imbelloni era miembro correspondiente, junto con Milcíades Vignati y Romualdo Ardissonne, entre otros.

¹⁷⁷ Este era el término utilizado en el período para designar a las personas consultadas, quienes eran consideradas un “objeto de estudio”. Esto denota la gran asimetría entre los actores que participaban de las elicitaciones.

¹⁷⁸ En una de las cartas que le escribe Artayeta a uno de los colaboradores, Hugo Lively, de la estancia La Elena (Puerto Santa Cruz, provincia de Santa Cruz), le agradece de la siguiente manera: “No quiero quedar callado a la elocuente acogida que todos los estancieros de ese sector que Ud. me indicara en Santa Cruz, y gracias a ellos ha sido uno de los puntales de nuestro éxito a quienes escribo agradeciendo su valiosa colaboración” (Carta de Artayeta a

organización de la expedición,¹⁷⁹ uno de los documentos contiene un listado de “personas que conviene visitar para su cooperación al estudio de esta raza”, ubicados en diecinueve locaciones que transcribimos a continuación:

Ruta para la expedición a los Tehuelche, desembarcando en Río Gallegos.

Lista de las personas que conviene visitar para su cooperación al estudio de esta raza.

1. Señora Mabel Miller – Hill Station – Río Gallegos, río por medio frente a la ciudad de Río Gallegos.
2. Santiago Rudd – Estancia el Falso – (habla el tehuelche) Río Gallegos.
3. Hugo Denniston – Estancia Cañadón de las Vacas – Puerto Santa Cruz.
4. Guillermo Halliday – Estancia el Zorro – Puerto Santa Cruz.
5. Elena S. Halliday – Estancia Cañadón del Rancho – José Roldán indígena, habla tehuelche – Lorenzo Yebes medio tehuelche, hijo de Ana Yebes esta con la señorita de Halliday. Puerto Santa Cruz.
6. Gerardo Dobré – Estancia Doraiquén – Puerto Santa Cruz.
7. Juan Doherty – Estancia Rincón Grande – Puerto Santa Cruz.
8. Señora Ramona Lista de Macias – Cañadón Seco – Reserva Camusú Aiquén – Gallegos. En esta casa se puede hacer noche y averiguar las costumbres tehuelche, domas de potros, música, etc. aquí gobierna una cacica.
9. Maciel – Medio tehuelche en el Cañadón de la Reserva Camu Aiquén.
10. Carlos Watson – El Mendocino – Puerto Santa Cruz.
11. Reserva Tehuelche – Río Coyle.
12. Estancia María Ines – Mauricio Braun Menendez (puede servir de centro para las expediciones).
13. Paso con balsa río Santa Cruz llamado Charlie Fuhr.
14. Hotel Punta del Lago – Sr. Brodersen – conoce a todos los paisanos, centro muy conveniente para visitar todos los indígenas de la Reserva Las Vegas.
15. Reserva Lote 6, río Chico zona del Lago Cardiel.
16. Nigel Dobrée – Estancia Los Cisnes. C. Pellegrini.
17. Familia Chapalales – Río Pinturas – cerca C. Pellegrini.

Lively, 28/4/1949, AMP). En otra misiva enviada a Elena S. de Halliday, de la estancia Cañadón del Rancho (Puerto Santa Cruz, provincia de Santa Cruz), le agradece por la información ofrecida acerca de los tehuelches y plantea que, a pesar de los contratiempos por el hecho de que gran parte de los pobladores de ese origen se encontraban trabajando en la feria de ganado, lograron encontrar “indígenas puros y mestizos en excelentes condiciones” (Carta de Artayeta a Halliday, 29/4/1949, AMP), lo que revela una violenta objetivación de los sujetos consultados.

¹⁷⁹ Hasta el momento hemos logrado consultar cuatro documentos a cargo de Imbelloni que contienen información con distinto nivel de detalle acerca de la expedición. En primer lugar, el expediente manuscrito de la gestión (AGFFyL D-2-4, 24), que luego fue publicado, prácticamente sin variaciones, por el Ministerio de Obras Públicas (Imbelloni 1949a) y que es el segundo documento al que nos referimos. En tercer lugar, un artículo difundido en la revista *Runa. Archivo para las ciencias del hombre* (Imbelloni 1949b), en el que anticipa los resultados preliminares de la expedición, que luego ampliaría en un trabajo nunca concretado, “Los Patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza”. Finalmente, una breve nota que se publica en el *Boletín de la Universidad de Buenos Aires* (Imbelloni 1949c).

18. Tehuelche Limonada – Estancia La Esperanza al Sur del Río Deseado – camino a Colonia Las Heras.
19. Embarcarse en Puerto Deseado – Regreso (“Ruta para la expedición a los Tehuelche, desembarcando en Río Gallegos”, carpeta Artayeta, AMP).

En una de las comunicaciones con Doherty, uno de los colaboradores locales, este plantea, en cuanto a los “ejemplares tehuelches” lo siguiente:

EJEMPLARES TEHUELCHES. Efectivamente son contados los que aun quedan, en esta Zona de mi conocimiento, considerados PUROS ó MESTIZOS los últimos con muchos rasgos de sus antepasados TEHUELCHES llegarán á un total de 10 (DIEZ) personas mas ó menos. todos cuentan con una edad de 60 ó mas años. Cerca de éste Establecimiento, encuentransé DOS Ejemplares, un hombre y una mujer de cierta edad TEHUELCHES PUROS, luego en el mismo Pueblo de Santa Cruz, vive una PAMPA, tambien de edad, pero, sigue las costumbres é Idioma TEHUELCHES, prueba de ésto, es que solo habla Tehuelche con sus hijos.

A raíz de su carta, he estado comentando su prox. visita con algunos amigos, quienes viven cerca, donde residen algunos Indios, pues estos Sres Carlos D. Watson, y Hermanos Arbilla Lago Cardiel, me autorizan hacer llegar á Ud. que están dispuestos a cooperar con la Comision en todo sentido (Doherty a Artayeta, 1/8/1948, carpeta Artayeta, AMP. Destacados en el original).

También en la carta queda en evidencia su voluntad colaborativa:

Comision: Me interesa saber cuantos miembros formarán la Comision, con el solo objeto, de planear, y organizar su estadía en ésta, y poder decirles con mas exactitud, sobre Hospedaje, Movilidad, etc. etc.

Y como aun tenemos tiempo, para cambiarnos algunas cartas, al respecto, estaré á sus ordenes gustosamente, además, pídamme cualquier dato que le interesare (Doherty a Artayeta, 1/8/1948, carpeta Artayeta, AMP. Subrayado en el original).

Por su parte, además de la construcción de una red de colaboradores, desde Buenos Aires y como parte de la organización del viaje, Imbelloni y asistentes se encargaron de preparar el instrumental necesario, consistente en:

[...] confeccionar los mapas que debían fijar el itinerario, imprimir las fichas antropométricas adaptadas a esta función especial, compilar las listas de voces tehuelches registrados desde

1520 (Pigafetta)¹⁸⁰ hasta hoy, adiestrar al personal en la técnica antropométrica y particularmente en la realización de las mascarillas (AGFFyL, D-2-4, 24).

El viaje fue emprendido mediante distintos vehículos militares, gracias a las gestiones del General Julio Alberto Lagos, a quien Imbelloni agradece en el informe por su colaboración. De hecho, Imbelloni rescata particularmente la acción militar,

[...] sin lo cual la expedición no habría podido ponerse en marcha, ya que la autoridad civil, que se nos había indicado al partir como seguro en este sentido, ningún vehículo tuvo en sus manos para ofrecernos, lo que fue causa de la primera, intensa, y afortunadamente única, decepción de nuestra empresa (AGFFyL, D-2-4, 24).

El recorrido efectivamente realizado se puede conocer a partir del siguiente mapa, publicado en la revista *Runa*:

¹⁸⁰ Malvestitti (2014) ha relevado gran parte de la documentación del aonek' o ajen desde el periodo de conquista hasta las primeras décadas del siglo XX. Gran parte de los registros mencionados por la autora posiblemente formaron parte de los antecedentes de Imbelloni.

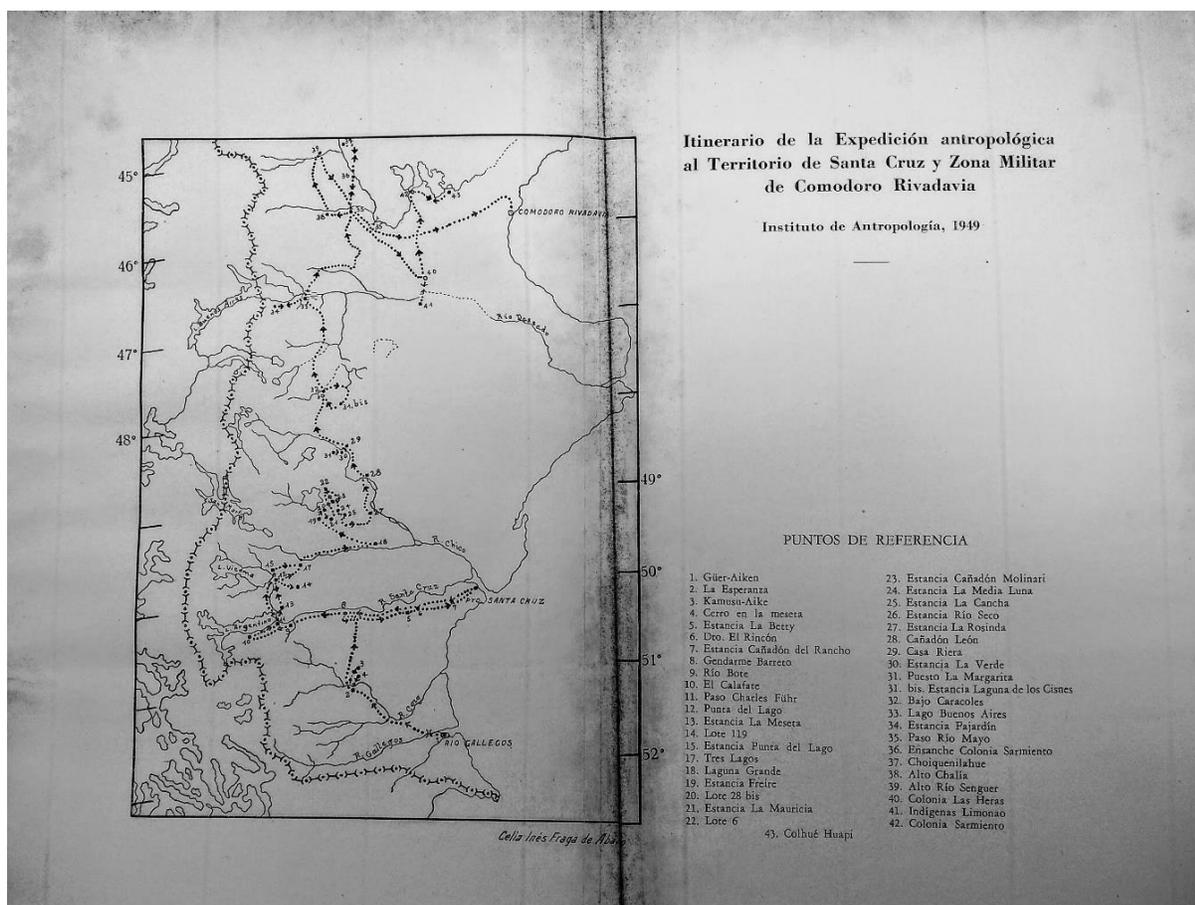


Figura 6. Mapa extraído de Imbelloni (1949b).

El relevamiento de datos físicos fue el más consistente resultado de la expedición. En este sentido, el responsable del viaje consigna haber recabado “retratos morfológicos de cada uno de los supervivientes tehuelches (diámetros, índices, ángulos, etc.), acompañado por la imagen fisionómica (las tres fotografías reglamentarias por cada individuo)” (AGFFyL, D-2-4, 24), material que ha de “formar un álbum de datos positivos ansiosamente reclamados por los especialistas, puesto que la raza Tehuelche nunca fué medida,¹⁸¹ ni en grupos tan numerosos, ni por operadores competentes, y además se mostró siempre muy reacia” (AGFFyL, D-2-4, 24).

¹⁸¹ Sin embargo, se identifican mediciones anteriores a las realizadas por Imbelloni, de modo que esta afirmación demuestra, nuevamente, una estrategia de autopresentación consistente en caracterizarse como quien viene a llenar las áreas de vacancia dentro de la antropología local; idea que se refuerza si consideramos que la afirmación aparece entre los documentos de gestión previos a la campaña. El mismo Imbelloni, en su trabajo publicado en *Runa* donde da cuenta de los resultados de la expedición, menciona y analiza las mediciones realizadas entre fines del siglo XIX e inicios del XX por Ramón Lista, Herman Ten Kate, Rudolf Virchow, Francisco Moreno y Lehmann-Nitsche, entre otros (véase Imbelloni 1949b).

Expresa que también se tomaron dos mascarillas de yeso sobre dos rostros de vivientes, “dos representaciones de indios auténticos de la raza Tehuelche, un hombre y una mujer, ambos adultos” (AGFFyL, D-2-4, 24).¹⁸² En el mismo informe, menciona el material visual colectado: fotografías antropológicas y otras de paisajes y habitaciones, además de “tres pequeños films cinematográficos”.

En el plano lingüístico, se registró un vocabulario inédito hasta el día de hoy, escasamente conocido, que hallamos en el archivo del Museo Etnográfico.¹⁸³ Asimismo, se realizaron dos grabaciones que describiremos en el apartado siguiente. El análisis de estos materiales y de las técnicas empleadas en la recolección da cuenta de un retorno al trabajo etnográfico y de documentación de una lengua indígena, práctica poco frecuente, como venimos mostrando hasta aquí, en los proyectos científicos de la Universidad de Buenos Aires durante el periodo estudiado.

Asimismo, esta expedición revela el asunto ya planteado acerca de la importancia que, durante la gestión de Imbelloni frente al Instituto de Antropología y el Museo Etnográfico, va ganando la Patagonia, que había sido un territorio significativamente postergado por las gestiones anteriores. Como dijéramos en el capítulo dos, es posible afirmar que la Patagonia fue, para los principales representantes de la Escuela Histórico Cultural (los ya mencionados Imbelloni, Bórmida y también el prehistoriador Oswald Menghin), un territorio que les permitió ratificar la prevalencia de ese modelo en los estudios antropológicos nacionales y articular estratégicamente su propio proyecto científico con el valor geopolítico que adquirió esta región durante el peronismo, interés que será profundizado más adelante, a partir del análisis de la publicación de la *Toponimia patagónica de etimología araucana* de Perón.

VII. 3. 1. El registro lingüístico

Respecto de la instancia de elicitación, Imbelloni plantea que “se recogieron vocabularios, registrando la pronunciación de diez hablantes distintos, lo que nos pondrá en condiciones de realizar un estudio comparativo, ya sea de fonética, ya del léxico propiamente dicho” y consigna que “también se registraron frases pronunciadas en el idioma tehuelche (Aoniko-aish) y canciones, que fueron no sólo anotadas en nuestras libretas, sino también impresas por medio del grabador

¹⁸² Sabemos por Rodríguez (2010) que la mujer era Josefa Queta y, según los testimonios de su hija Dora Manchado, el procedimiento resultó muy violento y doloroso.

¹⁸³ El hallazgo de libreta fue dificultoso ya que se encuentra ubicada en el fondo de gestión de Bórmida, mientras que la carpeta con todos los preparativos del viaje, por su parte, se encuentra en el fondo de Imbelloni.

magnético Webster” (AGFFyL, D-2-4, 24). Este tipo de estudio se explica por la centralidad otorgada al dato lingüístico en la organización de grupos étnicos y raciales, como se evidencia en el siguiente fragmento extraído del artículo que Imbelloni publica en la revista *Runa*:

Los sobrevivientes tienen clara conciencia de ser los últimos representantes de una gran familia humana actualmente agonizante y guardan con atención el recuerdo de los parentescos propios y ajenos (además están ahora emparentados unos con otros en varia medida). Con frecuencia hemos encontrado en el Alto Río Mayo noticias genealógicas de personas que habíamos conocido en Camusu Aike, y viceversa. Indispensable para una búsqueda de esta categoría es contar con un cierto conocimiento de la lengua, no tanto en lo que respecta a la semántica (pues muy raramente el Tehuelche conserva el significado de los nombres personales) sino a la fonética, y en cierto modo a la fonología, por la inevitable transformación de determinados sonidos. El nombre, por ejemplo, de la mujer tehuelche Chelchls oído en el Cardiel, hemos podido luego homologarlo con alto grado de probabilidad con la forma Selsexs, oída de labios de indígenas del Alto Chaliá. Por otra parte la exacta anotación de la edad de cada sujeto nos ha prestado auxilios inapreciables en la tarea de coordinar nombres, recuerdos y parentescos (Imbelloni 1949b: 25).

A continuación, en primer lugar, presentamos la mayor cantidad de información relativa a los sujetos consultados que hemos logrado deducir de los materiales con los que contamos, lo que fue una ardua tarea ya que son muy pocos los casos en los que aparecen explicitados los datos personales.¹⁸⁴ En segundo lugar, analizamos el vocabulario y las grabaciones.

VII. 3. 1. 1. “Informantes”

La libreta tiene, como datos de la carátula, los siguientes: “Léxico pron. y frases. Vocablos y frases de la lengua Tehuelche pronunciados por el indígena Y(K)aknet Chapalal en fecha 2 en Río Gallegos, territorio de Santa Cruz en fecha 28 de enero de 1949. Gerardo Marcelo Bórmida”; fecha que coincide con la expresada en una de las dos entrevistas que conforman el material grabado, lo que nos permite suponer que muy posiblemente Yaknet sea el interlocutor de una de las grabaciones. Si bien la carátula solo menciona a Yaknet, hemos podido dilucidar algunos datos más o menos certeros acerca de nueve hablantes, es decir, prácticamente la totalidad de las personas consultadas (que fueron diez, según dice Imbelloni en uno de los fragmentos citados más arriba). Aun cuando Imbelloni, en la cita anteriormente presentada, mencionaba la intención de

¹⁸⁴ Este trabajo fue posible gracias a una investigación realizada en colaboración con Ana Fernández Garay, a quien agradezco haber compartido conmigo tan generosamente sus conocimientos sobre la lengua y el pueblo tehuelche.

“coordinar nombres, recuerdos y parentescos”, la información personal explícita es escasa, lo que da cuenta de la falta de interés por los sujetos consultados; mientras que el dato relevante pareciera haber sido su adscripción étnica. En la libreta tampoco se menciona consistentemente el lugar donde habitaban los interlocutores contactados, su edad, ni las migraciones realizadas por su grupo familiar.¹⁸⁵

Hemos analizado la libreta y las grabaciones en un trabajo conjunto con Ana Fernández Garay (Domínguez y Fernández Garay 2018, en evaluación). A partir de esta colaboración, se ha podido identificar a un consultante llamado Roldán, que posiblemente se corresponda con José Roldán, hermano de Clorinda y Filomena Coile, e hijo de Rolda, mencionado en Casamiquela et al. (1991: 36). También es frecuentemente mencionado en la libreta Yev ~Yeb ~ Yub ~ Yebes ~ Yeves ~ Yevi (nombres dados aparentemente al mismo hablante); se trataría de Lorenzo Yebes, hijo de Ana Montenegro y Juan Yebes, familia asentada en Camusu Aike. Ambos son mencionados en el listado anteriormente citado acerca de las localidades a visitar como residentes en zona cercana a Puerto Santa Cruz. Asimismo, aparecen dos hablantes mujeres: Síska y Mercedes Copolque. La primera remite al nombre tehuelche de Teresa Pascual, hermana de Antonia y Luisa Pascual, nacidas en el Lote 119, Vega Piaget, cerca del Lago Viedma, entre Punta del Lago y Tres Lagos (Priegue 2007: 17). Con respecto a la segunda, Mercedes Copolque, provendría de El Chalfá, tal como se aclara junto a su nombre en la libreta. Otros consultantes son llamados Camilo y Caip. El primero podría remitirnos a Camilo Yalo o Ya:lol, a quien Imbelloni preveía encontrar en la estancia La Esperanza, al sur del Río Deseado, según dice el documento citado anteriormente. Yalo era el padrastro de Juana Limonao, cuyo nombre tehuelche es Taq’eman, hija de madre tehuelche y padre mapuche (Fernández Garay 1997: 77).¹⁸⁶ Con respecto a Caip, posiblemente se trate de Juan Kaiper, una de las cuatro personas consultadas y descritas en el artículo de Imbelloni publicado en *Runa* (Imbelloni 1949b). También en la libreta aparecen varias menciones a “J. Manchao”, que puede referirse tanto a José Manchado como a Josefa Manchado, hija de aquel, todos localizados en Camusu Aike en los años sesenta. Varios de los miembros de esta familia oficiaron de consultantes en otros contextos de elicitación (véase Fernández Garay 1998: 53-54).

¹⁸⁵ Si bien en Imbelloni (1949b) hay extensas referencias a sujetos que fueron examinados antropológicamente, estos no coinciden casi en ningún caso con los hablantes consultados para el registro del vocabulario. Allí no se encuentran datos biográficos de los consultantes, lo que posiblemente fue consignado en otra libreta aún no ubicada.

¹⁸⁶ Sobre la historia de los desplazamientos de la familia Limonao, véase Rodríguez (2016).

El consultante principal que ofrece los vocablos anotados en el lado derecho de la libreta, inmediatamente enseguida del ítem léxico consultado, muy probablemente sea la persona mencionada en la portada: Yaknet, de la familia Chapalala (comúnmente conocida como Sapa).¹⁸⁷ También posiblemente es su voz la que aparece en una de las grabaciones, ya que coincide la fecha en que se realizó la elicitación, 28 de enero de 1949, como así también varias de las respuestas anotadas inmediatamente al lado del ítem léxico. A Yaknet lo encuentran en Río Gallegos, si bien preveían entrevistarlo en Río Pinturas, cerca de Carlos Pellegrini, según el documento en el que Imbelloni planifica el itinerario.

Finalmente, en los registros también aparece Agustina Quilchamal, hija de Manuel Quilchamal y María Sahynahuel, de la reserva El Chalía (localizada en el Departamento Río Senguer, al sudoeste de Chubut).

Lo que concluimos con respecto a la ausencia de datos sobre los consultantes entrevistados es que los investigadores no repararon en la importancia de identificar de manera clara y precisa a los hablantes que aún mantenían la lengua aonek'ó ajen, para que, a futuro, otros estudiosos pudieran volver a trabajar con ellos. Solo Mercedes Copolque es localizada por Imbelloni en El Chalía. Del resto no se dice más que nombre y/o apellido.

VII. 3. 1. 2. Descripción del vocabulario en la libreta de campo

¹⁸⁷ El nombre tehuelche č'apƏlal derivó en dos apellidos: por un lado, Chapalala y, por el otro, Sapa o Zapa; por lo cual es de suponer que tanto los Chapalala como los Sapa/Zapa provendrían de una misma familia. Agradecemos a Ana Fernández Garay esta información proveniente de sus cuadernos de campo.

La libreta consiste en un listado preparado previamente al viaje de aproximadamente cuatrocientas entradas léxicas organizadas en clases de palabras y casi cuarenta frases anotadas con tinta. Menos de la mitad de ellas tienen su equivalente en lengua tehuelche. Los términos registrados se encuentran anotados en lápiz mayormente negro, aunque también hay anotaciones en lápiz violeta, las que posiblemente se correspondan con el resultado proporcionado por otros informantes en contextos posteriores de elicitación. La mayoría de las anotaciones se corresponden con la caligrafía de Imbelloni, aunque la carátula pareciera debida a la pluma de Bórmida (la caligrafía coincide con algunas pocas anotaciones de las transcripciones fonéticas).

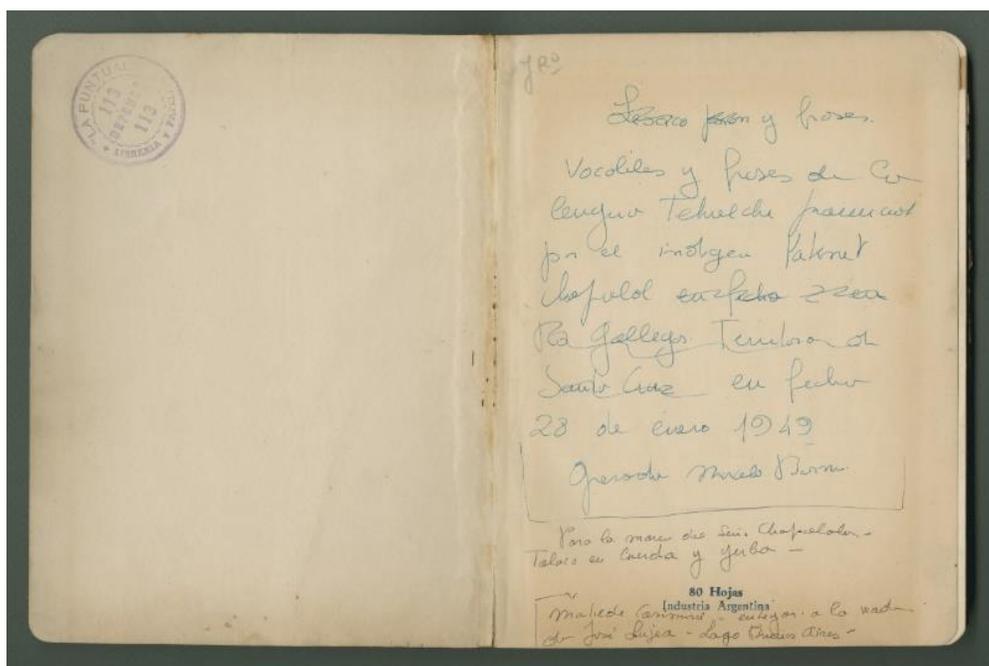


Figura 7. Libreta de campo 1949, Fondo Bórmida, AME

En cuanto al registro propiamente dicho, este consiste, en su gran mayoría, en ítems léxicos, tal como sucede con gran parte de las descripciones de las lenguas indígenas en la Patagonia de fines del siglo XIX e inicios del XX (Malvestitti 2015a). Como ya mencionamos en §V. 3, entre los instrumentos estandarizados utilizados en el país durante el periodo, los de mayor aplicación fueron la *Tabla para apuntar lenguas sudamericanas*, del Museo de Berlín, y el *Manual para apuntar idiomas extranjeros* desarrollado por von der Gabelentz. Al contrastar la libreta con estos instrumentos, hemos podido comprobar que el vocabulario en cuestión presenta un ordenamiento cercano al de la *Tabla*. Esta elección probablemente se originó a partir de un trabajo

la vivienda propia de los colonos, lo más probable es que usaran préstamos del español para designarlos.

Otro grupo de vocablos que llama la atención es el correspondiente al campo semántico de la religión. Así, entre los términos a consultar aparecen “Divinidad suprema”, “Divinidad benigna”, “Divinidad maligna”, “Alma”, “Oración”, propios de la tradición judeocristiana. Estas preguntas sorprenden, pues para el período ya había un marcado consenso en cuanto a las sustanciales diferencias entre aquella tradición religiosa y la espiritualidad de los pueblos amerindios. De hecho, los vocabularios que sometimos a comparación no preguntan con este nivel de especificidad por los objetos y hábitos de fe (cfr. Outes 1926; Lehmann-Nitsche 1913). En este sentido, es posible que estas consultas se vinculen con el fundamento cristiano de la Escuela Histórico Cultural, que tuvo como su mayor expresión la hipótesis defendida por Schmidt acerca del primigenio monoteísmo de los grupos humanos. Según Mendes de Araújo (2013), Schmidt elaboró un instructivo para la recopilación de material etnográfico que puede haber servido de guía para la elaboración del cuestionario de Bórmida e Imbelloni, asunto que, sin embargo, hasta ahora no hemos podido confirmar.

Otra cuestión en relación con el léxico es que aparecen términos posiblemente utilizados en la época y que no fueron registrados hacia fines del siglo XX, como *tell* ‘leña de molle’, situación que puede deberse al tabú del nombre que consiste en la prohibición del uso de vocablos similares al del nombre de un muerto por el término de un año, al cabo del cual podía volver a utilizarse junto al que lo había reemplazado durante dicho período, en tanto que en ocasiones aquellos se perdían definitivamente.

En cuanto al listado de verbos, este apartado se inicia con una indicación que da cuenta del interés por reconstruir los paradigmas verbales:

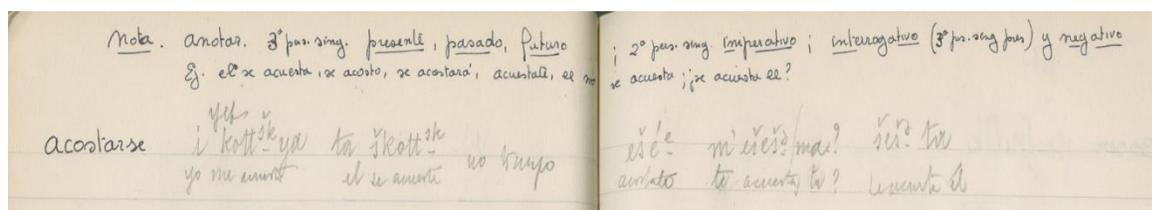


Figura 9. Libreta de campo 1949, Fondo Bórmida, AME

Evidentemente, la indicación era válida para todos casos consultados; sin embargo, exceptuando el ejemplo citado, en el resto de los verbos solo se consultó por la conjugación en primera persona singular presente del modo indicativo.

La fraseología, por su parte, es uno de los segmentos más incompletos de la libreta. Consta de un listado de 37 frases en español y solo 12 registradas en tehuelche. Entre las frases consultadas, hay expresiones de saludo y otras referidas a la vida cotidiana. Todas las frases en español contienen cada palabra numerada, con el objetivo de poder indicar la correspondencia en la frase en lengua tehuelche.

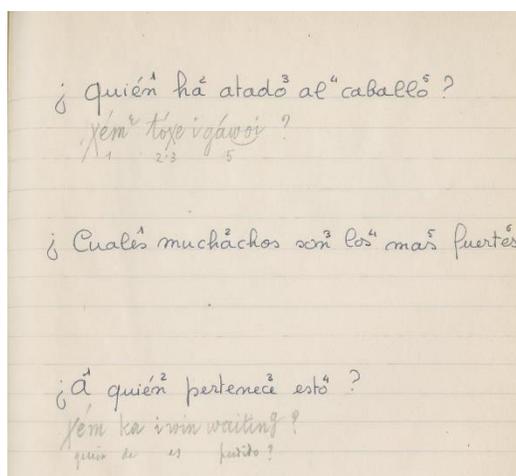


Figura 10. Libreta de campo 1949,
Fondo Bórmida, AME.

En lo relativo a la transcripción de los términos, se utiliza un alfabeto fonético particular que no coincide exactamente con ninguno de los que circulaban en la época, a pesar de que, al momento de realizar la expedición, ya existía un desarrollo muy importante de la fonética iniciada en el siglo XIX, y como vimos en la cita de Imbelloni, este aspecto constituía una de sus preocupaciones. Uno de los alfabetos más reconocidos internacionalmente era el diseñado por la Asociación Fonética Internacional, que había salido a la luz en 1888.¹⁸⁹ Ya en el siglo XX, distintos

¹⁸⁹ La AFI fue fundada en París en 1886 con el nombre de *Asociación de Profesores de Fonética*, pues al comienzo reunía estudiosos de Francia e Inglaterra cuyo sistema de notación fonética tenía la finalidad pedagógica de ser usado para la enseñanza de lenguas. El grupo era liderado por Paul Passy. En 1888, Passy publica el primer alfabeto estandarizado, basado en el de Henry Sweet (1845-1912), que a su vez se originó en el de Alexander Ellis (1814-1890) para el estudio del inglés. El alfabeto de Passy va a sufrir sucesivas revisiones y ampliaciones desde entonces hasta fines del siglo XX (Collins y Mees 1999). Así, en 1944, Jones y Dahl dan a conocer una versión titulada *Fundamentos de escritura fonética*, que fue muy difundida a mediados del siglo XX y que fue publicada por la AFI.

países y círculos científicos, por su parte, habían desarrollado sus propios alfabetos fonéticos, lo que generaba gran confusión al emplearse un mismo símbolo con diferentes valores fónicos. Por ello, la revista *Anthropos* —recordemos, dirigida por Schmidt—, decide proponer un alfabeto que debía ser usado por aquellos que tuvieran la intención de publicar en esta revista.

En los símbolos empleados por Imbelloni, observamos, en primer lugar, algunos que son comunes a esos dos alfabetos estandarizados: [p, b, t, d, k, g, m, n, s, h, l, r, w, o, e, i, a, u]. Esto se debe a que ambos prefieren las letras del alfabeto latino para representar los sonidos. En cuanto a los términos pertenecientes al sistema fonético de *Anthropos* empleados en la transcripción del tehuelche en la libreta son los siguientes:

[č] ç africada	[l̥] sonante lateral posdental
[ğ] g palatalizada	[s̥] consonante posdental fricativa muda
[ğ̃] g africada	[š̥] consonante palatal fricativa muda
[k̃] k africada	[y̥] consonante preglutural fricativa sonora

En la anotación de la libreta se observan también los siguientes diacríticos de *Anthropos* correspondientes a las vocales:

[ọ] o cerrada (frente a o abierta)	[ō] o larga
[ẹ] e cerrada	[ē] e larga
[ī] i larga	

Por su parte, los símbolos que aparecen en el Alfabeto Fonético Internacional (AFI) de 1932, así como en la publicación de Jones y Dahl de 1944, o sea antes del registro realizado por Bórmida e Imbelloni, y que estos también utilizan en su transcripción, son los siguientes:

[ɣ] fricativa velar sonora	[ə̯] vocal media central (neutra)
[š̥] fricativa palatal sorda	[q̥] oclusiva uvular sorda

Hay toda otra serie de sonidos complejos representados de un modo particular en la libreta lo que puede deberse a una percepción errónea de la fonética del tehuelche o a cuestiones de transcripción.

Así, aparecen, por ejemplo, una serie de dígrafos (dos consonantes) para sonidos que podrían representar, en algunos casos, consonantes coarticuladas o complejas, como ocurre con las oclusivas glotalizadas, es decir, aquellas que se producen con el aire generado por un cerramiento brusco de la glotis y una oclusión bilabial, ápico-dental, dorso-velar o posdorso-uvular.

En términos generales, puede decirse que la adscripción disciplinar de los responsables del registro implicó una recolección de datos particular de las lenguas sobre todo abocado al nivel léxico, con casi completa desatención al nivel morfosintáctico y, en lo relativo a la transcripción fonética y fonológica, esta tuvo escasa sistematicidad. Asimismo, tampoco se tuvo en cuenta la variación propia de la lengua; el objetivo, en cambio, fue la búsqueda de una lengua “pura”, ya que se partía de un concepto esencialista de las culturas descriptas desde esta perspectiva.

VII. 3. 1. 3. Las sesiones de grabación

Además del vocabulario consignado en una libreta de campo, contamos con dos grabaciones albergadas en el Archive of Indigenous Languages of Latin America (AILLA), de la Universidad de Texas, correspondiente a la colección Jorge Suárez (audio TEH001R026I001 y TEH001R026I002). En ellas se registran dos instancias de elicitación distintas. Una de ellas, con fecha del 28 de febrero 1949, consiste en la consulta de los mismos ítems léxicos presentes en la libreta a una voz masculina de quien no se proporcionan datos, pero posiblemente se trate de Yaknet, como ya dijéramos. La otra elicitación registrada es realizada a Agustina Quilchamal de Mankel (consultante principal de Escalada, cuya voz también aparece en la grabación al oficiar de intérprete de Agustina), quien aporta datos diferentes en dos instancias. Así, el primer registro a ella consultado, con fecha del 5 de marzo de 1949, consiste en un vocabulario que no coincide completamente con los ítems elicitados a la otra persona de voz masculina. La otra instancia es de un día después, del 6 de marzo, y consiste en audios de textos tehuelches (“De la mujer que quiso morir” y la canción que se desprende de esta narración) y cantos de la ceremonia de pasaje llamada “Kani” (de estas últimas, la consultante desconoce la traducción), también enunciados por Agustina.

En cuanto a las grabaciones, su principal responsable fue Bórmida, quien no solo se encargó de operar el grabador, sino también de realizar las entrevistas, según se hace explícito en los audios. Según nuestra hipótesis, el procedimiento fue el siguiente: Bórmida hacía la entrevista y posteriormente Imbelloni se encargaba de la transcripción. Esta consecución de tareas de registro

también queda en evidencia en el hecho de que en la grabación no aparezcan todos los ítems léxicos detallados en el vocabulario a elicitar; en este sentido, pudimos deducir que evitaban grabar la sesión de ensayo por la pérdida de vocabulario que manifestaba el hablante, lo que, a su vez, nos lleva a inferir que hacia mediados del siglo XX la lengua iba perdiendo su vitalidad, proceso que se agudizó hacia los años ochenta. Así, resulta evidente que primero hacían un ensayo durante el cual solicitaban al informante el vocabulario listado en la libreta; luego los investigadores volvían solamente sobre aquellas palabras que el hablante les había ofrecido, dejando de lado aquellas que no podía recordar. Tal es el caso de los siguientes ejemplos correspondientes al campo léxico de las partes del cuerpo:

Entradas de la libreta correspondientes a las partes del cuerpo y los términos proporcionados por Yaknet	Términos elicitados en la grabación de Yaknet coincidentes con los términos presentes en la libreta
cabeza: tčette ^f .	cabeza
ojo: ottel	ojo
oreja: san	oreja
nariz: orr	nariz
cabello: ġot	cabello
boca: konken (la parte de adentro)	boca
labio: šaṃ	labio
paladar	ausente en la grabación
dientes: orr	dientes
lengua: talX	lengua
garganta: ēhr	garganta
cuello: ōh	cuello
nuca: čaltenkΘn	nuca
pecho: o_č	pecho
teta: naX	teta
vientre	ausente en la grabación
ombligo: wít	ombligo

ano	ausente en la grabación
-----	-------------------------

Por su parte, la grabación de la instancia de elicitación realizada con Agustina Quilchamal presenta una organización diferente. En este caso se le consultan aproximadamente 200 ítems léxicos, en un orden que coincide casi exactamente con el vocabulario que recoge Escalada. Este último, según él mismo refiere (Escalada 1949: 157), toma el modelo seguido por Lehmann-Nitsche (1913), con el objetivo de continuar con el cotejo de las lenguas de la familia Chon iniciado por el alemán. De modo que muy probablemente en esta instancia Bórmida haya seguido el patrón de Escalada y no el listado de la nómina de la libreta donde, no obstante, se registran los términos consultados a Agustina Quilchamal.

En diciembre de 1949, Imbelloni solicita fondos a la Administración General de Parques, con el apoyo de Artayeta, para el financiamiento de “Los últimos patagones”, una obra en la que comunicaría los resultados completos de la expedición, y que también contaría con el aval pecuniario de la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, no logró el apoyo esperado y finalmente la publicación nunca se concretó (expte. 2607, carpeta Artayeta, AMP). De modo que los únicos resultados que se pusieron en circulación son los contenidos en el artículo de la revista *Runa* citado anteriormente, relativos, en su mayoría, a mediciones antropométricas. Frente a esta negativa de publicación, Imbelloni reemplaza la solicitud por dos pasajes a Comodoro Rivadavia con el objetivo de finalizar con el relevamiento de datos, con el apoyo de Artayeta, quien intercede por él frente al Administrador de Parques, el teniente Irusta, con el argumento de que, cuando se había realizado el primer viaje, “grupos de indígenas Tehuelche se hallaban ausentes de sus toldos, ocupados en los distintos parajes, sitios, o establecimientos de campo, donde salen a trabajar con los ganados o a las boleadas de chulengos” (Artayeta a Irusta, 28/12/1949, expte. 2607/49, carpeta Artayeta, AMP). Finalmente, Imbelloni y Artayeta consiguen que se financie un nuevo viaje exploratorio, pero a través de la Facultad (Nota de Imbelloni a Irusta, 14/1/1950, carpeta Artayeta, AMP); Imbelloni no participa del viaje, que posiblemente sea uno de los realizados por Bórmida como parte de las campañas del Museo (véase §II. 5. 2).

VII. 4. La Toponimia patagónica de etimología araucana de Perón y la participación de Imbelloni

Un año después de la expedición, Imbelloni es invitado a participar en una publicación impulsada por el peronismo, que pone en escena nuevamente el asunto de las lenguas indígenas patagónicas y su situación actual. La convocatoria le permite a Imbelloni exponer sus recientes investigaciones en terreno. Se trata de la cuarta reedición de la *Toponimia patagónica de etimología araucana* de Perón (1950), esta vez a cargo de la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación de la Nación. Consiste en una edición más lujosa que las anteriores,¹⁹⁰ que además cuenta con un prólogo de Imbelloni: “El panorama lingüístico de la Patagonia y el trabajo del General Perón”. Si bien metodológicamente este prólogo no está basado en una investigación etnográfica, hay constantes referencias a su reciente expedición y a la información obtenida durante este viaje, como así también al trabajo de Escalada. En el prólogo, Imbelloni ubica a la *Toponimia* de Perón dentro de la escasa producción lingüística del periodo en la región. De hecho, el autor pone en valor esta faceta de la labor del político al referirse al periodo de su vida en que habitó en esta región; en este sentido, afirma que Perón “no fué ya un observador fugaz, sino un morador normal en su primera edad, que conoce a fondo todos sus secretos, sus condiciones geográficas y climáticas y sus hombres” (Imbelloni 1950: XIII). Continúa de la siguiente manera: “Allí, en la misma Patagonia, el autor auscultó diariamente la pronunciación de los hablantes nativos y registró el significado de cada palabra o frase, solicitando a los muchos indígenas que frecuentaban su propia casa las informaciones más directas sobre costumbres y modismos” (Imbelloni 1950: XIV).

Antes de avanzar en el análisis del prólogo, es necesario señalar que parece haber un consenso entre los especialistas en que la emergencia del peronismo acrecienta aún más los replanteos acerca de la definición del pueblo argentino. En este sentido, historiadores y antropólogos (Adamovsky 2012; Grimson 2016; Guber 1999; Ratier 1971) han problematizado la emergencia de nuevas identidades nacionales en el marco del movimiento peronista. Entre ellas, destacamos la de los “cabecitas negras”, definida por Grimson como fundamentalmente indígena y del interior del país, donde aún no había penetrado de lleno la modernidad:

Con lo cual queda claramente enmarcado en las dicotomías argentinas de tradición y modernidad, civilización y barbarie, capital e interior, urbano y rural, culto e inculto. [...] De

¹⁹⁰ La primera edición fue publicada por el Ministerio de Agricultura entre 1935 y 1936; la segunda, de 1948, por la Biblioteca Nacional; la tercera, por la revista *Archivos Ethnos*, también en 1950. Por su parte, la edición de 1950 de la Dirección General de Cultura de la Nación se destaca por haber publicado dos únicos ejemplares forrados en cuero con ilustraciones de temática ecuestre destinados exclusivamente a Perón y a Evita. Los otros ejemplares también contienen estas imágenes, pero son de confección más austera.

este modo, se construye un “otro” negro (en el sentido argentino de “no-blanco”) que, evidentemente, resulta crucial para poder definir la propia identidad blanca, europeísta, urbana, educada y antiperonista. La presencia de los “cabecitas negras” en la capital hizo añicos el mito de la homogeneidad y singularidad argentina, al tiempo que produjo como reacción una visión racial de una clase media blanca durante la época peronista (Grimson 2016: 39).

Adamovsky (2012), por su parte, se detiene en las tensiones que se dieron entre el propio proyecto de Perón y las clases populares, lo que complejiza aún más el panorama. Según plantea el autor, si bien distintos grupos que habían sido usualmente postergados (“los negros”, “los pobres”, “los indios”, en definitiva, la “cultura plebeya”) encontraron en el movimiento peronista una posibilidad de autoreivindicación y una potenciación de su poder al superar la fragmentación y convertirse en un sujeto político unificado; esta oportunidad no coincidía en todo ni tuvo un genuino acompañamiento del propio Perón. De hecho, su “visión política era la de un nacionalismo *corporativista*: aspiraba a organizar a las personas en ‘corporaciones’ de acuerdo con sus intereses específicos” (Adamovsky 2012: 180). En este marco tiene lugar el último trabajo que analizamos en esta tesis, que permite dar cuenta de las tensiones y matices en cuanto a la consideración de los grupos indígenas durante el período y más particularmente cómo se concebía entonces el estudio de las lenguas indígenas.

El prólogo de la *Toponimia* elaborado por Imbelloni parte de una pregunta que encierra una controversia que se extiende hasta nuestros días: “¿No es el idioma araucano una lengua propia del indio chileno?”; seguida por otro interrogante: “¿Por cuáles razones, entonces, la gran mayoría de los lugares y accidentes geográficos de la Patagonia llevan denominaciones que proceden de esa lengua?” (Imbelloni 1950: VIII). A modo de respuesta, el prologuista reconstruye parte de la historia de la Patagonia y los procesos de contacto entre los distintos habitantes, a través de lo cual reproduce una idea en proceso de expansión acerca de la “invasión” mapuche, un pueblo supuestamente originario del territorio chileno, que se habría asentado en los territorios “correspondientes” a los tehuelches. Esta idea, que tiene sus orígenes hacia fines del siglo XIX, llegó a su punto crítico a través del antropólogo al que nos hemos referido anteriormente, Rodolfo Casamiquela, quien tomó como base, entre otros, los planteos de Imbelloni.¹⁹¹

A modo de respuesta, Imbelloni plantea:

¹⁹¹ Para una reconstrucción crítica sobre el desarrollo de esta idea, véase Rodríguez (2016).

El mapuche, que durante los siglos pasados había cubierto un área modesta, sin rebasar las actuales provincias de Bío-Bío, Malleco, Cautín y parte de Valdivia, se expandió luego hacia el Norte y el Sur, ofreciéndonos el espectáculo de una dinámica espacial realmente notable. Este fenómeno etnológico, relativamente reciente, no solo transformó a fondo el panorama y la historia de los pueblos indígenas de la América del Sur, sino también nos brinda la ocasión de observar una dominación glotológica de la que conocemos pocos ejemplos, tan amplios en sentido territorial (Imbelloni 1950: VIII-IX).

La última parte de la cita sugiere que la particularidad lingüística de la región está dada, precisamente, por el asentamiento y expansión de los mapuches en la Patagonia argentina, lo que habría devenido en el desplazamiento lingüístico del aonek' o ajen. En este sentido, Imbelloni continúa:

Indagar las causas directas e íntimas de esta dominación tan absoluta, que llegó a borrar casi por completo la huella de las lenguas locales, importaría revisar todo el proceso cultural y demográfico que se ha realizado en las llanuras y las mesetas argentinas durante los últimos trescientos años (Imbelloni 1950: IX).

De acuerdo con este acontecimiento, los mapuches se presentan como los causantes del enfrentamiento con los aonikenk, quienes son introducidos, por su parte, como víctimas de las “guerras encarnizadas y sangrientas de que ha quedado memoria en la tradición nativa del extremo Sur” (Imbelloni 1950: IX); su supervivencia habría sido posible gracias a “las rápidas y resolutivas acciones finales del General Villegas (1883)”, quien logró que “una escasa porción nativa [de la Patagonia] haya conservado su idioma hasta nuestros días” (Imbelloni 1950: IX).

Del grupo de “sobrevivientes”, Imbelloni rescata, precisamente, sus “facultades idiomáticas excepcionales”; y, en relación con esta representación, remite a los datos obtenidos de su propia cosecha, durante la expedición a la Patagonia que anteriormente hemos analizado:

Hemos averiguado personalmente que son bilingües, y en su gran mayoría trilingües, pues hablan el castellano con bastante agilidad y propiedad, luego el *aónico-aish* que es su lengua materna, y el mapuche. Hemos conocido a varios que en materia de lenguas nativas no poseían únicamente el aónico-aish, sino también la de sus consanguíneos e inmediatos vecinos del Norte, los güenena-kéne, o tehuelches septentrionales (Imbelloni 1950: IX).

En lo relativo a este último grupo, los *gününa kune*, plantea, en cuanto a su lengua, su inminente desaparición:

Estos guénena-kéne están actualmente en un grado más avanzado de extinción, y dentro de una decena de años no quedará el menor vestigio de su existencia. Su lengua fue el guénena-yajish, también —naturalmente— destinada a desaparecer en el labio de vivientes (se están realizando registraciones y estudios con el fin de no perder del todo su material sonoro y léxico) (Imbelloni 1950: IX-X).

Finalmente, refiere a un tercer grupo, el de los “chehuáche-kenk, o chulíla-kene”, respecto de los cuales dice: “Pueblo y lengua han desaparecido sin dejar huella: fueron arrollados con anterioridad a las otras fracciones tehuelches, por la marea araucana” (Imbelloni 1950: X).

Si bien, como se vio, el autor plantea que los responsables de la desaparición de los tehuelches fueron los mapuches, lo cierto es que más adelante introduce algunos datos que habilitan relativizar esta presentación discursiva entre víctimas y victimarios:

En pocas palabras, la Cordillera no ha cumplido, como muchos creen, el oficio de un tabique impermeable: por sus innumerables pasos y abras, especialmente por las cómodas quebradas del Neuquén y los valles fluviales de Santa Cruz, permitió que se realizara una activa circulación de tribus. En los tiempos más antiguos hubo el predominio de la migración de Este hacia Oeste, y desde la mitad del siglo XVIII la inversa, de Oeste a Este. La invasión de los andinos no fue repentina, ni torrencial, sino continua y progresiva, con flujos y reflujos rítmicamente escalonados. El último episodio histórico ha sido el retorno hacia Occidente de miles de mapuches, residuo de la campaña de 1878-83. Luego, una acompasada y lenta infiltración individual, que perdura actualmente atraída por las condiciones de trabajo ofrecidas por el ovejero y la naciente industria patagónica (Imbelloni 1950: X).

Es decir, después de responsabilizar a los mapuches del avance sobre los tehuelches, menciona superficialmente los efectos del proceso de exterminio indígena impulsado por Julio Argentino Roca, denominado “Conquista o Campaña del desierto”. De esa situación histórica deriva, no obstante, la situación lingüística posterior de la región:

De todas esas vicisitudes nacieron las anomalías que presenta el proceso lingüístico de la región. Encontramos al idioma mapuche en la extensión llana de la Argentina, sólidamente fijado a la terminología de lugares, hombres y objetos. Esto vale para toda la superficie que fue teatro primero de la invasión, y luego de la gesta que lleva el nombre de los aucas, y cuya memoria revive en la larga, venturosa y fatigante “guerra india”, a partir de Juan Manuel de Rosas hasta Adolfo Alsina y del coronel Levalle al General Roca (Imbelloni 1950: X).

De hecho, según el análisis de Imbelloni, la extensión del mapudungun habría formado parte de las políticas de control del ejército “araucano”, compuesto por “una abigarrada mixtura de araucanos, tehuelches meridionales y septentrionales (en especial estos últimos) puros y mestizos, con alguna resaca de pobladores blancos”. En este sentido, la unidad de este grupo habría sido cementada por “el comando único e inflexible de los jefes araucanos y asociado para las empresas de ataque y rapiña; su característica más saliente era la unidad de idioma, el mapuche” (Imbelloni 1950: XI).

En cuanto a la descripción del mapudungun, Imbelloni focaliza en su realidad como lengua en situación de contacto: “Este, por otra parte, a la par de todo otro idioma conocido, no estaba exento de contaminaciones, préstamos y adulteraciones dialectales. Había estrechado, hacia el Norte de Chile, íntimas relaciones con los hablantes del qhéchua, asimilando gran cantidad de vocablos, que tendrían el destino de recorrer la mitad del continente” (Imbelloni 1950: XI). En este sentido, introduce como ejemplo el numeral “cien” en aonek’o ajen, *pataq*, préstamo del término en mapuzungun para el mismo número, *pataca*, que a su vez sería un préstamo del qhéchua, *pachax*.

La toponimia fue una de las preocupaciones más reiteradas durante el periodo por su valor para el control territorial, además de contener relevantes datos no solo lingüísticos sino también de las migraciones y contactos de los pueblos. En el caso de la toponimia patagónica particularmente y en función del recorrido histórico anteriormente revisado, el autor refiere la preeminencia del mapuzungun, registrada en una serie de obras que anteceden a la del presidente:

De este modo puede explicarse el hecho que, análogamente a la nomenclatura gentilicia y a la patronímica e individual, también la toponimia de Buenos Aires, La Pampa, el Neuquén y los territorios del Chubut y Río Negro se encuentra casi totalmente construída con elementos del mapuche. De ahí el incontenible anhelo de una legión de precursores y flanqueadores del estudio glotológico del araucano, que vieron en los nombres geográficos una mies inagotable de descubrimientos etimológicos: el coronel Lucio V. Mansilla, el viajero Estanislao S. Zeballos, el sacerdote Domingo Milanés en primer término, y luego sus muchos sucesores (Imbelloni 1950: XII).

El tratamiento de los topónimos es un asunto en el que se detiene ampliamente y revela que, en este caso, la metodología aplicada es fundamentalmente etimológica, lo que Imbelloni critica nuevamente (tal como ya se vio en VI):

De la cepa antigua del mapuche de la Araucanía se derivaron, naturalmente, formas léxicas que tuvieron determinada circulación en éste o aquel ámbito de la inmensa extensión definitiva del idioma, adquiriendo formas peculiares en la pronunciación y en el significado. Algunas parecen absolutamente improbables: así el nombre del león sureño (*Felis concolor*, *Felis pardalis*) suena en la lengua central panguí mientras en nuestro puelche reza trapial (actualmente ambos han cedido lugar a la voz qhéchua puma). Mas la dificultad mayor es subjetiva, y consiste en la tentación de cortar y recortar un vocablo hasta lo inverosímil, con tal de encontrarle una anatomía conveniente a su significado, y la otra, no menos grave, es la facilidad con que se descuidan las leyes de la fonología al definir una derivación. También es indispensable tener una gran experiencia lexicológica, para establecer a priori si una determinada palabra puede proceder realmente del habla araucana, peruana, guaraní, etc. o si en cambio existió ya en el Viejo Mundo antes del descubrimiento de América (Imbelloni 1950: XIII).

A la luz de esta metodología, luego de descalificar el trabajo de Milanesio, plantea que este “glosario etimológico es —por cierto— superior a los que lo han precedido. De ellos, naturalmente, toma los materiales más nobles y seguros, y los preserva para investigaciones futuras” (Imbelloni 1950: XIII). Más allá de exaltar el trabajo de Perón, un poco más adelante, cuando describe su labor, plantea:

Es bien cierto, infortunadamente, que la práctica de ese medio no es segura, y las llamadas ‘etimologías populares’ suelen acarrear al lingüista la sugestión de errores descomunales; mas no creo que por ello deba abandonarse el sistema en forma definitiva, porque sucede a menudo que esos informes abren senderos insospechados, los cuales, claro está, reclaman que se los someta a averiguaciones críticas severas que logren confirmarlos o rechazarlos definitivamente (Imbelloni 1950: XIV).

Así, plantea que Perón se puso en la tarea de rectificar su trabajo original, de 1935, y que se ha encargado de eliminar “muchas opiniones e hipótesis” que se “han presentado como insostenibles” (Imbelloni 1950: XIV).¹⁹² Esto lo conduce a exaltar la imagen del presidente, lo que hace de la siguiente manera:

Sinceridad y modestia: el General Perón, se da perfecta cuenta de la relativa inseguridad de muchas derivaciones que hoy nos parecen aceptables e incluso sólidas. Bien sabe igualmente que la práctica del etimologista no resuelve mínimamente los más graves problemas de la

¹⁹² En este sentido, Imbelloni cita el caso de la etimología de la voz “tehuelche”, que en la primera edición, Perón afirmaba: “Parece derivado de *tué* ‘tierra’; *huel* y *che* ‘gente’: tierra del Este”. Continúa, Imbelloni, planteando lo siguiente: “Actualmente esta interpretación parece inaceptable, y el autor con mucho acierto ha considerado que *the* por *tué* no es una equivalencia fonológicamente sostenible, y mucho menos se justifica la que le sigue: *huel* por *huilli*” (Imbelloni 1950: XIV).

glotología moderna, los cuales están reservados al especialista morfológico, al lexicólogo y al gramático. Su intención, ha sido, en definitiva, brindar una recopilación manuable y honrada de la toponimia patagónica, y ella ha de prestar sin duda buenos servicios informativos y comparativos a oficiales, maestros, profesionales y demás personas cultas que habitan las regiones del Sur o se interesan por su promisor progreso actual (Imbelloni 1950: XIV-XV).

Finalmente, refrenda su simpatía por el gobierno peronista, y en particular por la figura de Perón:

[...] difícilmente podría ocultar mi vivísimo sentimiento de admiración hacia una personalidad tan multifacetada en sus actividades, la cual logra interrumpir los trabajos de honda responsabilidad a que se encuentra entregado, para respirar unos instantes en la atmósfera que nos es familiar a los que diariamente perseguimos las incógnitas de la ciencia (Imbelloni 1950: XV).

Más allá de esta última referencia, lo cierto es que Imbelloni otra vez silenciará la actualidad de las lenguas indígenas y remitirá, nuevamente, a estos pueblos al ámbito de la arqueología, tal como lo hiciera en los capítulos de la *Historia de la Nación Argentina*. No es casual, en este sentido, como ya dijéramos, que el campo léxico trabajado sea la toponimia, usualmente considerada como “rastros” de lenguas del pasado:

La presente publicación, por su índole y finalidad, y por el mismo tono de su presentación tipográfica, que la Dirección General de Cultura ha cuidado en forma particular, no se dirige a los especialistas que dedican sus afanes cotidianos a desentrañar la construcción interior de las lenguas y su complicada historia espacial,¹⁹³ sino —más en general— a todos los hombres cultos que hayan alimentado en mayor o menor grado la innata *curiosidad* por conocer a los pueblos que *habitaron un día* las distintas regiones del país y *dejaron impresas en el paisaje y diseminadas en el suelo* las improntas de sus industrias y costumbres (Imbelloni 1950: VII-VIII; el resaltado es nuestro).

En los casos en que refiere a las poblaciones actuales, aun cuando ha interactuado con hablantes de las lenguas, se mantiene en el tópico de su próxima desaparición:

Se trata de contactos sobrevivientes de la rama tehuelche del extremo austral, los aónikenk, que nos han sorprendido sobremedida por sus facultades idiomáticas excepcionales. [...] Estos guénena-kéne están actualmente en un grado más avanzado de extinción, y dentro de una

¹⁹³ Posiblemente esta mención refiera a los lingüistas, pero también a los antropólogos que, de acuerdo con los planteos de Imbelloni, deberían atender, precisamente, a la distribución espacial de las lenguas para la identificación de los grupos étnicos.

decena de años no quedará el menor vestigio de su existencia. Su lengua fue el *guénena-yajish*, también —naturalmente— destinada a desaparecer en el labio de los vivientes (se están realizando registraciones y estudios con el fin de no perder del todo su material sonoro y léxico)” (Imbelloni 1950: IX).

En síntesis, cabe retomar el fragmento citado anteriormente del *Primer Plan Quinquenal* (1947-1951: 2848), ya que cristaliza esta oscilación, característica del período. Así, por un lado, las lenguas indígenas eran organizadas junto con toda una serie de elementos simbólicos y materiales con los que se caracterizaba el pasado remoto y que, en tanto tales, debían ser registradas antes de su extinción definitiva. Sin embargo, se reconoce, acto seguido, que se mantiene como “elemento vivo” en las “zonas originarias”. Imbelloni es partícipe de esta caracterización no como un simple reproductor, sino como uno de sus principales impulsores. Se debate, así, entre reconocer la evidente existencia de pueblos indígenas y su anclaje en un pasado cuya ubicación temporal vacilará de acuerdo con la coyuntura y la posición política o ideológica del autor.

~

En este capítulo, que comprende la última década del periodo abordado, hemos analizado nuevas problematizaciones sobre los pueblos y lenguas indígenas que tuvieron lugar en un contexto de reemergencia de los estudios de folklore, en el marco de una serie de acontecimientos políticos nacionales e internacionales que impactaron en los debates acerca de la definición de la nación argentina. Por esta razón, revisamos una de las obras centrales de la producción académica de Imbelloni, *Concepto y praxis del folklore como ciencia*, con el objetivo de comprender cómo articula, en este nuevo encuadre disciplinar, la temática de las lenguas indígenas. Posteriormente, nos encargamos de analizar la postura de Imbelloni frente a una serie de acontecimientos relativos al estudio y enseñanza de las lenguas indígenas, lo que nos permitió reconocer varias cuestiones entre las que destacamos las siguientes: por un lado, el creciente interés por las lenguas indígenas por parte de distintos agentes, entre ellos funcionarios del Estado; por el otro, la posición negativa de Imbelloni frente al asunto, lo que posiblemente haya constituido una estrategia para mantener el control, ya que finalmente y en más de una ocasión propone que el Instituto de Antropología a su cargo afrontara su tratamiento. Estas nuevas problematizaciones acerca de los pueblos originarios preparan las bases para la reemergencia del trabajo de campo, lo que nos conduce a la

tercera parte de este capítulo, donde examinamos una documentación inédita de la lengua aonek'ojen registrada durante una expedición que formó parte de las actividades del Instituto de Antropología en el marco de la gestión de Imbelloni. Además del vocabulario hallado, esta expedición permite articular el valor que adquiere la Patagonia para el proyecto científico de Imbelloni y la coyuntura geopolítica del peronismo y la posguerra. Esto se relaciona, precisamente, con la última parte de este capítulo, donde revisamos la participación de Imbelloni en la reedición de la *Toponimia patagónica de etimología araucana*, una obra a cargo del por entonces presidente de la nación, Juan Domingo Perón.

Luego del significativo ascenso de Imbelloni, que se produce simultáneamente en el ámbito de las ciencias antropológicas y en el de la vida pública, y una vez que Perón es destituido por el golpe militar de 1955, el antropólogo es cesanteado de sus cargos en la Universidad de Buenos Aires y luego jubilado. Encontró, entonces, en la recientemente creada Universidad del Salvador un nuevo ámbito laboral donde se desempeñó como profesor titular de Antropología Cultural. A partir de entonces, sus publicaciones disminuyeron significativamente y la obra más importante de esta última etapa es la versión aumentada de la primera *Esfinge Indiana*. En cuanto a las lenguas indígenas en particular, en la bibliografía referida a la producción de Imbelloni a cargo de Martínez Soler y Vidal Fraits (1966) se registra una única intervención sobre el tema consistente en una conferencia dictada en noviembre de 1958, “Lenguas del mundo y lenguas de América”, que hasta ahora no hemos logrado hallar. En 1961 Imbelloni es nombrado profesor emérito de esta misma unidad académica. Muere tiempo después, en 1967, a los ochenta y dos años de edad.

VIII

Conclusiones

Como explicamos en los capítulos previos, para el caso específico de la Argentina, y durante el periodo analizado, coleccionistas y, posteriormente, antropólogos y lingüistas realizaron valiosos aportes que integran un significativo corpus en la historia de la lingüística acerca de lenguas indígenas en el país. Con esta investigación esperamos haber contribuido al ordenamiento de una de esas etapas, que comprende la primera mitad del siglo XX y que atiende, particularmente, al tratamiento de esta temática en una de las instituciones universitarias de mayor trayectoria en la Argentina: la Universidad de Buenos Aires. Asimismo, esperamos haber aportado a la reconstrucción y el análisis del recorrido académico y la producción de dos de los principales representantes de la antropología del periodo, que estuvieron estrechamente vinculados a la Universidad de Buenos Aires y que realizaron aportes considerables al estudio de las lenguas indígenas: Félix Outes y José Imbelloni.

En términos historiográficos, esta tesis afrontó, desde una dimensión descriptivo-interpretativa (Swiggers 2009) y a partir de una exhaustiva exploración de archivo, el abordaje de tres aspectos que permiten caracterizar cuestiones relativas a la historia social de la lingüística, a los patrones de argumentación y a la historia de la exclusión de los universos discursivos referidos a la lengua, según la propuesta de Schlieben Lange (1993). El primero de esos aspectos fue el institucional. La revisión de una serie de mecanismos y acontecimientos permitió comprender las intermitentes inclusiones del tratamiento de esta temática tanto en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires (analizado en la primera parte de esta tesis), como a nivel estatal (tal es el caso del proyecto presentado en la Cámara de Senadores examinado en §VII. 2). El otro de los aspectos considerados corresponde al análisis de los tipos de abordaje de las lenguas indígenas, que organizamos según la distinción entre el trabajo de gabinete y el trabajo de campo, es decir, una arqueología documental de las lenguas indígenas y el retorno al trabajo etnográfico. El tercer aspecto involucra las trayectorias de investigación, que nos permitió organizar las producciones de Outes y de Imbelloni en función de sus aportes a la lingüística indígena. Este último aspecto

nos condujo, además, a considerar textos poco conocidos o inéditos, como es el caso del hallazgo de un registro inédito del aonek'ó ajen a cargo de Imbelloni y Marcelo Bórmida.

Una de las hipótesis que dieron inicio a esta investigación sostenía que los estudios sobre estas lenguas durante el periodo estuvieron a cargo de una comunidad argumentativa (Schlieben-Lange 1993) conformada por americanistas, quienes, en simultáneo con el proceso de institucionalización de la antropología, pasaron a formar parte de la comunidad derivada de ese espacio disciplinar. Al mismo tiempo, sosteníamos que los especialistas en ciencias del lenguaje atendieron en menor medida la temática. El análisis de los principales espacios institucionales de la Universidad de Buenos Aires dedicados a cada una de las ciencias mencionadas (i. e., el Museo Etnográfico, la asignatura Arqueología americana, el Instituto de Filología y la asignatura Lingüística romance) nos permitió confirmar aquella hipótesis y, a su vez, complejizarla. De este modo, pudimos identificar que, si bien hubo intenciones de institucionalizar este conocimiento, lo cierto es que su concreción, a lo largo del periodo, fue parcial, discontinua y estuvo supeditada a las voluntades individuales.

De este modo y tal como proponía nuestro primer objetivo específico, nos enfocamos en indagar, desde una perspectiva historiográfica externa, en los espacios institucionales de la Universidad de Buenos Aires en los que se atendió a la investigación y enseñanza de distintas problemáticas relacionadas con estas lenguas y que fomentaron o habilitaron el intercambio de argumentos lingüísticos (Schlieben-Lange 1993) sobre las lenguas indígenas. Es así que, de acuerdo con el recorrido por la historia del Museo Etnográfico (II), pudimos comprobar que los escasos registros realizados en campo fueron relativamente azarosos y estuvieron poco articulados con los distintos proyectos de gestión. Tal es el caso de la documentación llevada adelante por Salvador Debenedetti (§II. 1. 2), cuyos resultados nunca fueron publicados por el Museo, mientras que Roberto Lehmann-Nitsche los incorporó a su propio trabajo acerca de las lenguas mataco-mataguayas. Fue recién durante la última gestión que hemos analizado de este Museo, la de Imbelloni, cuando se identifica un plan destinado a desarrollar una línea más sistemática de trabajo sobre lenguas indígenas (§II. 5 y §VII. 2); sin embargo, los esfuerzos no parecieran haber sido suficientes: si bien el antropólogo en una ocasión refiere la existencia de un gabinete de glotología, no hemos encontrado ninguna otra referencia a esta dependencia en la documentación examinada. Con todo, además del registro del vocabulario aonek'ó ajen (§VII. 3), hubo otras actividades planificadas en el marco de su gestión al frente de este Museo con el fin de abordar el tema de las

lenguas indígenas, con particular atención a las fuegopatagónicas. Tal es el caso de la jornada destinada a esta temática durante la Semana de la Patagonia, realizada en 1949; como así también, hacia el fin del periodo examinado, las expediciones de Bórmida hacia este destino con el propósito, entre otros, de registrar las lenguas de la región (§II. 5. 2).

Es posible afirmar, entonces, que, durante gran parte del periodo abordado, la institucionalidad de la temática fue débil e inestable. Lo hemos corroborado también en el plano de la enseñanza, a partir del análisis de los distintos programas de las asignaturas dictadas en la Facultad. Una lectura de estos materiales nos llevó a identificar que el único periodo en el que se incorporó con regularidad el tratamiento de las lenguas indígenas fue entre 1899 y 1920, en la asignatura Arqueología americana, mientras Samuel Lafone Quevedo fue el profesor a cargo. Durante este tiempo, los programas tuvieron como eje rector para la comprensión de las procedencias y filiaciones étnicas de los distintos grupos indígenas del país las hipótesis de parentesco lingüístico que él mismo había desarrollado tiempo antes, hacia fines del siglo XIX (§III. 3). Luego del fallecimiento de Lafone Quevedo, queda a cargo de la materia Debenedetti, quien abandona por completo el tratamiento de la cuestión. Será casi veinte años después, en los programas de Lingüística romance, cuando Amado Alonso fue el profesor a cargo, que logramos hallar algunas intermitentes incorporaciones, con el evidente propósito de problematizar las variedades del español en América (§IV. 3).

El hallazgo de la incorporación de estos temas en los programas de Alonso, junto con la breve gestión de Lehmann-Nitsche frente al Instituto de Filología, nos condujo a examinar con mayor profundidad el desarrollo de las ciencias del lenguaje en el periodo y su articulación con las ciencias antropológicas. Es así que, al volver sobre las condiciones de emergencia de ese Instituto, que ya habían sido tratadas por Toscano y García (2011), profundizamos en el plan original de su creación, gestado por Ricardo Rojas, cuya propuesta de integración de las lenguas indígenas al orden institucional fue la más sistemática del periodo (§IV. 1). Rojas, responsable del diseño de importantes centros de investigación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires durante los años en que fue su máxima autoridad, planificó, para el Instituto de Filología, el estudio articulado del castellano hablado en la Argentina con el de las lenguas indígenas. Sin embargo, posteriormente el asunto fue prácticamente ignorado por los sucesivos directores que, formados en el Centro de Estudios Históricos de Madrid que dirigía el filólogo español Ramón Menéndez Pidal, siguieron una línea de investigación fundamentalmente abocada

al estudio de la historia del español peninsular. Una excepción la constituye, como ya se dijo, la aislada gestión del antropólogo Lehmann-Nitsche en el año 1926, quien no logró, sin embargo, garantizar la pervivencia de esta línea de investigación en el ámbito de los estudios lingüísticos (§IV. 2).

Más allá de comprobar que la de las lenguas indígenas fue una línea que no logró cristalizar en el ámbito institucional durante el periodo, a partir del análisis realizado en esta tesis es posible afirmar que tampoco obtuvo un tratamiento aislado ni individual. Antes bien, pudimos identificar que fue una red de intercambio bastante firme la que garantizó, aunque en los bordes de la academia, la pervivencia de estas investigaciones. Tal es el caso del vínculo entre Lafone Quevedo y Outes, y luego de Outes con Lehmann-Nitsche, o el de Imbelloni con Enrique Palavecino y luego de Imbelloni con Bórmida.

Desde una perspectiva historiográfica interna, y en función de los objetivos segundo y tercero planteados al inicio de esta tesis, nos encargamos de analizar los proyectos de investigación particulares y las producciones individuales de Outes e Imbelloni, y así logramos comprender que el interés por el estudio de las lenguas indígenas para esta comunidad argumentativa fue motivado por uno de los problemas fundamentales del americanismo, referido a la reconstrucción de la historia del territorio americano y de sus habitantes antes de la conquista de América. Las lenguas indígenas interesaron a este grupo porque ofrecían datos clave para la reconstrucción de la cartografía étnica nacional. Este análisis nos permitió reconocer, a su vez, que el recorte del objeto que realizaron los americanistas condujo a un evidente emplazamiento de los grupos indígenas en la “prehistoria” del país y un consecuente borramiento como parte de la realidad que les era contemporánea, lo que supuso, a su vez, un tratamiento de gabinete, mientras que las etnografías fueron notablemente escasas y, en lo relativo a las lenguas, fundamentalmente guiadas por una motivación de salvataje lingüístico.

En función de nuestra segunda hipótesis, el análisis de estas prácticas investigativas particulares nos permitió confirmar que hubo, durante el periodo, dos tipos de trabajos distintos. Así, en un primer momento, el tratamiento de estas lenguas se caracterizó por un tipo de trabajo basado en distintas fuentes documentales, que denominamos “arqueológico”, consistente en un tratamiento basado en la compulsión de registros elaborados por otros actores (sobre todo misioneros y viajeros), que los investigadores pusieron a circular. Esta arqueología documental de las lenguas indígenas, enmarcada en el americanismo, tuvo como uno de sus primeros representantes a Lafone

Quevedo, quien partir del análisis de una gran cantidad de fuentes y en función de un criterio lingüístico por él mismo diseñado, dedicó considerables esfuerzos a la organización del panorama étnico y lingüístico de la región del Gran Chaco, a la vez que realizó, con la misma metodología, aunque con menor productividad, aportes en este mismo sentido al conocimiento de los grupos de la región rioplatense y fuegopatagónica (§III. 2). Si bien su producción se concentra a fines del siglo XIX, nos encargamos de revisarla en detalle porque, además de tratarse del profesor a cargo de la única materia que atendió sistemáticamente la problemática que nos ocupa, también fue uno de los únicos americanistas del país durante el periodo que fue considerado “filólogo” y porque fue, además, uno de los principales referentes de Outes y también de Ambrosetti, además de ser destacado como precursor y fundador del campo en las distintas revisiones historiográficas que consideramos en la tesis (§I. 2. 1).

Así, y tal como analizamos en §V. 1, a partir de la propuesta realizada por Lafone Quevedo acerca de la procedencia guaycurú del grupo querandí, Outes, con apenas dieciocho años, se involucró en los debates contemporáneos sobre el tema con el explícito objetivo de refrendar la hipótesis de su antecesor, lo que lo condujo a discutir con importantes referentes de los estudios antropológicos locales y con especialistas de relevancia internacional. Entre las pruebas que adujo para convalidar la hipótesis esgrimida por Lafone Quevedo, identificamos que estas fueron, fundamentalmente, de dos tipos: arqueológicas y lingüísticas; y que estas últimas, según hemos intentado demostrar, se basaron en análisis etimológicos de topónimos y antropónimos, principalmente (§V. 1). Este tipo de análisis, de gran extensión en el periodo y que luego será tanto criticado como avalado por Imbelloni (como vimos en §VI. 1. 1 y luego en §VII. 4), se explica porque gran parte de la documentación con la que contaban los americanistas consistía en empadronamientos de indios y las toponimias de las distintas regiones del país, sobre todo en el caso de lenguas que habían sufrido un desplazamiento previo a la conquista española.

Más adelante, Outes continuó con la indagación y examen de fuentes documentales (aunque, este caso, de otro tipo: textos cristianos y vocabularios) que lo insertaron en nuevos debates. Así, a partir del hallazgo de una serie de códices en los repositorios del Museo Británico consistentes en registros realizados, en su gran mayoría, por misioneros anglicanos a mediados del siglo XIX, logró contribuir, por un lado, con la historia de esa misión en América; y, por el otro, al estudio de las lenguas fuegopatagónicas (§V. 2). Más de diez años después, identificamos nuevas colaboraciones sobre las lenguas de esa región. Es así que examinamos, con el objetivo de

caracterizar el último tramo de su labor en lo relativo a la lingüística indígena, el vínculo que estableció con el viajero suizo George Claraz, de quien Outes había recibido un grupo de manuscritos que contenían registros en yagan, gүнүna iajüch y aonek'о ajen. Este material le permitió profundizar en la historia de la mencionada misión, como así también poner a circular aquellos registros. La reconstrucción y revisión crítica de la trayectoria de Outes y su producción, planteada como uno de los objetivos específicos, nos permitió dar cuenta de las razones por las cuales, si bien no documentó nuevos datos ni propuso análisis de los sistemas lingüísticos, fue considerado (incluso por parte del propio Imbelloni [1936a]) uno de los referentes de la lingüística indígena argentina de las primeras décadas del siglo XX.

El estudio de la trayectoria de Imbelloni, por su parte, nos condujo a avanzar en la problematización acerca de cómo se continuó el estudio de estas lenguas después de Outes y Lafone Quevedo, y como procurábamos en el tercer objetivo específico de la tesis, a identificar las principales categorías y enfoques de análisis que este autor introdujo en el ámbito científico nacional y que impactaron en el estudio contemporáneo y posterior de las lenguas indígenas en la Argentina. Así, Imbelloni, un recién llegado a la Argentina a comienzos de la década de 1920, en una de sus obras más contundentes, *La esfinge indiana* (1926), introdujo nuevos planteos teóricos y nuevas hipótesis que nos permitieron identificar renovadas propuestas de abordaje de las lenguas indígenas. Puntualmente, nos encargamos de revisar el marco teórico que introduce, que fue crítico de los estudios etimológicos previos y que partió del diálogo con las investigaciones del antropólogo francés Paul Rivet, la teoría del lingüista italiano Alfredo Trombetti y el método *Wörter und Sachen*. Desde este marco y a partir del análisis de otro tipo de fuentes documentales (diccionarios), formuló la hipótesis acerca de la filiación entre lenguas de la Polinesia y algunas lenguas americanas. Su propuesta, que contó con la colaboración de Enrique Palavecino, despertó el interés de especialistas locales e internacionales (§VI. 1). Tal es el caso del debate que se suscitó a raíz de la publicación de *La Esfinge* entre Imbelloni, Palavecino y Arturo Costa Álvarez, uno de los referentes de los estudios lingüísticos en el país. En este enfrentamiento, tal como analizamos en §VI. 1. 3, los participantes discutieron acerca del método aplicado por los americanistas para el establecimiento de filiaciones lingüísticas, que, en el caso de las propuestas por Imbelloni y como era tendencia en el periodo, partían de comparaciones léxicas. Costa Álvarez planteaba en el debate que estas, en cambio, debían aplicarse sobre el nivel gramatical. Según pudimos identificar, la discusión que mantuvieron replicó, a su vez, problematizaciones similares que se estaban dando

en Europa y en Estados Unidos. La hipótesis filiatoria de Imbelloni también fue cuestionada por el propio Rivet en un evento celebrado en Europa como homenaje a Wilhelm Schmidt (§VI. 1. 2). Estas críticas condujeron al italiano a relativizar su hipótesis inicial y a modificar, aunque no significativamente, según hemos intentado demostrar, el método aplicado al análisis: así, de investigar una extensa cantidad de términos de manera simultánea, pasó a examinar uno solo, o un grupo reducido por vez, a partir de la aplicación de la categoría saussureana de “cadenas isoglosemáticas”.

Tiempo después, a mediados de la década del treinta, Imbelloni publica *Epítome de culturología* (1936), una obra en la que presenta el modelo de la Escuela Histórico Cultural de Viena; perspectiva que se impondrá, a partir de entonces, como el marco teórico de referencia para la antropología argentina. Esta obra, en diálogo con un manual de etnología de Schmidt (uno de los principales referentes de esta escuela), nos permitió comprender cómo se integraban los estudios lingüísticos en este nuevo modelo teórico. Así, los datos de las lenguas, articulados con otros de tipo arqueológicos y antropológicos, principalmente, permitían inscribir las culturas en determinados “círculos culturales”, una de las categorías básicas de esa escuela (§VI. 2).

También en 1936, Imbelloni participa en el primer tomo relativo a los “Tiempos prehistóricos y protohistóricos” de la *Historia de la nación argentina* con dos capítulos que nos permitieron confirmar que Imbelloni era considerado por entonces uno de los principales referentes de la lingüística indígena y de los estudios sobre las culturas fuegopatagónicas, intereses que conservará a lo largo de su carrera. Asimismo, el análisis de estas contribuciones en la *Historia de la nación argentina* nos permitió revelar, además, que hacia mediados de la década del treinta persistía la operación discursiva que procuraba ocultar a estos pueblos como parte de la realidad contemporánea y consecuentemente silenciar sus lenguas, al ubicar a los indígenas en la prehistoria del país. Tal como hemos intentado demostrar en esta tesis, esta situación comenzó a modificarse a inicios de la década del cuarenta, cuando se incorporaron las lenguas y culturas indígenas en los debates acerca del “tipo argentino”. Así, en lo relativo a las lenguas indígenas, se empezó a analizar su penetración, en modo de sustrato, en el español hablado en el país (§VII. 1). En tal sentido, la propuesta de Imbelloni en *Concepto y praxis del folklore como ciencia* (1943) no es un suceso aislado, tal como planteamos en el capítulo séptimo, sino que tuvo como marco el proceso de institucionalización del folklore que ocurrió entre mediados de la década del treinta e inicios del cuarenta y se articula con acontecimientos institucionales, como la creación del Instituto Nacional

de la Tradición. De este modo, y según la propuesta del cuarto objetivo específico, resultó productivo analizar la articulación entre el desarrollo de los estudios de las lenguas indígena, los folklóricos y los etnológicos.

Hacia el final de nuestro periodo y en relación con el quinto objetivo, pudimos comprobar que, con la emergencia del peronismo, la problemática se complejiza aún más. Si bien es posible reconocer el surgimiento de un nuevo sujeto político colectivo integrado, también, por los pueblos indígenas, el discurso científico no logra superar la idea rectora acerca de su inminente extinción y su anclaje en un pasado lejano, lo que hemos visto, por ejemplo, en los trabajos y documentos de gestión de Imbelloni en los que se refiere a los “últimos” patagones. De cualquier modo, lo cierto es que se asiste, hacia fines de la década del cuarenta, a sucesivas expediciones con objetivos etnográficos. Una de ellas, a la que prestamos especial atención, fue la que obtuvo como resultado un registro en aonek’o ajen que constituye uno de los principales hallazgos de nuestra investigación (§VII. 3) y que nos permitió reconocer un retorno a la práctica de elicitación en el campo, con hablantes. Esta recuperación del trabajo etnográfico se vincula, a su vez, con la reaparición de los grupos indígenas en la agenda pública, lo que logramos constatar en dos casos puntuales: por un lado, en la reedición de la *Toponimia patagónica de etimología araucana* del entonces presidente Juan Domingo Perón, prologada por Imbelloni (§VII. 4); como así también en el proyecto de creación de seis institutos de lenguas aborígenes presentado en el Senado de la Nación (§VII. 2), del que Imbelloni participó como asesor externo, en calidad de especialista. Este proyecto, que abogaba por generar un marco institucional específico para el estudio de las lenguas indígenas de la Argentina, sin embargo, no recibió el apoyo del asesor. Así, y según hemos intentado demostrar, la fuerte presencia de Imbelloni en el ámbito de la antropología local obturó la posibilidad de independizar el estudio de las lenguas indígenas de los antropológicos, situación que se mantuvo hasta mediados de la década del cincuenta. Por otro lado, el análisis nos permitió exponer, como planteábamos en el último objetivo específico, cómo determinadas circunstancias políticas y sociales incidieron en el desarrollo y la reconfiguración epistemológica de este conocimiento.

Es así que el año 1955 puede considerarse como el inicio de una nueva etapa, que parte de la crítica ha caracterizado como la profesionalización de la lingüística indígena, tal como vimos en (§I. 2). De hecho, en la Facultad de Filosofía y Letras el estudio de estas lenguas desde una perspectiva descriptiva y estructural recién se inicia en ese año, con la incorporación del italiano

Salvador Bucca como docente a cargo de Lingüística, en reemplazo de Enrique François (cambio de personal que, al igual que el caso de la jubilación forzada de Imbelloni vista en §II. 5, forma parte del recambio que atravesó la Universidad de Buenos Aires luego de la Revolución Libertadora que destituyó a Perón). Desde su incorporación a la Facultad, Bucca introdujo el estructuralismo a partir de la traducción de una serie de textos clásicos de André Martinet y Louis Hjelmslev, entre otros, además de organizar un grupo de especialistas que registraron y describieron varias lenguas indígenas del país a partir de esa perspectiva teórica. Entre ellos se destacan Emma Gregores y Jorge Suárez, pioneros de la descripción de lenguas indígenas desde una perspectiva estructural, quienes pasan a desempeñarse como adscriptos a Lingüística (AME, Fondo Imbelloni, exptes. 3/Com./1955 y 91/P/1955).

Quedará pendiente, entonces, para una futura investigación, analizar los mecanismos y condiciones en las que, con la creación del Centro de Estudios Lingüísticos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el tratamiento de estas lenguas pasará a ser un objeto de relevancia para la lingüística académica, con su consecuente desplazamiento del campo de los estudios antropológicos.

Por otro lado, sería necesario ampliar la mirada, dentro del periodo ya analizado, y revisar cuál es la relación entre lo que sucedía en Buenos Aires con el resto de los centros académicos del país. Tal es el caso de las producciones emanadas, por ejemplo, desde la Universidad Nacional de Tucumán durante los años en que el antropólogo francés Alfred Métraux estuvo a cargo del Instituto de Etnología; como así también las que tenían lugar en Córdoba debidas a Antonio Serrano o en la Universidad Nacional de La Plata con figuras como las de Milcíades Vignati. Asimismo, sería posible continuar la investigación iniciada en esta tesis mediante la reflexión acerca de cómo se articula la actividad académica con las emergentes desde otros espacios menos institucionalizados, como es el caso de intelectuales que, desde los territorios, realizaron contribuciones valiosas al estudio de estas lenguas.

Finalmente, esperamos, con esta tesis, haber contribuido no solo a la historia de la disciplina, sino también a problematizar y dismantelar los mecanismos que habilitaron, desde el discurso de la ciencia, la minorización de las lenguas y los pueblos indígenas.

Bibliografía

1. Fuentes primarias

1. 1. Documentos institucionales

Alonso, Amado. 1928. “Lingüística romance”. En AA. VV., *Programas de los cursos de 1928*. 62. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.

Alonso, Amado. 1929. “Lingüística romance”. En AA. VV., *Programas de los cursos de 1929*. 66. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.

Alonso, Amado. 1930. “Lingüística romance”. En AA. VV., *Programas de los cursos de 1930*. 66-67. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.

Alonso, Amado. 1938. “Lingüística romance”. En AA. VV., *Programas de los cursos de 1938*. 81-89. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.

Alonso, Amado. 1941. “Lingüística romance”. En AA.VV., *Programas de los cursos de 1941*. 68-72. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Alonso, Amado. 1943. “Lingüística romance”. En AA.VV., *Programas de los cursos de 1943*. 85-90. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Alonso, Amado. 1944. “Lingüística romance”. En AA.VV., *Programas de los cursos de 1944*. 82-86. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Alonso, Amado. 1945. “Lingüística romance”. En AA.VV., *Programas de los cursos de 1945*. 84-87. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Archivo General de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (AGFFyL). Archivo del Museo Etnográfico. 1904-1955. Archivo del Instituto de Filología. 1926.

Archivo Documental y Fotográfico del Museo de la Patagonia Perito “Francisco P. Moreno” (AMP). Carpeta Amadeo Artayeta, expedición a la Patagonia.

Archivos de la Universidad de Buenos Aires (Archivos). 1926-1952. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

- Berenguer Carisomo, Arturo. 1954. "Filología hispánica". En AA.VV., *Programas de los cursos de 1954*. 19-23. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Biblioteca y Archivo del Museo de la Patagonia "Francisco P. Moreno" (AMP). Carpeta de Amadeo E. Artayeta.
- Chiabra, Juan. 1926. "Lingüística romance". En AA. VV., *Programas de los cursos de 1926*. 45-47. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.
- Cámara de Senadores de la Nación (CSN). 1949. *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación II*.
- Cámara de Diputados de la Nación (CDN). 1950. *Diario de Sesiones la Cámara de Senadores de la Nación IV*.
- Fondo de gestión Félix F. Outes. Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico (AME), Fondo de Gestión Académico-Administrativa Institucional.
- Fondo de gestión José Imbelloni. Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico (AME), Fondo de Gestión Académico-Administrativa Institucional.
- Fondo de gestión Marcelo Bórmida. Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico (AME), Fondo de Gestión Académico-Administrativa Institucional.
- François, Enrique. 1953. "Lingüística". En AA.VV., *Programas de los cursos de 1953*. 93-95. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- François, Enrique. 1954. "Lingüística". En AA.VV., *Programas de los cursos de 1954*. 49-51. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1909. "Arqueología Americana". En AA. VV., *Programas de 1909*. 53-56. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Otero & Cía.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1910. "Arqueología Americana". En AA.VV., *Programas de 1910*. 51-54. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta y casa editora "Juan A. Alsina".
- Lafone Quevedo, Samuel. 1911. "Arqueología Americana". En AA. VV., *Programas de 1911*. 59-60. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta y casa editora "Juan A. Alsina".

- Lafone Quevedo, Samuel. 1912a. "Arqueología Americana". En AA. VV., *Programas de 1912*. 63-65. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1913. "Arqueología americana". En AA. VV., *Programas de 1913*. 43-45. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1914. "Arqueología". En AA. VV., *Programas de 1914*. 37-39. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1916. "Arqueología". En AA. VV., *Programas de 1916*. 47-50. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y cía.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1917. "Arqueología". En AA. VV., *Programas de 1917*. 43-45. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y cía.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1918. "Arqueología". En AA. VV., *Programas de 1918*. 51-52. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y cía.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1919. "Arqueología americana". En AA. VV., *Programas de 1919*. 51-56. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y cía.
- Millares Carlo, Agustín. 1924. "Lingüística romance". En AA. VV., *Programas de los cursos de 1924*. 93-96. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.
- Montoliú, Manuel de. 1925. "Lingüística romance". En AA. VV., *Programas de los cursos de 1925*. 34-36. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.
- Programas de la asignatura Arqueología americana. 1898, 1901, 1903, 1905, 1906, 1907, 1908, 1915. Archivo General de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (AGFFyL).

Revista de la Universidad de Buenos Aires (RUBA). 1904-1925. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Rojas, Ricardo. 1924a. *Documentos del decanato (1921-1924)*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.

1. 2. Félix F. Outes

Outes, Félix. 1897. *Los querandíes. Breve contribución al estudio de la etnografía argentina*. Buenos Aires: Imprenta de Martín Biedma é hijo.

Outes, Félix. 1898. *Etnografía argentina. Segunda contribución al estudio de los indios Querandíes*. Buenos Aires: Imprenta y papelería "El Buenos Aires".

Outes, Félix. 1899. *Estudios etnográficos. Primera serie*. Buenos Aires: Biedma.

Outes, Félix. 1905. *La Edad de piedra en la Patagonia. Estudio de arqueología comparada*. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XII. 203-575.

Outes, Félix. 1906. "Instrumentos modernos de los onas (Tierra del Fuego)". *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XIII: 3. 287-296.

Outes, Félix. 1909. "Comunicación preliminar. Resultados antropológicos de mi primer viaje a Chile". *Actas del IV Congreso Científico (1º Panamericano)*, Universidad de La Plata. 216-221.

Outes, Félix. 1913a. "Sobre las lenguas indígenas rioplatenses". *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XXIV. 231-237.

Outes, Félix. 1913b. "Vocabularios inéditos del Patagón antiguo". *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XXI. 474-494.

Outes, Félix. 1914. "Un texto y un vocabulario en dialecto Pehuenche de fines del siglo XVIII con introducción y notas". *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XXV. 68-73.

Outes, Félix. 1922. *Nómina de sus publicaciones (1897-1922)*. Buenos Aires: Imprenta y casa editora Coni.

Outes, Félix. 1923. "Nota crítica del estudio de Salvador Debenedetti. *La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspichango*". *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, I. 256-281.

Outes, Félix. 1926. "Los trabajos lingüísticos atribuidos a Teófilo Schmid y la labor de Federico Hunziker". *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* V. 193-227.

- Outes, Félix. 1927a. "Sobre el idioma de los yamanas de Wulaia (isla Navarino). Materiales reunidos por el misionero Rau con anterioridad a 1866". *Revista del Museo de La Plata* XXX. 1-49.
- Outes, Félix. 1927b. "Datos sobre la ergología y el idioma de los yamana de Wulaia", *Revista del Museo de La Plata* XXX. 50-77.
- Outes, Félix. 1928a. "Vocabulario y fraseario genakenn (Puelche) reunidos por Juan Federico Hunziker en 1864". *Revista del Museo de La Plata* XXXI. 261-297.
- Outes, Félix. 1928b. "Versiones al Aónükün'k (Patagón meridional) de la Oración dominical y del versículo 8° del Salmo II, adaptadas por Teófilo F. Schmid en 1863". *Revista del Museo de La Plata* XXXI. 300-333.
- Outes, Félix. 1928c. "Un texto aónükün'k (Patagón meridional) para incitar a la caza obtenido por Juan Federico Hunziker en 1861". *Revista del Museo de La Plata* XXXI. 353-369.
- Outes, Félix. 1928d. "Las variantes del vocabulario Patagón. Reunido por Antonio Pigafetta en 1520". *Revista del Museo de La Plata* XXXI. 370-380.
- Outes, Félix. 1931. "La reorganización del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras". *Solar*. 13-39.
- Outes, Félix y Carlos Bruch. 1910. *Los aborígenes de la República Argentina. Manual adaptado a los programas de Escuelas Primarias, Colegios Nacionales y Escuelas Normales*. Buenos Aires: Ángel Estrada y Cía.

1. 3. José Imbelloni

- Imbelloni, José. 1926a. *La Esfinge Indiana. Antiguos y nuevos aspectos de los orígenes del hombre americano*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Imbelloni, José. 1926b. "Nuevos estudios del quechua. El idioma de los incas en el sistema lingüístico de Oceanía". *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana* III. 29-49.
- Imbelloni, José. 1928a. "La première chaîne isoglossématique océano-américaine: le nom des haches litiques". *Festschrift W. Schmidt* 324-335. Viena: Mechitharisten-Congregations-Buchdr.
- Imbelloni, José. 1928b. "L'idioma Kichua nel sistema linguistico dell'Oceano Pacifico". *Actas del XXII Congreso Internacional de Americanistas*. 494-509.
- Imbelloni, José. 1928c. "Etnología y lingüística". *Nosotros* XXII: 235. 373-381.

- Imbelloni, José. 1930. *Nómina de publicaciones relacionadas con las ciencias del hombre (1921-1930)*. Buenos Aires: Talleres gráficos Porter hnos.
- Imbelloni, José. 1931. "Toki. La primera cadena isoglosemática establecida entre las islas del Océano Pacífico y el Continente Americano". *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología* V. 129-149.
- Imbelloni, José. 1934. "'Toki' del Perú". *Actas y trabajos científicos del XXVº Congreso Internacional de Americanistas* II. 253-257.
- Imbelloni, José. 1936a. *Epítome de culturología*. Colección Humanior, sección A, tomo I. Buenos Aires: Nova.
- Imbelloni, José. 1936b. "Lenguas indígenas del territorio argentino". En Levene, Ricardo (dir.), *Historia de la Nación Argentina* I. 177-205. Buenos Aires: El Ateneo.
- Imbelloni, José. 1936c. "Culturas indígenas de la Tierra del Fuego". En Levene, Ricardo (dir.), *Historia de la Nación Argentina* I. 646-692. Buenos Aires: El Ateneo.
- Imbelloni, José. 1940. "Kumara, amu et hapay. Le phylum de trois glossemes américains provenant des langues de l'Océan Pacifique". *Anales de Etnografía Americana de la Universidad Nacional de Cuyo* I. 261-276.
- Imbelloni, José. 1943. *Concepto y praxis del folklore como ciencia*. Colección Humanior. Buenos Aires: Nova.
- Imbelloni, José. 1949a. "Antropología. Investigadores e investigaciones. Etapas de esta ciencia en nuestro país". *Primer ciclo anual de conferencias* V: 1. 194-215.
- Imbelloni, José. 1949b. "Los patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza". *Runa. Archivo para las ciencias del hombre* II. 5-58.
- Imbelloni, José. 1949c. *Informe preliminar sobre la expedición a la Patagonia*. Buenos Aires: Ministerio de Obras Públicas de la Nación.
- Imbelloni, José. 1949d. "Expedición antropológica a la Patagonia". *Boletín de la Universidad de Buenos* 3: 30. 128-130.
- Imbelloni, José. 1950. "El panorama lingüístico de la Patagonia y el trabajo del General Perón". En Perón, Juan Domingo, *Toponimia patagónica de etimología araucana*. VII-XV. Buenos Aires: Dirección General de la Cultura del Ministerio de Educación de la Nación.

Imbelloni, José. 1952. Introducción a “Los pueblos Canoeros de Fuegopatagonia y los límites del hábitat Alakaluf” de Daniel Hammerly Dupuy. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, 5. 134-135.

Imbelloni, José. 1956. *La segunda Esfinge Indiana*. Buenos Aires: Hachette.

1. 4. Otras fuentes primarias

Alonso, Amado. 1931. “Prólogo”. En Morínigo, Marcos, *Hispanismos en el guaraní: estudio sobre la penetración de la cultura española en la obra guaraní, según se refleja en la lengua*. 9-15. Buenos Aires: Casa Peuser.

Alonso, Amado. 1939. “Examen de la teoría indigenista de Lenz”. *Revista de Filología Hispánica* 1: 4. 313-350.

Ambrosetti, Juan Bautista. 1894a. “Apuntes sobre los indios chunupies (Chaco Austral) y pequeño vocabulario”. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* XXXVIII. 150-160.

Ambrosetti, Juan Bautista. 1894b. “Los indios Kaingangues de San Pedro (Misiones) con un vocabulario”. *Revista del Jardín zoológico de Buenos Ayres* 2. 41-55.

Ambrosetti, Juan Bautista. 1896. “Materiales para el estudio de las lenguas del grupo kaingangue (Alto Paraná)”. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* XIV. 331-382.

Archive of Indigenous Languages of Latin America (AILLA), Universidad de Texas, colección Jorge Suárez.

Archivo del Instituto Iberoamericano de Berlín (IAI). Correspondencia de Lehmann-Nitsche.

Archivos y manuscritos de Arturo Costa Álvarez, Sala Arturo Costa Álvarez (SACA), Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata.

Brinton, Daniel. 1891. *The American Race. A linguistic classification and ethnographic description of the native tribes of North and South America*. New York: N. D. C. Hodges publisher.

Brinton, Daniel. 1898a. “The Querandies”. *Science* 8: 7. 475.

Brinton, Daniel. 1898b. “Argentine Ethnography”. *Science* 8: 23. 901.

Brinton, Daniel. 1898c. “The linguistic cartography og the Gran Chaco”. *Proceedings of the American Philosophy Society* XXXVII: 158. 1-30.

Casa Museo Miguel de Unamuno. Fondo Museo Unamuno, correspondencia de Miguel de Unamuno con iberoamericanos.

- Claraz, Jorge. 2008 [1865]. *Viaje al Río Chubut. Aspectos naturalísticos y etnológicos (1865-1866)*. Buenos Aires: Miramar.
- Congreso Científico Internacional Americano (CCIA). 1910. *Actas I*.
- Costa Álvarez, Arturo. 1922. *Nuestra lengua*. Buenos Aires: Sociedad Editorial Argentina.
- Costa Álvarez, Arturo. 1928a. “La lingüística al uso del arqueólogo”. *La Prensa*. Martes 2 de octubre de 1928. 15.
- Costa Álvarez, Arturo. 1928b. “La lingüística al uso del arqueólogo”. *Nosotros XXII*: 234. 280-282.
- Costa Álvarez, Arturo. 1929. “La lingüística al uso del arqueólogo”. *Nosotros XXIII*: 236-237. 155-156.
- Debenedetti, Salvador y Eduardo Casanova. 1933. “Titiconte”. *Publicaciones del Museo antropológico y etnográfico A*: III. 7-34.
- Debenedetti, Salvador. 1909. “La sumisión de los indios del Chaco”. *Renacimiento, I*: 1. 360-370.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1888. *Londres y Catamarca*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1892a. “Instrucciones del Museo de La Plata para los colectores de vocabularios indígenas”. *Revista del Museo de La Plata III*. 403-416.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1892b. “El verbo. Estudio filológico-gramático”. *Revista del Museo de La Plata 3*. 251-303.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1893a. *Biblioteca Lingüística del Museo de La Plata Sección del Chaco I, Mocoví*. La Plata: Talleres de Publicaciones del Museo.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1893b. “La raza americana de Brinton. Estudio crítico”. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino XIV*. 500-528.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1893c. *Arte de la lengua Toba por el Padre Alonso Bárcena, Soc. Jes., con vocabularios facilitados por los Sres. Angel J. Carranza, Pelleschi, y otros*. La Plata: Talleres de Publicaciones del Museo.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1894. “Calepino Lule-Castellano. Vademecum para el Arte y vocabulario del Padre Antonio Machoni S. J.”. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino XV*. 305-385 y 498-500.

- Lafone Quevedo, Samuel. 1895a. “La lengua Vilela o Chulupí. Estudio de filología chaco-argentina fundado sobre los trabajos de Hervas, Adelung y Pelleschi”. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XVI. 38-124.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1895b. “Grupo Mataco-Mataguayo del Chaco. Dialecto Noctén. ‘Pater noster’ y apuntes por el P. Inocencio Massei, Or. Seráfica. Con introducción y notas”. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XVI. 343-390.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1896a. “Lenguas argentinas. Idioma Abipón. Ensayo fundado sobre el ‘De Abiponibus’ de Dobrizhoffer y los manuscritos del Padre J. Brignel, S. J., con introducción, mapa, notas y apéndices”. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* XV. 5-371.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1896b. “Grupo Mataco-Mataguayo del Chaco. Dialecto Vejoz. Vocabulario y apuntes. M. S. D’Orbigny, con introducción, notas, etc.” *Boletín Geográfico Argentino* XVII. 121-176.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1896c. “Los indios Matacos y su lengua por el Padre Joaquín Remedi, Ord. Seráf., misionero apostólico, con vocabularios ordenados”. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XVII. 331-362.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1896d. *Idioma Mbaya llamado “guaycurú” según Hervás, Gili y Castelnau. Con introducción, notas y mapa.* Buenos Aires: Coni.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1896-1897. “Los indios Matacos y su lengua, por el ingeniero Juan Pelleschi, con introducción”. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XVII. 559-662.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1897. “Los indios chanases y su lengua. Con apuntes sobre los querandíes, yaros, boanes, güenoas y minuanes y un mapa étnico”. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XVIII. 115-154.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1898a. *Tesoro de Catamarqueñismos.* Buenos Aires: Imprenta de Pablo E. Coni é Hijos.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1898b. “Los querandíes por Felix F. Outes”. *La Nación.* Lunes 21 de marzo de 1898. 2-3.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1900. “La raza pampeana y la raza guaraní ó Los indios del Río de La Plata en el siglo XVI”. *Actas de la Primera reunión del Congreso Científico Latino Americano,* V. Buenos Aires del 10 al 20 de abril.

- Lafone Quevedo, Samuel. 1903. *Los indios mosetenes y su lengua. Noticias generales y vocabularios por el P. Fr. Nicolás Armentia*. Buenos Aires: Coni.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1905. *La lengua leca de los ríos Mapirí y Beni según los mss. de los Pp. Cardús y Herrero*. Buenos Aires: Coni.
- Lafone Quevedo, Samuel. 1912b. “Las lenguas de tipo Guaycurú y Chiquito comparadas”. *Revista del Museo de La Plata* IV: 7. 7-68.
- Lehmann-Nitsche, Roberto. 1899a. “Félix F. Outes: Los Querandíes. Breve contribución al estudio de la etnografía argentina”. *Centralblatt für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte* 4. 80-81.
- Lehmann-Nitsche, Roberto. 1899b. “Félix F. Outes. Estudios etnográficos. Segunda contribución al estudio de los Indios Querandíes”. *Centralblatt für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte* 4. 225.
- Lehmann-Nitsche, Roberto. 1910a. “Vocabulario chorote ó solote (Chaco occidental)”. *Revista del Museo de La Plata* XVII. 111-130.
- Lehmann-Nitsche, Roberto. 1910b. “Two linguistic treatises on the Patagonian or Tehuelche language”. *Actas del Primer Congreso Científico Internacional Americano*. Buenos Aires. 677-735.
- Lehmann-Nitsche, Roberto. 1911. *Folklore Argentino I. Adivinanzas rioplatenses*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hnos.
- Lehmann-Nitsche, Roberto. 1913. “El grupo lingüístico Tshon de los territorios magallánicos”. *Revista del Museo de La Plata* XXII. 217-276.
- Lehmann-Nitsche, Roberto. 1919. “El grupo lingüístico Alakaluf de los canales magallánicos”. *Revista del Museo de La Plata* XXV. 15-69.
- Lehmann-Nitsche, Roberto. 1922. “El grupo lingüístico ‘het’ de la pampa argentina”. *Revista del Museo de La Plata* XXVII. 10-85.
- Lehmann-Nitsche, Roberto. 1926. “Vocabulario mataco (Chaco salteño)”. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* XXVIII. 251-266.
- Levene, Ricardo. 1936. “Prólogo”. En Levene, Ricardo, *Historia de la Nación Argentina* I. XXV-XXVII. Buenos Aires: El Ateneo.

- Palavecino, Enrique. 1926. "Elementos lingüísticos de Oceanía en el Quechua". En Imbelloni, José, *La Esfinge Indiana. Antiguos y nuevos aspectos de los orígenes del hombre americano*. 335-349. Buenos Aires: El Ateneo.
- Palavecino, Enrique. 1928a. "Los orígenes americanos y la lingüística. (A propósito de una doctrina sobre el parentesco de las lenguas)". *Nosotros XXII*: 233. 65-72.
- Palavecino, Enrique. 1928b. "Sobre los orígenes americanos y la lingüística". *Nosotros XXII*: 235. 423-425.
- Palavecino, Enrique. 1929. "Todavía los orígenes americanos y la lingüística". *Nosotros XXIII*: 238. 294-295.
- Portnoy, Antonio. 1936. *Estado actual del estudio de las lenguas indígenas que se hablaron en el territorio argentino*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora Coni.
- Rojas, Ricardo. 1909. *La restauración nacionalista*. Buenos Aires: A. Peña Lillo Editor.
- Rojas, Ricardo. 1912. *Blasón de plata*. Buenos Aires: Librería de la Facultad.
- Rojas, Ricardo. 1917-1922. *Historia de la literatura argentina. Los modernos II*. Buenos Aires: Losada.
- Rojas, Ricardo. 1922. *La restauración nacionalista. Crítica de la educación argentina y bases para una reforma en el estudio de las humanidades modernas*. Buenos Aires: Librería de la Facultad.
- Rojas, Ricardo. 1924b. *Eurindia. Ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas*. Buenos Aires: Librería de la Facultad.
- Vega, Carlos. 1928. "Costa Álvarez y la Americanística". *Nuestras escuelas* 11-12. 49-52.

2. Fuentes secundarias

- Adamovsky, Ezequiel. 2012. *Historia de las clases populares en Argentina (1880-2003)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Alfón, Fernando. 2011. *La querrela de la lengua argentina (1828-1928)*. Tesis doctoral.
- Ardissonne, Romualdo. 1943. "Félix F. Outes". *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos GAEA VII*. 145-146.
- Arenas, Patricia y María Inés Baffi. 1991-1992. "José Imbelloni: una lectura crítica". *Runa. Archivo para las ciencias del hombre XX*. 167-176.

- Arenas, Patricia. 1989-1990. "La antropología argentina a fines del siglo XIX y principios del XX". *Runa. Archivo para las ciencias del hombre XIX*. 147-160.
- Arias, Ana Carolina y Lena Dávila da Rosa. 2014. "Prácticas de viaje y autoridad científica: una comparación de experiencias de D'Orbigny, Ambrosetti y Lehmann-Nitsche". *Revista de ciencias sociales* 25. 67-87.
- Arias, Ana Carolina. 2011. "Viajeros y escritores. La construcción de la autoridad en los escritos de Azara, D'Orbigny y Ambrosetti". *Kula. Antropólogos del Atlántico Sur* 5. 5-18.
- Auroux, Sylvain. 1992. *La révolution technologique de la grammatisation*. Liège: Mardaga.
- Azar, Pablo y María Cerazo. 2015. "Las observaciones botánicas del diario de Jorge Claraz 'Viaje de exploración al Chubut, 1865-1866': análisis y reflexiones". *Atek Na* 5. 347-386.
- Babot, María del Pilar. "La arqueología argentina de fines del siglo XIX y principios del XX a través de J. B. Ambrosetti". *Mundo de antes* I. 165-190.
- Baggioni, Daniel. 1988. "Le débat Schuchardt / Meillet sur la parenté des langues (1906-1928)". *Histoire Épistémologie Langage* 10: 2. 85-97.
- Balandier, Georges. 1970. *El concepto de 'situación' colonial*. Cuadernos del Seminario de Integración Social Guatemalteca. Guatemala: Ministerio de Educación.
- Ballester, Diego. 2014. *Los espacios de la antropología en la obra de Robert Lehmann-Nitsche, 1894-1938*. Tesis de doctorado. Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata.
- Barbero, María Inés y Fernando Devoto. 1983. *Los nacionalistas (1910-1932)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Barrenechea, Ana María y Élica Lois. 1989. "El exilio y la investigación lingüística en la Argentina". *Cuadernos Hispanoamericanos* 473/474. 79-91.
- Barros Arana, Diego y Rodolfo Lenz. 1893. "La Lingüística americana. Su historia i su estado actual". *Anales de la Universidad*. 5-49. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- Barros, Claudia. 2001. "La antropogeografía en Buenos Aires. Surgimiento y desaparición de un espacio académico en la Argentina de principios del siglo XX". *Terra brasiliis* 3. 2-12.
- Battista, Emiliano. 2012. "Los programas de 'Lingüística romance' entre 1924 y 1946. El giro dialectológico". *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística* 8. 119-141.

- Battista, Emiliano. 2018. "Un catalán en Buenos Aires. El proyecto lexicográfico (1925) de Manuel de Montolíu. Presentación y críticas". *Cuadernos de Lingüística de El Colegio de México* 5: 2. 221-279.
- Benigar, Juan. 1928. *El problema del hombre americano*. Bahía Blanca: Panzini hnos.
- Bentivenga, Diego. 1999. "Amado Alonso y Américo Castro en Buenos Aires: entre la alteridad y el equilibrio". En Narvaja de Arnoux, Elvira y Roberto Bein (comps.), *Prácticas y representaciones del lenguaje*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bentivegna, Diego. 2016. "La *Revista del Instituto Nacional de la Tradición*: estudios folklóricos, nacionalismo y tradicionalismo en el primer peronismo". En Korn, G. y Panella, C., *Ideas y debates para la nueva argentina* III. 107-134. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- Bentivegna, Diego. 2019a. "Más allá del hispanismo: lingüistas y filólogos extranjeros en la Argentina peronista". En Narvaja de Arnoux, Elvira y Roberto Bein (eds.), *Ideologías lingüísticas. Legislación, universidad, medios*. 85-126. Buenos Aires: Biblios.
- Bentivegna, Diego. 2019b. "Poliglofías americanas. Fantasmagorías glotopolíticas en Ricardo Rojas y Roberto Lehmann-Nitsche". *GLOTTOPOPOL. Revue de sociolinguistique en ligne* 32. 93-112.
- Bixio, Beatriz. 2001. "Lenguas indígenas del Centro y Norte de la República Argentina (siglos XVI - XVIII)". En Berberían, Eduardo y Axel Nielsen, *Historia Argentina Prehispánica* II. 875-935. Córdoba: Editorial Brujas.
- Bixio, Beatriz. 2010. "La colonialidad de los discursos sobre las fronteras lingüísticas y culturales del Tucumán". Conferencia plenaria presentada en el Congreso Internacional de Lengua y Literatura "Voces y Letras de América Latina y el Caribe", del 23 al 26 de junio, Córdoba.
- Bixio, Beatriz y Eduardo Berberían. 2007. "Primeras expediciones al Tucumán: reconocimiento, valor del espacio y poblaciones indígenas". *Andes* 18. Universidad Nacional de Salta Salta, Argentina. S/p.
- Blache, Martha y Ana María Dupey. 2007. "Itinerarios de los estudios folklóricos en la Argentina". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXII. 299-317.
- Blache, Martha. 1991-1992. "Folklore y nacionalismo en la Argentina: su vinculación de origen y su desvinculación actual". *Runa* XX. 69-89.

- Blasco, María Élide. 2007. “Los museos históricos en la Argentina entre 1889 y 1943”. *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán. En línea.
- Boas, Franz. 1920. “The classification of american languages”. *American anthropologist* 22. 367-376.
- Boivin, Mauricio; Rosato, Ana y Victoria Arribas (orgs.). 2016. *Constructores de otredad. Antropofagia: Buenos Aires*.
- Boschin, María Teresa y Ana María Llamazares. 1986. “La Escuela Histórico- Cultural como factor retardario del desarrollo científico de la Arqueología argentina”. *Etnia* 32. 101-156.
- Bourdieu, Pierre. 2000 [1976]. *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Briones, Claudia. 2004. “Construcciones de aboriginalidad en Argentina”. *Boletín de la Sociedad Suiza de Americanistas* 68. 73-90.
- Buchbinder, Pablo. 1997. *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: Eudeba.
- Buchbinder, Pablo. 2005. *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Calvo Calvo, Luis. 1991. “Fritz Krüger y los filólogos del ‘Seminario de Lengua y Culturas Románicas’ de la Universidad de Hamburgo. Sus aportaciones de la etnografía peninsular”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 46. 349-361.
- Campbell, Lyle. 1997. *American indian languages. The Historical Linguistics of Native America*. Edinburgh: Oxford University Press.
- Campbell, Lyle & William Poser. 2008. *Language Classification. History and Method*. Edinburgh: Cambridge University Press.
- Cardona, Giorgio. 1994. *Lenguajes del saber*. Barcelona: Gedisa.
- Carrizo, Juan Alfonso. 1953. *Historia del folklore argentino*. Instituto Nacional de la Tradición, Ministerio de Educación.
- Carrizo, Sergio. 2000. *José Imbelloni (1885-1967): entre la Antropología y la Historia. Un aporte para la construcción de la Historiografía antropológica argentina*. Tesina de grado inédita.
- Carrizo, Sergio. 2010. “Documentos, Quipus, clases e indios. Andrés Radamés Altieri en el Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán”. *Revista del Museo de Antropología* 3. 239-250.
- Carrizo, Sergio. 2014. “Puntos, líneas y rombos proyectados en el biosólido craneal: los inicios de la trayectoria académica de José Imbelloni en la antropología argentina”. En Guber, Rosana

- (comp.), *Antropologías argentinas. Determinaciones, creatividad y disciplinamiento en el estudio nativo de la alteridad*. 43-77. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Carrizo, Sergio. 2015a. "Continuidades y proyecciones de las crónicas coloniales y los trabajos del siglo XIX acerca de los Patagones en la conformación del campo antropológico imbelloniano". *Kula. Antropólogos del Atlántico Sur* 13. 37-49.
- Carrizo, Sergio. 2015b. "Nacimiento, ocaso y dispersiones. Breve relato de la Licenciatura de Antropología en la Universidad Nacional de Tucumán". *Revista del Museo de Antropología* 8. 201-214.
- Casamiquela, Rodolfo. 2008. "Estudio preliminar: El viaje de Claraz al río Chubut por la Ruta del Centro. Aspectos naturalísticos y etnológicos". En Claraz, Georges, *Viaje al río Chubut*. 7-50. Buenos Aires: Continente.
- Cattaruzza, Alejandro. 2007. *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cattaruzza, Alejandro (dir.). 2001. *Nueva Historia Argentina, VII. Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1940)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cattaruzza, Alejandro. 2016. *Historia de la Argentina. 1916-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Chamosa, Oscar. 2012. *Breve historia del folclore argentino 1920-1970. Identidad, política y nación*. Buenos Aires: Edhasa.
- Chein, Diego. 2006. "Proceso de constitución del campo nacional de la folklorología: posicionamientos, articulación social y resignificación de la teoría". *Silabario* 9. 109-128.
- Chicote, Gloria. 2007. "Las colecciones rioplatenses de Robert Lehmann-Nitsche: panóptico de la literatura popular". En Chicote, Gloria y Miguel Dalmaroni (eds.): *El vendaval de lo nuevo. Literatura y cultura en la Argentina moderna entre España, América Latina, 1880- 1930*. 47-64. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Chicote, Gloria. 2009. "Ramón Menéndez Pidal en Buenos Aires: Carta a Robert Lehmann-Nitsche (12-05-1905)". *Olivar* 10: 13. 155-162.
- Chicote, Gloria. 2011. "Robert Lehmann-Nitsche: las facetas de la cultura popular". En Chicote, Gloria y Barbara Göbel (eds.), *Ideas viajeras y sus objetos. El intercambio científico entre Alemania y América austral*. 321-337. Berlín: Iberoamericana Vervuert.
- Chicote, Gloria y Miguel A. García. 2009. "La cultura de los márgenes devenida en objeto de la ciencia. Robert Lehmann-Nitsche en la Argentina". *Iberoamericana* IX: 33. 103-119.

- Collins, Beverly e Inger Mees. 1999. *The Real Professor Higgins. The life and career of Daniel Jones*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Comas, Juan. 1970. "José Imbelloni (1885-1967)". *Anales de Antropología* VII. 290-291.
- Crespo, Carolina y Margarita Ondelj. 2012. "Patrimonio y folklore en la política cultural en Argentina (1943-1964)". *Ava. Revista de Antropología* 21. 129-150.
- Crespo, Horacio. 2008. "El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo. En Altamirano, Carlos (ed.) *Historia de los intelectuales en América Latina* 1. 290-311. Buenos Aires: Katz Editores.
- d'Harcourt Raoul. 1951. "Francisco de Aparicio (1892-1951)". *Journal de la Société des Américanistes* 40. 246-250.
- Da Rosa, Juan. 2013. "Historiografía lingüística del Río de la Plata: las lenguas indígenas de la Banda Oriental". *Boletín de Filología* XLVIII: 2. 131-171.
- David, Guillermo. 2013. *Lenguaraces egregios. Rosas, Mitre, Perón y las lenguas indígenas*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.
- Dávila Da Rosa, Lena. 2011. *Reservas, asimilación, aniquilamiento. Los dilemas del progreso en la polémica R. Lehmann-Nitsche – J. B. Ambrosetti*. Buenos Aires: Kula.
- Dávila Da Rosa, Lena. 2015. "El problema indígena en Argentina a principios del siglo xx. La controversia entre Lehmann-Nitsche/Ambrosetti". *Temas Antropológicos. Revista Científica de Investigaciones Regionales* 37: 2. 15-42.
- Dávila Da Rosa, Lena. 2018. "Robert Lehmann-Nitsche y la enseñanza de la Antropología en la Universidad argentina a comienzos del siglo XX". *Temas americanistas* 40. 213-238.
- De Aparicio, Francisco. 1933-1935a. "Viaje de exploración en el territorio del Neuquén. Informe presentado a la Dirección del Museo Antropológico y Etnográfico". *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico* A: III. 27-56.
- De Aparicio, Francisco. 1933-1935b. "Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz". *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico* A: III. 71-92.
- Degiovanni, Fernando. 2007. *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Degiovanni, Fernando y Guillermo Toscano y García. 2010. "'Las alarmas del doctor Américo Castro': institucionalización filológica y autoridad disciplinaria". *Variaciones Borges* 30. 3-41.

- De Jong, Ingrid. 2005. "Entre indios e inmigrantes: el pensamiento nacionalista y los precursores del folklore en la Antropología argentina del cambio de siglo (XIX-XX)". *Revista de Indias* LXV: 234. 405-426.
- De Mauro, Sofía. 2017. "El *Catálogo razonado* de Bartolomé Mitre: archivo, documentación y redes de coleccionistas sudamericanos". *Actas de las VIII Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística y II de Crítica Genética "Las lenguas del archivo"*. Universidad Nacional de La Plata. En línea.
- De Mauro, Sofía. 2018. "El *Catálogo razonado* de Bartolomé Mitre y la lingüística indígena americana a fines del siglo XIX en Argentina". *Revista de la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos* 2018. 67-86.
- De Miguel, Rodrigo. 2018. "Los manuscritos inéditos de Juan Benigar: la catalogación realizada por Bruno y Serafini (1995)". *Actas de las VIII Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística y II de Crítica Genética "Las lenguas del archivo"*. Universidad Nacional de La Plata. En línea.
- Desmet, Piet. 1996. *La linguistique naturaliste en France (1867-1922). Nature, origine et évolution du langage*. Paris: Peeters.
- Di Tullio, Ángela, 2003. *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Domínguez, Luisa y Guillermo Toscano y García. 2017. "La gestión de Lehmann-Nitsche en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1926)". *Revista Argentina de Historiografía Lingüística* IX: 2. 79-96.
- Domínguez, Luisa y Rodrigo De Miguel. 2018. "Un debate antropológico-lingüístico sobre los orígenes del hombre americano a comienzos del siglo XX en Argentina". *Actas del IV Encuentro de Lenguas Indígenas Americanas*. 233-248. Santa Rosa: EdUNLPam.
- Domínguez, Luisa. 2019a. "Huellas y sustratos. El problema de las lenguas indígenas en el relato antropológico argentino entre 1930 y 1950". *Revista del Museo de Antropología* 12: 3. Córdoba. En prensa.
- Domínguez, Luisa. 2019b. "El estudio de las lenguas indígenas en el americanismo de José Imbelloni". *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 28: 2. En prensa.

- Domínguez, Luisa. 2019c. “El problema de las lenguas ‘prehistóricas’. Un debate sobre el estudio de las lenguas indígenas a comienzos del siglo XX”. *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*.
- Domínguez, Luisa y Ana Fernández Garay. En evaluación. “El registro lingüístico durante la expedición a la Patagonia liderada por José Imbelloni en el año 1949”. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*.
- Domínguez, Verónica y Julio Vezub. 2018. “Los artífices oscuros de la antropología patagónica: Gargaglione, Harrington y Escalada”. Ponencia presentada en el Congreso de Historia de la Antropología Argentina. 14 a 16 de noviembre de 2018, Buenos Aires.
- Duranti, Alessandro. 2000. *Antropología lingüística*. Madrid: Cambridge University Press.
- Duranti, Alessandro. 2003. “Language as Culture in U.S Anthropology; Three Paradigms”. *Current anthropology* 44. 323-347.
- Durston, Alan. 2014. “Ippolito Galante y la filología quechua en los años 1930 y 1940”. *Lexis* 38: 2. 307-336.
- Ennis, Juan. 2008. *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*. Frankfurt am Main: Peter Lang.
- Ennis, Juan. 2012. “Rudolf Lenz en la encrucijada criolla”. *Signo y seña* 22. 181-214.
- Ennis, Juan. 2016. “Rodolfo Lenz: economías de la lengua y políticas de la lingüística”. *Boletín de filología* LI: 1.
- Escalada, Federico. 1949. *El complejo tehuelche. Estudios de etnografía patagónica*. Buenos Aires: Imprenta y casa editora Coni.
- Escudero, Eduardo. 2010. *Ricardo Levene: políticas de la historia y de la cultura (1930-1945)*. Córdoba: Ferreyra editor.
- Falkinger, Sieglinde. 2002. “Diferencias entre el lenguaje de hombres y mujeres en Chiquitano (Besiro)”. En Crevels, Mily; van de Kerke, Simon; Meira, Sérgio & Hein van der Voort (eds.), *Current Studies on South American Languages [Indigenous Languages of Latin America, 3]*. 43-55. Leiden: Research School of Asian, African, and Amerindian Studies (CNWS).
- Farro, Máximo. 2009. *La formación del Museo de La Plata*. Rosario: Prohistoria ediciones.
- Farro, Máximo. 2013. “Las lenguas indígenas argentinas como objeto de colección. Notas acerca de los estudios lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo XIX”. *Revista de Indias* LXXIII: 258. 525-552.

- Farro, Máximo. 2014. "Place-Names and Indigenous Languages. Samuel Alexander Lafone Quevedo and British Antiquarian Methods in Nineteenth-Century Argentina". En Kohl, Philip; Podgorny, Irina & Stefanie Gänger, *Nature and Antiquities: The Making of Archaeology in the Americas*. 69-87. Tucson: University of Arizona Press.
- Farro, Máximo e Irina Podgorny. 1998. "Frente a la tumba del sabio". *Ciencia hoy*, 8: 47. Disponible en línea.
- Farro, Máximo y Sofía De Mauro. 2017. "Samuel A. Lafone Quevedo y Bartolomé Mitre en el estudio y documentación de las lenguas indígenas patagónicas". Ponencia presentada en el XI Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística. 19 a 21 abril de 2017, Buenos Aires.
- Fernández Garay, Ana. 1997. *Testimonios de los últimos Tehuelches*. Serie Nuestra América, Archivo de lenguas indoamericanas. Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Fernández Garay, Ana. 1998. *El tehuelche. Una lengua en vías de extinción*. Valdivia: Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile.
- Fernández Garay, Ana. 2009. *Los textos tehuelches de Robert Lehmann-Nitsche (1905)*. Berlín: Lincom.
- Fernández Garay, Ana. 2014. "Ruta de la lingüística indígena". En Martínez, Angelita y Lucas Gagliardi, coords., *Rutas de la lingüística en la Argentina*. 39-54. La Plata: UNLP. FAHCE. En línea.
- Fernández Garay, Ana. 2015. "La gramática tehuelche de Theophilus Schmidt (siglo XIX)". *Revista argentina de historiografía lingüística* VII: 2. 127-139.
- Fischman, Fernando. 2012. "Folklore and folklore studies in America Latina". Regina F. Bendix y Glit Hasan-Rokem (eds.), *A Companion to Folklore*. 265-285. London: Blackwell.
- François, Alexandre. 2014. "Tree, wave and linkages. Models of language diversification". Bower, Claire y Evans, Bethwyn, *The Routledge Handbook of Historical Linguistics*. 161-189. London and New York: Routledge.
- Garbulsky, Edgardo. 1987. "José Imbelloni. Positivismo, organicismo y racismo". *Cuadernos de la Escuela de Antropología* 3: 87. 3-23.
- Glozman, Mara. 2009. "La Academia Argentina de Letras y el peronismo (1946-1956)" *Anclajes* XIII. 129-144.

- Glozman, Mara. 2010. "Políticas lingüísticas y representaciones de la nación. La cuestión de las lenguas indígenas en los planes gubernamentales del primer peronismo". Ponencia presentada en el III Congreso de las lenguas "Bicentenarios. Por la descolonización de la democracia". 22 a 25 de mayo de 2010, Rosario.
- Glozman, Mara. 2014. "Ensayos, diálogos, folletos: formulación y circulación de saberes sobre la lengua nacional en la Argentina". En AA. VV., *Linguagem, sociedade políticas*. 57-72. Campinas: Editorial UNICAMP.
- Glozman, Mara. 2015. *Lengua y peronismo. Políticas y saberes lingüísticos en la Argentina, 1943-1956. Archivo documental*. Buenos Aires: Ediciones de la Biblioteca Nacional.
- Golluscio, Lucía y Alejandra Vidal. "Recorrido sobre las lenguas del Chaco y los aportes a la investigación lingüística". *Amerindia* 33/34. 3-40.
- Gómez Asencio, José; Montoro del Arco, Esteban y Pierre Swiggers. 2014. "Principios, tareas, métodos e instrumentos en historiografía lingüística". En Calero Vaquera, María Luisa et al (eds.), *Métodos y resultados actuales en Historiografía de la Lingüística* 1. 266-301. Münster: Nodus Publikationen.
- González, Alberto Rex. 1985. "Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista". *American Antiquity* 50: 3. 505-517.
- González, Alberto Rex. 1991-1992. "A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la antropología argentina". *Runa. Archivo para las ciencias del hombre* XX. 91-110.
- González Leandri, Ricardo. 1999. *Las profesiones: entre la vocación y el interés corporativo. Fundamento para su estudio histórico*. Madrid: Catriel.
- Gordillo, Gastón. 2007. *En el Gran Chaco. Antropologías e historias*. Buenos Aires: Prometeo.
- Grimson, Alejandro. 2016. "Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo, Argentina 1945". *Working Paper Series* 93, Berlín. En línea.
- Guber, Rosana y Martha Rodríguez. 2011. "Vitrinas del mundo académico: Las revistas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre 1946-1966". *Historiografías* 2. 66-84.
- Guber, Rosana. 1999. "'El Cabecita Negra' o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina". *Revista de Investigaciones Folclóricas* 14. 108-120.

- Guber, Rosana. 2006. "Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires". *Avá. Revista de Antropología* 8. 1-35.
- Guber, Rosana. 2007. "Crisis de presencia, universidad y política en el nacimiento de la antropología social de Buenos Aires, Argentina". *Revista Colombiana de Antropología* 43. 263-298.
- Guber, Rosana. 2009. "Política nacional, institucionalidad estatal y hegemonía socio-antropológica en las periodizaciones de la antropología argentina". *Cuadernos del IDES* 16. 3-29.
- Guitarte, Guillermo L. 1959. "Cuervo, Henríquez Ureña y la polémica sobre el andalucismo de América". *Boletín del Instituto Caro y Cuervo* XIV. 20-81.
- Gusinde, Martín. 1954. "Wilhelm Schmidt, S.V.D., 1868-1954". *American Anthropologist. New Series* 56: 5 (1). 868-870
- Haber, Alejandro y Daniel Delfino. 1995-1996. "Samuel Lafone Quevedo and the construction of Archaeology in Argentina". *Revista de historia da arte e arqueología* 2. 31-43.
- Halperin Donghi, Tulio. 1962. *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.
- Harrington, Tomas. 1933-1935. "Observaciones sobre vocablos indios". *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico* A: III. 59-67.
- Henríquez Ureña, Pedro. 1921. "Observaciones sobre el español en América". *Revista de Filología Española* VIII. 357-390.
- Henríquez Ureña, Pedro. 1925. "El supuesto andalucismo de América". *Cuadernos del Instituto de Filología* I: 2. 117-122.
- Henríquez Ureña, Pedro. 1932. *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*. Biblioteca de dialectología hispanoamericana, Anejo I. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Hervás y Panduro, Lorenzo. 1800. *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división, y clases de estas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*. Madrid: Imprenta de la Administración del Real arbitrio de beneficencia.
- Hovelacque, Abel. 1877. *La linguistique*. Paris: C. Reinwald et Cie, Libraires-Éditeurs.
- Hux, Meinrado. 1977. *Jorge Claraz (1832-1930)*. Editorial Pucará: Buenos Aires.
- Ibarra Grasso, Dick. 1958. *Lenguas indígenas americanas*. Buenos Aires: Nova.

- Koerner, Ernst. 1995. *Professing Linguistic Historiography*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Koerner, Ernst. 2014a. *Essays in the History of Linguistics*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Koerner, Ernst. 2014b. "Historia da linguística". *Confluência: Revista do Instituto de Língua Portuguesa* 46. 9-22.
- Kroeber, Alfred. 1913. "The determination of Linguistics Relationship". *American Anthropologist* 1903. 1-26.
- Lacoste, Pablo. 2003. "Estanislao Zeballos y la política exterior Argentina con Brasil y Chile". *Revista Confluencia* 1: 2. 107-128.
- Lafon, Ciro René. "Francisco de Aparicio (1892-1951)". *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana* 14: 1. 276-281.
- Lazzari, Axel. 2002. "Indio Argentino, Cultura (Nacional): del Instituto Nacional de la Tradición al Instituto Nacional de Antropología (1943-1976)". En Guber, Rosana y Sergio Visacovsky (eds.), *Historias y estilos etnográficos en la antropología argentina*. 153-201. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Lazzari, Axel. 2004. "Antropología en el Estado: el Instituto Étnico Nacional (1946-1955)". En Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (eds.) *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. 203-229. Buenos Aires: Paidós.
- Lenz, Rodolfo. 1933. "Dialectología hispanoamericana". *Anales de la Universidad de Chile* X: 91. 31-65.
- Lidgett, Esteban. 2012. "Los inicios de la gramática histórica en Argentina. Un estudio sobre la *Gramática histórica de la lengua castellana* (1900) de Baldmar Dobranich". En Battaner, Elena; Calvo, Vicente y Palma Peña (eds.), *Historiografía lingüística: líneas actuales de investigación*. 558–567. Münster: Nodus Publikationen.
- Lidgett, Esteban. 2015. *Tradiciones gramaticales y discurso sobre la lengua nacional en la obra de Ricardo Monner Sans (1893-1926)*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Lope Blanch, Juan M. 1985. "Henríquez Ureña y la delimitación de las zonas dialectales de Hispanoamérica". *Cuadernos de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico* 13. 31-45.

- Lorandi, Ana María. 2000. "Las rebeliones indígenas". En Tandeter, Enrique (dir.), *Nueva Historia Argentina, II. La sociedad colonial*. 285-330. Buenos Aires: Sudamericana.
- Losada, Leandro. 2006. "La alta sociedad, el mundo de la cultura y la modernización en la Buenos Aires del cambio del siglo XIX al XX". *Anuario de Estudios Americanos* 63: 2. 171-193.
- Mailhe, Alejandra. 2016. "Polémicas ideológicas en la antropología argentina: el americanismo cientificista de la Biblioteca Humanior". Ponencia presentada en las IX Jornadas de Sociología de la UNLP, del 5 al 7 de diciembre de 2016, La Plata. *Memoria Académica*. En línea.
- Mailhe, Alejandra. 2018. "José Imbelloni y la formación de un lectorado americanista". *Prismas* 22. 73-93.
- Malvestitti, Marisa y María Andrea Nicoletti. 2008. "El uso de la lengua aborígen como práctica de evangelización: Domingo Milanés y su prédica en *mapuzungun* (fines del siglo XIX y principios del siglo XX)". *Fronteras de la historia* 13:1. 95-118.
- Malvestitti, Marisa y María Andrea Nicoletti. 2009. "Werkenalu Dios ta ñi zungu / Para llevar el mensaje de Dios. Los catecismos en lengua indígena en el área territorial mapuche". *Revista de estudios trasandinos* 1. 5 - 27.
- Malvestitti, Marisa y María Andrea Nicoletti. 2012. "Evangelización franciscana en Araucanía: el catecismo de Serviliano Orbanel". *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana* 2. 2 - 22.
- Malvestitti, Marisa y María Andrea Nicoletti. 2017. "'Selvaggi senza un linguaggio civile': vocabularios fueguinos recopilados por el misionero Borgatello". *Actas de las VIII Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística y II de Crítica Genética "Las lenguas del archivo"*. Universidad Nacional de La Plata. En línea.
- Malvestitti, Marisa y María Emilia Orden. 2014. *Günüin a yajütshü. El Vocabulario Puelche documentado por Roberto Lehmann-Nitsche*. Santa Rosa: EdUNLPam.
- Malvestitti, Marisa. 2010. "Lingüística misionera en Pampa y Patagonia (1860- 1920)". *Revista Argentina de Historiografía Lingüística* II: 1. 55-73.
- Malvestitti, Marisa. 2011. "La lengua yagan en el culto anglicano (Tierra del Fuego)". Ponencia presentada en las XX Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Humanas. Debates y perspectivas en investigación en las Ciencias Humanas y Sociales. 8 y 9 de septiembre de 2011, Santa Rosa.

- Malvestitti, Marisa. 2012. *Mongeleluchi zungu. Los textos araucanos documentados por Roberto Lehmann-Nitsche*. Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut/ Gebr. Mann Verlag.
- Malvestitti, Marisa. 2013. “Fronteras lingüísticas en Tierra del Fuego. Usos y documentación de las lenguas originarias en las misiones anglicana y salesiana (1869-1923)”. Nicoletti María Andrea y Paula Núñez (comps.), *Araucanía–Norpatagonia: la territorialidad en debate. Perspectivas ambientales, culturales, sociales, políticas y económicas*. Bariloche: IIDyPCa. 286-289.
- Malvestitti, Marisa. 2014. “Ahúnik’ənk’. Un vocabulario de la lengua tehuelche documentado por Roberto Lehmann-Nitsche”. *Indiana* 31. 377-408.
- Malvestitti, Marisa. 2015a. “Palabras selknam. El vocabulario oona recopilado por Roberto Lehmann-Nitsche”. *Magallania* 43: 1. 69-89.
- Malvestitti, Marisa. 2015b. “Chaanpen, gūta, es decir, palabras. Los vocabularios como instrumentos de documentación de las lenguas originarias de Tierra del Fuego”. *Revista argentina de historiografía lingüística* VII: 1. 39-53.
- Malvestitti, Marisa. 2017a. “Contribuciones salesianas al estudio de las lenguas indígenas de Tierra del Fuego”. Ponencia presentada en el XI Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística. 19 a 21 de abril de 2017, Buenos Aires.
- Malvestitti, Marisa. 2017b. “Aspectos descriptivos de la lengua selknam en los primeros registros salesianos”. *Actas del IV Encuentro de Lenguas Indígenas Americanas*. 449-464. Santa Rosa: EdUNLPam.
- Malvestitti, Marisa. 2018. “Dimensiones teórico-metodológicas en dos vocabularios del mapuzungun registrados en Puelmapu”. En Neumann, Dora Beatriz (comp.), *Encuentro textual. Ensayos sobre lenguas y literaturas*. 177-193. Comodoro Rivadavia: EDUPA.
- Márquez Miranda, Fernando. 1937. “Doctor Luis María Torres”. *Revista del Museo de La Plata*, Nueva Serie, Sección oficial. 1-10.
- Márquez Miranda, Fernando. 1940. “Profesor Félix F. Outes”. *Revista del Museo de La Plata*, Nueva Serie, Sección oficial. 121-132.
- Márquez Miranda, Fernando. 1956. “Las clasificaciones lingüísticas antes y después de la época de Mitre”. *Ciencia e investigación* 12. 70-73.
- Márquez Miranda, Fernando. 1967. “Recordando a don Félix F. Outes”. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre* 10: 1-2. 68-82.

- Martín, Eusebia Herminia. 1985. "Lingüística". *Evolución de las ciencias en la República Argentina X*. 153-177.
- Martínez Soler, Benigno. 1945. "Bibliografía de José Imbelloni". *Boletín bibliográfico de antropología americana VIII*. 223-241.
- Martínez Soler, Benigno y Mercedes Luisa Vidal Fraits. 1967. "Bibliografía de José de José Imbelloni, 1921-1960". *Anales de la Universidad del Salvador 2*. 223-241.
- Meillet, Antoine. 2013. "Sur la méthode de la grammaire comparée". *Revue de métaphysique et de morale 21*: 1. 1-15.
- Meillet, Antoine. 1924. "“Avant propos”". En: Antoine Meillet y Marcel Cohen, *Les langues du monde*. VII-X. Paris: Librairie Ancienne Édouard Champion.
- Mendes de Araújo, Melvina Afra. 2013. "Antropologia na missão: relações entre a etnologia confessional de padre Schmidt e a antropologia acadêmica". *Religião & Sociedade 33*: 1. 30-49.
- Mendes-Côrrea, Antônio. 1928. "J. Imbelloni. Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos". *Scientia 22*. 372-373.
- Mitre, Bartolomé. 1909-1911. *Catálogo razonado de la Sección lenguas americanas*. Buenos Aires: Museo Mitre.
- Montolú, Manuel de. 1926. "Diccionario del castellano en América y la obra del Diccionario del habla popular argentina". *Boletín del Instituto de Filología I*: 1-2. 10-34.
- Morpurgo-Davies, Anna. 1998. *Nineteenth-Century Linguistics*. London: Longman.
- Morales Schmuker, Eric. 2013. "Las misiones anglicanas y la colonización galesa en el sur argentino: una aproximación a la situación socio-religiosa de los territorios patagónicos, ca. 1840- 1883". En Ana María T. Rodríguez (ed.), *Estudios de Historia Religiosa argentina (siglos XIX y XX)*. Rosario: Prohistoria-EdUNLPam
- Moreno, Francisco P. 1893. "Á los americanistas". En Lafone Quevedo, Samuel, *Biblioteca Lingüística del Museo de La Plata Sección del Chaco I, Mocoví*. III-V. La Plata: Talleres de Publicaciones del Museo.
- Morínigo, Marcos. 1931. *Hispanismos en el guaraní: estudio sobre la penetración de la cultura española en la obra guaraní, según se refleja en la lengua*. Buenos Aires: Casa Peuser.
- Moure, José Luis. 2004. "Ángel Rosenblat. Una reivindicación filológica de América". *La Biblioteca 1*. 136-143.

- Munteanu Colán, Dan. 2005. *Breve historia de la lingüística románica*. Madrid: Arco/Libros.
- Pacheco y Pablo, Antonio. 2013. “Registrar y movilizar la ciencia. El pensamiento estadístico en el Primer Censo Técnico Científico Nacional durante el primer peronismo (1946-1955)”. XIV Jornadas Interescuelas, Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Pegararo, Andrea y Vivian Spoliansky. 2013. “El Archivo del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti: documentos para la historia institucional y disciplinar”. *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos* 4: 4. 180-189.
- Pegararo, Andrea. 2009. *Las colecciones del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio en la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927*. Tesis doctoral inédita.
- Perazzi, Pablo. 2003. “Antropología y nación: materiales para una historia profesional de la antropología en Buenos Aires”. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre* XXIV. 83-102.
- Perazzi, Pablo. 2009. “La recepción de la “escuela histórico-cultural” en la antropología argentina”. *Actas de las V Jornadas de Historia de las Izquierdas*. 46-60.
- Perazzi, Pablo. 2011. “La antropología en escena: redes de influencia, sociabilidad y prestigio en los orígenes del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires”. *Anthropologica* XXIX: 29. 215-231.
- Perazzi, Pablo. 2014. “Peronismo, posperonismo y profesionalización: trayectorias académicas, estrategias de autopreservación y círculos discipulares en la antropología porteña, 1945-1963”. *Sociohistórica* 34. 1-11.
- Pérez Gollan, José Antonio y Marta Dujovne. 2002. “De lo hegemónico a lo plural: un museo universitario de antropología”. *Entre pasados. Revista de historia* X: 20/21. 197-208.
- Perna, Carlos Gabriel, 2007. “Palabras y cosas: un recorrido por su historia como escuela y como método de la dialectología románica”. *Material del “Romanisches Seminar”*. Heidelberg: Ruppert-Karls-Universität Heidelberg.
- Perón, Juan Domingo. 1950. *Toponimia patagónica de etimología araucana*. Buenos Aires: Edición de la Dirección General de la Cultura del Ministerio de Educación de la Nación.
- Piazzini Suárez, Carlos Emilio. 2006. “Arqueología, espacio y tiempo: una mirada desde Latinoamérica”. *Arqueología suramericana* 2: 1. 3-25.

- Plan de Gobierno*. 1947-1951. “Exposición del Plan de Gobierno (1947-1951) hecha por el Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, General de Brigada Don Juan Perón, en la Reunión Conjunta de octubre de 1946”, 2847-2850. Buenos Aires: Presidencia de la Nación/Secretaría Técnica.
- Prévost Urkidi, Nadia. 2009. “El papel equívoco de los textos escritos en el americanismo francés, o las modalidades de la ciencia etnográfica en búsqueda de su científicidad (1850-1895)”. En Fermín del Pino Díaz, Pascal Riviale y Juan J. R. Villarías-Roblès (eds.), *Entre textos e Imágenes. La representación antropológica de la América indígena*. 27-38. Madrid: CSIC.
- Prieto, Eduardo. 1941. “La personalidad del doctor Clemente Ricci”. *Verbum* 1. 102-113.
- Prislei, Leticia. 2012. “Redes intelectuales ante el fascismo: polémicas culturales y políticas acerca de las leyes raciales italianas y los exilios en Argentina”. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 11. 93-113.
- Podestá, María Mercedes. 2007. “70 años en la vida de la Sociedad Argentina de Antropología”. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXII*. 9-32.
- Podgorny, Irina. 2001. “La clasificación de los restos arqueológicos en la Argentina, 1880-1940. Primera Parte: La diversidad cultural y el problema de la antigüedad del hombre en el Plata”. *Saber y tiempo* 12. 5-26.
- Podgorny, Irina. 2002. “‘Ser todo y no ser nada’: Paleontología y trabajo de campo en la Patagonia argentina a fines del siglo XIX”. En Visacovsky, Sergio y Rosana Guber (comps.), *Historia y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. 31-77. Buenos Aires: Antropofagia.
- Podgorny, Irina. 2004a. “Antigüedades incontroladas. La arqueología en la Argentina, 1910-1940”. En Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (comps), *Intelectuales y expertos: la construcción del conocimiento social en Argentina*. 147-174. Buenos Aires: Paidós.
- Podgorny, Irina. 2004b. “Tocar para creer. La arqueología en la Argentina 1910-1940”. *Anales del Museo de América* 2. 147-182.
- Podgorny, Irina. 2005. “Introducción. *Pro Scientia et Patria*. La Universidad Nacional de La Plata: apuntes para su historia”. *Saber y tiempo. Revista de Historia de la Ciencia* 5: 20. 9-17.
- Portolés, José. 1986. *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*. Madrid: Cátedra.
- Priegue, Celia Nancy. 2007. “*En memoria de los abuelos*”. *Historia de vida de Luisa Pascual, Tehuelche*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur

- Prislei, Leticia. 2012. "Redes intelectuales ante el fascismo: polémicas culturales y políticas acerca de las leyes raciales italianas y los exilios en Argentina". *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 11. 93-113.
- Pupio, María Alejandra y Giulietta Piantoni. 2017. "Coleccionismo, museo y saberes estatales. La colección de Enrique Amadeo Artayeta en el Museo de la Patagonia (Argentina) 1939-1950". *Estudios Sociales del Estado* 3: 5. 31-54.
- Rabanales, Ambrosio. 2002. "Rodolfo Lenz". *Onomazein* 7. 161-181.
- Ramos, Juan P. 1921. "Instrucciones a maestros". *Monitor de la Educación Común* 39: 580. 3-25.
- Ramundo, Silvia. 2012. "Arqueología argentina: Pampa y Patagonia en perspectiva histórica". *Atek Na* 2. 76-120.
- Ratier, Hugo. 1971. *El cabecita negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ratier, Hugo. 2010. "La antropología social argentina: su desarrollo". *Publicar* VIII: IX. 17-46.
- Rivet, Paul. 1924. "Les Mélanéo-Polynésiens et les Australiens en Amérique". *Bulletin de l'Académie des sciences, inscriptions et belles-lettres du Paris* 68: 5. 335-342.
- Rivet, Paul. 1925. "Les Mélanéo-Polynésiens et les Australiens en Amérique". *Anthropos* 20, 1/2. 51-54.
- Rivet, Paul. 1928a. "Relations commerciales précolombiennes entre l'Océanie et l'Amérique". *Festschrift. Publication d'Hommage offerte au P. W. Schmidt*. 583-609. Viena: Mechitharisten-Congregations-Buchdr.
- Rivet, Paul. 1928b. "Relaciones comerciales precolombinas entre Oceanía y América". *Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Litoral* III. 165-193.
- Rodríguez, Mariela Eva. 2010. *De la extinción a la autoafirmación: procesos de visibilización de la comunidad tehuelche Camusu Aike (provincia de Santa Cruz, Argentina)*. Tesis doctoral. Facultad de la Escuela de Graduados de Artes y Ciencias, Universidad de Georgetown.
- Rodríguez, Mariela Eva. 2016. "'Invisible Indians', 'degenerate descendants': Idiosyncrasies of *mestizaje* in Southern Patagonia". En Alberro, Paulina y Eduardo Elena, *Rethinking Race in Modern Argentina*. 126-154. New York: Cambridge University Press.
- Rosenblat, Ángel. 1935. "El desarrollo de la población indígena de América". *Tierra Firme* I. 115-127.
- Rossi, Vicente. 1927. *Etimolojiomanía sobre el vocablo 'gaucho'*. Folletos lenguaraces I. Córdoba: Casa Editora Imprenta Argentina.

- Saussure, Ferdinand de. 1916. *Cours de linguistique générale*. París: Libraire Payot & Cie.
- Schlieben-Lange, Brigitte. 1993. *História do falar e história da lingüística*. Campinas: Editorial UNICAMP.
- Schmidt, Wilhelm. 1932. *Manual de historia comparada de las religiones. Origen y formación de la religión teoría y hechos*. Madrid: Espasa Calpe.
- Schmidt, Wilhelm. 1939. *The Culture Historical Method of Ethnology. The Scientific Approach to the Racial Question*. New York: Fortuny's.
- Schmidt, Wilhelm. 1939. *The culture historical method of ethnology*. New York: Fortune's.
- Sesnich, Laura, 2014. "Reflexiones sobre la lengua en la prensa cultural argentina: el caso de la revista *Nosotros* (1907-1920)". *Revista Argentina de Historiografía Lingüística* VI: 1. 73-88.
- Silla, Rolando. 2012. "Raza, raciología y racismo en la obra de Marcelo Bórmida". *Revista del Museo de Antropología* 5: 1. 65-76.
- Smith, Elliot. 1927. "Book review. *La Esfinge Indiana. Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*". *Nature* 119. 3-5.
- Spoliansky, Vivian; Roca, Ignacio y Marisa Scarafoni. 2011. "El Fondo Documental Enrique Palavecino Archivo del Museo Etnográfico 'Juan B. Ambrosetti' (FFyL-UBA)". *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana* 1: 2.
- Swiggers, Pierre. 1990. "Reflections on (Models for) Linguistic Historiography". *Understanding the Historiography of Linguistics: Problems and Projects*. 21-34. Münster: Nodus.
- Swiggers, Pierre. 2009. "La historiografía de la lingüística: apuntes y reflexiones". *Revista Argentina de Historiografía Lingüística* I: 1. 67-76.
- Swiggers, Pierre. 2013. "A historiografia da linguística: objeto, objetivos, organização". *Confluencia. Revista do Instituto de Língua Portuguesa* 44. 39-59.
- Swiggers, Pierre. 2015. "Linguistic historiography in Brazil: impressions and reflections". En Polachini, Bruna; De Crudis, Julia; Borges, Patrícia y Danna, Stela Maris (orgs.), *Cadernos de Historiografia Linguística do CEDOCH* 1. 8-17. Sao Paulo: FFLCH-USP.
- Swiggers, Pierre. 2019. "Ideología lingüística: dimensiones metodológicas e históricas". *Confluência: Revista do Instituto de Língua Portuguesa* 56. 9-40.
- Tchougounnikov, Serguei. 2005. "Les paléontologues du langage avant et après Marr". *Cahiers de l'ILSL* 20. 295-310.
- Tejera, María Josefina. 1967. *Ángel Rosenblat*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.

- Terán, Oscar. 2008a. *Vida intelectual de la Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Terán, Oscar. 2008b. "Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980". En Terán, Oscar (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. 13-95. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Torres, Luis María. 1913. *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*. Buenos Aires: Coni.
- Toscano y García, Guillermo. 2005. "Amado Alonso en Argentina: un problema de campo". En Santos, Susana y Jorge Panesi (coords.), *Debates actuales. Las teorías críticas de la literatura y la lingüística*. Universidad de Buenos Aires. Edición en CD-ROM.
- Toscano y García, Guillermo. 2009. "Materiales para una historia del Instituto de Filología y de la Universidad de Buenos Aires (1920-1926)". *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana* 13. 113-135.
- Toscano y García, Guillermo. 2011. *Amado Alonso en el debate acerca de la lengua nacional. El papel del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires en la redefinición del objeto (1923-1946)*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Toscano y García, Guillermo. 2013a. "Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1927-1946)". *Filología* XLV. 143-172.
- Toscano y García, Guillermo. 2013b. "Debates sobre la lengua e institucionalización filológica en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX". En Del Valle, José (ed.), *Historia política del español. La creación de una lengua*. 245-265. Madrid: Aluvión.
- Trombetti, Alfredo. 1905. *L'unità d'origine del linguaggio*. Bologna: Libreria Treves di Luigi Beltrami.
- Trombetti, Alfredo. 1907. *Saggi di glottologia generale comparata*. Bologna: Gamberini e Parmeggiani.
- Trombetti, Alfredo. 1922. *Introduzione agli ementi di glottologia*. Bologna: Nicola Zanichelli Editore.
- Trombetti, Alfredo. 1925. "Lingue Oceaniche en America?". *Rendiconto delle sessioni della R. Accademia delle scienze dell'Istituto di Bologna* IX. 27-49.
- Trübner, Nicolas. 1858. "The editor's advertisement". En Ludewig, Hermann, *The Literature of American Aboriginal Languages*. IX-XII. London: Turner and co.

- Van Hal, Toon. 2005. "From Jones to Pictet. Some Notes on the Early History of Celtic Linguistics". *Beiträge zur Geschichte der Sprachwissenschaft* 15. 219–243.
- Vega, Carlos. 2016 [1946]. *Los instrumentos musicales aborígenes y criollos de la Argentina*. Buenos Aires: Educa.
- Velleman, Barry. 2008. "La imagen y los ecos del lingüista profesional: La correspondencia de Rodolfo Lenz". *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada* 46, 1. 11-28.
- Vendryes, Joseph. 1950 [1923]. *Le langage. Introduction linguistique à l'histoire*. París: Éditions Albin Michel.
- Vezub, Julio y Alejandro De Oto. 2011. "Patagonia, archivo etnológico y nación en el primer peronismo. Una lectura decolonial". *Otros Logos. Revista de Estudios Críticos* 2. 135-162.
- Vezub, Julio. 2007. "Historiar las prácticas etnográficas. Tomás Harrington y la morfología de la cultura en Patagonia septentrional hacia 1940". En Escobar, Antonio, Raul Mandrini y Sara Ortelli (eds.) *Sociedades en movimiento. Los pueblos indígenas de América Latina en el siglo XIX*. 175-188. Tandil: IEHS/UNCPBA.
- Vidal Fraits, Mercedes Luisa. 1968. "Don José Imbelloni". *Revista de Indias* XXVIII: 113-114. 555-557.
- Villalón, Adriana. 2012. "Políticas inmigratorias en la Argentina de los '40". *Publicar* 8. 31-50.
- Muñoz y Manzano, Cipriano (conde de la Viñaza). 1892. *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*. Madrid: Est. tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.
- Weber de Kurlat, Frida. 1975. "Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas 'Amado Alonso'". 1-11. AA. VV., *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas 'Amado Alonso'*. Buenos Aires: Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino.
- Wheeler, Gerald. 1927. "Reviews. *La Esfinge Indiana*". *Antiquity* 1. 241-243.
- Zeballos, Estanislao. 1881. *Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires: Imprenta Jacobo Peuser.
- Zeballos, Estanislao. 1898. "Orígenes nacionales. Despoblación de Buenos Aires, por Irala el 10 de abril de 1541". *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*. 261-271.